FRUTO

Fruto
Primera edición, Ciudad de México, noviembre de 2022
Fruto © Daniela Rea Gómez 2022

D.R. © 2022
Ediciones Antílope S. de R.L. de C.V.
Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,
Alc. Miguel Hidalgo, C. P. 11850, Ciudad de México, México
www.edicionesantilope.com

DIRECTORIO UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Dr. José Antonio De los Reyes Heredia
Rector general

Dra. Norma Rondero López
Secretaria general

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Dr. Francisco Javier Soria López
Rector de Unidad

Dra. María Angélica Buendía Espinosa
Secretaria de Unidad

COORDINACIÓN DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
Dra. Elsa Muñiz García
Coordinadora de Extensión Universitaria

Andrea Fuentes Silva
Jefa de la Sección de Producción Editorial

D.R. © 2022
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Col. Villa Quietud,
Alc. Coyoacán, Ciudad de México, C. P. 04960
Sección de Producción Editorial

FORMACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA: Alfonso Santiago

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Marina Azahua

FOTOGRAFÍA: Todas las fotografías forman parte del archivo familiar Rea Pérez-Zúñiga y del archivo familiar Gómez Zarazúa, a excepción de la foto de la página 135 que fue tomada por Fabiola Navarro.

Por parte de Ediciones Antílope el cuidado de la edición, producción, comunicación, gestión de procesos y tránsito por el mundo de este libro estuvo a cargo de Astrid López Méndez, César Tejeda, Isabel Zapata, Jazmina Barrera y Marina Azahua; por parte de la UAM estuvo a cargo de Andrea Fuentes Silva.

ISBN Ediciones Antílope: 978-607-99428-1-6
ISBN UAM Xochimilco: 978-607-28-2685-4

Impreso en México

FRUTO

DANIELA REA GÓMEZ

ANTÍLOPE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Xochimilco

Coordinación de Extensión Universitaria

Producción Editorial

A Rosario.

A Naira y Emilia.

A todas las mujeres que me han cuidado.

Entramos en un nuevo espacio… un espacio lleno de la presencia de las madres, el lugar donde todas somos hijas…

—Terry Tempest Williams

La única manera de sobrevivir a los hechos de la vida real es precisamente imaginar la historia que vamos a poder contar al respecto.

—Majo Delgadillo

Cuando nació mi primera hija me sentí asolada, pese a estar acompañada por mi madre, mis hermanas, mi compañero y mis amigas. La crianza me arrinconó en un espacio oscuro mientras el mundo exterior me exigía reivindicar quién soy como periodista. Para entender mi nueva circunstancia hice lo que sé hacer: periodismo. ¿Cómo interpreto al mundo? A través de las experiencias de otras personas, de escucharles y entender cómo su propia historia va encontrando un lugar y un sentido en el mundo que viven. Escuchar a otras, para escucharme a mí misma y encontrar lo común.

Así que en medio de ese asolamiento comencé a buscar a otras mujeres que maternaban para entrevistarlas. Escucharlas me hizo pensar en cómo yo fui maternada y eso me llevó a entrevistar a mi mamá. Pronto, me di cuenta de una obviedad: que las historias de cuidados no se reducen a las madres, sino que nos involucran a todas. Éste no es un libro de maternidad, es un libro sobre los cuidados, que nace bajo la premisa de que no todas somos madres, pero todas hemos cuidado.

Es un libro transgeneracional porque participan abuelas, madres, hijas y hermanas. Aquí está la historia de Jenny, una adolescente que arrojó una cazuela de aceite hirviendo a la espalda de su padre para salvar a su madre. De Rosalba, que intenta cuidar a su hija sin el maltrato con el que ella fue criada. De Avelina, que sueña constantemente con un bebé abandonado por esa sensación de no haber cuidado a sus hijos. De Mónica, que eligió entre trajes viejos y roídos el que vestiría al cuerpo de su madre tras morir por suicidio. De

Channi, que se hizo madre de nuevo cuando debió criar a los hijos de su hija desaparecida. De Betsy, que juega con los hijos de su tía asesinada. De Mariela, que crió a un hijo producto de una violación. De Fernanda, que aprendió a protegerse de los abusos con travesuras escolares. De Laura, cuya madre le cortó sus largas trenzas porque no tenía tiempo para cuidarla. De Alejandra, que cuidó la muerte de su madre enferma.

El libro tiene como escenario este México y su violencia contra las mujeres expresada en desapariciones, feminicidios, precarización y asedio constante y cotidiano a la vida.

Fruto nace como un susurro para volverse un conjuro de mujeres que cuidamos y hemos sido cuidadas.

¿Dónde empieza mi historia? Le pregunté a Rosario, mi madre. Y ésta es la historia que ella me contó.

Para conocer tu historia, primero debo hablar de mi historia.

Nací en Irapuato, a mediados de la década de los cincuenta. Soy hija de Imelda y Luis, nacidos en esta ciudad.

Mis papás se conocieron en la fábrica de cigarros El Águila, una de las primeras empresas establecidas en Irapuato, en la que se hacían los famosos Faros, y ahí se hicieron pareja. Ambos participaban en el movimiento de empleados para hacer un sindicato, a mi papá lo despidieron con otros trabajadores pero no a mi mamá, la empresa la necesitaba porque era muy buena administradora. Con el tiempo se casaron y mi mamá dejó el trabajo, se dedicó al hogar.

Mi padre era aficionado a la fotografía y después de su salida de la fábrica se dedicó a ella de manera profesional. Instaló su cuarto oscuro en la casa, así le llamábamos al laboratorio, con sus ampliadoras y sus tinas de revelado. Era un lugar interesante y permitido para nosotros, sus hijos. Con él nació nuestro gusto por la fotografía. Crecí en una casa construida con adobe y material, con muros donde trepaban las enredaderas y un pórtico florido. Una casa amplia, con piso de colores, con patios y pasillos, y un corral muy grande, testigo de muchas

aventuras y juegos no sólo nuestros, sino de primos y amigos. Ahí crecían árboles de granada, pirul, un zarsigüil, un paraíso y al centro un gran mezquite en el que teníamos un columpio y al que mi mamá una vez me ató con un cordón, para que dejara de hacer travesuras mientras ella tendía la ropa que había lavado.

Fui la única mujer entre siete hermanos. Mi mamá tuvo mucho cuidado de nuestra educación, respecto al papel de la mujer. En otras familias la mujer era educada para atender principalmente a los hombres; por ejemplo, en la mesa, servirles primero a ellos, comer después de ellos. En la casa no fue así. Mi mamá de alguna forma fue feminista, enseñó a mis hermanos que las mujeres no somos inferiores a ellos y ellos aprendieron a protegerme y apoyarme. Una vez, cuando tenía como diez años, jugábamos al restaurante y uno de mis hermanos dijo: "Me da unos tacos", y mi mamá, al escucharlo, bajó de la recámara e intervino severa: "A tu hermana no le hablas así, tu hermana no es tu esclava, es una mujer y la vas a respetar y cuidar".

Fui una niña muy querida, feliz. Además de ser la única mujer en la familia era una niña bonita, con mi melena y mis cejas negras, mis ojos claros, color miel. Era estudiosa, inquieta y alegre. Mi mamá era morena y la familia de mi abuela, una mujer blanca y hermosa, siempre se lo hizo saber. Alguna vecina le recomendaba a mi mamá que se pusiera pomada de la campana para aclararse el cutis, pero mi mamá nunca hizo caso, a ella le gustaba el color de su piel.

En la adolescencia tuve acné y me volví tímida y retraída. Mi mamá siempre se esforzó en llevarme al dermatólogo y en cuidarme con remedios naturales.

Aunque en mi casa había privaciones y mi madre tenía que administrar el gasto día a día para alimentarnos, a sus siete hijos, ella nunca nos dejó ver las carencias económicas. Hacíamos paseos al campo, al río, teníamos regalos de Reyes que compartíamos entre todos los hermanos, nos celebraba los cumpleaños, me hacía mis vestidos, y nunca quiso que trabajáramos siendo pequeños. Ella tuvo que hacerlo cuando era adolescente porque mi abuelo, quien era ferrocarrilero, quedó ciego. Mientras mi abuela se quedaba en casa para cuidar a su esposo y a sus cuatro hijos pequeños, mi mamá, como la primogénita, heredó la responsabilidad de apoyar en la economía de la casa. Así que dejó los estudios y entró a trabajar a una mueblería a sus quince años. A mi mamá no le pesó tanto el trabajo como verse obligada a dejar la escuela. Ella no quiso eso para sus hijos y, con muchos esfuerzos, siempre nos motivó a estudiar. Para ella lo principal era nuestra educación, tanto en la casa como en la escuela.

Mi casa siempre estuvo llena de vida, con siete hermanos alguno permanecía en ella mientras los otros íbamos a la escuela y, con mi papá trabajando en casa, nos sentábamos a la mesa para comer y cenar juntos. Nunca faltaba que se sumara un plato para alimentar al amigo que pasó a saludar o al desconocido que tocó la puerta y pidió un taco. Eran largas las sobremesas, ahí mi mamá era más suya que nuestra, ahí le debatía a mi papá, daba su punto de vista, se rebelaba a esa aparente sumisión de ama de casa. En las mañanas mis papás nos despertaban con música clásica y en las noches ponían, a veces unos huapangos, a veces la orquesta de Glenn Miller. No recuerdo verlos besarse frente a mí, pero sí abrazarse, hablarse de manera cariñosa. Ella le decía Hueso, él le decía Meloncita. Eran grandes conversadores de historia, política y música. Mi papá tocaba la guitarra y mi mamá cantaba. Nuestras tardes eran así, y cuando crecimos también tocábamos la guitarra y cantábamos en familia.

A los diez años terminé la primaria y mis papás decidieron no llevarme a la secundaria oficial pública, porque era mixta, así que continué estudiando en la academia, donde asistíamos solamente mujeres. Estudié comercio. Un día escuché a mis papás hablar de mi futuro y yo les dije que no quería trabajar en una oficina: quería ser maestra.

Aprendí a ser mujer principalmente por la imagen de mi mamá: una mujer muy trabajadora, disciplinada, inteligente, buena administradora, creativa, religiosa, conversadora, alegre, cantadora, siempre guapa y cuidadosa de su familia. Cantaba siempre mientras hacía los quehaceres de la casa, cantaba para noso-

tros y para ella, con ella aprendimos a amar la música. Mi mamá siempre estaba presentable, bien arreglada, no se maquillaba, solamente se pintaba su boca. Mi mamá que repasaba con nosotros las lecciones escolares mientras planchaba. Una mamá entregada a su esposo y sus hijos, una mamá que pensaba primero en los demás, que sus hijos estuviéramos bien, que su esposo estuviera bien, que la casa estuviera bien, que la familia estuviera bien. Sabernos bien la hacía feliz.

Y así me configuré, como mamá.

Ahora yo me he preguntado hasta dónde me configuré como mujer. No lo sé. Yo no conocí a mi mamá como mujer hasta que crecí, en mi juventud. Antes conocí a la mamá-mamá, a la mamá-esposa. Hasta entonces no pensé en la diferencia de ser una mujer y ser una mamá.

> "Configurarse", le escucho decir a mi madre. Como máquinas que se programan. Ser configurada, programada, tener un destino. Mi mamá fue parida y fue programada: nacerás y parirás hijas, las configurarás para que crezcan y paran hijas que paran hijas que paran hijas hasta el fin de los tiempos.

Estudié en la escuela normal y simultáneamente trabajaba en el Kínder del Bosque, un lugar con jardines muy grandes que se llenaban de las hojas secas de los árboles. Literalmente era un bosque.

Cuando cumplí 22 años me casé. No recuerdo que hubiera sido una decisión difícil, yo quería casarme con tu papá. Era lo normal, lo que había que hacer. Me formé como mujer, esposa, a partir de lo que yo veía en mi

mamá en casa. A través de ella aprendí el papel que yo tendría con mi esposo al casarme y cuando tuviera hijos. Me acuerdo que cuando me iba a casar mi mamá me dijo: "Nunca te duermas ni con tubos ni con cremas en la cara".

Cuando nos casamos, yo daba clases en una telesecundaria y en esa etapa mi sueldo era un poco mayor que el de tu papá. Consideramos que para mantener la casa era importante que yo continuara trabajando. Me pareció bien, porque contribuiría a la economía y además ejercería mi profesión. Así descubrí que podía ser la mujer de casa, pendiente de la armonía de su marido e hijos, como mi madre, y además ser la mujer profesionista.

Me embaracé a los pocos meses de casada y tuvimos a Caro. Me embaracé ilusionada. Pasamos la cuarentena en casa de mi mamá. Mientras mi mamá me enseñaba a ser mamá, yo bordaba pañales a mi hija, la cuidaba, la amamantaba, la veía, la disfrutaba, la besaba. Era muy bonita y yo lo hacía contenta, con ilusión.

No recuerdo haberme preguntado qué voy a hacer, dónde quedo yo o si seré invisible, porque estaba implícito: "tú estás para tus hijos".

Él casi no estaba presente, se la pasaba en el trabajo y en actividades políticas. Yo compensaba esa ausencia con el cuidado de mis papás y de mis seis hermanos que aún eran solteros. Ellos me ayudaban a ir y venir, a estar pendientes de ustedes, a pasearlos. Cuando salíamos en familia con tu papá me sentía segura a su lado, nos divertíamos, sobre todo cuando ustedes ya tenían entre dos y seis años.

Él, mi padre. Pero la palabra de él no tiene lugar aquí. Ésta es la historia de mi madre, o al menos la que ella me cuenta a mí y la que yo aprendo a escuchar. No me siento capaz de escuchar la historia de mi papá. No sé si estoy lista. ¿Cómo escucharlo desde su propio dolor y no desde lo que heredé de mi mamá? En este libro no utilizaré uno de los preceptos básicos del oficio periodístico: contrastar. No voy a contrastar las experiencias de mi madre y mi padre. No voy a refutarlas o confirmarlas. Asumo la responsabilidad de no preguntarle a él. De tomar parte por mi madre, como la madre que yo soy de mis hijas.

Estos años he tratado de construir mi propia relación con él, una que nos pertenezca a ambos, de padre e hija, una que esté fuera de esta ecuación con mi mamá. Mi papá me llevaba con él a sus viajes de trabajo cuando aún no estaba en edad de ir a la escuela, me hacía subir cerros y abrazar árboles para tomar su fuerza, me regaló un libro de filosofía del derecho cuando iba en la secundaria porque quería que fuera abogada, como él. Nos llevaba a conciertos de Gloria Trevi porque estaba enamorado de ella, nos ponía música de Caruso y Santa Sabina para ampliar nuestros gustos y nos llevó a probar el peyote cuando éramos adolescentes para enseñarnos que hay muchas formas de conocer y entender el universo. Y un día, cuando fui a la universidad, me enseñó que puedo equivocarme y que los problemas nunca serán más grandes que yo, si logro comprender que ese yo no importa tanto como me enseñaron a creerlo.

Estos años he tratado de construir mi propia relación con él, pero este no es el lugar para ello.

Al año y medio nació nuestro segundo hijo: Luis. Nos sentimos muy contentos con su nacimiento, se parecía a tu papá.

Entonces empecé a tener cierta angustia de volverme a embarazar. No usaba anticonceptivos porque la doctora me recomendó no hacerlo por cuestiones de salud y porque iban en contra de mis convicciones sobre el aborto. Probamos con algunos métodos naturales como el ritmo, para no tener mis embarazos tan seguidos. Sin embargo, no había placer sin angustia. Angustia por la responsabilidad de embarazarme, responsabilidad que yo sentía mía, sólo mía, y en ese entonces ya me sentía un poco sola.

Los métodos no funcionaron y tuve dos hijas más.

Yo fui una de esas dos hijas no planeadas que nacieron del matrimonio de mis padres.

"No había placer sin angustia. Angustia por la responsabilidad de embarazarme, responsabilidad que yo sentía mía, sólo mía, y en ese entonces ya me sentía un poco sola", me había dicho mi madre. La imagino cuando se embarazó de mí. Tendría unos 26 años, diez años menos de los que yo tengo ahora que escribo esto. A mis 26 años yo había decidido tener un aborto y trabajaba en un periódico en la Ciudad de México. Pienso que éramos mujeres muy distintas: me fui de casa para estudiar la universidad, no me consideraba reli-

giosa y, aunque con miedo, a escondidas y con culpas, dije "no" a un hijo que ocupaba mi cuerpo. O quizá no tan diferentes: en el fondo igual que ella, asumí que en algún momento de mi vida me juntaría con un hombre para hacer una familia.

Desde la mujer que soy ahora pienso en mi mamá de 26 años como se piensa en una hermana menor. Me imagino entrar a esa habitación y encontrarla allí, acostarme junto a ella en la cama, acariciarle el pelo, la cara y decirle quedito, ¿qué? ¿Que todo estará bien? ¿Que sea valiente y decida no tener más hijos? ¿Que decida no tenerme? ¿Es valor lo que ella necesitaba?

Vientre.
Del que nací y al que vuelvo.
Tú, madre, me recibiste, aunque no planeaste tenerme.
Me refugiaste en tu vientre mientras me (te) preparabas para la vida: habrá noches que te quedarás dormida mientras tus hijos te hablan; habrá viajes sin música ni retorno; habrá despensas vacías;
habrá miedo, soledad; habrá vergüenza.
Habrá ternura y caricias y amor.
Habrá un hogar que tú, madre, construirás bajo la sombra de cualquier árbol.
Yo, a cambio, te prometo: Nunca más, mamá, estarás sola en la vida.

Pese a todo eso, pese a todo lo que pudo salir mal con el hecho de tener dos hijos más que no planearon, tuve una infancia feliz.

Crecí de los pechos que chorreaban leche dulce y tibia en la regadera, crecí en los brazos de mi mamá y en el canto de mi abuela bajo su árbol de mandarinas en el corral de su casa. Crecí entre mis hermanos mayores mientras mi mamá amamantaba a su siguiente hija, crecí a risas bajo del vestido de bodas que ella guardó en el closet de mi abuela. Crecí jugando a las escondidas en el cuarto oscuro del abuelo. Crecí en los paseos a la presa de La Purísima, en los cumpleaños en la sierra de Santa Rosa de Lima, en los días de campo junto a los canales de riego que corrían paralelo a las carreteras del Bajío, en las escapadas a hoteles con alberca y en los campamentos en el jardín de la casa. No había dinero para vacaciones, pero eso sólo lo supo ella. Y nos guardó el secreto.

Crecí dibujando constelaciones en la espalda de mi madre que caía agotada al volver del trabajo. Crecí con la despensa vacía ("tenía lágrimas el pan que nos daba", escribió Nellie Campobello sobre su propia madre) y ella llenándola de cariños para que no lo notáramos. Crecí aferrada a sus piernas para que no se fuera con algún posible novio. Porque, ¿de quién es la madre, sino de nosotras, sus hijas? Crecí en los 46 kilómetros de la carretera de Irapuato a Guanajuato, a donde tantas veces acompañamos a mi mamá a su trabajo, escuchando cassettes de Dire Straits, Rod Stewart, Creedence, The Beatles. La misma carretera que seguimos cruzando, ella llevándonos a sus hijas y las hijas de sus hijas. Ella, tan nuestra.

Escribo sobre mi madre y pienso que quiero volver a ser hija.

Escribo y confirmo: desde que soy madre necesito volver a ser yo la hija.

Mi primera hija nació cuando yo tenía 32 años. Mi segunda hija nació cuando cumplí 35. Para entonces, tenía poco más de quince años como reportera y la imagen de maternidad que mi madre y mi abuela me enseñaron se terminó de completar con otras maternidades que pude atestiguar por mi trabajo: mujeres migrantes que dejan a sus hijos para poderlos mantener, mujeres que ven a sus hijos partir hacia la frontera, mujeres que buscan a sus hijos desaparecidos, mujeres presas desco-

nocidas por sus propias hijas que las acusaban de abandono, mujeres madres de sicarios que cargan la culpa a cuestas, mujeres jornaleras con el hijo amarrado a la espalda mientras extirpan los frutos de la tierra, mujeres cosechadoras de amapola que no saben escribir el nombre de sus hijos porque a esas lejanías los maestros no llegan, mujeres hermanas que cuidan a los más pequeños mientras la mamá va a la maquila. Mujeres obreras, mujeres huérfanas y deshijadas. En casi todas, empezando por la maternidad de mi mamá, parecía que la entrega, el sacrificio, el amor de madre no alcanzaba. Siempre faltaba algo, siempre debían algo. Mujeres desgranadas.

"Nosotros sólo teníamos a Mamá. Ella sólo tenía nuestras bocas hambrientas, sin razonamientos, sin corazón", escribió Nellie Campobello como si hablara de mí y de mis hermanos, como si hablara de mis hijas, de las hijas de todas esas mujeres. Y yo lloro. *Llorar*, que en la etimología comparte raíz con *llover*: caer, ocurrir, dejarse venir, siempre en abundancia. Lloro y lluevo por mi madre. O por mí. O por todas ellas.

Por mi mamá, que cocinaba de madrugada para dejar la comida lista antes de despertarnos, llevarnos a la escuela, irse a trabajar, quizá enamorarse y volver de noche a casa. Por Noemí, que para cuidar a su hijo debió abandonarlo y cruzar una, dos, tres fronteras y encontrar trabajo antes de que se vaciaran los botes de leche en polvo que le dejó. Por Jocelyn, quien mató a su pareja cuando en medio de todas las violencias amenazó con lastimar a la

hija de ambos, y ahora vive presa, lejos de su hija. Por Leticia, que vio a un hijo entregarse a quienes lo desaparecerían con tal de salvar a su hermano menor. Por Graciela, que acuna un hueso como se acuna un hijo recién nacido. Por Sol, que supo que la única forma de salvar a sus hijos del hambre y las humillaciones era quitándoles y quitándose la vida. Por Rosalba, a quien su hija pequeña le toma la mano para decirle que todo está bien. Por Avelina, que ha criado a los hijos de su madre, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Por Mónica, que supo perdonar a su madre antes de su suicidio. Por Jenny, que cuida a su madre de los abusos del padre. Por Channi, quien sabe que su hija no se fue de casa por su propio pie porque estaba amamantando. Por Mariela, que sabe que para criar el amor no es suficiente. Por Betsy, que trata de no llorar ante los niños de su tía asesinada. Por Fernanda, a quien la casa le significó el abusó. Por Laura, que deja su casa y a sus hijas para cuidar otras casas y otras hijas. Por Alejandra, que cuidó a sus hermanos tras la muerte de su madre. Por Carmen, que me arrojó un salvavidas durante mi puerperio cuando ella misma intentaba salir a flote de la violencia doméstica y su propia crianza. Por cada una de ellas, a quienes conocí en mi trabajo como reportera cuando aún no tenía hijas, y por cada una de ellas a quienes vuelvo con dos hijas a cuestas, vinculadas por mi propia maternidad.

27 de marzo de 2014
Ya nacimos y la felicidad pesa 3.5 kilos y mide 47 centímetros. Este día durará toda la vida.

Comencé este diario el día que mi primera hija nació. Era una especie de conversación conmigo misma, a veces con ella y luego con ellas, cuando Emilia, mi segunda hija, llegó a la familia. Alrededor nuestro estaban mi compañero, mi madre, mis hermanas, mis amigas, pero había cosas que sólo podía enunciar para nosotras mismas, para mi hija y para mí. Algo de mi fragilidad, de la contradicción que me revelaba la maternidad y que me asolaba. Sólo aquí, en este diario, me sentía propia.

Luego, en el 2018, cuando habían transcurrido poco más de cuatro años de escribir, fragmentos de este diario se hicieron públicos en la antología *Tsunami*, editada por la escritora Gabriela Jáuregui, amiga que me invitó a participar con un ensayo sobre maternidad y no tuve más que ofrecer esas palabras que, con su ayuda, se convirtieron en el texto "Mientras las niñas duermen". Mi fragilidad y mis contradicciones me acercaron a otras mujeres, madres, hijas, hermanas. Y entendí que

éstas no eran sólo las palabras y los titubeos de una mamá. Sino que, ante todo, eran las preguntas de una hija.

"Entramos en un nuevo espacio… un espacio lleno de la presencia de las madres, el lugar donde todas somos hijas…", escribió Terry Tempest Williams. Soy la historia de mi madre y de su madre y de su madre. También soy la historia de mis hijas.
Soy su fruto.

28 de marzo de 2014
Tardé en reconocerme madre. En reconocerte.

Estaba tan agotada del trabajo de parto que escuchar tu llanto fue, sobre todo, la certeza de que había cumplido con mi parte, con lo que se esperaba de mí. A los pocos segundos te pusieron en mi pecho y te vi húmeda, morada, hinchada, con restos de sangre y líquido amniótico. Te miré y lo primero que pensé fue: eres tú, eres tú a quien esperaba. Te miré de nuevo, muchas veces. Necesitaba reconocerte, mirarte y saberte aquí. No te vi parecido a nada, con tu carita hinchada y tus ojos cerrados, te miraba aún extrañada o quizá como a una extraña.

Mi abuela siempre presumía de su capacidad reproductiva. No pocas veces, cuando yo era joven, me dijo, ojalá que mis nietas hereden mi capacidad de parir, yo paría muy bien y a los pocos días ya tenía mi útero cerradito y en su lugar; ojalá que mis nietas hereden mi capacidad de criar, a todos les di pecho y tenía abundante, abundante leche. Alguna

vez, en mis visitas a la casa de la abuela estando yo embarazada, le pedí que me enseñara a parir. Ella, sentada en la mesa de la cocina, donde solía pasar la tarde separando frijoles o jugando solitario con la baraja, me miró y me dijo, no sé cómo enseñarte, parir es como ir al baño, no lo aprendes, tu cuerpo sabe qué debe hacer y lo hace. Sus palabras, parcas y poco ceremoniosas, me dieron la confianza que necesitaba para enfrentarme a mi primer parto.

Naira comenzó a nacer a las 9 de la noche del 26 de marzo de 2014 y terminaría de hacerlo 19 horas después. ¿Cómo se prepara un lugar para nacer? Semanas previas a mi parto había visto videos de animales pariendo en el campo o en la sabana, vacas que se aislaban y buscaban alguna sombra de árbol, elefantas que se rodeaban de su manada. A mí me acompañaba la mía: Ricardo, mi hermana Luisa y mi mamá, además de la partera y la enfermera. Naira nació en nuestra casa, y ese día hice un pequeño altar en el cuarto y coloqué las fotos de las mujeres que nos parieron: mi madre, mi abuela y la mamá de mi compañero, sumé algunos talismanes y amuletos que me habían regalado. Prendí la vela que me regaló mi hermana y que representaba la fuerza y confianza de las miles de millones de mujeres que habían parido a lo largo de toda la historia de la humanidad, antes que yo. Si ellas antes lo habían hecho, yo también podría, sólo tenía que confiar. A ese altar acudí cuando habían pasado casi 15 horas de parto y yo ya no sabía qué más hacer. Mi madre me alimentaba con fruta, mi hermana me daba masajes y respiraba conmigo,

mi compañero me sostenía en cada contracción. En algún momento pedí que me dejaran sola y frente a ese altar le supliqué a ella: Hija, necesitamos nacer, dime qué más necesitas de mí, yo ya no puedo, pero si tú me dices qué necesitas para nacer, lo hago, ayúdame. Pasé del llanto a la furia y a la certeza de que si no me calmaba no podríamos continuar. Le pedí ayuda a Ricardo: Ricardo, necesito que me ayudes a calmarme, yo no puedo sola. Y él sujetó mis caderas y las balanceó como si fueran mar. Minutos después me eché en cuatro patas y me quebré como se quebró la tierra para parir a los continentes.

30 de marzo de 2014
Estás en el hospital. Te dejé acostadita, desnuda en la cama de terapia intensiva. Todo fue intempestivo. Tu llegada a casa, mi sangrado, tus días en el hospital… ¿Cómo pude abandonarte ahí? ¿Cómo pude hacerlo? Te prometí que nunca te dejaría mientras te dejaba acostada, desnuda y llorando en la incubadora del hospital.

Nos dueles. Nos dueles tanto…

2 de abril de 2014
Tenías dos días de nacida cuando te desmayaste mientras tu abuela y yo te bañábamos. Te intentamos despertar, te apretamos los cachetes, sacudimos tu cuerpecito y nada. No reaccionabas. Te escurrías en mis manos. Te vestimos de prisa, te envolví en una cobija, te tomé en brazos y bajé corriendo los tres pisos que separan nuestro departamento de la calle.

Tu papá y tu abuela venían detrás de nosotras con las llaves del carro, tu certificado de nacimiento, la cartera. Corrimos al hospital. Ahí los doctores te llevaron a un cuarto y te pincharon cuatro, cinco veces para canalizarte, en una manita, en la otra, en los pies. Los doctores me querían sacar de la habitación porque decían que te ponía nerviosa. Yo les dije que no, que si algo podía hacerte sentir segura en este mundo era yo, tu mamá. Los doctores dijeron que debías quedarte dos o tres noches internada para revisarte. Hablaron de un síndrome de muerte repentina, de tomografías, de estudios químicos, de puras cosas que no tenían sentido para nosotros, pero que seguramente a ellos les hacían sentir más importantes y sabios y poderosos. Tu papá y yo protestamos, pero al final nos fuimos sin ti. Salimos dolidos, consolándonos el uno al otro. Tú te quedaste desnuda dentro de una incubadora, llorando por hambre, por frío, por dolor, por miedo, no sé.

> Mi madre aprendió a serlo observando a mi abuela, su propia madre, cuidarnos. Así yo aprendo a ser mamá. Aunque en ese momento ambas tuvimos el mismo miedo de perder a la bebé, su presencia me convenció de que todo estaría bien, que ella seguía siendo mi madre y yo su hija y, por lo tanto, ella cuidaría lo más importante para mí. En mis primeros días de maternidad la presencia de mi madre conjuró mis miedos como lo había hecho años atrás frente a las tormentas, las pesadillas, los apagones de luz. Su voz, la que me arrulló desde que yo estaba en su útero, fue también la voz que le enseñó a mi hija a confiar en el mundo.

15 de abril de 2014
Desperté de madrugada. De un lado dormía Ricardo, del otro tú, hija. Yo llevaba varios días sin poder dormir. Me despertó una inquietud: ¿Cuál es el sentido de hacer familia?, le pregunté a Ricardo. O creo que sólo lo pensé. Ricardo dormía y yo no insistí, porque no sé si buscaba una respuesta. Me quedé en la oscuridad, en el silencio, acostada entre ambos, con una duda hecha de cansancio, desconcierto, arrepentimiento, angustia. No lo sé. Me encontraba ahí, en medio de ustedes, pero me sentía sola. No sólo para responder esa pregunta sino sola en la inmensidad de la vida, de mi vida y la tuya, hija. Nuestra pequeña eternidad. Sola en esa vastedad de tiempo. En saber que nunca en la vida dejaría de ser madre y que, en ese momento, me sentía insuficiente. Para mí y para ti.

> No pensamos solas, me han enseñado mis amigas. Y a la distancia, en su novela *Casas vacías*, la escritora Brenda Navarro también se pregunta: "¿Qué es un hogar y de qué se conforma? ¿En dónde empezamos a ser padres e hijos? ¿En dónde empieza el hogar y qué lo conforma?" y siento que me acompaña a la distancia.

22 de abril de 2014
Doblar cobijas, doblar chambritas, doblar pañales. Sacar un seno, sacar el otro. Sacar eructos. Y quizá, si queda tiempo, lavarme la cara, mirármela en el espejo.

27 de abril de 2014
Hoy cumples un mes de nacida y yo todavía no te amo.

Apenas nos estamos conociendo. He pasado los días mirando tu cara, tus cachetes de luna llena, tus gestos, aprendiendo tu lenguaje. Recuerdo que cuando naciste, mi amiga Nade me llamó ansiosa para preguntarme si es verdad que con los hijos se siente el amor más grande, incondicional y maravilloso que una es capaz de sentir en la vida. Le dije que no. Que todavía no. Que es otra cosa: ternura, cuerpo.

> Nos enseñan que el amor por una hija es automático, por tanto, si no lo sentimos cuando tenemos al fruto de nuestro vientre en brazos algo no está bien en nosotras. El filósofo Jean-Jacques Rousseau construyó un ideal femenino de felicidad e igualdad diciéndonos que las mujeres sólo cuidando a nuestros hijos con dedicación y sacrificio tendríamos un lugar en la sociedad. Dos siglos más tarde la filósofa Élisabeth Badinter respondió que desde esa construcción, al mismo momento en que se exalta la grandeza y nobleza de esta tarea, se condena a todas las mujeres que no lo cumplen o no lo hacen a la perfección. Badinter se preguntó también si el amor maternal es un instinto nato o es algo que aprendemos según el contexto social e histórico. En su libro *¿Existe el amor maternal?* Badinter hace una revisión de las maternidades en las mujeres francesas e inglesas urbanas de los siglos XVII y XVIII, y pone atención en cierto desinterés de las mujeres de esa época por el bebé recién nacido y que fue interpretado como el miedo a interesarse por una criatura que tenía más posibilidades de morir que de vivir antes de llegar a un año de vida. "La frialdad de los padres, y es-

pecialmente de la madre, servía inconscientemente como coraza sentimental contra el alto riesgo de ver desaparecer al objeto de su ternura. Era preferible no adherirse a él para no sufrir después". Pero Badinter se atreve a invertir la ecuación: "No es porque los niños murieran como moscas que sus madres se interesaban poco en ellos. Todo lo contrario, en gran medida porque ellas no se interesaban moría una cantidad tan grande de niños". Badinter habla de mujeres que no querían criar, que se rebelaban a gestar, parir y amamantar hijos, pues todas esas eran actividades recluídas en el hogar y no tenían reconocimiento social; las mujeres de quienes nos habla, occidentales y urbanas, querían ser libres y destinar esa libertad a otras actividades que les dieran un reconocimiento social, un reconocimiento a su existencia. Querían, reclamaban, ser algo más que dadoras de vida. Badinter afirma que ser madre no es innato y que no hay nada natural en ser madre. La historia de los últimos siglos —que la filósofa recorre metódicamente— nos revela que la noción de amor materno es evolutiva. El amor maternal es un sentimiento humano. Y como todos los sentimientos, es incierto, frágil e imperfecto. Puede o no existir, estar ahí y desaparecer; y no debe darse por sentado. No existe el amor maternal, nos dice. Existe el amor. Sin adjetivos.

En algo coincido con Badinter, que ese sentimiento, al menos, no nace al parir a una hija. En todo caso es una relación que tiene otras cosas antes que amor: sobrevivencia, dependencia, asombro, ternura, necesidad.

29 de abril de 2014
No nací madre. Tampoco me hice madre cuando ella nació. Me he ido haciendo poco a poco, cuando me despierto por las noches a que me exprima la chichi, cuando lloro porque no sé calmar su llanto, y en momentos como éste, en que logré dormirla en mis brazos y yo aún sigo viva y me doy cuenta que puedo.

7 de mayo de 2014
Terminó la cuarentena. Mi hija y yo fuimos con la partera, Yolanda. Me preguntó cómo estaba, respondí cualquier cosa, estoy bien, cansada, aprendiendo, hasta que me dijo que no ocultara mis sentimientos. Entonces comencé a llorar. Me siento desesperada, frustrada, enojada, estoy entre el mundo desconocido que es ella y mi mundo conocido que me llama constantemente. Siento que son dos fuerzas que tiran fuerte y ella y yo quedamos en medio, abatidas.

Yolanda me recomendó soltar, dejar de pelear entre esas dos fuerzas, me sugirió hablar con mi hija, decirle honestamente cómo me siento.

> Recuerdo que minutos antes de que mi hija reventara mis caderas para salir de entre ellas tuve que sosegarme y soltar la aprehensión. No podía hacerlo sola. Le pedí a mi compañero que me sostuviera, que me calmara para que yo pudiera dejar a mi cuerpo hacer lo que sabía hacer, confiar en él. Aprendimos socialmente que ser mamá es atender, controlar, vigilar, cuidar constantemente, pero la primera lección que aprendí de la maternidad fue soltar.

Carmen me acompaña a la distancia: "Qué buen consejo, habla con ella. Cuidar a un hijo es abrumador, no sólo por los cuidados sino porque es la gran prueba del desapego. Liberarse de la necesidad de controlar, y esperar... una tan libre y resulta que mi propia tranquilidad es el bienestar de mi hija, con quien comparto mi libertad".

> La filósofa Carolina del Olmo escribió en su libro *¿Dónde está mi tribu?* que vivimos en una sociedad que reivindica la independencia y autonomía mientras los hijos tiran justo para el lado contrario. Compartir la libertad con una hija es buscar un lugar donde las necesidades y las posibilidades se empaten, aunque casi nunca se encuentre ese sitio. Es aceptar la interdependencia que nos une, que nos hace personas, porque es en ese constante reflejo con otras y otros donde se define nuestra identidad, pues ésta nunca se construye de manera individual.

12 de mayo del 2014
Supe que mi vida cambiaría, pero me ha costado aceptar que ha cambiado tanto y eso me impide conectar con la bebé, salvo cuando la baño, cuando bailamos, cuando la veo mamar mi pecho, cuando dormimos abrazadas.

> Regreso al diario y me doy cuenta de que me refería a ella como *la bebé*, *la hija*. Ella aún no tenía nombre. ¿Será que eso tuvo algo que ver? ¿Que faltaba el nombre, no para que existiera, sino para que me significara, para que pudiera establecer una relación

cercana con ella? La ensayista Tania Tagle lo plantea así en su libro *Germinal*, en el que cuenta el embarazo y parto de su hijo Nicolás: "El mundo no apareció convocado por el lenguaje, sino que se manifestó a través de él. La luz no se hizo al pronunciarla, pero se significó. Es por eso que cada tanto murmuro el nombre que llevará mi hijo, para irle haciendo un hueco de sentido en el mundo, para ir trayendo, poco a poco, su significado".

19 de junio de 2014
Dormiste casi toda la noche. Mis pechos de leche se vaciaron sobre la sábana y trazaron la forma de un mapa antiguo.

27 de junio de 2014
Hoy cumples tres meses. Te gusta mirar los árboles y que te miren a los ojos. Te gusta George Harrison, pasear en Chapultepec y columpiarnos. Yo disfruto abrazar tu cuerpo tibio, pasar mi nariz por tus cachetes y pensar que te está gustando la vida.

28 de junio de 2014
Hoy por fin te registramos, después de tres meses de no ponernos de acuerdo con tu nombre. Teníamos tantos para ti, pero elegimos Naira. Más bien lo eligió tu abuela el día que estabas internada en el hospital. Mientras esperábamos noticias, ella se puso a buscar en su celular nombres que te dieran fuerza, que te protegieran. Y así encontró Naira. No tenemos certeza de su origen, unos dicen que es quechua y significa guerrera, otros dicen que es aimara y significa también

mujer que ve, mujer de los ojos grandes, memoria.

> En un principio a nosotros nos gustó su sonido, ligero, como aire. También nos gustó que el ciclista favorito de su papá se llama Nairo, Nairo Quintana. Con el tiempo Naira significó a su nombre, es una niña cautelosa, le gusta mirar y le gusta el silencio. Y casi podría decir que la soledad, pero más bien huye de espacios y personas estridentes, prefiere las relaciones cercanas, las amigas constantes. Naira anda por la vida como si cargara con ella un pajarito y lo protegiera en su pecho.

3 de julio de 2014
Vi el rostro de Naira y me di cuenta de que es un ser nuevo, que nunca la vida había visto algo así.

10 de julio de 2014
Me acabo de encerrar en el cuarto a llorar con mi hija que no deja de llorar. ¿Qué tienes? ¿Por qué no dejas de llorar? La dejé ahí, de lado, en la misma cama donde yo me siento abandonada mientras todos siguen con sus vidas. Quiero estar con ella y al mismo tiempo quiero volver a lo que era antes.

¿En qué momento se siente esa magia que dicen todos que es la mayor dicha del universo?

Criar me aislaba y, además de esporádicas conversaciones con amigas para pedir ayuda, busqué lecturas para encontrar mi lugar. Hasta que tuve una hija me miré y me entendí como una mujer en un mundo patriarcal, guiada por el temor. Entendí cómo, cuando ella creciera, viviría todo esto que yo estaba sintiendo al ser su madre.

Mientras Naira dormía, incluso a veces dejándola llorar, leí a varias mujeres sobre el sentido político de la crianza, de las vidas que tenemos entre las manos. Leí a Silvia Federici, a Rita Segato, a Élisabeth Badinter, Adrienne Rich, Cristina Morini, Marina Garcés, Toni Morrison, Jamaica Kincaid. Una me llevó a otra y se fueron sumando más: Maricela Guerrero, Carolina León, Alejandra Eme Vázquez, Natalia Flores Garrido, Paulina Simón Torres, junto con otras mujeres. Cada una, desde la academia o la poesía o la experiencia viva en el cuerpo, desde el rechazo tajante a la maternidad o el intento de construir otra maternidad más propia, escribieron desde artículos elaborados o fugaces tuits, haciendo eco de lo que yo sentía cuando

me enfrentaba a la tarea cotidiana e imparable de cuidar, primero a una hija y después a dos. Poco a poco mi frustración dejó de ser mía y empezó a encontrar una razón más allá de mi piel y los muros de mi casa. Empezó a convertirse en furia.

Lo que entendí después de leerlas es que el cansancio y el enfado durante la crianza de mi hija podía explicarse a través de la normalización de nuestra capacidad para cuidar, por encima de la capacidad de los hombres, sostenida en nuestras diferencias biológicas: nuestro cuerpo que gesta, pare y amamanta se asumía una especie de ancla afectiva y sentimental al criar hijos. Como una forma de invisibilizar nuestro trabajo, nuestro cansancio, incluso nuestro rechazo a ellos, tan dependientes nuestros. Que el dejar la responsabilidad del cuidado a los hogares respondía más a regímenes de (no)bienestar que consideraban el cuidado como algo propio de los hogares, privado, para deslindar de esta responsabilidad al Estado y a la empresa. Entendí que el capital copta nuestros cuerpos, nuestros cuidados, nuestros sueños. Nuestras redes comunitarias. Las destruye y nos deja solas. Pero hay aún espacios a salvo de ello. Pienso en lo que me contó la escritora y lingüista mixe Yásnaya Aguilar cuando leyó el diario de las niñas en *Tsunami*. Sorprendida por la soledad en la que criamos en las ciudades, me contó que en la comunidad donde ella vive, en la sierra de Oaxaca, durante las fiestas se asume que los hijos son de todas al grado de que amamantar —esa

construcción íntima del vínculo madre-hijo— puede volverse un vínculo comunitario, es decir, los hijos a veces son amamantados por varias madres.

En México nuestro trabajo de cuidados no pagado —mantener viva una vida, es decir, alimentarla, limpiarla, vestirla, curarla, sostenerla, escucharla, administrarla, organizarla, conservar el lugar donde vive— representa, al 2020, poco más de una cuarta parte del Producto Interno Bruto, según el INEGI, superando a cualquier otra actividad económica en el país, como el comercio, la industria manufacturera, la construcción y la especulativa industria inmobiliaria. Para verlo de otra manera, cada una de las personas que vivimos en este país aportamos, en promedio, el equivalente a 44,507 pesos anuales por nuestras labores domésticas y de cuidados. Pero, al desagregar este monto por género, nuestro trabajo como mujeres equivale a 62,288 pesos, mientras que el de los hombres es de apenas 24,289 pesos, es decir aportamos 2.5 veces más. Y, si continuamos con las intersecciones y al género le agregamos el nivel socioeconómico, el abismo aumenta: las mujeres del decil más bajo contribuyeron con 68,041 pesos en promedio al año.

Al entender todo esto, me sentí un cuerpo usado, despojado de la capacidad de decidir, desconfié incluso de la ternura hacia mis hijas. Estaba claro, en el proceso de acumulación capitalista hemos sido las productoras y reproductoras de la mercancía capitalista más esencial: la fuerza de trabajo. Nos configuran para ello, como me había dicho mi

mamá. La fuerza de trabajo la gestamos, la parimos, la criamos, la crecemos, la cuidamos, la vestimos, la educamos, la entregamos. Y nos la arrebatan cuando nos roban a nuestras hijas, cuando las desaparecen para trabajos forzados, para la trata, como si nuestras hijas, nuestros hijos, fueran una mercancía.

Mientras leía, las preguntas se agolpaban alrededor de mí junto a los pendientes, los trastes y pañales sucios. ¿Por qué se asumió que somos las mujeres quienes debemos hacernos cargo de esos trabajos? ¿Por qué se asumió que dentro del hogar no opera lo político, sino lo privado? ¿Por qué se asumió, antes y ahora, que el trabajo dentro del hogar no debía ser defendido? ¿Por qué nos convencieron de que nosotras decidimos hacerlo por amor?

¿Por qué cuando la revolución a inicios del siglo XX nos dio la posibilidad de imaginar un país con una constitución, no se consideró al trabajo del hogar como un trabajo que debía ser reconocido, respaldado, pagado? ¿Por qué cuando se escribía la ley para defender los derechos de los obreros, los mineros, los campesinos, los trabajadores todos, el trabajo de cuidados en el hogar, es decir, el trabajo del cuidado de los hijos, de los mayores, de la pareja, no se consideró?

¿Por qué les creímos que todo esto es amor?

Nos dijeron que nuestro sacrificio es amor porque nuestro trabajo de cuidados le permite al sistema sostenerse y reproducirse. Les damos seres que producen y seres que consumen. Les creímos que era amor y ahora lo cuestionamos. Pero entonces, ¿qué sí es el amor? ¿Acaso la ternura, el atestiguar que se

convierten en personas, el mirarnos mutuamente en los ojos y aprender a pronunciar nuestro nombre? ¿Es posible cribar el trabajo de cuidados y obtener un amor puro? ¿Y si es las dos cosas? ¿Amor y trabajo?

Quise entonces escribir un reportaje que pusiera en el centro el sentido político de la crianza, un texto que reclamara la crianza en soledad. Éste sería el segundo texto que escribiría a partir de una experiencia personal, el primero fue sobre mi parto, la violencia obstétrica y la violencia social que nos dice cómo debemos parir y cómo en nuestro parir se califica nuestra maternidad: si parimos con dolor o sin dolor, si parimos en un quirófano o en la sala de la casa. Pensaba escribir que nuestro trabajo cumple una función esencial en las economías capitalistas al reproducir la fuerza de trabajo. Sin esto que hacemos cotidianamente, el capital no tendría personas listas para trabajar (ni consumir) a su disposición y no podría reproducirse. Escribir que nuestro trabajo conlleva una transferencia desde el hogar, más aún desde nuestros cuerpos, hacia las arcas del capital. Que nuestro trabajo sostiene emocional, social y económicamente a un Estado y, sin embargo, no es reconocido. El Centro de Investigación Económica y Presupuestaria publicó el estudio "Gasto Público para un Sistema Nacional de Cuidados", donde señala que en el 2020 el Estado destinaba el 0.1 por ciento del PIB al cuidado —en programas de educación, estancias infantiles, guarderías, escuelas de tiempo completo, apoyos para madres solteras, refugios para

mujeres víctimas de violencia, seguros de vida para jefas de familia—. Nuestro trabajo no remunerado (sí, de mujeres, en su gran mayoría) representa el 27.6 por ciento del PIB.

Pensaba escribir con el asombro de mi propia ingenuidad y con la indignación de sentirme utilizada.

Cuando nació Naira me uní a un grupo de Facebook, "Maternidades feministas". Necesitaba generar vínculos donde mis dudas sobre la crianza y la maternidad encontraran un lugar. Un día publiqué un post presentándome como reportera y pidiendo a las otras compañeras una entrevista sobre lo que supone criar a un hijo y la falta de redes familiares, sociales, institucionales. Quería conversar con ellas sobre lo que había leído, sobre la responsabilidad de criar "buenas personas" para entregar a la sociedad, pero dejándonos solas, sin una estructura que nos permita asumir y compartir esa responsabilidad de cuidado.

A mi post en Facebook respondieron cinco compañeras. Pasamos las siguientes semanas conversando, algunos encuentros fueron a la distancia pues, aunque sólo una vivía fuera de la Ciudad de México, la carga de nuestros empleos remunerados, más el trabajo de casa, más el cuidado de los hijos pequeños, muchos de ellos lactantes, nos dificultaba tiempos, energía y traslados.

"Hola, a mí me interesa platicar, soy mamá de una niña de tres, yo tengo 28 años y también soy reportera", respondió una mujer a mi llamado en el post. Su nombre es Rosalba y platicamos varios días, a veces pasamos del Skype a mensajes de audio por WhatsApp. A veces la voz de Rosalba nos acompañaba a mí y a mi hija en las caminatas cuando volvíamos a casa de la guardería.

La entrevisté y ésta es la historia que ella me contó.

Soy madre soltera. Apenas me embaracé y el papá de mi hija se desapareció. Cuando nació mi hija le pagué a una señora para que me cuidara a la niña mientras yo trabajaba, luego ya no pude pagarle y mi hija iba conmigo a todas las reuniones, a todos los eventos que me tocaba cubrir. "¿Por qué la trae al teatro? Esa niña llora, cállela", me decían. Un día me enojé mucho y a una señora ya grande le dije, acuérdese que usted ya está grande y que a esa edad volveremos a ser como bebés y usted volverá a usar pañal.

Escribo de todo, de lo que sea. Tengo un sueldo fijo al mes de 1,800 pesos; luego me pagan 50 pesos por nota, hay que hacer cuatro, cinco al día y así completo unos 5,000 al mes. De ahí son 800 de renta, 750 de la guardería, 700 de teléfono e internet; lo que resta se va en comida y transporte.

Cuando se enferma mi hija batallo mucho, acá cuesta 500 pesos la consulta más la medicina y entonces recorto en el transporte y comida, caminamos mucho y comemos poco. Un día en particular nos enfermamos de gripa, con fiebre, no teníamos ni para medicinas, estábamos solas, contactando a ver quién me prestaba 100 pesos para agua. Al final una vecina me llevó al médico, nos dio medicina y me prestó 500 pesos para comida.

Vivimos en un cuarto chiquito, en una esquina está la cocina que es una parrilla eléctrica y un frigobar, dos sillas y una mesa donde comemos y escribo mis notas para el periódico, y enfrente está la cama individual donde dormimos ella y yo. El baño está afuera. Algunas noches me pongo a pensar que si estuviera el papá de mi hija le podría dar una mejor calidad de vida, si me apoyara un poquito.

> La poeta Lauri García Dueñas, en su artículo "Te invito a mis cuidados" nombra la violencia que cientos, miles, millones de hombres ejercen al no participar en la manutención y crianza de sus hijos. "Me he quejado en voz alta desde que me convertí en madre, no de mis hijos, sino de la forma en que, en Latinoamérica, se ha normalizado que debemos ser las madres: sufrientes silenciosas, mamás luchonas, animales imposibles que hacemos todo 'para sacar adelante a nuestros hijos', solas". En México una tercera parte de los hogares son sostenidos únicamente por mujeres, sin apoyo de sus parejas, y esta tendencia crece en mayor proporción que los hogares biparentales. El INEGI considera a este fenómeno una de las grandes transformaciones de los hogares en las últimas décadas, en 2008 eran una cuarta parte, una década después son una tercera parte de todos los hogares mexicanos, con consecuencias que las estadísticas no alcanzan a registrar: el cansancio, la depresión, la enfermedad, principalmente para la madre.

El papá se fue cuando quedé embarazada. Fui a buscar ayuda al DIF porque en la constitución la vida está protegida desde la concepción y yo fui a pedir ayuda para que llamaran al papá y me apoyara. En el DIF me dijeron, ¿y cómo vamos a saber que ese que usted dice es el papá? Ese bebé como todavía no nace no tiene derechos, me dijeron. Yo quise hacer un juicio familiar antes de que la bebé naciera, pero no pude. Todavía no hay forma de hacerlo responsable.

> Le negaron el "apoyo" porque ese bebé no nacido aún no tenía derechos. Pero ¿y los derechos de nosotras? ¿Esos ni siquiera se plantean? ¿Somos apenas contenedoras de vida?
>
> La pensadora y escritora feminista Silvia Federici hizo un recorrido histórico y encontró que en las sociedades la vida de las mujeres importaba en tanto que eran cuerpos productivos, rentables para el territorio. Cuerpos capaces de producir la fuerza de trabajo que demandaba el capitalismo. Actualmente los programas sociales más sostenidos y financiados en países como los nuestros —como Oportunidades en México— siguen enfocándose en las mujeres madres y no en cualquier otra etapa y estado de su vida. Esto pone de manifiesto que las mujeres destinatarias de la protección del Estado son percibidas como madres, antes que como personas con derechos, escribió la socióloga Eleonor Faur en el ensayo "La caída de la super mujer", publicado en *Revista Anfibia*. Es la mujer-madre que existe en tanto tiene un hijo, es el hijo el centro de la atención y las madres apenas un instrumento

> que vale en tanto provea de cuidados a los hijos. Anclar la maternidad al goce de derechos, sigue Faur, indica una clara perspectiva en la construcción social del género mediante lo que significa ser *buena madre* en contextos de pobreza. Si tienes hijos, más aún, si tienes hijos bañados, sanos, alimentados y estudiados, mereces la protección del Estado.

Todos los días me despierto a las cinco y media de la mañana, caliento agua en un pocillo para bañarme. A la niña la levanto a las siete, antes ya preparé su mochila y su lonche. La llevo a la escuela y regreso a casa a arreglarme. Salgo a buscar notas para el periódico. A las tres la recojo, comemos en casa, me pongo a redactar. A las cinco salgo a mi otro trabajo en una radio y volvemos a las siete a seguir redactando. Nos acostamos como a las diez. A veces me da chance de jugar con ella; otra veces, nomás está aquí rondando alrededor de mí.

> Rondando. Rondar: dar vueltas alrededor de algo. Nuestras hijas nos rondan. Rondar: andar alrededor de alguien, o siguiéndole continuamente para conseguir de él algo. Nuestras hijas quieren conseguir algo de nosotras. Tiempo, atención, una mirada, algo que les confirme que existen.

Para mí hay muchos reproches, ¿y para qué la trajiste al mundo si no ibas a poder? Si no tenías todo, ¿para qué? ¿para qué pariste? Y me pregunto, ¿para qué parí?, ¿para esto la traje al mundo? Y luego respiro y me doy una palmadita en la espalda y me digo no hay de otra, sólo hay que seguirle.

Ella me acompaña a todo, en la radio le pido que se quede calladita, que guarde silencio porque voy a grabar. Yo la riño mucho, le digo, tengo que terminar, tengo que terminar mi trabajo, espérame, estoy trabajando. La regaño y luego me siento mal porque no era lo que yo quería para ella, era una niña que yo esperé con mucho amor, yo no quería ser violenta, agresiva con ella y a veces no puedo ser de otra manera. Yo no quería ser así con ella, porque cuando era niña, me acuerdo de que mi mamá me regañaba de todo y terminé convertida en mi mamá con ella. Es muy duro. Pasa un rato y trato de decirle, amor, espérame, tengo que terminar, le explico la situación de por qué no quería que hiciera o no hiciera.

> Hay veces en las que yo tampoco soy lo que quería para mis hijas. Y pienso que los sueños que yo tenía para ellas son en realidad los sueños que tenía para mí, para la madre que imaginaba que quería ser. Una madre divertida y paciente y entera y juguetona. Y pienso si en realidad esos eran mis sueños o los de alguien más. Si tenían razón quienes nos dijeron que esa era la única forma de ser madres.

Hay días que la veo y recuerdo todo lo que yo no quería ser y estoy siendo, la mamá que regaña, la mamá que da nalgadas. Yo fui criada con maltrato y he pensado que no es posible salir del círculo de la violencia. La regaño, le hablo feo, luego le pido perdón y luego otra vez… Un día se le cayó un vaso y su reacción fue inmediata: Mamita, mamita, perdón, no fue mi culpa, me dijo muy angustiada, y yo me quedé pensando en el miedo que ella me tiene.

> Nosotras no somos el círculo de la violencia, Rosalba. Nosotras no somos las que debíamos poder salir del círculo de la violencia.

No hay apoyo en ningún lado, no hay red familiar sólida, en la escuela las maestras le dicen que por qué trae el uniforme sucio, que por qué llega tarde, que por qué no trae la tarea. Vivo en el centro de la ciudad. Casi no tengo vecinas y las que tengo les da esa cosa de discriminación porque soy madre soltera. En el trabajo sí hay apoyo, cuando mi hija era bebé el director me dejaba entrar a su privado para sacarme la leche y ahorita, que me la llevo a los eventos, los compañeros reporteros me apoyan a cuidarla unos minutos mientras tomo fotos, mientras hago una entrevista rápida. De ellos he recibido cosas muy buenas.

No es fácil, porque las mamás no tenemos lugar en la sociedad. Es una combinación de muchas cosas: hay más trabajo, los sueldos son bajos, los costos muy altos, el espacio es más hostil, no hay dónde tomar un café con juegos o restaurantes con periqueras o cambiador de pañal. Si yo salgo con mis amigas me tengo que llevar a mi hija y no hay un lugar donde las mamás puedan. Como si por elegir ser mamás estuviéramos condenadas a pasar el tiempo encerradas, olvidadas.

Se nos olvida que fuimos niños, que podemos cuidarnos todos a todos. Mi hija y yo disfrutamos mucho la caminata de la tarde saliendo de la estación de radio, caminamos un kilómetro, a veces es ella la que me cuida, mamá súbete, te van a tropeñar, y cuando sucede eso, pienso que no lo estoy haciendo tan mal.

Me gusta pensar que cuando mi hija sea grande sentirá que, aun con todo el trabajo y con todas las carencias, su mamá se daba un tiempito para ella y le tejía zapatitos, le hacía juguetes con fomi, cositas pequeñas, pero se esforzaba para que ella estuviera bien. Espero que lo recuerde. Cuando tenga mi edad, espero que ella pueda saber que su mamá fue la mejor mamá que le pudo dar.

Un día de julio de 2014
Hoy me recuerdo a mí misma: hice un compromiso con mi hija para cuidarla.

Comparto con ella mi libertad.

14 de julio de 2014
Quiero grabarme tu cuerpo, tu volumen.

Bailamos junto a la ventana, te abrazo y nos hacemos una de nueva cuenta.

15 de julio de 2014
Amanecí con una mini angustia y me siento mal porque no estoy escribiendo tanto, grabando tanto, reporteando tanto, etc. etc. etc. Una parte de mí me dice, Daniela, ten calma, ya habrá tiempo —o no— para esas cosas, ahorita la tienes a ella. Y ella está junto a mí, y me sonríe.

> ¿Qué veías en mí, Naira? ¿Qué veías en mí que te hacía sonreír?

21 de julio de 2014
Soñé que te dejaba olvidada en la habitación mientras iba a un taller. Fue un día difícil, no querías estar en

casa, sólo en la calle, y llorabas mucho. Ahora duermes a mi lado. El compromiso de cuidarte me excede.

30 de julio de 2014
Al final del día, cuando después de haber hecho todo, bañarte, alimentarte y dormirte, agotada, con dolor de espalda, pienso que todo ha valido la pena. Respiro con ese cansancio victorioso. De sabernos juntas y saberme tu madre.

5 de agosto de 2014
Mis padres se divorciaron cuando yo tenía unos diez años. Tenían una cama *king size*. Cuando mi papá se fue de la casa, mi hermana menor y yo ocupamos su lugar en esa cama. Tengo muy presente un recuerdo: mi mamá de madrugada viendo películas en la televisión (las escogía subtituladas y les bajaba todo el volumen para no despertarnos) mientras lavaba el uniforme del colegio de monjas de cuatro hijos. Yo la miraba desde las cobijas en silencio. A veces me acurrucaba entre sus piernas y a veces comía de los cacahuates en salmuera que compraba en un puesto al pie de la carretera Panamericana entre Guanajuato–Irapuato, por donde pasaba todos los días camino al trabajo. Quizá lo hizo sólo algunas veces, pero para mí ese recuerdo está muy presente. Ella de madrugada, mirando películas mientras lavaba nuestros uniformes. Entonces, ese momento era una especie de complicidad entre mi mamá y yo, mientras mis otros hermanos dormían. Nuestro secreto. Ahora, esa imagen ya no es un momento de complicidad, sino de soledad. Me provoca dolor. Quizá es mi propia maternidad la que me hace volver de

forma distinta a los recuerdos. Pensarlos desde otro lugar. Si pudiera regresar el tiempo y estar de nuevo bajo las cobijas mientras mi mamá mira la televisión, le diría: "No estás sola, nosotros tus hijos estamos aquí a tu lado, contigo, nosotros te acompañamos".

6 de agosto de 2014
Es de madrugada, lloro de cansancio de cuidarte, de amamantarte todas las noches, de no dormir, de escucharte llorar. Ricardo se levanta conmigo y me prepara un té, me acaricia la espalda mientras yo te alimento.

15 de agosto de 2014
Llegamos a Tijuana, me acompañas a reportear, eres súper chida, mi amor. Hoy me acompañaste todo el día con familias de desaparecidos a recorrer lugares donde buscan cuerpos enterrados y el memorial donde...

Y ahora duermes a mi lado, eres súper chida.

El memorial donde… el memorial abandonado donde no se sabe cuántos cuerpos de personas fueron desintegrados con ácido. Esto que escribo, *el memorial de los cuerpos disueltos en ácido*, no pude escribirlo en su momento en el diario, como si al escribirlo me quemara los dedos, como si al no escribirlo borrara que te llevé ahí.

Cuando yo era niña también acompañaba a mis papás a sus trabajos, recuerdo haber pasado horas y horas en salas de espera de juzgados y en asambleas comunales y subiendo cerros para trazar terrenos, acompañando a mi papá en su trabajo de abogado agrario. Recuerdo haber pasado horas y

horas acompañando a mi mamá a sus juntas en las escuelas donde fue maestra, directora, a sus clases en la normal. Y Naira me acompaña a Tijuana y a Guerrero y a Jalisco y a Veracruz. Hay una parte que me llena de ¿orgullo? por hacerlo juntas, por no parar, por seguir, aún con ella, tan chiquita, tan frágil. No parar a costa de su inocencia. Hay otra parte que se pregunta: ¿qué es lo que estoy enseñándole con esto? ¿Que no pares nunca, hija?

30 de agosto de 2014
Hoy me despertaron tus balbuceos, tus risas. ¿Cómo será tu voz? ¿Qué palabras te gustará pronunciar? ¿Cuáles vas a inventar?

Te he dado palabras, hija, para estar en el mundo: leche, cama, amor. Cállate, duérmete, déjame en paz. Te he construido un mundo de cobijo y de

miedo. Tú lo habitas y destruyes, dándome también tus palabras: mamá.

1 de septiembre de 2014
Soñé que te desdoblabas. Por alguna razón te había dejado en un cuarto dormida y comenzabas a inquietarte, a llorar. Tenías quizá un año de edad y desde una ventana te miraba, sola en la cama. Entonces, te desdoblabas y tu yo-espíritu se paraba al lado de la cama y tranquilizaba, cuidaba, consolaba a tu yo-humana. Supongo que este sueño significa que confío en ti, que sabrás estar bien contigo misma.

A los encuentros con mamás se agregaron conversaciones con hijas, con hermanas. Con mis propias hijas que, a balbuceos y con sus primeras palabras, me interpelaban. Al interés de conversar sobre el sentido político y económico del cuidado se sumó el conocer las experiencias que nos hacen vivir nuestro cuidado de la manera en que lo hacemos: nuestra historia, nuestra condición económica, nuestra infancia, la relación con nuestras madres, la forma en que fuimos pensadas y en que habitamos este mundo, a veces con rebeldía, otras con sumisión. La necesidad de escribir sobre el cuidado, más que la maternidad, fue abriéndose espacio, como se abrieron espacio mis hijas entre mis piernas, entre lo que era y lo que soy. No todas somos madres, pero todas hemos sido hijas. Todas hemos cuidado y hemos sido cuidadas.

"Todos somos hijos, todos somos transcurrir y esporas", como escribió la poeta Maricela Guerrero. De eso quería escuchar y escribir. Como si al escucharlas sus palabras me abrazaran; como si al escribirlas estas palabras las abrazaran.

A Jenny la conocí mientras reporteaba una historia sobre los *call centers* y las condiciones laborales. Jenny había cumplido 18 años y había abandonado la preparatoria porque necesitaba pagar la renta del cuarto donde vivía con su hermana pequeña. Así comenzamos a platicar de los cuidados y dejamos de lado las violencias laborales.

Entrevisté a Jenny y ésta es la historia que ella me contó.

Desde que tengo memoria mi vida ha sido algo así como un infierno, salvo por mi mamá. Ella me da buenos consejos, pero no sé por qué no los sigue también. Ella me ha dicho: no te busques a un hombre que te pegue, no te busques a un hombre que te maltrate, no te busques a un hombre que te haga menos, no te busques a un hombre que lastime a tus hijos. Pero ella vivió con un hombre que hizo todo eso. Yo no entendía por qué ella seguía ahí, si mi papá le pegaba, mi papá la maltrataba, mi papá la hacía menos, mi papá le quemaba su ropa.

Yo aprendí que si a ella le pegaban, a mí me pueden pegar.

Tengo dos hermanas mayores, una de veinticinco y otra de veintidós. La primera me contó que mi papá le pegaba muy feo porque no quería que tuviera amigos; la segunda, igual. La primera se casó a los 17 por miedo a seguir viviendo en casa, la segunda se fue después de la golpiza que le dio por quedar embarazada.

Mis hermanas me contaron que mi papá siempre fue así. Sonará feo, pero no me atrevo a decirle papá, porque un papá te quiere y te apoya, no hace ese tipo de cosas.

> ¿Cómo se le dice entonces? ¿Cómo se le dice al hombre que tiene la responsabilidad de cuidarte y en cambio te violenta? ¿Cómo se le llama a esa contradicción?

Mi papá… insisto, es muy machista.

Mi papá le ha pegado a mi mamá, quemaba la ropa de mi mamá, quemaba la ropa de nosotras. Una vez llegó a oler la ropa interior de mi mamá para vigilar que no lo engañara, que no oliera a otro hombre. Yo le dije a mi mamá que eso no estaba bien. Otra vez la violó… ¿cómo se podría decir?, ¿anal? Porque decía que por ahí era el único hoyo donde no era puta.

Con el tiempo he tenido que aprender a quererme a mí misma, porque yo no me quería. Yo por lo que vivía, no me quería. Yo quiero hacer algo mejor; si ellos pasaron esto, yo quiero pasar cosas diferentes, no ser lo mismo. Va a sonar raro y la verdad, la verdad, siento feo al ver cómo todos siguen el mismo patrón.

> Las violencias del mundo, el machismo, el racismo, se filtran en nuestras casas, en nuestras vidas y, pese a ello, intentamos decir "no", construir algo mejor para nosotras, para nuestro futuro. En su ensayo "Hombre niño: la respuesta de una feminista lesbiana negra" la escritora Audre Lorde planteó que "criar niños negros —mujeres y hombres— en la boca de un dragón racista y sexista, es peligroso y arriesgado. Si no logran amar y resistir al mismo tiempo, es muy probable que no logren sobrevivir. Y para poder sobrevivir, tienen que dejar ir. Esto es lo que las madres buscan —amor, su-

> pervivencia— esto es, la autodefinición y el dejar ir. Para cada una de estas cosas, la capacidad de sentir las cosas con intensidad y reconocer esas sensaciones es fundamental: cómo sentir amor, cómo no desestimar el miedo pero tampoco dejarse abrumar por él, cómo sentir profundamente". Lorde construye la metáfora del dragón para visibilizar la violencia patriarcal y decirnos que el problema no es el otro, el hombre, sino la estructura patriarcal. Hijos, hijas, que no sean destruidos por ese dragón, que sepan que esa opresión viene de un mundo que los prepara para odiar a las mujeres y a sí mismos. Que amen, que se amen y se resistan a ese dragón.

Mi cuñado le pega a mi hermana, no la deja usar celular, no la deja pintarse, dice que si se pinta parece payaso, que si usa falda parece puta, que si usa esto parece no sé qué. Mi otra hermana estaba embarazada y mi papá le dio una golpiza y se tuvo que ir de la casa y su novio le dio otra golpiza y perdió al bebé.

Yo aprendí que si a ellas les pegaban, a mí me pueden pegar.

No me podía poner una playerita sin mangas porque mi papá me decía, estás enseñando el brazo, estás diciendo que eres fácil, estás queriendo decir que vayan y que te hagan algo ahí en la esquina. Y yo le decía que no, que él estaba mal. Incluso, con lo que yo quiero estudiar, mi papá se opone. Yo quiero estudiar ingeniería mecánica y él no quiere, que porque ese trabajo es sólo para hombres. Él dice que yo tengo que trabajar de enfermera, de cultura de belleza, secretaria, licenciada, cosas que a mí no me gustan. Mi

papá yo creo que necesita ayuda, pero pues ya está viejito, ya…

Cuando veía que mi papá le iba a pegar a mi mamá, me metía en medio y yo le decía que primero me pegara a mí. No sé de dónde aprendí eso, a defender a mi mamá. A lo mejor no sabía qué estaba haciendo, pero tenía miedo de que la pudiera matar.

> ¿De dónde lo aprendió? ¿Dónde aprendimos a defendernos? Tengo un sueño recurrente, o más bien una sensación recurrente en los sueños: me atacan o atacan a alguien a quien amo, y mi respuesta es rendirme. No opongo fuerza al violador, no busco a mi mamá y hermana cuando las desaparecen, no intento escapar del soldado que está por dispararme en la nuca, no corro hacia la montaña cuando una ola de 30 metros emerge frente a mí. Me gustaría tener el coraje de defenderme.

Mi papá, cuando yo nací, él no estaba aquí. Estaba en Estados Unidos y, cuando volvió, me dijo que yo no era su hija. Tú no eres mi hija, siempre me lo decía, me lo hacía saber de muchas formas. Un día estábamos cenando en la mesa toda la familia, mi papá agarró mi plato y lo puso en el suelo, me dejó mi plato como si fuera un perro: tú comes acá porque no eres mi hija. Entonces mi mamá a escondidas me pasaba unos pedacitos de comida, ten, mira, come esto. Yo entendí que mi papá le hacía daño a mi mamá por mi culpa y yo tenía que defenderla porque ella sí era mi mamá. Yo creo que por eso me metía entre los dos.

Varias veces fui a la policía, a decirles, mi papá le pega a mi mamá y no me hacían caso. Le dije a mis tíos, no me hacían caso; decían que yo era una niña, que no sabía cosas de adultos, que dejara a los adultos resolver sus problemas, que yo no tenía por qué meterme porque no era nadie; simplemente, no era nadie. Mi papá me decía que el día que yo tuviera a mi pareja o mi novio yo lo iba a entender, iba a entender por qué lo hacía.

> Tú no entiendes las cosas de los adultos, le dicen en la casa, en la calle, en la policía. Infancia viene del latín *infans* que significa "el que no habla". En la práctica, en la vida cotidiana, pareciera que el infante no es tanto el que no habla, sino el que no es escuchado. No es que las niñas no entiendan las cosas de los adultos, es que los adultos no queremos escuchar ese entendimiento, esa confrontación del daño. Los adultos como padres (y madres) y los adultos como un Estado que se erige autoritario, utilitario, asistencialista en su relación con las infancias, una relación de propietario y propiedad. Hablar de violencias es desmontar el patrón tutelar, la mirada adulta en la que se basa nuestra cultura y la relación con las infancias, históricamente, y junto con las mujeres, personas de segunda clase.

Hubo una ocasión, yo tenía como diez años y mis papás estaban peleando. Discutieron porque mi mamá salió en falda, pero salió en falda al tobillo. Mi mamá salió así por nosotras a la escuela y él llegó y la jaló de los pelos en la calle y le pegó. Entonces, no lo niego y sé

que está mal, yo me metí a la casa tras ellos y había un sartén en la estufa y agarré el sartén y, yo sé que estuvo mal porque es mi papá, se lo aventé en la espalda y le dije que ya no quería que tocara a mi mamá. Aún tiene las marcas del aceite hirviendo en su espalda.

> Nuestras historias tratan de la vida o la muerte, tratan de las frustraciones, del miedo. Jenny intenta salvar a su mamá de la violencia. La vida de la infancia es muchas cosas menos un espacio de inocencia. Desde niñas aprendemos que afuera —o muy dentro— hay algo que nos amenaza y que si no gritamos, con una cazuela de aceite hirviendo o con una súplica, vamos a perder. Pese a la barbarie, nos decía la escritora Agota Kristof en la historia de *Claus y Lucas*, los niños van encontrando y construyendo sus códigos morales.

¿Qué es lo que quieren de una mujer? ¿Qué es lo que los hombres quieren de una mujer? Mi familia toda, en general, es machista: mi papá, mi abuelo, el hermano mayor de mi mamá, mis tíos. Mis primos, por lo que he visto, siguen los mismos pasos. Creen que la mujer nomás tiene que quedarse en casa y el hombre a trabajar y hacer lo que él quiera.

¿Qué es lo que quieren de una mujer? Me hago esas preguntas diario. Me metí mucho al tema y estuve preguntándole a mis amigos en la escuela, ¿tú qué piensas? Y ellos decían, pues es que una mujer cuando se viste así, algo quiere, y yo les decía, ¡es que no es eso! Y todos me decían que sí.

Mi mamá me dice que yo trato de pelear con todo el mundo y no se puede; que yo trato de arreglar a todo el mundo y no se puede. Yo le digo que no sé, pero si cambia uno, a lo mejor ese uno cambia a otro y así.

Yo sé que no voy a arreglar a toda mi familia, pero lo único que trato ahorita es ayudar a mi hermana, la más pequeña. Tiene ocho años. A veces la encargábamos con la vecina a que la cuidaran y el hijo de la señora tocaba a mi hermanita, la tocaba… Falté mucho a la escuela para llevar a mi hermana al psicólogo.

Mi papá ahorita no vive con nosotros y tiene una orden de alejamiento hacia mi mamá. Yo misma fui y lo demandé; ya no puede acercarse a mi mamá. Estaba en la casa bien borracho y amenazó con matarnos a todas, nos dijo que iba a explotar un tanque de gas, nos dio mucho miedo y había vecinos de testigos y me animé a la denuncia. Le pedí a mi hermana las fotos de cómo mi papá había golpeado a mi mamá y ahora sí me hicieron caso.

No fue fácil hacerlo, denunciar a mi papá. A pesar del maltrato y de que él decía que yo no era su hija, pues yo sí lo quiero. Yo sentí feo al denunciar a mi papá, pero a la vez dije que estaba bien, porque ya no quería que le hiciera daño a mi mamá ni que mi hermanita viera ese tipo de cosas, porque, de hecho, ¡para mí, mi hermana es como mi hija! Prácticamente yo la baño, yo la llevo a la escuela, yo voy a sus juntas, yo soy su tutora, ¡todo soy para ella!

No todas somos madres, pero todas hemos cuidado y hemos sido cuidadas.

Le dije a mi mamá que me llevaría a mi hermanita si ella no dejaba a mi papá y aceptaba una ayuda. Mi mamá me dijo que estaba loca ¿cómo le iba a quitar a su hija?, que yo apenas era una niña. Entonces dejé de estudiar porque no quería dejarlas solas ni un momento. Pero luego me tuve que meter a trabajar y renté un cuartito y ahí me las llevé. Primero a mi hermana. Luego mi mamá me creyó y decidió irse con nosotros.

> Jenny se rebela al sometimiento de su mamá, opta por no aprenderle, no heredarlo. La poeta y teórica feminista Adrienne Rich escribió en *Nacemos de mujer*, que "muchas hijas guardan rencor hacia sus madres por haber aceptado con demasiada pasividad *lo que sea*. La conversión de la madre en víctima no sólo la humilla a ella, sino que mutila a la hija que la observa en busca de claves para saber qué significa ser mujer". ¿Es así? ¿Es rencor lo que sentimos las hijas hacia nuestras madres por no haber dicho "no", por no haberse defendido, por haber permitido los golpes, el abuso? Puede haber también otras cosas, ¿verdad, Jenny? Puede haber compasión y reciprocidad.

Mi mamá como que todavía no supera que ya no esté con él. Se acostumbró a él, a los golpes, al maltrato y a veces le cuesta entender por qué me salí y las saqué de ahí. En el fondo yo siento que ella pensaba que todo eso estaba bien porque mi abuelito hacía lo mismo con mi abuelita. Me ha costado trabajo explicarle a mi mamá que eso no está bien. Para mí lo más difícil de todo lo que viví es que ella haya aprendido a vivir con

tanto maltrato, con tanto dolor, que se le haga normal, que piense que las personas pueden hacerle daño y está bien. Como que eso me hace sentir que ella no se ha querido. Eso es para mí lo más difícil, que ella no se haya querido.

> ¿De dónde viene la mirada con que nos vemos a nosotras mismas? ¿Para querernos necesitamos que antes alguien nos haya querido? "Acabé amándome a mí misma tercamente, como fruto de la desesperación porque no había nada más. Un amor así puede servir, pero sólo servir, no es precisamente lo ideal; tiene el sabor de algo que se ha dejado en la alacena que se vuelve rancio y al comerlo te revuelve el estómago. Puede servir, puede servir, pero sólo porque no hay nada más que ocupe su lugar", escribió la novelista Jamaica Kincaid en *Autobiografía de mi madre*. Y aunque Jenny intenta ocupar ese lugar, convencer a su madre de que se mire como una mujer valiosa, parece no ser suficiente, parece que sus palabras no alcanzan para que su madre se quiera. ¿Está eso al alcance de nuestras manos?

Ahora me gusta estar en casa, antes no. No era nada agradable llegar de la escuela con miedo de qué voy a ver, qué va a pasar ahora, mi papá le va a pegar a mi mamá, mi papá va a hacer esto, va a hacer el otro… yo vivía como que con un miedo a llegar a mi casa. Ahora me gusta estar en casa, me gusta meterme a mi cuarto y escuchar música a todo volumen y cantar fuerte, siento

que me llena. No lo sé pronunciar, pero me gustan los Bitles. Hay una canción que me gusta mucho, es ésta:

When the night has come
And the land is dark
And the moon is the only light we'll see
No I won't be afraid
Oh, I won't be afraid
Just as long as you stand, stand by me
So darling, darling stand by me
Oh, now, now, stand by me
Stand by me, stand by me

Esa canción dice que siempre va a estar esa persona, que, a pesar de lluvias y tormentas, siempre va a estar. Se la canté a mi mamá, le dije que es una canción que la representa, siempre voy a estar para ella. Y todo lo que tenga o pase, yo voy a estar ahí, con ella. Se la he puesto a todo volumen, pero luego me dice, es que no le entiendo, y luego le pongo la canción subtitulada y se pone a llorar porque dice que no le gusta que le enseñe ese tipo de cosas, que se siente feo porque ella no nos defendió lo suficiente ni estuvo para nosotras lo suficiente, que si aguantó tanto tiempo fue por nosotras, porque no quería dejarnos sin un papá, porque no quería que nos hicieran burla en la escuela porque no teníamos papá, pero que se equivocó.

Recuerdo a las mujeres de las que escribe la novelista Miriam Toews en *Ellas hablan*, madres de jóvenes que fueron violadas por hombres en su comunidad. A lo largo del libro estas mujeres tratan de resol-

> ver qué hacer en respuesta a esos abusos. "Cuando nos hayamos liberado, tendremos que preguntarnos quiénes somos. Ahora pregunta: ¿Digo bien si digo que en este momento las mujeres estamos preguntándonos cuál era nuestra prioridad y qué está bien, si proteger a nuestras hijas o entrar en el Reino de los Cielos?", dice una de las protagonistas. Imagino a la madre de Jenny como a ellas, pensando de qué se trata cuidar a una hija y cuál de todas las posibilidades es la correcta. ¿Cuidar a las hijas es cuidar a la familia o a la comunidad? ¿Cuidarlas de sus padres y sus hermanos? ¿Cuidarlas de la violencia o la vergüenza?

A mí me pone triste eso, que se castigue tanto después de todo lo que le hicieron. Yo creo que mi mamá lo dice porque permitió tanto maltrato, ha de pensar que nos falló. Pero para mí, a mí no me ha fallado, porque el único que me falló fue él, no mi mamá.

¿Cuál es la historia que nuestras madres contarían si pudiéramos escucharlas? Volví con Rosario, mi madre, y esto es lo que ella me siguió contando.

No recuerdo nunca haberme preguntado, ¿qué voy a hacer con tres, con cuatro hijos?, ¿dónde quedo yo? Porque yo fui educada así: Tú estás para los demás. Mi día estaba colmado de tareas: los hijos, la casa, el trabajo, la maestría. Mis padres me ayudaban a cuidarlos a ustedes mientras estudiaba los fines de semana. Por la madrugada hacía la tarea de la maestría, pero no me sentía cansada, además, para mí era normal, no vi otro ejemplo de mamá: la que se desvela, la que madruga, entonces no había rebeldía ni inconformidad en eso.

> No sé cómo escuchar este relato de mi mamá. Me incomoda su aceptación sin cuestionamientos, sin rebeldía. ¿El amor incondicional de una madre? ¿El sometimiento de una madre? "Nos sonreía. Ella, como lo hacen las madres cuando son de sus hijos. Nos daba sus canciones. Toda su belleza y su juventud nos la entregó. Volaba sobre sus penas, como las golondrinas que van al lugar sin retorno. Borró de nuestras vidas la tristeza y el hambre de pan", escribió Nellie Campobello y yo puedo decir en respuesta que mi mamá nos entregó su cuerpo, su melena negra, su delgadez, sus risas, su piel sin manchas que se fue nublando. Escribirlo bonito

para recibirlo sin culpas. Traducir el dolor en palabras que puedan ser audibles. Palabras inocentes que permitan acercarse sin miedo, como se acerca uno a un animal manso al que puede extenderle la mano y acariciarle el pelaje. Eso intento. Decirlo de tal manera que podamos quedarnos aquí, sin miedo y sin la urgencia de huir porque nos quemamos.

Pero en realidad tendría que decir: mi mamá se desangró, se exprimió, se arriesgó, se puso en segundo y tercero y cuarto y quinto lugar de su propia vida de mujer con cuatro hijos, estiró los límites de sus posibilidades una y otra y otra vez, hasta perder la noción de dónde y cómo terminaba su vida, su cuerpo, para arrullarnos, para hacernos reír, para llevarnos de paseo. Porque ella también inventó palabras para poder decir de otra forma: "no hay comida en la despensa", "no hay dinero para vacaciones", "aún debo sus vestidos, sus zapatos y sus moños", "estoy cansada". Ella montaba campamentos en el jardín, ella se tumbaba en la cama y nos hacía creer que nos prestaba su cuerpo para jugar, cuando en realidad estaba rendida.

Pero en realidad tendría que decir, como escribió Adrienne Rich, que le tengo rencor por no habérsele rebelado a un hombre, a sus hijos, a una familia, a una comunidad que le exigía criarnos y sonreír. Un rencor que nace en la paradoja en la cual tenemos una madre, pero nos sentimos sin ella porque nuestras madres nos parieron y arrojaron a un mundo absolutamente masculino, así como antes ellas fueron arrojadas a esta jauría.

En realidad tendría que guardar silencio y

> pensar en lo que ella hizo para que ahora yo pudiera hablar.

Yo me sentía contenta, trabajaba en la telesecundaria con Joel, él era maestro de danza folclórica y de contemporánea, era mi amigo y confidente, me ayudaba con ustedes cuando el transporte los dejaba conmigo en la oficina. Siempre hubo alguien alrededor: mi mamá, mi papá, mis hermanos, siempre conté con apoyo.

> Era la década de los noventa. Mi mamá ya estaba sola. Bueno, no estaba "sola", estábamos nosotros, sus hijos. Pareciera como si la ausencia de mi padre nos hubiera borrado a todos. Solíamos visitar a mi abuela y, antes de llegar a su casa, mi mamá nos advertía a sus cuatro hijos: no den lata, no pidan comida, si les pregunta si ya cenaron ustedes dicen que sí. Pero entre madres no se pueden mentir y la abuela nos servía de cenar taquitos de frijol, pastel de tortilla, pan con nata y azúcar.

Tuvimos épocas muy bonitas. Ustedes estaban chiquitos y nos íbamos al rancho que tu papá en ese tiempo rentaba y alternaba esta actividad con su profesión. Traíamos elotes y hacíamos uchepos, hacíamos quesos, cosechábamos fresas, ustedes se la pasaban felices con las gallinas, los pollos, las vacas, y nos ilusionaba divertirnos con ustedes y verlos jugar con libertad. Todos disfrutamos mucho esa etapa.

Pero tu papá y yo no aprendimos a comunicarnos. Podíamos hablar en lo profesional, pero no como pareja,

no como padres. Aun así, no me sentía infeliz, porque ustedes me llenaban, y lo otro…

> Lo otro, es decir, la soledad en la crianza, el cansancio, tu vida…

… lo otro pues se me hacía vago. Era lo normal, no había rebeldía e inconformidad. Para mí no era la muerte. Yo lo veía natural, así es como las mamás nos desempeñamos, y me gustaba hacerlo. Ante todo, estaban ustedes, llenaban mi vida. Iban bien en la escuela, eran estudiosos, educados, sus maestras los querían, participaban en los festivales de la escuela, la escolta, eso opacaba cualquier indicio de sufrimiento. Conmigo eran muy cariñosos, generosos, comprensivos, colaboradores, bien portados, juguetones.

En un tiempo, cuando ustedes estaban dormidos, me subía a la azotea de la casa porque desde ahí veía la camioneta de tu papá llegar. Por un lado, sentía alegría de que estaría ya en casa; por otro, me latía el corazón y me dolían las tripas por pensar o imaginar de dónde llegaba.

La pasé muy mal cuando tu papá se fue de la casa y se casó. Nos separamos cuando Caro tenía doce años. Y mientras ustedes dormían, yo escuchaba música en la madrugada. Era mi manera de estar triste. No dormí durante un año. La pasaba en vela, era mi realidad de ya no estar juntos y asumir la responsabilidad total de ustedes, mis hijos.

La soledad dolía mucho, la soledad era permanente. La soledad ya no era sólo un sentimiento. Era de ver-

dad, era concreta. Un día tu papá me llamó para decirme que su nueva esposa estaba embarazada y yo lloré, y sólo le pedí que si era niño no le fuera a llamar Luis Eduardo, como él, porque así ya habíamos bautizado a nuestro hijo.

> El nombre de mi padre, el nombre de mi hermano. El nombre de quien prometió amarla y cuidarla en las buenas y en las malas; el nombre con el que llamó al fruto de su vientre. Déjenme eso al menos, por favor.
>
> La soledad es ser deshojada de las promesas que te trajeron al mundo.

Entonces tuve que aprender a estar sola, sin mi esposo.

> ¿Y nosotros, mamá? ¿Éramos demasiado chicos o demasiado egoístas para ver más allá de nuestras necesidades? ¿Esperabas algo de nosotros, mamá?

Tu papá me reprochó que cuando dejó la casa sólo tuve una falsa dignidad. Y no era eso, era dolor, era dolor. No era una cuestión de género o de derechos. No. Era dolor. El dolor de que prefirió estar allá que aquí, de sentirme dejada, sola.

Recuerdo que un domingo por la mañana fui a misa con ustedes, mis cuatro hijos, como lo solíamos hacer. Los domingos temprano les preparaba un licuado de miel de fresa y nos íbamos caminando a misa; nos íbamos por el camino de las vías del tren. Y ese domingo en la homilía el padre empezó a hablar mal de las mujeres divorciadas y, mientras él hablaba, ustedes se fueron

acercando a mí, como cercándome, como protegiéndome. Así lo entendí yo. Y Luis, que tenía diez u once años, me rodeó con un brazo, me abrazó, como diciéndome que no estaba sola, que los tenía a ellos, a ustedes.

Mi divorcio provocó el rechazo de la gente, de algunos amigos y vecinos. Recuerdo que el grupo de amigos con los que habíamos fundado un grupo de scouts convocó a una reunión y una de las compañeras dijo que yo debía salir porque era un mal ejemplo para los muchachos. Me alejé de ahí, de mi familia, me alejé de mi mamá porque sentía vergüenza de haber "fallado" en la educación materna, como esposa, aunque después ella me apoyó, aun en contra de sus convicciones religiosas, cuando supo que me divorciaría y, años después, cuando le anuncié mis segundas nupcias.

> Iba en la primaria, en quinto o en sexto, y mi mejor amiga me dijo que no me podía invitar a su fiesta de cumpleaños porque mi mamá estaba divorciada. En la ciudad donde crecí las mujeres como mi mamá eran relegadas de la vida social por ser consideradas mala influencia, por ser vistas como una amenaza para los matrimonios felices, pero, sobre todo, por haberse atrevido a decir "no".

Todo esto es para decirte que la crianza se determina no cuando nacen los hijos, sino 20 años antes. Es decir, lo aprendes de tu propia familia y luego ya vas construyendo otra educación, tu propia forma de ser familia. Cuando ustedes me preguntan: ¿cómo le hacías, mamá, con nosotros tus cuatro hijos? Lo recuerdo y pues no había chance de quedarme estática, atenderlos

exigía acción, aunque reconozco que actuaba en piloto automático algunas veces. Además, ustedes colaboraban siendo responsables, ayudándome, estudiando, cuidándose entre ustedes, eran comprensivos y considerados.

Y te pido que en esto apagues la grabadora…

Pasé varias semanas del verano de 2016, 2019 y 2021 entrevistando a mi mamá sobre su crianza y la de nosotros, sus cuatro hijos. Me acerqué como hija y como reportera. A veces preguntaba desde un lugar muy cercano, ese lugar de la pena y el agradecimiento, del recuerdo de su cansancio y nuestra alegría; otras veces las preguntas nacían de más lejos, por ejemplo, aquellas preguntas que tenían que ver con mi papá o con su sexualidad o con su vida de mujer, como si desde ese lugar lejano pudiera escuchar su historia sin involucrarme, sin ponerme en medio, como si escuchara historias de otro hombre desconocido y no de mi papá.

Cuando mi madre me pide que apague la grabadora sé que le está hablando a la reportera, porque a mí, a su hija, intenta decirme algo que no termina de ser pronunciado. Me ha sucedido, como reportera, estar frente a estos silencios, estos balbuceos, y las primeras veces intentaba empujar la voz aventurando respuestas, o con más preguntas, y he tenido que aprender que ese silencio existe, es decir, sucede, es decir, es presencia. Hay historias, recuerdos, que son inenunciables, que son intransmisibles, quizá porque aún no es su momento de nacer o porque sólo le pertenecen a quien los vivió y deben per-

manecer dentro de ellas, de nosotras, en un lugar sagrado.

Cuando decidí entrevistar a mi madre y escribir su historia no tuve la ambición de ser objetiva, menos de encontrar una verdad. Hace mucho que renuncié a ello. Quise acercarme a sus límites, sus pliegues y sus sombras. Sabía que sería un relato a partir de lo que ella quisiera contarme y lo que yo fuera capaz de recibir. De lo que ambas recordáramos y acomodáramos del pasado para tener un presente habitable. De lo que pudiera aportar a construir el relato de mi propia vida.

¿Es válido contar su historia en mis propios términos? Más aún, ¿tengo el derecho a escribir la historia de las otras mujeres que están aquí? Como periodista es obvio que *tengo* que contar las historias, tengo que informar, denunciar, revelar. Ese es mi trabajo. Sin embargo, esta pregunta que me hago viene desde el lugar de una mujer que se siente interpelada por otras mujeres en la crianza de sus hijas, incluida su propia madre, mujeres cuyas historias están cruzadas por violencias de las que yo, hasta ahora, he estado a salvo; opresiones que conozco por mi trabajo como periodista, pero no por haberlas vivido en mi cuerpo. ¿Tengo derecho a escribir sobre la frustración del encierro en casa cuidando a mi hija cuando otras mujeres fueron violadas en sus propias casas? ¿Disertar sobre mi falta de tiempo para escribir, frente a la mujer a quien se le acaba el tiempo para buscar a su hija desaparecida?

Me entra el impulso de alterar el poema de César Vallejo, "Un hombre pasa con un pan al hombro", y decir:

~~Otro~~ Otra tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

~~Otro~~ Otra busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir después del infinito?

¿Cómo se gana una el derecho a escribir las historias de otras personas? ¿Es suficiente contar con su palabra, su confianza y su permiso? ¿Qué debo dar a cambio? No lo sé. Intuyo que implica prestar mis ojos y devolverles mi mirada. No lo sé aún, pero siento que debo seguir. Sola no lo podré responder.

Del otro lado del teléfono la voz de Avelina sonaba atribulada. La imaginé en un rincón de la habitación, pegada a un teléfono fijo de cable enredado, mientras hablaba, a veces con la voz más fuerte, otras veces más quedita, según se acercaba o se alejaba la hija que vive con ella. Avelina tenía entonces poco más de 70 años y se describía como una mujer bajita y grande de caderas que siempre la hicieron sentir atractiva, aunque en ese momento de su vida le pesaban mucho. Se describía terca y, sobre todo, sana. Nunca quiso ser una anciana vieja que necesitara de los demás. Ha dejado el lomo en los quehaceres desde niña. Ha trabajado, cuidado y sostenido a su madre, a sus hermanos, a su esposo, a sus hijos y a sus nietos. Avelina y yo pasamos largas horas platicando por teléfono. Primero hablamos sobre el encierro por la pandemia; después, cuando escuchó las voces de mis hijas colarse por la llamada, comenzó a contarme de sus propios hijos; luego retrocedimos a su infancia. Pero de lo que más le gustó hablar es de sus sueños y sus flores.

Entrevisté a Avelina y ésta es la historia que ella me contó.

Sueño mucho a un niño que se me olvida. Está chiquito, recién nacido. Duro tres días sin ir a la cama y me acuerdo que está ahí todo enredadito entre las cobijas y voy a verlo preocupada porque no le he dado de comer. Lo veo chiquito, como de tres meses de nacido, está flaquito como si fuera un bebé prematuro, lo veo ahí, y no se me quita ese sueño, no se me quita.

Ya pasé toda una vida, 70 años, y el sueño no se me quita. En las últimas semanas el sueño ha vuelto, no sé si es porque ya estoy grande, porque ya estoy sola ¿o qué será? ¡Ay, ese sueño! Siento mucha culpa, mucho reclamo.

Quién sabe cómo crecieron mis cinco hijos, no sé cómo los crie. Pero lo que sí sé es ese sueño, ese niño recién nacido que se me olvida. De pronto despierto soñando eso. Mis cinco hijos los crie con la máquina de coser, luego hubo necesidad de trabajar más, planchar, lavar ajeno, era más trabajo, más difícil, pero era para criarlos, porque tenía que llegar a mi casa con 50 pesos para que alcanzara la comida.

Salía a las diez de la mañana a más tardar, a mis compromisos de lavar, planchar y llegaba en la noche a coser, a coser con mi máquina. Mis hijos me recuerdan acostándome en la noche, muy noche, y levantándome

a las cinco de la mañana a coser, como cuando vivíamos en el rancho y era verano y había vacaciones y yo tenía mucha costura de uniformes y mis días eran coser y coser y coser y coser.

> "Las manos sin descanso de mujeres atareadas, secas, tibias, ásperas", escribe la ensayista y novelista Toni Morrison. Manos que acarician, si acarician, con llagas, con polvo, con heridas; manos que no acarician, que raspan, que friegan, que restriegan como piedra pómez la piel. ¿Con qué manos toco a mis hijas?, manos duras, manos resecas, manos llenas de telarañas.

Vengo de una familia muy humilde, muy pobre, y mi papá pues era un hombre machista, mujeriego, de esos señores de allá del pueblo que si ganaba algo era para él, no para los hijos ni la esposa. Mi mamá no sabía leer ni escribir, pero le gustaba coser con una máquina y cosía ajeno, le llevaban la ropa y yo la vi así siempre, cose y cose para medio comer. Yo trabajé desde niña, no se me mandó a la escuela porque en mi casa no había qué comer y veía que una vecina sí tenía de comer entonces me iba a lavarle los pañales, los trastes y ella me daba un taco. Yo seguí trabajando, recuerdo que aprendí a leer solita porque me gusta mucho leer. Y seguí trabajando, trabajando como niña y ya más grande me contrataban algunas señoras para estar de pie en su casa, como les dicen a las sirvientas, y yo feliz porque ganaba mis centavos y le daba a mi mamá para mis hermanos. En mi casa no había tortillas, andábamos por la noche que teníamos mucha hambre, imagínese,

doce hijos. Yo fui la número cuatro y otros se murieron mientras crecían.

> "—¿Cuándo nació ésta?
> —Ayer, espero que viva.
> —Es difícil saberlo. Si alguien me lo preguntara, yo diría, no ames nada."
> Toni Morrison, *Beloved*.

En el 68 dejé el rancho y me vine a Morelia a trabajar de sirvienta y a estudiar corte y confección. En un año aprendí lo que yo quería. Luego mi padre murió de una cirrosis y me regresé con mi madre para ayudarle con sus hijos; la más chiquita tenía dos años.

Yo no me casé rapidito porque tenía que ayudar a mi mamá en la casa. Me dolió mucho casarme, porque yo era el sostén de mi madre y la dejé, pero ya mi hermana menor tenía seis años y ya podía ayudarle a mi mamá con el trabajo. Me casé en el rancho y me fui a Morelia para que mis hijos pudieran estudiar. No alcanzaba porque el salario de mi marido era muy bajo. Y yo tenía que trabajar para completar, yo trabajaba para la comida del diario y él pagaba los gastos de renta, gas, agua.

Ahora que soy grande veo que no les hacía caso a mis hijos, que les daba puros manazos, quítense, no estorben, porque tenía que entregar trabajos. Así fue, era duro. Darles manazos todos los años que duré de mamá.

> ¿Hay caducidad en la maternidad? Desde que nació Naira he pensado que no dejamos de ser madres, ni

cuando crecen, ni cuando dejan la casa, ni siquiera cuando los hijos mueren antes que las madres. A veces, después de varios años de dejar de amamantar, aún siento en mi pecho las descargas eléctricas que sentía cuando se producía la leche para alimentarlas. Esas descargas me recuerdan, le recuerdan a mi cuerpo, que fue fracturado para convertirse en dos.

Los hijos no se van. Podremos espantarlos con manazos, como si fueran moscas que van y vienen encima de nosotras, con su zumbido, con su inutilidad. Pero siempre estarán ahí y nosotras con ellos, heridas por esa fuerza y fragilidad simultánea con que nos marcó su existencia.

"Los hijos no se pueden borrar de la piel, se cargan en el vientre y luego en los brazos y cuando se van, se quedan en la cabeza como la huella de una ausencia". (Leído en algún lugar, apuntado en una libreta).

Yo tuve un hijo cada año, tuve diez en total, pobrecitos de mis hijos, a qué hora los atendía si todo el día trabajaba. Afortunadamente era el pueblo donde uno tenía libertad, patios, terreno libre… eran un poquito libres. Tenían el agua, los árboles y las descalabradas. A veces pienso, ¿cómo crie a mis hijos? No sé cómo, yo creo por eso sueño mucho a ese niño que se me olvida, que está chiquito, recién nacido, que se me olvida ahí en la cama.

Ese sueño me hace voltear hacia atrás y pienso que es mi inconsciente que me dice que no hice bien las cosas, que no me dio tiempo de todo, nomás tenía tiempo para hacer los pañales con la franela, lavarlos, los biberones, la comida, todos los días, del diario, para

mis diez hijos. Yo cosía, yo lavaba y hacía rendir mucho el dinero; ese es mi orgullo, era bien ahorradora.

Yo pienso que mi mamá no tuvo tiempo para cuidarme tampoco, porque fui la cuatro y sólo la recuerdo a ella sentada en una piedra cuadrada donde antes estuvo el motor del molino de maíz, la recuerdo ahí en esa piedra que usaba de sillita. Cuando no la veía con una barrigota la veía con un niño en brazos, yo cargaba a los chiquitos, se los quitaba de los brazos para que ella pudiera coser. Mi mamá no se fijaba si yo iba a la escuela, le convenía que me quedara a cargarle niños, a atizarle a los frijoles en el fogón.

> Somos mano de obra de nuestras madres. Mi hermana mayor me lo advirtió cuando tuve a mi segunda hija: no dejes que Naira se convierta en la mamá de su hermana pequeña. ¿Hay algún cuidado que no represente ser mano de obra de alguien o de algo más? Nos cuesta trabajo distinguir cuáles son los momentos en que trabajamos y aquellos en que vivimos; cuál cuidado es un trabajo y cuál es un gesto de atención, de amor.

Yo pienso que así como yo les decía a mis hijos, lávense las manos, cámbiate, báñate, cositas así, yo pienso que mi mamá no se fijaba si traíamos las manos lavadas, ni si traíamos zapatos. Lo que sí recuerdo es que nunca me faltaron calzones, porque de los retazos que le sobraban de sus encargos nos hacía calzones, nos vestía. La gente del rancho decía: los hijos de fulanita parecen chiles deshebrados. Esa era la pobreza extrema, andábamos hechos de pedazos, de todos los colores. Mi

mamá no la recuerdo que nos dijera algo bonito, que haya tenido tiempo ni de ayudarme, la pobre.

Ya no, ya no coso. Tengo mis máquinas y ya nada más para mí, para hacerme mi gusto, o algo para la casa para arreglarla, unas cortinas de encaje bonitas, unas sábanas de flores, unas fundas. Ya no quiero trabajar, ya quiero irme a mi mecedora, pero no descanso porque es el quehacer de la casa, limpiar y limpiar y limpiar, lo que es para la mujer, que no se termina. Mi hija dice que soy exagerada, limpiadora compulsiva, que soy enferma. Me dice que esa también es una enfermedad. Yo no tolero que las cosas no estén en su lugar, me gusta que mi casa se vea bonita. Pobre, pero bonita, con su piso lavado, sus plantas recién regadas. Yo creo que soy muy especial de carácter porque mis hijos no me toleran. Me dicen que siempre estoy a la defensiva, que soy muy gritona, que me interesa más el trabajo que ellos, que siempre han quedado en segundo lugar. Al revés de mi esposo que es muy amoroso, él sabía hasta a qué olían los hijos, él sí sabía a qué olía cada uno de sus hijos.

A lo mejor por eso el sueño del recién nacido que está todo flaquito, ahí abandonado en la cama… Hasta una de mis hijas me compró una muñeca porque nunca me compraron muñecas de niña. Y me compró una muñeca de trapo, ahí la tengo en la cama, pero esa muñeca ni me quita esos sueños. De trapo, de patas flacas, con sombrero y vestido de flores y muy limpia. Pero no, no me quita los sueños la muñeca.

> ¿Cuál es la memoria que quedará de nuestras vidas en la Tierra? La memoria de la mamá de Avelina,

> una mujer a la que los hijos le salían del vientre uno tras otro tras otro, que la comían, la devoraban. La memoria de Avelina que ni con su vida entera alcanzó para sus hijos.

A mí me gustan mis plantas, tengo unas violetas en un cuartito de la azotea, ahí les da el sol, son moradas y rosas. Me gusta ir y andar expurgándolas, regándolas, limpiándolas, también tengo unas cuna de moisés que revientan en flor cada verano. Me voy con mis plantas cuando no tengo ganas de hacer cosas. Me voy y me asomo por la ventana y veo el lago de Cuitzeo, lo veo porque veo su brillo del agua, veo que brilla a lo lejos, veo el aeropuerto, los aviones, veo muchas cosas, me gusta mucho asomarme, fijarme. Me voy a mirar y así descanso también.

2 de septiembre de 2014
Conocerte es descubrir la inocencia, es la primera vez en el mundo y la vida, es la transparencia, la totalidad. Es sumergirme en las aguas submarinas de lo desconocido,

> Hay varias entradas del diario que terminan en coma, son testigos de que algo pasó en ese momento y no pude seguir escribiendo. Hace unos días Alejandra Márquez Abella escribió en su cuenta de twitter @marquezabella: "La primera interrupción es la de la identidad; se interrumpe y se transforma. Luego vienen otras, muchas más. Unas salvan porque permiten desclavar la mirada de una misma. Otras pueden hacer que se pierda el hilo de las cosas. Ser madre es ser interrumpida". ¿Quién interrumpe a quién? ¿Las hijas me interrumpen?, ¿o lo hace mi trabajo? ¿O es el trabajo el que interrumpe a mis hijas? ¿Qué es lo que está en el centro?

8 de septiembre de 2014
Estamos de viaje. Vinimos a Monterrey a la exhumación de los restos de una joven porque su mamá nece-

sita una prueba genética más para confirmar que es su hija. Luego vamos a Saltillo, al albergue de migrantes donde los niños Johnny y Jared juegan contigo. Jared te cuida, te ofrece cacahuates, papas, dulces chupados; te lleva en la carriola a pasear a las habitaciones. Jared tiene unos cuatro años y está amenazado de muerte. No sé cómo comenzó esta historia, pero creo que su papá mató a alguien antes de que a él mismo lo mataran y ahora los otros quieren matar a Jared. Borrar su herencia de la tierra. Jared es tan niño como tú y *amenazado* y *muerte* son dos palabras que aprendió a pronunciar.

11 de septiembre de 2014
Hasta donde tú quieras, hija. Quisimos ir a una lectura de poemas de Sara Uribe por la noche, pero tú no quisiste ir más allá. Abandonamos el lugar antes de que comenzara y regresamos a casa caminando, nos agarró la lluvia y nos dejamos mojar, tú te perdiste en la tormenta, mirando las gotas estrellarse contra el pavimento, el sonido sobre el paraguas. Esto te hizo feliz.

> Criar supone estar alerta casi todo el tiempo, pero cuando llega la noche, cuando la batalla ha terminado y las miro respirar junto a mí, tibias y silentes, algo se acomoda en el universo.

16 de septiembre de 2014
El día es hermoso. Como me gustan. Gris, triste. Papá se fue a trabajar y nos dejó un beso para protegernos y acurrucarnos. Tú y yo subimos a la azotea a tender tus pañales recién lavados. Te amarro a mi cuerpo y te duermes mientras los sacudo al aire. Tomo una foto y

me doy cuenta, otra vez y por primera vez, que ésta es mi vida, que soy tu mamá, que mi libertad es contigo y ya no podrá ser sin ti. Sí, soy tu mamá. Qué bello descubrirlo por primera vez siempre.

27 de septiembre de 2014
Hija mía, hoy cumpliste seis meses de vida. Tu cuerpo está fuerte y sano, tienes unos cachetes de luna llena y unos ojos de laguna que calman e inquietan al mismo tiempo. Hace unos días comenzaste a alzar tus manos para que yo te levante. Naira, has transformado mi vida, me das tierra, vuelco, incertidumbre, pero también me das la emoción de lograr cosas, como llegar a la noche y tumbarme en la cama después de haberte bañado, vestido, alimentado. Naira, aire, Naira mía. Cásate conmigo todos los días.

27 de octubre de 2014
Naira mía, pasaron varios días de no escribirte, de estar ensimismada con el trabajo y las cosas pendientes. Estuvimos tres semanas en Guanajuato escribiendo notas sobre el Cervantino y tú escuchaste la sinfónica y viste teatro de sombras y jirafas humanas y fue maravilloso mirarte mirar. Vamos en carretera a ver a tus abuelos y hablamos de nuestros sueños respecto a ti. Tu papá dice que le gustaría que aprendieras de mí el entusiasmo y la solidaridad; a mí me gustaría que de él aprendieras su persistencia y su forma simple de gozar la vida.

6 de noviembre de 2014
El reino es nuestro. Puse tu tina en la sala y navegabas

mientras yo terminaba de recoger la casa y ahora duermes a mi lado. Tus sueños son los míos. Pero no los que tengo para ti, sino los que nos das al mundo. Naira mía, que me persigues de madrugada en la cama y bajo las cobijas, que me comes y me comes.

12 de noviembre de 2014
Hoy diste tus primeros tres gateos. Hoy se trata del mundo que existirá con tu presencia.

27 de noviembre de 2014
Cumplimos ocho meses juntas y celebramos frente al mar. Estamos en el norte de Veracruz, una playa de arena gris y aguas turbias. Vinimos a grabar el documental con Liliana y León y mientras Gabo filma el amanecer, tú gateas hasta la playa, comes arena, le quitas las alas a una libélula.

> Creces, Naira, creces conmigo, pero también creces más allá de mí, exploras tu destinos, caminas hacia ellos. Ahí yo no intervengo. Eres tú, hija, un ser por sí mismo.

7 de diciembre de 2014
Ayer murió tu abuela Tita. Tu padre dice que era una mamá estricta, pero como dice Juan, tu tío Juan Luis, los buenos hombres tienen un origen hermoso. Tu abuela Tita hizo mucho de lo que es tu papá, este hombre de quien estoy enamorada. Tú y yo Naira, la conoceremos más a través de él.

17 de diciembre de 2014
Hija mía, estamos en la Normal de Ayotzinapa. En la cancha de basquetbol hay 43 sillas vacías y sus fotos. Me acompañas aquí, a donde vinimos a hacer entrevistas a los papás de los 43 estudiantes que están desaparecidos.

Comenzamos con una entrevista a don Berna, sentados en un patio. Tú dormías amarradita a mí mientras yo tomaba apuntes, luego despertaste y comenzaste a gatear y juguetear por ahí, y me fue imposible seguir escribiendo en la libreta. Don Berna te llamó, comenzó a jugar contigo y te tomó en sus brazos para que yo pudiera continuar con mis preguntas y anotaciones. En este trabajo nos ayudamos mutuamente a soportar nuestra carga.

Después, don Mario, otro de los papás, te tomó y te miró muy fijo en silencio y para sus adentros dijo: "Tú que eres inocente, tú que estás llena de inocencia, dame una señal de mi hijo, dime si mi hijo está vivo", y tú lo miraste y parpadeaste una y otra vez. El señor

Mario me lo contó después, me dijo que para él fue una señal bendita.

Desde ese día han pasado dos noches que han sido inquietas para ti, has tenido fiebre y lloras de una manera que nunca habías llorado. No sé si es cansancio, rareza, tristeza o inquietud o todas ellas. Te he abrazado y he pensado, Naira, que quizá no he sabido transmitirte que todo está bien, que estás bien conmigo, que te cuido. O quizá eso no sea suficiente. Mientras veníamos en la combi a la Normal pensé si pasarías de nuevo una noche difícil. Naira mía, estás en mis brazos, duermes ahora y yo me siento un poco mal. Si he hecho algo mal, discúlpame. Si he nublado tus días, si estoy para ellos y no para ti. Gracias por acompañarme a este viaje. Infinitas gracias.

20 de diciembre de 2014
Volvimos a casa.

A Fernanda la conocí un día del 2015 cuando ella exponía en clase sobre los problemas sociales que viven los estudiantes de la preparatoria. La clase era dirigida por el maestro Manuel Amador y los compañeros presentaron su investigación sobre el abandono de perros y personas en la vía pública, sobre la falta de empleos, las desapariciones y feminicidios. Fernanda hablaba sobre la doble moral de la sociedad, sobre cómo se nos exige ser mujeres puras y vírgenes, pero al mismo tiempo nos quieren sensuales y atractivas; sobre cómo nos reclaman fidelidad en el matrimonio, sin importar que los hombres salgan a buscar a otras mujeres a la calle. Me llamó la atención su tozudez para defender, ante el grupo, que el cuerpo de las mujeres pertenece sólo a las mujeres, no a sus maridos, no a sus hijos, no a la iglesia, no a la sociedad que dicta cómo debemos ser. Quise saber cómo ella había aprendido eso.

Entrevisté a Fernanda y ésta es la historia que ella me contó.

Soy hija de una mujer llamada Rosalinda y de un hombre llamado Conde Tenorio. Mi papá es migrante, se fue cuando yo tenía unos tres años, así que no tengo mucho recuerdo de él, creo que trabajaba en una fábrica de varillas.

Cuando mi papá se fue, mi mamá se juntó con un tipo. Cuando estaba sobrio era una súper persona, él no era malo. Pero cuando tomaba, a mí me daba mucho miedo, me acuerdo que cuando lo escuchaba llegar borracho, yo tenía un roperito y me metía y me escondía ahí y me ponía a llorar ahí.

Vivíamos en una casa muy grande donde cabían varias familias, mi abuelita, mis tías, mis primos. Todos los niños salíamos a jugar maquinitas y futbol hasta muy noche, volvíamos con las rodillas todas raspadas y moreteadas. Me acuerdo que había una vecina que rompía palos en la cabeza de los niños cuando le pegaban con la pelota en su pared y cómo huíamos despavoridos a los gritos y las carcajadas.

Todas las mujeres de mi familia eran amas de casa, desde mi abuela, mis tías, mi mamá. Hace poco en mi clase de arte hice un dibujo. Es una flor con forma de mujer, para mí esa es la imagen de la ama de casa: las mamás son bellas, son como rosas plantadas en un sólo lugar y se

van a quedar ahí por más bellas que sean. Me gustaría decirles a esas flores, ¡salgan de aquí!, ¡sean libres! Pero a lo mejor algunas están contentas, no sufren violencia y son buenas madres. Así era mi mamá, una rosita plantada. Cuando era niña me decía que tuviera las piernas cerradas, las piernas van cerradas porque eres mujer.

> Las mujeres de mi familia son mi abuela y mi mamá. Mi mamá fue hija única entre siete hijos y, aunque mi papá tuvo cuatro hermanas, no estaban cerca. Mi abuela, una ama de casa dedicada; mi mamá, maestra de escuela normal. Las mujeres de mi familia eran de los hijos y de los hombres, hasta que un día ya no. Cuando mi abuela enfermó y entonces todos fuimos de ella; y cuando mi mamá se divorció, entonces ya fue de ella misma. Mi mamá dejó de ser nuestra y fue de ella y de sus deseos y algunas veces nosotros, sus hijos, fuimos testigos de eso, la vimos salir de casa con su boca pintada y sus ojos color miel delineados de negro y su melena oscura y pesada y sus aretes largos y coloridos y sus sacos amplios con hombreras y sus botas hasta la rodilla y nosotros llorábamos para que no nos dejara solos y ella se iba tan guapa, tan suya, por esa puerta.

Mi mamá murió de cáncer cuando yo tenía once años. A veces en la escuela se burlaban de mí porque mi mamá tenía cáncer, me decían, tu mamá se va a morir, tu mamá se va a morir. Era algo feo. Luego me hicieron burla, me decían, ahí va la huérfana, mírala cómo llora, la huérfana no tiene con quién llorar.

> Cuando la protagonista del libro *Autobiografía de mi madre*, de Jamaica Kincaid, llega por primera vez a la escuela, piensa: "No estaba asustada, no estaba asustada porque mi madre había muerto ya y eso es lo único de lo que un niño tiene realmente miedo".

Tengo pocos recuerdos de ella. Uno es muy feliz. Cuando yo estaba chiquita mi más grande sueño era conocer el mar y cuando cumplí diez años mi papá mandó dinero de Estados Unidos y me concedió ir a Acapulco. En la playa había muchos pececitos de colores y me hice amiga de una niña que se llamaba Dana. Ese día nos tomaron una foto, mi mamá sale muy bonita, con su traje de rayas y su sombrero. No parecía enferma. Yo creo porque estaba feliz.

Al fallecer mi mamá, me fui a vivir a casa de mis tíos. Así lo decidió la familia, porque eran los que tenían mejor situación económica. A mí nadie me preguntó con quién quería vivir, me mandaron allá como si fuera un mueble o una caja que estorba, que no sabes qué hacer con ella, que hay que mover de lugar.

> Nacer no es nunca responsabilidad de quien nace, nunca sucede por decisión propia. Nacer es la consecuencia de un acto de alguien más. ¿Y qué hacemos entonces con esta vida nueva? ¿A quién entonces le pertenece? ¿Al menos nos importa qué piensa, qué siente ese ser al que hicimos vivir?

Mi tía se llama Yolanda, mi tío Efraín y ahí vivían tres chicos que vendrían siendo mis primos. Mi tía me decía que yo tenía que hacer todo el quehacer porque era

la mujer de la casa y tenía que aprender porque algún día me iba a casar, además tenía que atender a mi tío y primos. Tuve muchos conflictos con ella, porque además de eso también soy bisexual y soy así como medio feminista, entonces, ahí hubo un problemota. Luego vino algo feo, como intentos de abuso sexual. Tenía como trece años.

> A los trece años yo iba en la secundaria y tenía amigas y nos gustaban los niños y queríamos tener un novio. A los trece años mis problemas eran gustarle al niño que me gustaba, usar short debajo de la falda para que no me vieran los calzones en el recreo. Eran rezar para que no nos tocara educación física y su blanco uniforme durante nuestro periodo. Eran mirarnos cada mañana al espejo y de perfil para ver si los pechos nos habían crecido ahora sí. El abuso sexual no era algo de lo que se hablara ni en casa ni en el colegio de monjas. Lo más que recuerdo es que un día, afuera de la secundaria, un señor pasó en su bicicleta y frenó frente a mí y me enseñó *su cosa esa*, no tengo claro qué palabras usaba para nombrar al pene. Otro día, en la calle donde vivía, mis hermanas y vecinas jugábamos cuando un señor se estacionó en la esquina, se bajó de su auto y se acercó para masturbarse frente a nosotras; creo que ninguna de nosotras entendió qué estaba pasando hasta que mi hermano comenzó a gritarle muy enojado y el hombre se subió aún con el pantalón desbrochado y arrancó, y mi hermano tomó su bicicleta y lo persiguió para defendernos.
>
> ¿Qué les tocará a mis hijas a sus trece años?

> Pensaba escribir que les tocará un mundo en donde enamorarse, confiar, aventurarse serán errores irreversibles; donde habrán perdido su derecho a equivocarse. Pero ese ya existe, ¿o es que no te das cuenta, Daniela? ¿Es que no lo has visto en todas esas niñas de las que sabemos porque los periódicos? Pero también existe el mundo que ellas, las chicas, las jóvenes, nos están enseñando.

Todo empezó porque mi primera curiosidad sexual fue con un chico que conocí en la escuela y mis tíos se enteraron y a partir de ahí mi tío me empezó a decir que era una fácil, una puta y ofrecida. Y de ahí mi tío trató de seducirme… después de él, vino mi primo. Cuando todos se iban a la escuela o trabajar nos quedábamos solos en casa y hubo unos intentos de abuso sexual que no llegaron a más lejos porque comencé a tomar protecciones. Al principio intentaba gritar y patalear y hacer diversas cosas, pero creo que la mujer siempre lleva las de perder hablando de fuerza física, entonces no se puede hacer gran cosa; de ahí comencé a cargar con un cuchillo, algo raro, ¿no? Hubo una vez que yo misma me planteé que si para protegerme a mí misma era capaz de matar.

Y me empecé a enojar con mi cuerpo. Y me acordé que cuando iba en la primaria un chico intentó tocarme las piernas y otro quiso darme un beso y pasé a la secundaria y un muchacho mayor me acorraló y me manoseó (nunca nadie me había tocado ahí…) y ahora mi tío y luego mis primos.

Yo me sentía mal, sucia. Pensaba que si tuve esos incidentes era porque tenía buen cuerpo o era muy

bonita y pues eso no era un beneficio. Comencé a comer mucho para engordar, porque si engordaba y me salían granos en la cara nadie me iba a querer ni me iban a molestar. Me acuerdo que cuando iba en la primaria tenía una amiga que era morenita y me decía que me envidiaba porque yo era bonita. Yo sentía feo y nunca se lo dije, si ella supiera cuántas cosas te pasan por ser "bonita". Yo creo que se debe sentir feo que los chicos no te pelen, pero es más feo que intenten casi violarte.

> Porque el abuso viene cargado con la culpa. Nos pasa porque "nos lo merecemos" y porque "lo merecemos" lo callamos con vergüenza. Éste es, quizá, el daño profundo, el que no se quita bañándote, alejándote, acusando al violador. "Las convencen de resguardarse puertas adentro, de cerrar las piernas, de que son responsables y por eso merecen su propio castigo. Sí. Porque primero son víctimas de él y después de ellas mismas: una vez que él acabó adentro, ya están listas para acabar con la mierda que les quedó, con su vida", escribió la novelista Belén López en el libro *Por qué volvías cada verano*, sobre el abuso que sufrió por parte de un tío durante su adolescencia.

Dejó de gustarme mi físico, me caía mal mi cuerpo, me enojaba mi cuerpo. Pensaba que me hubiera gustado ser de otra forma, no con ojos azules ni cabello rubio, sino ser gorda y fea. Si yo hubiera sido gorda y fea no me hubieran pasado tantas cosas… Varias veces me miré en el espejo y me dije, un día me voy a cortar los senos para que no me los vuelvan a tocar. Si

alguien trata de abusar de ti como que te deja de gustar tu cuerpo, no es algo bonito, es algo que te pone en desventaja, que te pone en peligro. Sinceramente no sé qué es mi cuerpo. Pienso que es sólo un envase para el alma.

> Tampoco las *gordas* y *feas* están a salvo. Porque no somos nosotras el problema. No es nuestro cuerpo ni es nuestra apariencia ni nuestra culpa. Son ellos y sus bocas filosas y sus dedos gruesos y rasposos. No somos nosotras. Son ellos que nos arrancan nuestros cuerpos, pero nos dejan viviendo en ellos, recordándonos constantemente que ya no nos pertenecen, no estos pechos ni estas piernas ni esta boca ni esta vulva. Empujan, rompen nuestros cuerpos, los revuelven, los profanan. Y pasamos la vida intentando recogerlos pero destruirlos pero limpiarlos pero lastimándolos de nuevo pero lavándolos pero queriendo matar lo que quedó ahí pero llorándolos también pero sosteniéndolos pero sobándolos para que un día podamos de nuevo abrir las ventanas y entre un aire, un gozo, unas ganas de vivir.

Hace como dos semanas me escapé de casa y armé toda una revolución. Llegué a la escuela y le dije a mis amigas que me quería ir de casa, quería escapar por lo que me habían hecho y les dije córtenme el cabello, me voy a salir como niño. Jessica, Aurora, Gaby y Belén, mis amigas, me acompañaron al baño y agarraron unas tijeras de la escuela y me cortaron el cabello y luego sacaron un maquillaje y me pintaron cejas y

bigotes y parecía niño, realmente parecía un niño y luego hicimos un plan al aventón para buscarme casa y cómo iban a turnarse por semanas y yo iba a vivir con una y con otra y así iba a estar tranquila, a estar feliz. Yo estaba llorando, pero era algo genial, era una sensación de euforia y de tristeza concentrada, pero que era genial.

> Porque a veces no importa que, para ser mujer, ser niña, sin vivir bajo la amenaza de ser tocada, raptada, acosada, tengamos que dejar de serlo. De aparentarlo. Convertirnos en un niño, en un hombre, cortándonos el pelo, aplastando los pechos, la barriga cargada bajo una venda. Ser mujer, pero no parecerlo, para que nadie se atreva a tocarnos, a llevarnos, a despedirnos.
>
> Las amigas nos cuidamos, cantan gozosas y rebeldes y traviesas las chicas en la calle. La policía no me cuida, me cuidan mis amigas, gritan frente al cuartel y frente a nosotras sus madres y nos interpelan a quienes somos mayores y cantamos con ellas, emocionadas de que ellas también nos enseñan a sobrevivir.

A la hora de la salida me puse la sudadera y me escapé de mi tía, no me vio salir de la escuela y me fui a casa de Jessica y me pintó el cabello de rojo, escuchando una canción de Muse que está toda revolucionaria y dice algo así como: "No nos controlarán".

En mi casa lo primero que pensaron fue que me habían secuestrado o que ya estaba muerta. Mis tíos llamaron a la policía, fueron a la morgue, a los hospi-

tales… también preguntaron en la escuela e interrogaron a mis amigas y cuando las estaban interrogando se contradijeron, pero se aferraron a que no sabían dónde estaba yo. Fue como una lealtad de su parte y eso es algo genial.

> El 8 de marzo del 2020, con mis hijas de seis y cuatro años, nos sumamos a la marcha por el Día de la Mujer. Quería que conocieran esa energía festiva, rabiosa, rebelde. Que aprendieran a relacionarse con sus amigas desde la compañía y no desde la competencia, como lo aprendí yo en mi infancia y adolescencia y juventud en la escuela y en la calle y en el trabajo. Sí tuve amigas, grandes amigas que a la fecha permanecemos presentes, pero a veces esa amistad estaba cruzada por la disputa de quién era la más bonita, quién tenía más pretendientes, quién se vestía mejor, quién sacaba las mejores notas. Ante mis amigas casi siempre me molestaron mis caderas grandes y mi nariz grande y mis cejas peludas y sin forma, casi siempre me sentí fea y busqué, a través de la burla a otras como yo, una forma de tener ventaja. Porque aprendí que no se camina junto a las amigas, sino delante de ellas.

Al final nos descubrieron y nos regañaron a todas y fue un desastre, pero un desastre genial porque estábamos unidas, porque había algo como de miedo, algo de adrenalina, algo de travesura, pero también algo de esperanza. Y fue simplemente genial.

Cuidamos, muchas veces, sin saber que lo hacemos. Una noche, cuando tenía unos diez años, estaba en casa con mis hermanos. Mi mamá trabajaba fuera y mi papá ya no vivía con nosotros, pero a veces nos visitaba. Esa noche llegó y descubrió a mi hermano fumando mariguana en la sala, con algunos amigos. Mi papá le gritó y corrió a sus amigos de la casa. Recuerdo, o quizá sólo lo imagino, que mi papá se sacó el cinturón de las trabillas y lo sacudió en el aire, como una serpiente envenenada. Caro, mi hermana mayor, se puso en medio de mi papá y mi hermano para defenderlo. Yo tomé a mi hermana menor, de cinco años, y nos subimos a la azotea de la casa, tres pisos de escalones a toda prisa, tratando de que no mirara atrás. Llegamos a la azotea. A ese lugar yo no subía de noche porque me daba miedo, pero ese día no lo pensé y subimos a toda prisa y llegamos y le dije, mira, ese es el cerro de Arandas, ¿ves que tiene forma de un dinosaurio dormido? Sí, mira, ahí está su cola larga y su cuerpo y su cuello largo, ahí por donde se ven esas luces está su cabeza, y le conté una historia de ese dinosaurio que algún día va a despertar, ojalá estemos aquí para cuando despierte. Luego nos metimos al cuartito de lavado y nos acurrucamos entre las cobijas sucias, tiradas en el piso, a seguir contando historias, a abrazarnos. Hasta allá no llegaban los gritos de la pelea. Yo también tenía miedo, y Luisa, mi hermana menor, sin saberlo, también me cuidaba de ese, mi miedo.

Luisa es mi hermana pequeña. Tiene cinco años menos que yo y desde niñas nos cuidamos. Con Luisa me subí a la azotea de la casa a contar historias de dinosaurios convertidos en montañas aquella noche que mi papá descubrió a mi hermano fumando mariguana. Con Luisa nos inventamos una fiesta de gala en casa cuando, ya en edad de salir, me alisté para ir a una fiesta de quince años y ella me pidió no dejarla sola y tomé aire y cerré la puerta y avisé a mis amigas que ya no iría y le dije a ella, ponte tu vestido de primera comunión, largo, elegante, vamos a hacer una fiesta aquí juntas y pusimos una mesa en el jardín y pusimos los cirios de la abuela y prendimos una grabadora y bailamos "Caballo de rodeo" que entonces estaba de moda en las fiestas de noche. Con Luisa llevamos el invierno al patio, aquel día que nos vestimos con abrigos de piel sintética y rascamos el hielo congelado del refrigerador e hicimos bolas de nieve y nos las arrojamos en el caluroso verano irapuatense. Y con Luisa conocí las cantinas de Veracruz donde yo estudiaba la universidad, cuando me visitaba durante las vacaciones de verano, y conmigo se puso su primera borrachera. Y con Luisa parí, Luisa me acompañó en el nacimiento de mi primera hija y me sostuvo en cada fracaso que seguiría a los primeros años de crianza. La hermana, a quien enseñé a crecer, me estaba ayudando a crecer también. Y luego nuestras opiniones y caminos se distanciaron y la perdí. Y sentí que había perdido a mi primera hija, que había quedado des-hijada, como supongo se sintió mi mamá cuando nos vio dejarla

y como supongo me sentiré yo cuando mis hijas me digan, ya no mamá, ya no.

Años después, cuando era evidente nuestra lejanía, mi hermana pequeña se acercó y me pidió volver a confiar, Dani, necesito volver a confiar en ti, pero para eso tienes que dejar de juzgarme, extraño a mi hermana, la que creía en mí. Yo también quiero, pero aún no me repongo de que haya elegido algo distinto a lo que fuimos.

Años después, cuando vi a mi hija mayor intentando consolar a su hermana después de mis regaños, vente, Emilia, mi mamá ahorita es un monstruo, pero luego va a volver a ser mamá, recordé la escena de mi hermana Luisa y yo en la azotea, y entendí que ambas, yo en esa azotea y Naira con su hermana, estábamos intentando proteger a nuestras hermanas pequeñas, que nada malo les sucediera, que no tuvieran miedo.

¿Cómo aprendimos a cuidar? ¿Qué nos hizo saber, a mí en esa azotea y a Naira en la casa, que debíamos hacerlo? ¿Qué les hizo saber a las amigas de Fernanda que debían cambiar su imagen para que estuviera segura? ¿Qué le hizo pensar a Jenny que era ella quien tenía que cuidar a su mamá y no al revés? ¿Qué gestos recibimos que nos hicieron sabernos cuidadas y cómo supimos que eso era cuidar?

Cuidar es poner el cuerpo en lugar de tu madre. Cuidar es cantar y reírte en el baño de la escuela. Cuidar es poner el cuerpo entre tu padre y tu hermano. Cuidar es huir, correr lejos del miedo.

6 de enero de 2015
Es casi media noche, tu papá está en el trabajo y yo intento escribir. Tú te despiertas y llegas gateando hasta la sala, al escritorio, te levantas sujetándote de la silla y lloras para que te cargue. Quisiera no saber de ti por un rato. No escucharte. Pero tú insistes, me jalas de la pierna y lloras…

> Y me enojo y a la menor provocación me llega un "enojo ancestral, telúrico, inmarcesible, un enojo Hulk, marca Medea, Aquiles: arde Troya", como lo escribe Maricela Guerrero.

… y te ignoro y trato de escribir. Pero tú ganas. Apago la computadora y te alzo y de nuevo somos tú y yo.

> Y amarro a mis doberman y los sosiego y tomo aire y a veces ladran de nuevo los perros, pero ya estoy lejos, estoy en los brazos de mis hijas, y ya no alcanzo a escucharlos.

13 de enero de 2015
Estaba agotada. Te tomé en los brazos, te apreté muy fuerte contra mi pecho como si quisiera ahogarte y te

dije, ¿tienes hambre? Come, come que no voy a hacerte caso mientras llores. Estaba cansada, necesitaba concentrarme 20 minutos para terminar un texto que tenía que entregar.

¿En qué me puedo convertir?

> "Algunos días querría una prórroga", comparte la escritora Paulina Simón Torres en su libro *La madre que puedo ser* cuando habla del agotamiento de criar a sus dos hijos, "la usaría para bien, para viajar a algún lugar en mi conciencia y encontrarme, para entender rápido en qué me he convertido y en qué dirección voy". Para entender en qué me he convertido, en un monstruo, en un ogro, en una mamá cansada que está enojada todo el tiempo, acaso en un cuerpo tibio y rendido sobre el que ellas puedan dormir.

15 de enero de 2015

Es casi la media noche, tu papá aún no vuelve del trabajo. Han pasado dos horas desde que intenté dormirte y no dejas de llorar. No quieres pecho, no te calman los brazos. No aguanto más. Salgo de la habitación y te dejo ahí, llorando, hago tiempo, me ocupo, me pongo a recoger tus juguetes tirados, la cocina. No quiero entrar al cuarto. Enciendo la lámpara, la computadora, intento distraerme. Leo la historia de una mujer que fue una alumna ejemplar y ahora ha abandonado a sus tres hijas, la más pequeña de 21 días de nacida. Tú sigues llorando en la habitación. Al final de la página hay un link a otros casos de mujeres que en los últimos años han sido condenadas por matar a sus hijos. Los

leo. Me parecen escabrosos, pero creo que hay cosas que las noticias no cuentan. Puedo imaginar miles de momentos de delirio: en sus casas, en el baño, en las habitaciones, solas. Solas. Una puede perder la cabeza en cualquier momento, volverse loca, querer salir huyendo. Ahora soy yo la que no para de llorar.

> Chicago, verano del 1974. Joanne Michulski, una mujer de 38 años y madre de ocho hijos, decapitó y destrozó los cuerpos de sus dos hijos más pequeños. Este caso conmocionó a la sociedad estadounidense de la época y fue severamente juzgado por la opinión pública y la prensa. ¿Qué lleva a una madre a asesinar a sus hijos?, se preguntaron los jueces, los policías, los médicos psiquiatras. Se lo preguntó el esposo de Joanne ¿cómo era posible, si ella siempre se mostró muy amorosa con los pequeños?
>
> Adrienne Rich recuperó el caso de Joanne para reflexionar sobre las maternidades impuestas, no deseadas. En su libro *Nacemos de mujer*, escribe: "A lo largo de la historia, infinidad de madres han matado a sus hijos, conscientes de que no podían atenderlos, ni económica ni emocionalmente: niños impuestos por la fuerza de la violación, la ignorancia, la pobreza, el matrimonio, la ausencia de control de la natalidad o la prohibición del aborto". Un siglo antes que Adrienne, la política y escritora feminista Flora Tristán enmarcó el impulso de matar a un hijo en un contexto de esclavitud de las mujeres, de violencias, de opresión, de desigualdades económicas, sociales y jurídicas entre los sexos, de despojo a la vida de las muje-

res. Excluidas de la vida, sin padre responsable de los hijos, "sus únicos recursos son el infanticidio, el robo o la prostitución". Pero el infanticidio no siempre estuvo penado. Adrienne Rich nos recuerda el infanticidio "legal" que se realizaba para controlar la proliferación de personas que la sociedad consideraba contranatural, como niños con "malformaciones", gemelos o con algún déficit cognitivo. Cuando la madre mata, la madre comete un crimen; cuando la sociedad mata, hace un bien al deshacerse de lo indeseable.

17 de enero de 2015

Me escribe una amiga: "A mí me ha pasado ese impulso de hacerle daño y después llega una culpa inmensa por pensar cosas así. A veces cuando lo baño, él no está haciendo nada y pienso: sería tan fácil ahogarlo, y en seguida sufro, sufro mucho, porque sé que él confía en mí y porque sé que no podría vivir sin él. O viviría un infierno. ¿De dónde vienen esas imágenes? ¿Cómo es que regresa una al amor, después de estos momentos límites de la maternidad?"

¿Cómo es que volvemos al amor?

Me escribe una madre por Instagram. No nos conocemos, es mamá de una pequeña: "El año pasado a causa de una crisis intenté matar a mi hija ahogándola con la almohada, la presioné sobre ella y cuando pensé que todo había pasado, me detuve. Un amigo me recomendó tu diario en *Tsunami* y al leerlo lloré mucho porque de verdad necesitaba

> saber que no era la única que me sentía así. Saber que a más de una nos ha pasado una idea cruel por la cabeza, me hizo poder reconciliarme con la maternidad. Caí en cuenta de que, de mi hija, me gustaba mucho su risa y sus gestos al masticar."

¿Cómo es que volvemos al amor?

18 de enero de 2015
Después de varios días difíciles, sonríes de nuevo. Fuimos al parque a los columpios, estoy enamorada de ti, Naira, hija mía, milagro.

20 de enero de 2015
Aprendiste a saludar con tu manita. La abres y la cierras como si fuera una estrella marina. Hoy nos quedamos dormidas mientras te amamantaba.

24 de enero de 2015
Platiqué con un amigo sobre la paternidad. Para él su hija vino para ser útil en el mundo. Para su pareja, la niña vino para ser feliz. Yo tengo varios sueños para ti, pero mejor me los guardo. No quiero que te pesen.

> Tuve sueños para ti como hija, tuve sueños para mí como mamá. Ninguno se ha cumplido. A veces me gustaría que mis hijas fueran de otra forma, más fáciles, más simples, más atrevidas, más obedientes, más rebeldes, menos complejas. Y yo, yo quisiera ser menos triste.

25 de enero de 2015

Hoy tu papá te llevó a dar tu primer paseo en bici, me cuenta que ibas cantando, feliz. Él te dice: "Amor mío, hoy sentimos juntos el aire en nuestras caras. Me gusta pensar que también sentiste la libertad que siento yo al subirme a la bici y entregarme a la ciudad y sus calles. Acelerar en las bajadas e inclinarme en las curvas. Echar carreritas con algún desconocido. Sentir el aire en la cara. Fuimos al paseo en la Avenida Reforma. Pasamos por el Ángel y la Palma y, ¿adivina qué? ¡Había una convención de bóxer! Muchos bóxer, como mi perrita Kashtanka, que murió antes de que tú nacieras, bóxer negros, atigrados, blancos, unos muy gordos, otros muy mamey. Y se nos ponchó la llanta y encontramos a los amigos de Enbiciados y nos ayudaron con una llanta nueva. Creo que disfrutaste el paseo, amor mío. Ibas cantando y de regreso comiendo muy a gusto la naranja que nos dio mamá. Y eso, Naira, me hizo sentir el hombre más feliz del mundo."

18 de febrero de 2015
Amor mío, voy en carretera por primera vez sin ti. Te dejé dormida, con tu pijama azul, tus mejillas suaves, tu olor a leche. Voy en un autobús a Tamaulipas a entrevistar a un periodista que fue amenazado y a ver cómo vive una ciudad con miedo y me descubro mirando tus videos haciendo gracias, tus fotos que agrando arrastrando mis dedos en la pantalla, me siento una novia enamorada.

> Muchas otras veces, hijas, les dejaré en casa y alguien estará ahí para cuidarlas. "Les pedí que pusieran agua azucarada en un trapo y se lo hicieran chupar, para que cuando yo llegara, unos días después, no me hubiese olvidado. Allí estaría la leche, conmigo", escribió la novelista Toni Morrison en *Beloved*. La frase me hizo recordar el trabajo de la antropóloga brasileña Bruna Bumachar dentro de las prisiones de su país, con mujeres migrantes detenidas por tráfico de droga. A Bruna le interesaba entender cómo esas madres maternan pese a los muros. Cómo se imaginan, se inventan formas de seguir siendo madres pese a la distancia y la ausencia. En su trabajo Bruna nos cuenta la historia de Sandra, una mujer colombiana que, con ayuda de su propia madre y su hermana, crio a sus hijos desde el otro lado de las rejas: ella les mandaba cartas escritas a mano y, cuando conseguía teléfonos de contrabando, enviaba fotos y audios para que vieran cómo iba cambiando con el tiempo y el más pequeño reconociera su voz y no la desconociera cuando saliera libre y volviera a sus brazos. Sandra también armó

un álbum con las fotografías que su madre y hermana le enviaban constantemente de sus hijos, de su crecimiento; lo encuadernó con alambres y así pudo estar con ellos, acariciándolos, besándolos en su imagen, recordando su olor, su risa. Pero quizá lo que más me conmovió al leer el trabajo de Bruna fue que Sandra, con ayuda de su hermana, inventaba cuentos infantiles en los que Sandra emergía como una de las protagonistas.

7 de marzo de 2015
Hoy te paraste solita durante unos diez segundos.

15 de marzo de 2015
Hoy atropellaron a un chico frente a la casa, iba en su bicicleta. Lo atropelló un autobús. El chico está muriendo mientras escribo esto. Desde la ventana se ve la sábana blanca y debajo la llanta de su bicicleta. Ambulancia, patrullas, una veladora. Pienso en tu papá y su bicicleta. Pienso en todos los días que nos despedimos cuando se va al trabajo. Pienso que para alguien esa despedida fue la última vez.

20 de marzo de 2015
Ayer, después de pasar todo el día atendiéndote, mi único plan era hablar por Skype con mi amiga Michel, pero tú no te podías dormir. Porque el cansancio. Porque la fiebre. Porque el diente. No te dormías y tuve que cancelar la cita. Estaba furiosa y tú llorando. Hoy sólo eres cuerpo, llanto, lágrimas, gritos, gemidos. Perdóname, Naira.

> Releo *perdóname* y quizá lo que estoy diciendo es que, si me equivoco, puedo intentar hacerlo de nuevo. Y si algún día lees esto, que sepas que te tienes a ti misma. Que puedes volver a comenzar. Las veces que sea necesario. Naira, hija. Mi cuerpo, mi llanto, mis lágrimas.

27 de mayo de 2015
Estamos en el parque. Tú duermes y yo leo la historia de Letty Hidalgo, que tiene a su hijo Roy desaparecido. La última vez que ella habló con él, más bien, la última vez que lo escuchó, fue durante una llamada con los secuestradores para negociar. Él le dijo, mamá, sácame de aquí, ayúdame, y ella alcanzó a decirle todo va a estar bien, hijo. El secuestrador cortó la llamada y ella no alcanzó a decirle que lo amaba.

> Tú duermes y yo leo de nuevo: "todo va a estar bien, hijo". Y se me va revelando poco a poco que la promesa del cuidado es ese tímido, incierto, imposible "todo va a estar bien". Aquel día que te tuve que dejar en el hospital, en manos de otros, cuando cerramos la puerta de la sala de incubadoras pensé en ellas. En las mamás de los desaparecidos. Pensé en esa imposibilidad de cuidarlos. De cuidar de ustedes, hijos.

Finales de junio de 2015
Hoy caminaste por primera vez. Volví a casa por la noche, estuve fuera todo el día trabajando y te quedaste con Lupita. Cuando abrí la puerta ella te dijo, enséñale Naira, y tú avanzaste once pasos titubeantes hasta mis brazos.

8 de julio de 2015
Soñé que encontraba un museo bajo el agua, los peces brillantes y de colores nadaban al lado como si fueran otros visitantes. El ambiente era casi espacial, agua sin gravedad. Llevaba a Naira y la tomaba de los brazos y le decía, mira hija, puedes volar. Las burbujas de oxígeno se estrellaban en nuestra cara como gomitas de sabores. (Hoy cumplo 33 años).

> Cada día de cumpleaños mi mamá se metía a la cama mientras aún dormíamos y nos acariciaba la espalda, el pelo, nos contaba en voz bajita cómo fue nuestro nacimiento. Así, acunados por ella, despertábamos a un año nuevo, con su susurro abriendo la ventana, acercando la luz del día. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi mamá se metió a mi cama un día de julio para recordarme cómo fue que llegué al mundo. Por mi parte, cada que vuelvo a la casa donde crecí, en una colonia que se expandió a las afueras de la ciudad y junto a las vías del tren en la década de los ochenta, ahora soy yo quien se mete a la cama de mi mamá y me rodeo con sus brazos llenos de lunares y sombras.

10 de agosto de 2015
Los niños crecen todos los días, como las plantas.

21 de agosto de 2015
Son las once de la noche y tengo que entregar el borrador del libro en una semana. Tú te despiertas, sales de la habitación y llegas caminando hasta el escritorio. Tienes hambre. Te sirvo algo de comer y te siento en

tu periquera y desde ahí me miras escribir. Acabas. Te aburres. Entonces busco algo en internet para entretenerte. En la mitad de la pantalla escribo sobre una mujer que fue torturada y violada por militares, en la otra mitad tú ves caricaturas. A veces, más que hija, eres mi compañera.

Con el tiempo has aprendido a decirme "no". A ponerme límites, como la vez que me pediste no volverte a decir "no seas exagerada" cuando algo te ponía triste o te dolía o cuando decidiste no comer carne para no lastimar a los animales, o cuando me pides que no vayamos dentro del contingente de la marcha porque te espanta el ruido. Así como tú me enseñas, las personas con quienes convivo en mi trabajo como reportera me han enseñado a determinar el

> espacio ético de mi actuar, son ellas las que me dicen cómo sí, cómo no, hasta dónde. Como escribió la pensadora estadounidense Donna Haraway, no hay una lista de principios éticos, sino que se construyen cotidianamente en sintonía con los demás.

3 de septiembre de 2015
Hoy mientras subía las escaleras del metro a contracorriente de los cientos de personas que iban a su oficina, pensé en ti, Naira, en tu papá y en mí, y sentí las horas robadas, las prisas, el mirarles de reojo mientras hago mis cosas. Un día un amigo me dijo que odiaría alejarse de los suyos por estar haciendo "algo importante". Yo también. Y mientras escribo esto en el andén del metro me llegan ganas de volver de prisa a casa con ustedes. Nunca habrá nada más importante que ustedes, pero no pido perdón por las horas robadas, porque ustedes también están aquí en esto, en las letras, en las penas, en lo que quiero hacer.

> Escribo en el andén del metro, en la cama y de reojo mientras mamas de mi pecho, grabo audios mientras voy a la guardería o a la escuela, transcribo lo importante mientras hiervo la sopa, escribo mientras mis hijas me cuentan cuentos, escribo mientras rayonean mi cuaderno con flores y dinosaurios, escribo cuando me encierro con seguro en el baño para que no entren, mientras gritan alrededor de mí y vienen y van con sus peleas y acusaciones, con los dibujos y los peluches disfrazados, con el plato vacío y el moretón en la rodilla. Escribo en la cabeza mientras saco la ropa para vestirlas o armo

sus lonches de la escuela, escribo en un margen de la libreta cuando me distrae su recuerdo a mitad de una entrevista del trabajo.

26 de septiembre de 2015
Estamos en Xalapa en una conferencia sobre periodismo y violencia. Alguien del público ofreció cuidarte mientras participo. Tú reniegas, te sueltas y caminas entre el público hasta el escenario, te subes a mis piernas, me levantas la blusa, me sacas el seno y te sirves. Yo intento poner atención a los relatos de cuerpos inflados sobre las planchas de los Semefos y tú me hablas, me metes el dedo a la nariz, te ríes de tu travesura. ¿Cómo hablar de muerte, si tú?

28 de septiembre de 2015
Hoy dijiste nene y plátano por primera vez.

3 de noviembre de 2015
Hoy me dijeron en el kínder que te gusta estar sola, que hoy, por ejemplo, agarraste una ranita de peluche y te fuiste a un rincón a jugar con ella, que te gusta estar así y que no te molesten. Tu soledad y tú tranquila en ella.

Escribía sobre la timidez de Naira desde los primeros meses de su vida. Hoy día, cuando vamos al parque con sus amigas o alguna fiesta o algún paseo, a veces Naira se va a un rincón, a un árbol y se queda ahí por un rato, varios minutos. A veces llora sola, otras veces se acerca y me dice que quiere jugar, pero que su timidez no se lo permite. Su timidez me llegó a preocupar al grado de que fuimos a terapia y

hablamos de ella y entendió a la timidez como alguien que la acompaña, es que Timidez está conmigo y no se quiere ir. Un día tomó un pedazo de rama y dibujó en la tierra una explicación: hay timidez buena y timidez mala, la timidez buena me protege de lo que no quiero hacer, la timidez mala me aleja de mis amigas. Ahora cuando salimos y Timidez la acompaña, le digo, déjame aquí a Timidez y vete a jugar, yo te cuido a Timidez y así, así vamos. Hasta que un día Naira me dijo: Mamá, está bien, Timidez viene a jugar conmigo.

4 de noviembre de 2015
En la escuela me hicieron firmar una hoja con tu logro del día, me dijeron que estuviste concentrada diez minutos durante la actividad de cantar canciones del cuerpo. No sé si diez minutos es mucho o poco para una niña de tu edad. Cuando llegué a recogerte, estabas solita sentada con un tren y un pulpo. Caminamos en la calle y señalaste los árboles, las hojas, un pájaro.

Mi madre estaba dispuesta a mis preguntas y me dejaba acompañarla en esa visita a su pasado. Volví con Rosario y ésta es la historia que me siguió contando.

Después del divorcio, varias mamás de la escuela de mis hijos me preguntaron cómo lo hice. ¿Cómo le hiciste para tomar la decisión? Yo me quiero divorciar, pero tengo miedo a estar sola y a no poder mantener y educar a mis hijos. Y entonces me di cuenta que otras mujeres querían separarse, pero tenían miedo, como lo tuve yo, a estar sola, a no saber qué haría, a no tener con qué mantenerlos, a saberme sin mi esposo. A mí me ayudó el contar con un trabajo y tener cierta independencia económica.

Un día mi mamá y mi tía, de entre 80 y 74 años, ambas viudas, platicaban en la cocina. Yo les pregunté, que si hubieran tenido la solvencia económica, si hubieran mandado a volar a sus maridos. Y las dos, sin dudarlo, respondieron, ¡pero claro que sí! Creo también que, a partir de que la mujer sale de casa a trabajar y tiene independencia económica, la dinámica familiar ha cambiado. A mí me cambió, me di cuenta que contaba con una base para su manutención. El trabajo también fue un espacio para reconocerme de otra manera, además de mamá y esposa. En el trabajo me sentía a gusto, tenía satisfacciones, era eficiente en mi profesión, tenía compañeros para convivir, platicar.

No recuerdo por qué ni de quién fue la decisión del divorcio de mis padres, los hijos no lo supimos con claridad. No hubo juicio de por medio, no hubo la pregunta de ¿con quién quieren vivir? Fue algo que sucedió poco a poco. Primero la ausencia de mi padre, luego su salida de casa, luego una conversación en la que ambos nos reunieron y nos dijeron que se separarían, pero que siempre estarían para nosotros. No nos explicaron detalles ni motivos. Los hijos lloramos, pero en la práctica el divorcio ya había sucedido tiempo atrás. Cuando dejó la casa, a mi papá lo veíamos los fines de semana, salíamos a pasear al campo, a comer a algún restaurante o a pasar el día en su otra casa, que llamábamos "el despacho" porque ahí tenía su oficina de abogado. Ahí solía prepararnos grandes tazones de ensalada, durante su época de vegetariano, o cocinarnos pizzas y sentarnos a ver cine europeo con él o a leernos obras clásicas. Era su manera de estar y traernos el mundo, aunque lo que queríamos entonces era que él jugara y riera con nosotros. El mundo y sus disertaciones no nos interesaban. A veces mi mamá nos acompañaba, a veces se veían contentos juntos, sobre todo cuando platicaban de su trabajo y se daban consejos mutuos. Un día ella dejó de venir, cuando cada uno de ellos había rehecho su vida.

La mayoría de las mamás de mis compañeros de escuela se dedicaban a la casa, mi mamá era de las pocas que tenían un empleo remunerado. A mí me daba cierto recelo que por sus compromisos no pudiera ir a todas las juntas y festivales esco-

lares o que no le alcanzara el tiempo para peinarnos de caireles todas las mañanas como lo exigían las monjas. Pero también, cuando la acompañábamos a su trabajo, sentía orgullo de verla hacer cosas importantes, dirigir una junta o dar una clase. Me gustaba atestiguar cuando alguien la paraba a mitad de la escuela para consultarle algo, era la confirmación exterior de algo que yo sabía: tengo a la mejor mamá del mundo. Aunque a veces no estuviera en casa. Ahora, a la distancia, pienso que ese orgullo surgía de verla existir más allá de nosotros, desprendida de sus hijos. La mujer rota, así llamó Simone de Beauvoir a ese estado en el que quedamos después de haber supeditado nuestra vida a las de los otros dentro de una familia patriarcal, pareja e hijos, vaciadas de amor y de nosotras mismas. Supeditadas al ingreso económico de los maridos, al vínculo emocional hacia los hijos y al reconocimiento de su existencia por parte de ambos. Simone de Beauvoir veía, en el trabajo pagado y fuera del entorno doméstico que daría a la mujer independencia económica, una de las posibilidades de generar relaciones más equitativas y libres. La emancipación femenina no pasaba sólo por el trabajo, sino que ese trabajo tendría que ser reconocido, valorizado y pagado.

Pero al mismo tiempo era acumular más trabajo. Yo llegaba de la escuela y debía continuar con las tareas del hogar, la atención a ustedes, apoyar o revisar las tareas escolares, la comida, el aseo. Porque, aunque regularmente contaba con ayuda doméstica, no era suficiente.

Por un lado, pensaba que era independiente, que me estaba desarrollando profesionalmente, y por otro, que me había dado en la torre yo solita, que las mujeres nos impusimos más deberes al haber intentado nuestra independencia económica y desarrollo profesional. También creo que algunas de nosotras, las mujeres, tomamos algunas decisiones más orilladas por las circunstancias que nos rodean, que por lo que deseamos. Por ejemplo, en algún momento yo pensé en dejar de trabajar para dedicar mi tiempo a cuidarlos, sin embargo, me pareció que no era posible por la situación económica que en esa etapa teníamos en casa.

> El ingreso que percibimos las mujeres gracias al trabajo remunerado representa una oportunidad de emancipación ante la dependencia económica, emocional y la violencia dentro de relaciones patriarcales: a mi mamá y a otras mujeres les dio la posibilidad de divorciarse, de decir "no" a esas relaciones de desequilibrio, de violencia o de daño.
>
> Pero la incorporación al trabajo no cambió la desigualdad de la relación de los cuidados al interior del hogar. Y así las mujeres que, como mi madre, salieron a las calles a trabajar, sumaron otra jornada más a las que ya tenían, de cuidado de la casa y cuidado de los hijos. Por nuestras propias experiencias aprendimos que no basta con nuestra incorporación al mercado laboral para solucionar el problema. El ingreso, el hecho de estar "ocupada", es lo que la filósofa feminista Celia Amorós llama la política de "tierra quemada". Las mujeres que ingresamos al mercado laboral lo hacemos en un campo de "tierra

quemada", donde las desigualdades de género no se cuestionan y los derechos que adquirimos están vacíos de contenido. El concepto de "tierra quemada" viene de una política militar también llamada "tierra arrasada" que consiste en destruir en un territorio absolutamente todo lo que pueda serle útil a un enemigo, como campos sembrados de cereales, refugios, hospitales, transporte. Pero las historias que cuentan nuestros cuerpos, nuestros residuos, superan por mucho el ideal de la igualdad que clamaron Simon de Beauvoir y Celia Amorós. La igualdad no garantiza romper con la asimetría de poder.

También es cierto que esa misma necesidad de independencia económica, que ha empujado a las mujeres a la esfera laboral, es una de las varias explicaciones de los feminicidios de las últimas décadas, como lo reflexionaron las feministas Marcela Lagarde y Rosa-Linda Fregoso a partir de los crímenes contra mujeres en Ciudad Juárez. La posibilidad de que la mujer rompiera, por medio del trabajo remunerado, con esa relación de sometimiento, de dependencia, a veces voluntaria y a veces involuntariamente, se tradujo en una amenaza para sus parejas, su hombría y el ejercicio de poder que accionaban contra ellas a través de la dependencia económica. Uno de los motivos por los que las mujeres son asesinadas sólo por salir a la calle.

Tras ese paso que dio la mujer de emancipación no hubo una respuesta paralela del hombre, de la sociedad y el Estado. El mundo no cambió, los hogares no cambiaron, las mujeres sumamos otros asedios y cargas laborales a nuestras espaldas.

Como escribe la economista feminista Verónica Gago en su libro *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*, el neoliberalismo crea el humus perfecto para reproducir las violencias contra las mujeres.

En 1995 me propusieron para la dirección de la escuela normal en Guanajuato. Era una oportunidad profesional y acepté el cargo. Pero nuestra rutina cambió. Los llevaba a la escuela, pero ya no podía recogerlos, aunque contraté transporte que los llevara de la escuela a casa. Para mí era muy importante compartir ese momento con ustedes porque era el ratito en que rezábamos, platicábamos, me enteraba de cómo les había ido durante el día, de cómo se sentían.

Entonces ustedes empezaron a quedarse solos, o, cuando menos, sin mí.

Sin decirles "eres el hombre de la casa" o "eres la mayor y los cuidas", les endosé la responsabilidad de cuidarse entre ustedes, una responsabilidad que no les correspondía. Caro lo asumió y ustedes veían en ella una autoridad, le llamaban mamá Cao, les gustaba llamarle así, pero suponía una responsabilidad que no le tocaba.

No tengo memoria de esto, apenas algunas imágenes incompletas, borrosas: nosotros, los tres hermanos menores con necesidades, con peleas, y Carolina, nuestra hermana mayor, dos, tres años apenas mayor, intentando intervenir, resolver, poniéndonos en nuestro lugar a cada uno.

—¿Tú sabes cómo aprendiste a cuidar? —le pregunto a mi hermana 25 años después de esos tiempos.
—Creo que fue algo por mi propia sobrevivencia…

—…
—Es decir, recibí cuidados, pero no los hice cognitivos. Los percibí y se fueron acumulando en mi cuerpo. De otro modo, cuando tuve que reaccionar y cuidar, no hubiera sabido cómo hacerlo.

—¿Cómo te diste cuenta que te tocaba cuidar?
—Esa conciencia se fue construyendo a partir de que nuestros papás se distanciaron y se hizo real a partir del nacimiento de Luisa (la cuarta de nosotros, los hijos). Luego, nuestros papás se divorciaron y luego, cuando mi mamá empezó a trabajar fuera y no llegaba a dormir por trabajo o porque se quedaba con Héctor, su novio entonces, ahí el trabajo de cuidarlos fue más intenso y yo no dormía, preocupada por ella y por ustedes. Mi trastorno actual de sueño viene de ahí, mi histeria viene de ahí. Cuidar me modificó, me jodió.

—¿Cómo, Caro?
—Es que cuidar… Con dar no tengo problema, me gusta dar. Pero cuidar, cuidar te jode…

—¿Cuál es la diferencia, Caro, ¿cómo la distingues?
—Es que te inhibes… Cuidar es asumir una responsabilidad cuando no te toca, porque no se están cumpliendo ciertos roles familiares. Ese cuidar sí te jode, te inhibe de tu ser y pone en primer

lugar el estar alerta para las necesidades de los otros. Yo dejé de disfrutar mi infancia y mi adolescencia porque me sentía responsable de ustedes; yo no pude disfrutar una borrachera, irme de pijamada, sin estar pensando u ocupándome de ustedes.

—¿Qué implicaba para ti cuidarnos, Caro?
—Era una pulsión de coordinar, resolver. Después de la escuela sentía que era mi responsabiliddad que ustedes estuvieran bien, qué iba a hacer de comer o a dónde íbamos a ir a comer, que hicieran su tarea, a dónde iban, con quién iban, dónde estaban, a qué hora volvían, que no se pusieran en riesgo... Yo tenía trece, 15, 16 años y era demasiado... era demasiada adrenalina, no sé si el cuerpo pueda gestionar con tantas cosas, es mucha carga asumir cosas que no te corresponden.

Pienso que el cuidado al que se refiere mi hermana Caro es un cuidado que no le correspondía, que no le tocaba. Caro fue, por decirlo de alguna forma, lo que en las aves se conoce como cuidadora hospedadora, aquella que incuba los huevos de otras aves y a los polluelos que nacerán de ellos. Generalmente son los pájaros cuco —*Cuculus canorus*— los que ponen sus huevos en los nidos de otras especies más pequeñas que ellos, confiando en que éstas críen a sus polluelos, como una estrategia de sobrevivencia. Caro nos incubó para que nuestra madre pudiera ser un poco más libre.

Y ustedes, hijos, este tiempo que trabajé en Guanajuato, resolvían aquellas cotidianeidades que se les presentaban. Todos cuidando de todos. Caro, Luis, tú llevabas a Luisa contigo. Los maestros, las mamás de sus amigas admiraban su independencia, su capacidad para resolver las cosas, para tomar decisiones, pero no era que yo les hubiera enseñado con ese propósito, era que ustedes no habían tenido otra opción. Verlos a ustedes cuidarse era al mismo tiempo una admiración y agradecimiento, porque se organizaban, se acompañaban entre hermanos, y también me invadía un permanente sentimiento de culpa. Tú eras una niña destacada, Caro era reconocida, Luisa era querida, Luis era travieso y rebelde como una demostración de su inteligencia, de su curiosidad, de su inquietud. Su capacidad para resolver juntos, eso me llenaba de orgullo… pero también me sentía mala, me sentía inútil.

Un día me perdí en la carretera que recorría dos veces al día, y me di cuenta que no venía concentrada, que regresaba conduciendo acelerada para volver a casa, sin poner atención. Regresaba cansada del trabajo, de manejar de ida y vuelta. Un día Caro me estaba platicando de sus problemas y me quedé dormida. Entre enojada y triste me dijo, ya te estás durmiendo mamá, siempre que te empiezo a platicar mis cosas te quedas dormida. Le insistí, pero ella no quiso hablar más… Porque además del cansancio físico, era la responsabilidad de ustedes, los permisos para salir con sus amigos, con su novio, las fiestas, la escuela, el saber que una parte del día estaban sin mí, aunque estaban en casa Carmelita o Martha o Juanis o quien me

ayudaba en los quehaceres de la casa y a recibirlos al regresar de la escuela.

> Si Luis era el creativo, Luisa la espiritual, yo la rebelde, Caro era la regañona. En casa los hermanos nos quejábamos de lo que entendíamos como su intolerancia, su impaciencia, su ser estricto, su mamonería cuando hacíamos algún ruido y no la dejábamos dormir. Cuántas cosas no vimos entonces los hermanos menores en nuestra hermana mayor que, con el paso del tiempo, sigue cuidándonos. Caro pudo leer una tristeza crónica que me habitaba por mi trabajo y que yo no fui capaz de detectar. Caro me salvó de caer en depresión y de explotar de furia frente a mis hijas. Caro me quitó de los brazos a Emilia enferma para que yo pudiera dormir una noche completa sin sus llantos. Lo que había detrás de ese carácter gruñón de mi hermana era la carga de cuidar con tres niños, pubertos, adolescentes, de saberse responsable de nosotros y también de mis padres. Le pregunto si ella recuerda aquellos días que nos quedábamos solos en casa, ella me dice que sí, pero que eso no le inquietaba tanto como sentir la ausencia de mis padres. "Físicamente, nuestros padres estaban, pero no los veía aptos. Yo veía el caos en casa, a mí me causaba ansiedad que hubiera problemas en la casa. ¿Y a quién le pedía ayuda, si mis papás estaban en sus propios problemas? Ahí es cuando digo que aprendí a cuidar por sobrevivencia, por la de todos nosotros".

Ese día que me quedé dormida cuando Caro me contaba sus problemas yo no le dije que estaba cansada, que desde las cinco de la mañana estaba despierta, que todo el día trabajaba, que regresaba sola manejando en carretera, que pisaba el acelerador a todo lo que daba para llegar lo más pronto posible a casa, aunque eso a veces me ponía en riesgo de algún accidente. Llegaba a casa por la tarde-noche, y yo no les decía nada, cómo me sentía.

> Yo sí les digo a mis hijas que estoy cansada, que no puedo resolverlo todo, que sólo tengo dos manos y nosotras somos tres, que llevo horas trabajando, que mi atención no puede estar completamente en ellas porque simultáneamente debo resolver otras cosas. Y me he preguntado qué tuvo que pasar para que yo pudiera nombrar, decir: esto es lo que siento. Y creo que eso que pasó fue la libertad que mi mamá nos dio al criarnos, al guardar los sueños que tenía para nosotras en un cajón y no dejar nunca que los viéramos para que no nos distrajeran, sin confundirnos de que pertenecemos a nosotras mismas. Creo que con su silencio mi mamá nos enseñó a hablar y eso me permite ahora a mí presentarme como una persona falible, frágil, vulnerable ante mis hijas. Y quién sabe qué es lo que ellas vayan a aprender de esto.

Durante el tiempo que trabajé en Guanajuato, llegaba del trabajo y nos acomodábamos todos en la cama.

> Esa cama *king size* que se compraron mis papás y que era, hasta cierto punto, símbolo de cierto crecimiento

económico, una cama tan grande como nuestras aspiraciones. Creo que pocas veces la ocuparon ellos, la tomamos desde el inicio nosotros.

Recuerdo que les daba una moneda de 100 pesos (antes de eliminarle los ceros) por cada cana que me quitaban y, mientras ustedes lo hacían, platicábamos, me daban masaje en la cabeza, yo podía descansar, escucharlos y sentirlos cerquita, me acuerdo que una vez me quedé dormida y ustedes me pintaron con los marcadores indelebles y yo me dejé por el cansancio y porque sentía sus manos en mi piel y porque estaban divertidos y así anduve unos días, con mi tatuaje.

Mi madre trabajaba en otra ciudad y todos los días llegaba a casa después de manejar su Tsuru gris durante 40 minutos en carretera, con sus casetes de Rod Stewart y Creedence acompañándola. Llegaba a casa agotada. Tan agotada que se tumbaba en la cama y se quedaba dormida mientras nosotros dibujábamos sobre su cuerpo. Dos, tres, cuatro hijos montados en su lomo, dibujando con plumones, uniendo sus lunares como si tratáramos de hacer constelaciones. Y nuestra mamá rendida, siempre entregándonos su cuerpo.

Dejarnos mirar por nuestras hijas para resignificarnos: mi espalda cansada es una hoja en blanco sobre la que pueden escribir. Mis manos con lunares de piel maltratada (que le heredé a mi madre y a mi abuela) son claves de un mapa para Naira. Mi abdomen flácido es la almohada de Emilia.

Mi cuerpo de las niñas es más hermoso que mi cuerpo mío.

Además del trabajo y de ustedes, mis hijos, había una parte de mí que yo necesitaba atender, esa parte mía de sentir que le gustaba a alguien, que se interesaba por mí. Contar con un compañero. Una vez salí con un amigo, fuimos a tomar un café y ustedes se quedaron en la casa con Carmelita y tú te caíste al intentar tomar unas galletas de la parte superior de la alacena, te hiciste una herida muy profunda en la rodilla y el vecino te llevó en su automóvil al hospital.

Me sentí puta.

Es difícil escribirte, acotarte a mi entendimiento y al deseo que tengo de entender nuestra historia. No sé si me corresponde escribir esto de ti, mamá, aunque quiera. Hay historias que no tenemos derecho a contar, como si hubiera cosas que los hijos no podemos tocar, como una olla caliente. En las horas de conversación que hemos acumulado durante las entrevistas, durante las veces que cocinamos juntas, durante la carretera, durante los paseos con las niñas, hemos encontrado un lugar en el que podemos hablar de mujer a mujer.

Pero también es cierto que sigues siendo mi mamá, y cuando estamos juntas me regalas un té para que continúe escribiendo tu historia sin distraerme, me acercas un suéter porque es de madrugada y hace frío, me acaricias la espalda antes de dormir. Y en un balance, si es que eso es posible,

> la hija que soy quiere un abrazo de esa mamá que se fue y volvió, y que me prometa que nunca más se volverá a ir; y la mujer que soy entiende que te hayas ido y también que, al mismo tiempo, te hayas sentido puta por dejarnos; y las dos que soy, tu hija y esta mujer, ambas concluimos que qué bueno que te fuiste y con eso nos enseñaste que nosotras también podíamos irnos.

Yo los alcancé en el hospital y ustedes no me dijeron, mamá, Dani se cayó y no estuviste. Ustedes me dijeron, mamá, Dani no lloró, la revisó el doctor y no lloró. Y yo pensaba con orgullo, qué valientes ustedes, y también pensaba que no estuve ahí para ayudarte y sentí dolor y vergüenza.

Durante el tiempo que estuve en Guanajuato, Héctor y yo nos hicimos novios, algunas veces me quedé en su casa y ustedes en casa, en Irapuato. Salir a bailar o a tomar una copa con él me hacía sentir bien, porque era tener y ser pareja, además de ser mamá. Pero al mismo tiempo me sentía con culpa y enojo, conmigo y con Héctor, al disfrutar de estos momentos, sabiendo que ustedes estaban solos. Dos años después Héctor y yo nos casamos y él se convirtió en mi compañero y apoyo para cuidar de ustedes y de la casa.

> Los hijos colonizamos los cuerpos de nuestras madres y permanecemos en ellos incluso cuando ya no estamos en ellos. Las madres intentamos desprendernos de ellos, con cuidado y en silencio para no despertarlos y poder escapar por la ventana.

14 de marzo de 2016
Después de dos años, dejaré de darte mi pecho. Quiero dormir en las noches, quiero usar vestidos de cuello alto, quiero, necesito, saber que mi cuerpo no (sólo) te pertenece. Pero al mismo tiempo: ¿cómo explicar esta pequeña nostalgia?

15 de marzo de 2016
Acabo de dejarte en brazos de tu abuela, estaremos separadas dos semanas. No es sólo una separación por el trabajo, es que dejaremos la chichi atrás. Naira

mía, pienso en el último momento que te amamanté, íbamos en carretera al volver de la Sierra, con tu boca succionando como un pez voraz. No pude contenerme y lloré de espaldas a ti. No quería que me vieras. Hija mía, te digo, me digo que es un paso adelante pues ambas estamos creciendo, dejarte de dar pecho para encontrar otras formas de estar juntas, de amarnos. Este momento me hace pensar en el presente, en que la vida a tu lado lo es. Eres presente, Naira, eres esa mano que me acaricia por las noches mientras mama, eres esas mejillas creciendo de mí, eres esa mirada que se alimenta de la mía. Naira, siento una especie de duelo, te extrañaré en mi pecho.

30 de marzo de 2016
Leo: "Lo que no se esperaban las mujeres que aceptaron el rechinante reclamo de lo materno era encontrarse, sin preverlo, con un aumento en los requisitos de la buena-madre. A ella ahora se le recomienda el retorno al parto sin anestesia, al alargue de la lactancia, al pañal de tela, al perpetuo acarreo de los niños a sus numerosas citas (médicas, pedagógicas y sociales); y se le suma el nuevo tiempo de calidad que reduce su independencia", *Contra los hijos*, de la escritora Lina Meruane.

> ¿Y nuestra capacidad de decidir? ¿Decidir algo, en el pequeño espacio de libertad que nos queda? Yo cumplo todos los puntos que señala Meruane y para nada me considero una "buena madre": Naira y Emilia nacieron en casa, las amamanté hasta los dos años (eso incluye compartir cama conmigo y Ricardo), usamos pañales de tela y sí, también van

conmigo a todos lados, siempre que es posible. Van conmigo porque Ricardo sale a media noche del trabajo y mi familia vive en otra ciudad y la escuela cierra a las dos de la tarde y a veces no alcanza para pagar a una niñera y la niñera vive a dos horas en transporte público de mi casa y esperar a que yo termine un trabajo o una cena o unas cervezas implica que ella llegue en la madrugada a cuidar a sus propias hijas.

Pero también van conmigo porque me gustaría que aprendieran a ser unas niñas sensibles y conscientes y creo que mi trabajo como reportera les da la posibilidad de conocer a personas en circunstancias distintas a las de ellas. Cada que subimos a un avión o a un autobús los pasajeros nos miran como apestadas, cada vez encuentro más cafés o restaurantes *pet-friendly* que *kid-friendly* y no quiero que ese mundo de adultos nos relegue a mí y a mis hijas a un rincón oscuro y solitario. Sí, me gustaría volver a andar de brazos libres sin cargar pañalera y niñas, sin perseguirlas a mitad de la jornada laboral, sin ser interrumpida por ellas cuando estoy con mis amigas; me gustaría no tener mi cerebro y mi cuerpo fraccionado, poder escribir sin tener que interrumpir la escritura cada quince minutos porque algo pasó; me gustaría no tener que cancelar cada vez con más frecuencia salidas, viajes de trabajo, pero también asumí que salir a la calle con mis hijas es una decisión política.

16 de mayo de 2016
Naira, tendrás un hermanito o hermanita.

Como mis padres, nosotros tampoco planeamos nuestros embarazos. Cuando supimos del segundo nos convencimos de continuar con él porque Ricardo y yo crecimos con hermanos y hermanas y esas complicidades nos salvaron la infancia. Pensamos que una hermana era un buen regalo para Naira.

18 de mayo de 2016
Ayer fuimos a un velorio, tú jugabas entre las flores del muerto.

3 de junio de 2016
Tuve un sueño muy extraño, soñé que estaba enamorada de mi hermano, que nuestra madre lo sabía y que había hecho entre nosotros un camino ancho y empedrado, que nos hablaba con una voz muy quedita para dificultar nuestro encuentro. Que un día él zarpaba en un barco y yo le declaraba mi amor y por algo yo no podía viajar ahí, que me acompañaba a la proa para lanzarme nadando al muelle y como el barco se alejaba velozmente, al momento de yo lanzarme él se lanzaba conmigo y la marea y las olas nos alejaban de la tierra. En el sueño no era un amor prohibido pese a ser hermanos, o a mí no me importaba, pero era un amor difícil.

Tengo miedo de borrarme. De dejar de ser yo, de mi libertad, lo que sea que eso signifique.

Desde que recuerdo, el mar ha estado presente en mis sueños. Aparece como un espacio que me permite medir, sentir mis emociones. Hay ocasiones en las que sueño una ola gigante que viene a mí y dejo que me lleve, o corro tratando de huir de ella,

o tomo aire y me sumerjo en sus aguas y me doy cuenta de que cuando está por irse el último suspiro, puedo respirar en sus profundidades.

6 de junio de 2016
Tuve otro sueño extraño. Estábamos varias personas y yo en la playa y nos preparábamos para navegar el Golfo de México. Subimos al barco y zarpamos, cuando soltamos las velas, el viento nos devolvió al punto de partida. Atracamos otra vez y esperamos dos días el momento para zarpar de nuevo, había marejadas y olas gigantes y tormentas, había muchas dudas. De pronto, dos nubes grises, densas y gigantes pasaron sobre nosotros y pensamos que después de su paso saldría el sol y sería el momento de levantar anclas. En eso, empezó a nevar. Nieve sobre la playa, sobre las olas, nieve blanca que hacía al plancton brillar aún más.

Despierto y no zarpamos.

Tu papá me dijo que si quería podía irme al mar a tener mis aventuras, que él se quedaría con ustedes dos inventando sus propias aventuras en casa.

15 de junio de 2016
He pasado por unas tormentas fuertes. Días de llorar sin saber por qué, sabiendo que seré madre nuevamente, sintiéndome que seré borrada, pero con voces que me escuchan alrededor y me abrazan: no serás borrada, nuestros padres no lo fueron por nosotros. Florecieron.

23 de junio de 2016
Soñé que quedaba náufraga, estaba en medio del mar.

Veía al frente la costa y sabía que no llegaría. Empezaba a nadar y sabía que el cansancio y las olas me tronarían. Entonces me dejé mover por el mar, que estaba calmo, y vi otra orilla, que no era mi destino, pero supe que a esa llegaría. Y nadé y nadé hasta llegar a ella. Y me sentí tranquila. Rodeé la costa y me sentí tranquila.

Despierto y recuerdo que cuando tú naciste, Naira, debí encontrar otro centro donde estuviéramos bien, donde cupieras tú y hubiera un poco de equilibrio. Ahora que nacerá tu hermano o hermana nos tocará juntas encontrar otro lugar.

25 de junio de 2016
Leo: "Una nueva coartada se ha lanzado contra las mujeres para atraerlas de vuelta a sus casas. El instrumento de este contragolpe tiene un viejo apelativo: ¡Hijos!". *Contra los hijos*, de Lina Meruane.

> No. Los hijos no nos traen de vuelta a casa, vivimos, trabajamos, amamos y cuidamos en los límites. Creo, como escribe Adrienne Rich, que no se trata de que quienes decidimos tener hijos reneguemos de ello, sino de detectar, cuestionar y revertir las condiciones en las que lo hemos hecho: en un sistema patriarcal, clasista, racista.
>
> ¿De qué hablamos cuando hablamos de cuidar?, se pregunta la escritora Alejandra Eme Vázquez en su libro *Su cuerpo dejarán*, y responde: hablamos de defender, vigilar, preservar, proteger, resguardar, regular, amar, asegurar, observar, verificar, desconfiar, (porque se cuida lo que está en riesgo de

no permanecer). Cuidamos lo frágil, lo débil o imperfecto. Cuidamos lo valioso.

Cuidar viene del latín *cogitare*, que significa pensar, de donde se pasó a "prestar atención" y de ahí a "asistir" o "poner solicitud". Cuidar, pensar. Me resulta extraña esta definición etimológica cuando el sentido concreto de cuidar en nuestras vidas conlleva casi siempre una acción y no un mero pensamiento.

Cuidar, hacer esa labor, escribió la filósofa Hannah Arendt, es una de las formas de organización más primordiales. La labor enfocada en las necesidades del cuerpo, en la reproducción de la vida, es imprescindible para producir al sujeto capaz de la acción. Un siglo atrás, Flora Tristán ya había reconocido la importancia del trabajo de cuidados, ya que sin él, la clase obrera no podría hacer un trabajo político. Y Arendt dotó de sentido político al cuidado, entendiendo que labor y acción están interconectadas, porque la vida pública sólo será posible después de cubrir las necesidades que posibilitan la vida misma. Aunque para Arendt estas formas de organización no coexisten en el mismo espacio, es decir, hay un lugar para la acción política y hay otro lugar para el cuidado, coexisten en el sentido de que uno no existe sin el otro.

Cuidar, escribió la antropóloga feminista Marcela Lagarde, es actualmente el verbo más necesario para hacer frente al neoliberalismo patriarcal, "y, sin embargo, las sociedades actuales, como muchas del pasado, fragmentan el cuidado y lo asignan como condición natural a partir de las organiza-

ciones sociales: la de género, la de clase, la étnica, la nacional y la regional-local".

Cuidar, escribió la periodista Carolina León, son las acciones cotidianas, materiales y no materiales, que satisfacen las necesidades del cuerpo para mantenerlo vivo en un sentido biológico, pero es importante entender esa vida en un sentido más amplio. Vida, como el espacio en el que las personas existimos, nos relacionamos y somos seres políticos. León va un poco más allá que Arendt y entiende que el cuidado es una acción que cruza, habita y existe en todos los espacios públicos.

Cuando se habla de los hijos cuidar es un verbo que se conjuga con criar. De hecho, se usan como sinónimos, aunque no signifiquen lo mismo.

Criar viene del latín *creare*, que significa producir de la nada, engendrar, procrear. Tiene el mismo origen que crear y se usa también para hablar de nutrir y educar. Cuando mi hija mayor cumplió seis meses de edad y la tuve en mis brazos devorándome el pecho, tuve la epifanía de que sus cinco kilos y medio de carne venían de mí, de mi leche, de mi cuerpo. Lo mismo experimentaría años después con mi segunda hija. Esa sensación de crearlas de la nada.

Cuidar, criar. No hay vida posible sin estos verbos y, sin embargo, es hasta apenas unas décadas que empezamos a ser conscientes de ellos, a ponerles atención, a cuidarlos, si volvemos al sentido etimológico de la palabra.

Leí la historia de Mónica, escrita por ella misma, en una revista donde narraba la experiencia de maternidad de su mamá, quien se suicidó cuando Mónica tenía 16 años. Le escribí y le pedí conocernos. Quería preguntarle sobre lo que significó cuidar a una mamá, aprender a vivir con una mamá que, aparentemente, o quizá en mi primer entendimiento, no quería vivir. Mónica aceptó y nos encontramos varias veces en un café en la Ciudad de México, a donde ella había llegado desde Chihuahua para estudiar la universidad. Era el año 2016, Naira caminaba de mi mano y Emilia crecía en mi panza.

Cuando platiqué con Mónica, ésta fue la historia que ella me contó.

Mi mamá nos dijo que se iba a suicidar. Nos lo advirtió. Nos citó a cada uno de sus hijos por separado y nos lo dejó muy en claro. Cuando tocó mi turno me senté a su lado y empezó a hablar: Estoy muy triste, he sido mala persona, lo hice mal, los golpeaba. Yo la escuché y le respondí que no, que no tenía nada qué perdonarle, que no tenía que cargar con culpas. Ella insistía, lo hice mal, los maltraté.

Uno a uno nos fue llamando.

Claro que sus hijos estábamos preocupados, discutíamos entre nosotros para ver cómo evitarlo. Mi hermano mayor, el menor y yo hablábamos mucho de eso. Mis dos hermanas actuaban como si no le creyeran… o quizá es que estaban tan agobiadas en sus propios problemas, sus propias riñas en casa con maridos e hijos.

Nosotros sí le creíamos, a nosotros sí nos preocupaba que no quería dormir, ni comer, ni salir. Nosotros intentamos ayudarla. Me acuerdo que un día cercano a su cumpleaños mi tía le preparó una cena y la recibimos con las mañanitas en la versión de Los Tigres del Norte. Ella no se sentía cómoda, quería irse, quería que todos nos fuéramos.

Creo que siempre se sintió así. Atacada. Nos contaba que de joven no le gustaba salir porque nomás

iban a hablar mal de ella. Me acuerdo una vez que se despertó y se puso a limpiar la casa. Le gustaba tener su casa limpia y ese día todo estaba regado y no había un lugar dónde sentarnos. Yo también me había despertado y fui a buscarla, mami, mamá, mamá, le decía. La encontré en la sala, la vi mal, como enojada. No me gustaba verla así, quería verla contenta y le pregunté si quería jugar. Pero ella se enojó, aventó las cosas que traía en las manos y me volteó a ver. Me miró muy feo, a mí me dio miedo, me gritó: Claro, como tú no vas a limpiar, como tú no tienes que estar con toda esta friega, claro que quieres jugar. Así me dijo y yo sólo tenía tres años. Luego se fue por el pasillo, se metió al baño, azotó la puerta y desde afuera la escuché llorar. Ese es el recuerdo más triste de mi vida. No fue que me regañara o que no quisiera jugar conmigo. Me puso triste que ella estuviera sola, que yo no pude hacerla feliz.

> Puedo verme reflejada en tu madre, Mónica. Puedo ser ella. He sido ella. Desde que te escuché Mónica, hablar sobre los recuerdos de tu madre, pienso en lo que las niñas recordarán de mí cuando crezcan, de nuestro ser madre e hijas. A veces, cuando Naira me dice que me ve cansada o enojada, me pregunto si esa es la imagen que se quedará impregnada en sus cuerpos y la que les acompañará cuando crezcan y sean menos hijas de mí. Si me recordarán reducida a una madre cansada, enojada, sin importar que yo sea otras cosas también, sin importar que a veces cancele todo para quedarme con ellas en cama, acariciándoles la espalda, o para llevarlas a comer fideos frente al lago, o para invi-

> tar a todas sus amigas a hacer pijamada y hacerles pizza y *hotcakes*, o para olvidar todas las reglas y pasar la tarde sin trabajo y sin tareas, cachorreando con los últimos rayos de sol.

Tengo este recuerdo muy fijo en mi mente, nunca se me quita. El pasillo, el llanto de mi mamá encerrada en el baño, luego el silencio y la tristeza. Yo tenía cinco o seis años y tenía la culpa tan grande de verla sufrir, me sentía mal de estar viva.

> ¿Qué aprende una niña cuando ve a su madre llorar encerrada en el baño? ¿Qué inmensidad del mundo se abre ante esa pequeñez? "Tu madre no era la cierva herida ni el cordero, era caballo de mar arrinconada y tiritando en la pecera", escribe Maricela Guerrero en *Se llaman nebulosas*.

Me acuerdo que cuando ella se encerraba, todos nos asilenciábamos y cada quien se ponía a hacer algo para pasar el tiempo solos. Mi hermano mayor se encerraba en el cuarto, mi hermanito y yo nos hacíamos chiquitos, calladitos, aguantábamos la respiración. Queríamos como desaparecer, nos daba nervios hacer algo que la molestara. Todo era muy confuso, porque ella tenía días muy malos en los que despertaba deprimida y se encerraba y otros en que jugaba mucho con nosotros y se le veía feliz. Creo que lo hacía para compensar que nadie jugó con ella cuando estaba chica, pero estos momentos eran muy pequeños, duraban tan poquito porque luego venía el enojo, el golpe, la tristeza. Yo no tenía miedo. Yo lo que tenía era tristeza porque no

podía hacerla feliz. Nunca pude entender a mi madre. Como si todo el tiempo, aunque estuviera con nosotros, estaba en otra parte, encerrada en ese baño llorando, lamentándose. Rodeada de sus cinco hijos, pero sola, siempre sola. Nosotros la hacíamos miserable. A veces sueño con ella, pero no son sueños muy agradables. Sueño que se burla de mí y yo lloro, lloro mucho.

Ha de ser muy difícil ser madre, sentir que de ti depende la vida de otra persona, que debes encaminarla por un buen camino.

> Madre e hija, temerosas e indefensas, arrojadas al mundo, fuera de la tibieza y seguridad del útero. La misma cosa, la misma soledad.

Yo no tengo hijos, pero cuidé a mi hermano menor. Cuando iba en la primaria le dejaron una tarea, tenía que responder a la pregunta ¿quién es la persona a la que más quieres?, y él puso mi nombre. ¿Por qué?, porque me alimenta y me ayuda con mis problemas. Yo estaba en cuarto de primaria y me sorprendió mucho porque yo no lo veía así, yo lo que veía era que mi hermano menor, si no me tenía a mí, ¿a quién iba a tener? Si él no me tuviera, él tenía que lavar su ropa, hacerse su huevo. Me angustiaba pensar que no tuviera a nadie y por eso lo hacía, para que él tuviera a alguien y yo también tener a alguien. Cuando leí su tarea sentí muy bonito y hasta arranqué la hojita y la guardé como un tesoro. Yo tenía ocho años y le hacía su huevito revuelto, lo levantaba a bañarse, mientras él, muy chiquito, planchaba nuestros uniformes. Nos teníamos uno al otro.

A mi mamá casi no le gustaba hablar de su infancia. Ella creció también en Chihuahua y por mi tía supe que mi mamá fue generosa, a ella la cuidaba y con el dinero de su trabajo le compraba regalitos. Le gustaba mucho leer y nos leía lo que a ella le gustaba, me acuerdo de un libro que se llamaba *Los hijos de Sánchez*, otro era el *Manifiesto del Partido Comunista*, y *El país de las sombras largas*, quizá porque se sentía identificada. Eran historias difíciles que no estaban endulzadas. Quizá le confirmaban que la estructura familiar es problemática, como lo que ella vivía en casa. Mi abuela era una mujer depresiva y de carácter muy fuerte, nunca los golpeó, su castigo era romperles sus juguetes, sus muñecas. Y yo lo creo, porque es el tipo de cosas que mi mamá hacía con nosotros. Tomaba nuestros muñecos, los rompía.

> Una vez rompí a propósito un juguete de Emilia. Era un pegaso de plástico. La caballa alada, le decía Emilia. Emilia intentó arreglarla con resistol, con una liga para cabello. La pegué con epóxica, pero ya no podía aletear. Emilia cargó con esa caballa alada durante muchos meses para todos lados, la abrazaba con particular ternura. Una vez mi mamá le preguntó a Emilia si no quería otro caballo que no estuviera roto, ella respondió que no, que esa era su caballa, que había tenido un accidente y que tenía que cuidarla.

Una cosa que sí me decía mi mamá era que cuando joven, todas se casaban para irse de sus casas, pero ella decía, nunca me voy a casar. Lo decía con mucho

orgullo. Tenía trece años y no se quería casar nunca, pero se casó a los 19 años. Mi papá era de un rancho y emigró a la ciudad cuando el declive de la vida en el campo. Ahí en la ciudad conoció a mi mamá y se fueron a vivir con mis abuelos paternos porque no tenían dónde.

La historia de mi mamá es una historia común a muchas mujeres. Desde chica trabajó en la maquila, sufrió acoso sexual, se juntó muy joven y tuvo hijos pronto. Mi hermano mayor nació cuando ella tenía 19 años, once meses después nació mi primera hermana, un año después mi otra hermana. Dice mi mamá que se cuidó con condón pero que mi papá no lo usaba bien. Luego usó el método del ritmo y le funcionó tres años y después yo nací y dos años después mi hermano menor. Mi mamá empezó a parir en 1984 y terminó en 1992. Fueron muchos años.

Yo cuando era niña pensaba que así eran las cosas, tenías un novio, te embarazabas y te casabas. Así lo vi con mi mamá y con sus hermanas, pero en cuanto ella pudo hablarme de sexo siempre me dijo, no tengas hijos. Que era como decirme que ella no quería tenernos. A pesar de todo, aunque la desesperábamos, aunque no nos quería tener, mi mamá trataba de hacer las cosas bien. Lo intentó de muchas formas. Una vez hasta se metió a una iglesia cristiana y la cosa terminó muy mal porque toda la culpa de los problemas de la familia se la echaban a ella, se la hacían sentir. O mi mamá eso sintió.

Cuando nosotros empezamos a nacer, mis papás necesitaban un espacio, así que falsificaron unos documentos y se embarcaron con un crédito para la casa.

Era una casa mediana, al frente tenía un patio que nunca pavimentaron y ahí sembramos un árbol de duraznos. En el patio de atrás teníamos una alberca que se llenó sólo una vez porque vivíamos en un desierto.

Mucho tiempo vivimos llenos de carencias porque teníamos que pagar la hipoteca, yo andaba de tenis rotos cuando todos mis compañeros estrenaban tenis con lucecitas de colores, también me acuerdo de tener mucha hambre y que no había comida en casa. Hasta que un día la terminaron de pagar.

Fue un domingo. Mis papás llegaron con la noticia y nos subieron a la Caribe para darnos una sorpresa. Nos llevaron al Soriana y nos dejaron escoger todo lo que quisiéramos porque ya no teníamos deuda. Mis hermanos y yo corrimos a los anaqueles a escoger lo que más deseábamos. Yo escogí una caja de Zucaritas y una Fanta de naranja. Fue todo un acontecimiento, una gran fiesta, la fiesta de la abundancia. Pero no vi a mi mamá feliz. Mi papá sí, él estaba muy feliz, se sentía orgulloso. Pero no, ella no.

> Cuando yo era niña e iba a la tienda por mandados, me quedaba con el cambio para llevármelo a la escuela y comprar dulces, papitas, pero cuando se acababa el sueldo de mi mamá como maestra, y no alcanzaba para los últimos días de la quincena, sacaba las monedas y se las daba para que pudiera comprar pan, leche, huevos, tortillas o frijoles. También me tocaba contestar las llamadas telefónicas de la dueña de la tienda de ropa que llamaba para cobrarle a mi mamá y responderle, ahorita no está en la casa, sí, yo le digo que la anda buscando,

> y nunca decirle, porque obviamente no tenía para pagarle. Pero cuando recién le llegaba su cheque mi mamá nos subía a sus cuatro hijos a su Tsuru gris y nos llevaba a las pizzas Lupillos o al Pollo-loco. Antes de volver a casa parábamos en la cremería y ella compraba un kilo de jamón y dos litros de yogurt de fresa y de nuez y volvíamos cantando en el carro y era la fiesta de la abundancia en medio de una crisis económica y familiar.

Ese mismo año mis papás cumplieron trece años de casados. Para celebrar, fuimos a que nos tomaran una foto. Fue un acontecimiento muy especial. Me acuerdo que días antes mi mamá ya nos había dicho qué nos íbamos a poner. Ella eligió un vestido azul muy bonito, un vestido azul que brillaba. Y se veía tan hermosa. Yo me sentía muy contenta. A mi hermano mayor lo pusieron en el centro de la foto, mi papá y mi mamá a sus costados. A mí se me hacía chistoso que mi hermano estuviera al centro, como si fuera el jefe. Todos estamos contentos mirando a la cámara, pero mi mamá estaba seria, como si no estuviera ahí. Luego hubo un festejo en la casa, una comida. Me acuerdo que mi mamá estaba en friega llevando y trayendo platos y cuando di mi discurso, ella no me escuchó. Ella andaba atendiendo a los invitados. Esa foto sigue colgada en la sala de la casa.

Cuando mi mamá nos dijo que se iba a suicidar, nos citó uno por uno. Cuando tocó mi turno, me senté a su lado y ella empezó a hablar. Estoy muy triste, he sido mala persona, lo hice mal, los golpeaba. Yo le respondí que no, que si ella sentía que debía perdonarle algo, la perdonaba. Me hubiera gustado decirle otra cosa,

decirle que la entendía, me hubiera gustado darle las gracias porque nunca me hizo sentir que esperaba algo de mí, porque me enseñó a cuidarme en las relaciones sexuales, porque me dijo que no me casara sólo por salirme de casa. Me dijo que las cosas podían ser diferentes. Ella siempre se cuestionó el orden establecido y lo hizo de una forma orgánica, porque estaba loca.

Sus hijos estábamos preocupados por ella.

Yo me empecé a dormir con ella en su cuarto, todo el tiempo estaba con ella para que no se fuera a suicidar, yo trataba de estar de buen humor. Yo estaba muy triste y lloraba todo el tiempo, pero, cuando estaba con ella hacía un esfuerzo para no llorar, quería que se sintiera bien, transmitirle que estaba siendo comprendida. Me metía a su cuarto y me ponía a ver la tele con ella. A veces le hacía plática, pero casi no respondía porque estaba como ida. Otras veces hablaba mucho, cosas del pasado. Pero casi siempre estaba callada. Y así estábamos, en silencio, una junto a la otra porque nunca fuimos así de abrazarnos. Sólo me quedaba ahí.

No, no me siento culpable por no evitar su muerte. No soy responsable de la infancia que ella tuvo, de todos los hijos que ella tuvo.

> Poder decir "no soy culpable" sin sentirnos culpables por no sentirnos culpables. Mamás que nos enseñaron a desprendernos de su herencia, a quitarla de nuestros hombros, a doblarla y guardarla en un cajón. Algunos años más adelante, quizá, no sólo la doblaremos en un cajón, sino que le prenderemos fuego y miraremos, falibles y satisfechas, elevarse sus cenizas hasta desaparecer.

Yo no podía salvarla, no me tocaba salvarla.

Quizá mi mamá estaba enferma como su mamá, aunque nunca fue al doctor, nunca la diagnosticaron. Dicen que mi abuela hablaba con el diablo, que era violenta. Como mi mamá, era una mujer agresiva y violenta.

Un día me sacó de la casa, era de madrugada, me sacó porque yo tenía como reumas y en el invierno me dolían mucho los huesos y lloraba mucho, lloraba mucho de chiquita. Me dijo que llamaría al DIF para que me llevara. Me sacó y pasó un carro y me vio y llamó a la policía, hay una niña llorando afuera de su casa. Llegó la patrulla y los policías me subieron a la parte de atrás para llevarme al DIF. Mi mamá salió y se puso a forcejear con los policías, luego mi papá también. Pero los policías me llevaron. Estuve menos de dos meses fuera de casa.

Mi mamá era agresiva y violenta en general, pero más lo era con mi hermano mayor y conmigo. Con él, porque cuando se embarazó se tuvo que casar y era como si le tuviera resentimiento; y conmigo, conmigo porque me parezco mucho a ella. La vi muchas veces golpear a mi hermano y me dio mucho miedo, yo creo que más que cuando me pegaba a mí porque sentía que después de él luego me tocaba a mí y veía todo su enojo, su ira, y que no era capaz de contenerse.

Honestamente, siempre he tenido miedo de ser como mi mamá. Yo tenía sus características, tenía su agresividad, problemas de disciplina, pero no quería ser como ella. A lo mejor también por eso cuidaba a mi hermano, porque no quería ser como ella, amargada como ella. No es que mi mamá fuera mala, se esforzaba mucho por cuidar de nosotros. Pero ella no tuvo de

dónde aprender a ser una mamá cariñosa. Mi abuela fue una mujer violenta y mi abuelo indiferente, podía ver a sus hijos con hambre o frío o piojos y era insensible a esos dolores. La vida de mi madre estuvo llena de carencias emocionales y materiales. Ella aprendió desde muy chica que no importaba.

Mi mamá nos dijo que se iba a suicidar. Nos lo dijo claro. Nos citó a cada uno por separado y nos lo advirtió. Pero antes de matarse ella, pensó en matarnos a nosotros. Supongo que era la mejor forma que sentía para protegernos. Como si al matarnos nos salvara de algo, de ella misma. Yo lo supe porque ella también nos lo dijo. Fue un día, una tarde que estábamos viendo la televisión y así sin más lo soltó: A veces te sientes tan triste, tan sola y desesperada que sí lo piensas, yo pensaba matarlos a todos ustedes y luego matarme a mí. Yo tenía como doce años cuando lo dijo y no entendí nada. La volteé a ver, me pareció que estaba alucinando, pero ahora que lo pienso quizá ella se atrevió a decirlo porque ya no lo sentía posible, ya lo veía como algo del pasado, que ya no era un riesgo, una amenaza, ni para ella, ni ella para nosotros.

Nos preocupamos, intentamos hacer cosas para salvarla. Yo me iba a dormir todas las noches con ella para cuidarla de que no se fuera a suicidar. Me iba a su cuarto, me acostaba con ella a ver la tele, pero empezó a cambiar. Se recuperó, se empezó a arreglar, se cortó el cabello, empezó a vestirse bien, a salir, encontró trabajo como cajera en Soriana y se veía tan realizada. Realizada con un trabajo tan explotado, tan mediocre, tan feo.

Y yo estaba tan cansada de pasar las noches con ella porque no dormía, me sentía mal, sin energías, me costaba, me dolía el pecho, la cabeza. Así que una noche que ya no podía más con el cansancio y las ganas de llorar, me fui a mi cuarto. Yo tenía 16 años y eran como las dos de la mañana. Me salí en silencio, confiada en que ella se estaba recuperando. Y la dejé.

Al despertar, mi hermano mayor estaba muy alterado.

Sucedió.

Mi mamá se había cortado la yugular con un vidrio. Él la agarró en sus brazos, le dijo que ya había hablado a una ambulancia, que aguantara, que la iban a operar, que la iban a salvar, que por qué lo había hecho… le dijo muchas cosas. Eran como las ocho de la mañana.

Bajó mi hermana mayor, llegó la ambulancia, los vecinos afuera, mi hermano que no paraba de hablar, de hablar con ella, con mi madre. Yo me quedé en las escaleras muy asustada mientras todos pasaban a mi lado, me hablaban, me decían.

Yo no la vi, ya sabía lo que había pasado.

Estuvo tres días internada. El primer día lo pasó en el quirófano, los doctores le cosieron las venas que se reventaron. Los doctores nos dijeron que si sobrevivía sería un milagro. Los otros dos días estuvimos ahí, esperando. Mi hermano menor tenía esperanza de que mi mamá se salvara, era el único que pensaba eso y, mientras los demás aguardábamos su muerte en la sala de espera del hospital, él repasaba las cosas que debíamos tirar para que ella no se dañara de nuevo, los cuchillos, los frascos de vidrio, los floreros, las cuerdas. Yo no pude sacarlo de su ilusión.

No tenía energía, no tenía fe, no tenía nada.

> Últimamente he leído mucho sobre el suicidio infantil, me acerco a ese tema con temor y la certeza de que está ahí, en el mismo lugar donde juegan mis hijas. En blogs y redes sociales los padres que han perdido a sus hijos hablan de la imposibilidad de nombrarse tras la muerte de un hijo, de lo poco natural que resulta, de la inexistencia de una palabra para describir su circunstancia, y del desvarío constante que les provocan las preguntas, ¿por qué no me di cuenta? ¿qué pude hacer para evitarlo? Pienso en Mónica sin su madre y me pregunto cómo se enfrenta a esa orfandad, no sólo al hecho de que perdió a su madre, sino al hecho concreto de que su madre la parió aun cuando quizá no creía en la vida. Como si la hubiera parido en caída libre, en medio de un abismo.

El tercer día entré a su habitación. Quería decirle muchas cosas, pero no pude. Apenas pude abrir la boca: si crees que hace falta, te perdono. Y salí corriendo de ahí antes de que me viera llorar.

Los hijos de mi madre decidimos donar sus órganos.

Los de la funeraria vinieron por su cuerpo.

Lo lavaron, lo arreglaron. Yo ya no la vi. Yo ya sabía.

A las horas siguientes, recibimos una llamada. Eran los de la funeraria. Nos pidieron un traje para enterrarla. Recuerdo que subí a su habitación, abrí el closet. Olía… olía a viejo.

Barajé la ropa doblada, colgada, la acaricié, me sostuve de ella. Lloré. Sólo tenía cosas feas, viejas, rotas. Cosas que le quedaban grandes a ese cuerpo suyo.

Nada. Mi tía Rebeca nos tuvo que prestar un traje para enterrarla.

Eso se me hizo muy triste. Que mi mamá no tuviera un vestido para morir.

> Cinco años después de que platicamos por primera vez, Mónica y yo nos volvimos a encontrar. Ella seguía igual de hermosa, con su cabellera abundante y desordenada, su sonrisa blanca como cascada. Yo sentía que había envejecido muchos años en mi segunda maternidad. Nos vimos para despedirnos, pues había terminado la carrera y volvía a su hogar materno en Chihuahua. Mientras empacaba las pocas maletas que tenía hablamos de mis hijas y de su madre. Ella me contó que los últimos meses, mientras terminaba la carrera y planeaba el regreso a casa, había podido comprenderla desde otro lugar: "Mi mamá entendió muy pronto a no esperar la felicidad, sino a provocar el cambio. Y si antes su suicidio me entristecía, me hacía sentir muy sola, ahora puedo entender que fue una mujer fuerte, con determinación, una mujer disidente, lo suficiente como para terminar con lo que no le hacía bien. Así sea la vida".

27 de julio de 2016
Estoy en casa de mi mamá, en la casa donde crecí. Vine a entrevistarla otra vez. Siento que para la crianza de mis hijas necesito entender cómo fui criada y para eso necesito preguntarle cómo ella fue criada. Durante toda la semana nos despertamos de madrugada y platicamos antes de que mi hija y mis sobrinos salgan de la cama. Nos acomodamos en la sala o en el jardín o en los tapetes, con un té, libreta y grabadora. Hablamos quedito para no despertar a nadie. Una de estas mañanas le pedí a mi mamá que me hablara de una imagen: ella lavando nuestros uniformes de madrugada.

—Tengo recuerdos, la sensación de que pasabas mucho tiempo lavando en la madrugada...
—Yo no era infeliz, yo los tenía a ustedes. Además, tu papá, aunque estaba ocupado durante el día, por la noche llegaba a casa, entonces no estaba sola. Ustedes me llenaban. Desvelarme, las tareas domésticas, atenderlos, lo tenía internalizado como lo que me correspondía hacer. Cuando estaba embarazada de ti estudiaba la maestría, mi vida era el trabajo, el quehacer de la casa, cuidar a tus hermanos Caro y Luis, atender a tu papá. Teníamos un vecino, el profesor Piña, y él me

preguntaba: ¿qué tanto haces en la madrugada que no dejas dormir? Era cuando hacía la tarea, escribía a máquina, pero para mí no era la muerte, para mí era lo normal, no vi otro ejemplo de ser mamá: la que se desvela, la que madruga, la que lo da todo... No tenía otro ejemplo, entonces no había rebeldía en eso. Yo te quiero insistir, hija: yo no sufría. De repente me da la impresión de que tienes un dolor porque yo sufría. Sí me chingué, pero nunca me sentí sufrida. Y no siento que haya estado resignada.

El recuerdo de la soledad de mi mamá abarca casi toda mi infancia. En mi recuerdo no es relevante si esto sucedió antes o después del divorcio de mis padres. La soledad es una constante.

La memoria no es lineal y es falible. Fuera de nuestro control queda lo que recordamos y cómo lo recordamos, fuera de nuestro control de madres e hijas.

—¿Alguna vez te diste cuenta de que me desperté y te vi?
—Sí, pero lo que yo quiero aclarar contigo, hija, es que no sufras eso, que no te duela. Para mí lavar en la madrugada era subir a la azotea y ver la luna, las estrellas. Y al día siguiente verlos a ustedes arreglados... no había tiempo para pensar en el cansancio y yo estaba joven y era fuerte. Y con ustedes el cariño, la fuerza, la creatividad se me multiplicaba.

Al final de los audios se escuchan las voces de los niños que comienzan a interrumpir la plática,

primero se acercan y se acurrucan entre nosotras, después piden comida, después juegos. Hasta que es imposible seguir y apagamos la grabadora.

28 de julio de 2016
Ayer cayó una tormenta hermosa, con truenos, rayos, torrentes de agua. Cuando yo era niña estas tormentas me daban miedo y corría a las piernas de mi mamá para guarecerme y ella me acariciaba la cabeza y la espalda y me cantaba canciones que hablaban de un día que llovió al revés y la lluvia mojó al sol.

Ahora yo no puedo tener miedo, ahora soy yo la que debe decirte, hija, que todo estará bien, ahora soy yo la que intentará calmarte con cantos suaves. Ya no tengo miedo, o ya no importa.

Algún día de agosto de 2016
Odio mi vida. Mi cuerpo. Mis mañanas. No soporto tener que batallar con Naira una hora entera para

lograr que se vista, que se ponga un suéter, que no se quite la ropa, el pañal, el pantalón una, otra y otra vez. ¿Es esto la maternidad? ¿Batallas diarias por cosas insignificantes? ¿Todos los días? Estoy segura de que si usara la fuerza y la autoridad, acabaría con estas discusiones. De pronto tengo la sensación de que mi vida es esto que no quería: disgustada por todo, todo el tiempo.

12 de agosto de 2016
Naira mía, estos días he pensado mucho en el cuerpo. En que siento por ti con el cuerpo. Al despertar de madrugada y tomarte la mano, al abrazarte antes de dormir. Siento con el cuerpo que te abrazo, que te protejo, que tu cuerpo, aunque crezca, siempre cabrá en mis brazos y en mi pecho y que podré protegerte. Siento el placer de tu piel, de tu temperatura, de saber que te puedo tocar. Pensar en ti últimamente ha sido eso, pensarte con el cuerpo.

24 de agosto de 2016
Sé que puedo amarte Naira. Sé también que puedo hacerte daño. Hoy lo hice. Te apreté y jalé del brazo mientas te llevaba llorando a la escuela. Sé también que puedo calmarme, detenerme a mitad de la calle y abrazarte, hablarte de otra manera. Sentir cómo nos calmamos juntas. Puedo ser y hacer ambas cosas.

10 de septiembre de 2016
Bebé, el otro día Naira y yo nos pusimos a arreglar tu ropa. Ella extendía la ropa que te regaló tu abuela y decía, para mi hermanita, luego decía, para mi herma-

nito. La extendía y la acomodaba con cuidado en el piso. Platicamos de tus nombres, dice que Sandino no le gusta, tampoco Nicolás ni Nairo. Dice que le gusta Perro o Gatito.

Esta madrugada te moviste tanto, como si quisieras señalarme algo, decirme algo, te sentí y sentí mucho amor y ganas de abrazarte, de imaginarme tu cara.

13 de septiembre de 2016
Serás una niña.

29 de septiembre de 2016
Te orinaste en el piso, pese a que te insistí en que te pusiera el pañal o que fueras al baño. Te orinaste y te levanté con fuerza y te fui a sentar a la bacinica. Tú llorabas. Ahí te quedas hasta que aprendas, cochina, eres una cochina. No aprendes. Cochina.

¿Por qué te dije eso? ¿Fue el enojo? ¿La desesperación? ¿Mi poder sobre ti? ¿Verte humillada? Lo siento tanto, Naira. Lo siento tanto. Me da vergüenza.

> Cuando se publicaron fragmentos de este diario en *Tsunami* necesité la palabra de otra mujer para acompañarme y poder decir que maltraté a mi hija: "Ore, ore, la chingada, le dije y lo jalé de los cabellos y lo metí a bañar con agua fría y él empezó a gritar [...] Y como que buscaba a alguien y lloraba y como que empezó a ahogarse con los mocos y el agua y entre que se despabilaba, con sus dos manitas desesperadas me jaló los cabellos y yo me sentí bien hija de la chingada y como que me cayó el veinte [...] y que algo muy dentro suyo

me decía que yo era una pendeja, una cabrona o algo así [...] y sentí mucha tristeza y me metí a la regadera a bañarlo como se merecía y le acaricié su cabellito chinito y suavecito que tenía y lo abracé y no le dije nada pero en el fondo yo quería pedirle perdón por hacerle todas las putadas que le hacía", escribió Brenda Navarro en su novela *Casas vacías*.

Cuando se publicaron los fragmentos del diario de las niñas recibí algunos mensajes de otras madres que me hablaban del agobio, del arrepentimiento, de los deseos de quitarse de encima a sus hijos por un instante. Lo que las historias nuestras compartidas nos permiten es quitarnos la vergüenza de nombrar lo que sentimos y así, acomodarnos mejor en nuestra propia historia.

Yo he sido violenta con las niñas. Les he gritado y las he insultado. Luego viene la culpa y el darme cuenta: lo que les estoy enseñando con eso, con mis gritos o insultos, es que las personas las pueden dañar, las pueden lastimar, que las personas tienen poder sobre ellas; que si las personas que deben cuidarlas, protegerlas, pueden lastimarlas, entonces cualquier otra persona también puede hacerlo. Y que ellas pueden replicarlo con quienes se relacionen, que esa es la forma de resolver problemas.

Y luego viene la calma, hija, hijas, perdón, nadie tiene derecho a hacerles daño, ni siquiera yo. Ustedes son sagradas, sus vidas son sagradas. Y ellas, más simples, me dirán: no pasa nada, mamá, estamos bien. Me devolverán la promesa del cuidado y me harán creer de nuevo en ella.

Estamos aprendiendo a hablar, historia tras historia, palabra tras palabra.

1 de octubre de 2016
Estábamos en la azotea jugando con la tierra de las plantas. Te ensuciaste la cara y te dije, "Mi cochinita", de cariño. Tú dejaste de jugar y me miraste muy seria: "No soy una cochina".

20 de octubre de 2016
Tu papá y yo nos hemos preguntado cómo será tu llegada, cómo será el amor ahora. Cómo será tu rostro, cómo será tenerte con nosotros. A mí me ilusiona tenerte a ti y a Naira y caminar por la calle juntas y decir fuerte, orgullecida: "mis niñas".

Nada pudo advertirnos lo que serías, Emilia. Una presa desbordada, un gato salvaje, una botella de diamantina que se revienta al caer desde un décimo piso, una invitación constante a argumentar o rendirnos frente a tus rebeldías, una punk tardía y de peluche, una sonrisa renovada cada mañana.

24 de noviembre de 2016
Hija mía, bebé, ayer Naira y yo platicamos contigo, te dije que me he sentido un poco ausente del embarazo, pero que estoy preparando a esta familia para ti. Hija mía, te esperamos en una casa llena de amor.

1 de diciembre de 2016
Sí, la maternidad impuesta. Sí, el uso de nuestro cuerpo para beneficio del capital. Sí, la explotación de nuestro cuerpo en el cuidado de la mano de obra. Sí, el patriarcado decidiendo por nosotras. Sí, todo eso sí. Pero: ¿y la ternura? ¿Y esa cosa inexplicable que siento cuando te huelo, cuando te miro, cuando nos acariciamos? ¿Ese deseo de besarte, de mirarte? ¿Esa pertenencia cuando nos abrazamos hasta quedarnos dormidas? ¿Todo eso cómo se explica?

> Criticar la maternidad impuesta desde el feminismo, me dice mi amiga y feminista de cabecera Emanuela Borzacchiello, puede ser un acto de ternura infinita para apropiarnos de una maternidad íntimamente deseada y elegida de manera consciente. O una maternidad no deseada, pero con la que in-

tentamos reconciliarnos. Silvia Federici o Adrienne Rich escriben en contra de un cuerpo que no puede desear libremente y nos ayudan a desdibujar las perversiones del sistema para apropiarnos de las prácticas afectivas que realmente queremos.

Algún día de diciembre de 2016

Naira se fue de vacaciones con su abuela, Ricardo está en el trabajo y yo estoy sola en casa, esperando el nacimiento de nuestra segunda hija. Repaso el diario intentando recordar qué fue tener una bebé en casa. Me detengo en el día que lastimé a Naira camino a la guardería. Lo que recuerdo ahora es que no se quería vestir, que se quitó la ropa tres veces, que se nos hizo tarde, que perdí una cita, que la vestí a la fuerza y la cargué a la fuerza y la saqué llorando de casa. Que yo estaba furiosa, que quise hacerle daño. Que quizá pensé en pegarle, que quise pegarle, pero no me atreví. La apreté muy fuerte del brazo. Me detengo también en el día que le dije "cochina" y recuerdo que Naira me miraba desde el piso tratando de ponerse sus pantalones. "No soy cochina, mamá, no soy cochina", me dijo desde sus dos años y medio, defendiéndose de mí. La lastimé. Me da vergüenza haberlo hecho y de escribir esto, pero quiero que quede registro. Que no se me olvide.

¿A qué responde el afán de recordar estos momentos? ¿De dejar registro de ellos, de ventilarlos? ¿Es acaso que pensaba que en el futuro algo iba a cambiar y entonces quedarían como registro de mi aprendizaje como madre, de un pasado indeseable que logré superar? ¿O será más bien lo contrario?

Es decir, la confirmación de que soy falible, que me equivoco en mi tarea de maternar. Y si es así, ¿cómo hacerlo sin ser cínica? Es decir, sin regodearme en mi vergüenza al grado de no entender el daño.

19 de diciembre de 2016
Hija, he estado ausente del embarazo porque afuera está el mundo. Tuve mucho miedo estos meses, miedo de que me borraras, de no volver a ser la misma de antes, de perder el centro que había logrado con Naira estos dos años de vida. Pero tu papá, mi mamá y mis amigas me han ayudado a entender que no eres tú, que sí, no volveré a ser la misma de antes, pero que este miedo no lo provocas tú, sino esa necesidad de legitimar ante el mundo quién soy.

Ese miedo a desaparecer, a ser borrada no eres tú, ni yo. Es el patriarcado.

26 de diciembre de 2016
Esperar... Ese verbo incierto.

31 de diciembre de 2016
Bebé, te he

Dejé el escrito a medias… ¿qué quería decir?
Te he… ? ¿pensado?, ¿sentido?, ¿esperado?

9 de enero de 2017
3:14 a.m. Llegaste a esta familia que es más familia contigo. De madrugada, intempestiva y con un rugido felino. Luego te pegaste a mi pecho y succionaste como

si no hubiera mañana. La felicidad viene en molde: 3.5 kilos y 47 centímetros.

> Me desborda el compromiso que viene con el nacimiento de un hijo, de una hija. No me refiero al compromiso de los cuidados, sino de la promesa. Emilia nació en un mundo en el que yo ya no creía. O quizá sí y ella fue la confirmación de que los milagros existen. "No estoy diciendo que va a gustarte el mundo, hijo. Al contrario, precisamente porque creo que es probable que no te guste, es que quiero hablarte de los milagros. [...] vas a herir la carne y a ser herido por la luz. Y escucharás con terror por primera vez tu propio llanto. Y ese ultraje será también el primer milagro que presencies, pero habrá otros, no por menos terribles menos asombrosos", le escribió a su hijo Tania Tagle en su libro *Germinal*. Emilia y Naira se admiran del mundo y me enseñan a ver el milagro.

10 de enero de 2017
Naira estuvo presente en tu nacimiento. Me acarició el cabello, me acercó trapitos calientes para calmarme el dolor. Me sostuvo la mano para llegar al final. Yo estaba de rodillas sostenida por tu papá y Naira esperó de pie junto a mí. Cuando naciste, Naira se sonrió, se carcajeó y te miró: "Esa es mi hermanita", dijo, y cantó y bailó. "Libre soy, libre soy", dando vueltas en la sala de la casa. ¿Cuál es el sentido de hacer familia?, me pregunté hace casi tres años, cuando Naira aún no era Naira. Hoy lo tengo más claro. Éste es el sentido. Hacernos juntos. Naira atestiguó el milagro de tu nacimiento.

Esa noche del parto mi hermana vino por Naira para llevársela con ella y permitirnos concentrarnos en lo importante: el nacimiento de su hermana. Naira tenía entonces dos años y diez meses y peleó como nunca para evitar que se la llevaran. Era ya de madrugada y Naira, con su pijama, lloró, pataleó, se le zafó de los brazos a su papá, escapó de él y se vino a arrodillar junto a mí mientras me desgarraba en una contracción. Sin pronunciar palabra, sin preguntar, comenzó a acariciarme el cabello, a tomarme de la mano.

Yo gritaba como grita una mujer a punto de partirse en dos, como el rugido profundo de la tierra cuando tiembla, y entre una contracción y otra, en ese valle cuando el dolor desaparece y el cuerpo nos da espacio para respirar y reponernos, le decía a mi hija para tratar de calmarla, Naira, tu hermana está naciendo, estamos bien. Y volvían los rugidos ferales. Pero ella no tenía miedo. Yo sí, yo tenía miedo de tener otra hemorragia y de ver vaciarse mi útero no sólo de mi segunda hija, sino de mi sangre. En cambio, Naira miraba con tanta curiosidad como cautela, encontrando un lugar cerquita de su hermana y de mí.

¿Te acuerdas, Naira? ¿Te acordarás de que viste nacer a tu hermana? ¿Que así como yo te di la mano tantas veces para llegar a la puerta de la guardería tú me diste la mano entonces para llegar al final de nuestro nacimiento? ¿Me darás también la mano cuando tenga miedo? ¿Me darás la mano cuando muera? ¿Me la darás para dejarme ir?

11 de enero de 2017
¿Alcanzará esta felicidad para alimentarnos toda la vida?

15 de enero de 2017
Empezar de nuevo, el llanto, el tiempo suspendido... Son las cuatro de la mañana y has despertado varias veces para comer. No soy mía. Mi útero no es mío, ni mis senos, ni mis oídos. Sólo mis ojos, que puedo cerrar para no verte. Mi útero me duele, mis senos me duelen. Mis oídos no pueden ignorar tu llanto. Cada que tú mamas, mis cólicos me recuerdan que estamos unidas. En dolor. En mi cansancio.

Una amiga me manda una carta. En ella responde al diario de las niñas publicado en *Tsunami*. En su carta escribe: "Te sigo leyendo mientras voy al ginecólogo. Por fin, están entendiendo qué es lo

que tengo. Mi útero no es mío. Que raro probar la misma sensación, pero durante una biopsia. Me abren las piernas, me quitan un fragmento de piel. Es poco, necesitan más. Me quitan otro fragmento. Ahora acabamos, dicen. Pero yo sólo tiemblo. No soy mía. Llego a casa. Mi útero me duele, mi cuerpo me duele. No me muevo desde el sillón. Vuelvo a leerte y quiero romper tus páginas: por lo menos estás generando vida. Yo sólo células anómalas que tienen que extirpar. Ni siquiera tengo necesidad de cerrar los ojos: no hay nadie".

En los años setenta en México las mujeres realizaron las primeras marchas en defensa del aborto y de una maternidad libre, segura y deseada. Nuestras antecesoras lucharon para que pudiéramos decir "no" a la maternidad o para que pudiéramos elegir cuándo y cuántos hijos tener. Hablaron y hablamos de la decisión de decir "no" a los hijos, pero no de su imposibilidad.

No hablamos del ser forzadas a decir "no" como lo hicieron alguna vez las mujeres esclavizadas que se negaron a entregar al dominador el fruto de su vientre.

No hablamos del "no" de nuestros úteros agotados, vacíos o enfermos.

No hablamos del "no" que dicen ahora mujeres orilladas por la subsistencia misma: empleos precarios, ciudades atomizadas, soledad, desesperanza en el futuro.

Hablamos del borramiento que podemos sentir cuando nacen los hijos, pero no del borramiento que se puede sentir al no poderlos tener porque

> nos dijeron que sólo seríamos mujeres completas si éramos madres y sólo podríamos ser madres si los gestábamos, los paríamos y los alimentábamos, que sólo podríamos serlo al partirnos en dos para dar lugar a un cuerpo viscoso y latente.

5 de febrero de 2017
Naira escogió tu nombre. Te llamarás Emilia.

7 de febrero de 2017
Anochece. Estoy en la habitación con Naira y Emilia, ellas duermen. Ricardo está en la sala fumando. Estamos juntos, pero estamos solos. Cada uno de los cuatro, solos. Quizá ellas menos que Ricardo y yo, pues se tienen la una a la otra.

9 de febrero de 2017
Hoy cumples un mes, Emilia, y desperté con una sensación de que ya no sé quién soy. O no lo recuerdo. O no lo volveré a ser. Ya no soy de mí.

Me sentía sola y en tu rostro no era capaz de reconocerme, ni en el de Naira. Necesitaba mirar un rostro dónde encontrarme.

22 de febrero de 2017
Le pregunté a Graciela, quien busca a Mily, su hija desaparecida, si había sostenido en sus manos alguno de los huesos encontrados en las fosas. Me dijo que sí. Le pregunté qué se sentía. Me dijo: "Se siente como cargar a un bebé recién nacido". Yo te tenía en brazos, Emilia, cuando me lo dijo y no pude parar de llorar.

27 de febrero de 2107
Ayer vino Yolanda la partera. En un mes y medio has crecido 5 cm y subido 1.4 kilos sólo de mi leche. Me comes, me devoras. Lo que tú eres ahora, ese cuerpo que respira es de mí, de mi leche. En unos meses dejarás de alimentarte sólo de mí, pero por ahora de mí creces.

Yolanda hizo una ceremonia para sellar el parto. Me dijo que te contara tu nacimiento. Tú estabas acostada, Emilia, en la cama, y ella te rodeaba con sus brazos, como si hiciera una contención imaginaria. Yo comencé a contar llena de alegría. No había en mis palabras dolor o miedo, sino alegría, emoción de recordar tu llegada. Tardé en darme cuenta, pero lo hice cuando Yolanda me dijo: "Pon tus manos, tú la vas a recibir". Entonces te miré. Tú estabas acostada boca arriba, te giraste con una fuerza que no había visto antes, giraste tu cuerpo y comenzaste a arrastrarte como un gusanito a la orilla de la cama, hacia donde yo estaba. "Pon tus manos, tú la vas a recibir", me dijo Yolanda y

las puse como formando un cuenco. Te vi arrastrarte como un gusanito, te vi avanzar, vi tu cabeza girar y entonces la imaginé avanzando por el canal de parto. Te recibí, tu cabeza ovalada llegó a mis manos, te recibí como a una recién nacida, te abracé. Comencé a llorar contigo. Naciste, hija. Tú lloraste y lloraste con tal fuerza que Yolanda me dijo, déjala llorar, está diciéndonos como fue el parto para ella. Déjala que nos lo diga, te escuchamos, bebé, te escuchamos.

21 de marzo de 2017
Mi cuerpo me recuerda al cuerpo que tenía mi mamá cuando nació mi hermana menor. Las caderas anchas, los senos llenos y colgantes, el vientre caído, las manos llenas de lunares. Un cuerpo con olor agrio, fermentado. El mismo olor que, cuando niña, encontraba al abrir los cajones de mi mamá en busca de secretos. No sé qué buscaba exactamente en esos cajones de ropa

interior, pero alguna vez encontré las cartitas que nosotros les escribíamos a los Reyes Magos; otra vez encontré la carta que le escribió un amante.

29 de marzo de 2017
Quería ir a escuchar a Raúl Zurita. Organicé la semana para tener libre la tarde e ir con las niñas. Preparé pañalera, lonches, carriola y cargador. Poco más de media hora antes de salir, Naira se hizo pipí. La cambié, todavía estábamos a tiempo de salir y caminar media hora hasta la sede. A punto de salir, Naira se hizo popó.

Cerré la puerta. Perdí. Bajé a Emilia y la senté en el sofá, llevé a Naira al baño, le quité los calzones, la lavé y le puse la pijama. Volví al baño a lavar la caca y me puse a llorar. Desde el baño escuché a Emilia llorar. Naira se acercó.

—¿Estás triste o enojada?
—Estoy frustrada.
—¿Qué es frustrada?
—Frustrada es cuando tienes ganas de hacer algo y no puedes y sientes una mezcla de enojo y tristeza.
—¿Qué querías hacer?
—Quería ir a escuchar unos poemas.
—¿Qué es poemas?
—Poemas es...
—Yo quiero que vayas a donde quieres ir.

2 de abril de 2017
Vinimos al Bosque de Chapultepec, junto al lago, a escuchar a la poeta muscogui Joy Harjo. Nos llevamos a las niñas en la bici y la carreola, pusimos un tapete y

ahí estuvimos los cuatro. Las niñas llegaron dormidas, Naira se despertó y se puso a bailar con las canciones de Natalia Toledo y cuando empezó Joy con su flauta se quedó prendida. "Más adelante, mamá, más adelante", me dijo, y nos fuimos a sentar. Naira la escuchaba súper atenta, no entendía el inglés, pero algo entendía. Al final fuimos a darle gracias. De camino le dije a Naira que Joy era mujer medicina y Naira le dijo eso cuando la vio. Fue muy bonito descubrirla. Al otro día, Naira me dijo, me cuentas un poema, y sentí muy bonito que a sus tres años haya pronunciado esa palabra.

3 de abril de 2017
No tengo lugar. Ricardo intenta, pero no puede sostenerme. Naira me pregunta cómo me siento. Emilia está aún tan lejos de nosotros, de esta familia. Quizá sea mejor que siga lejos, lejos de mí, que no puedo sostenerla. Pequeña, bienvenida a la vida. Pero no puedo. Pensé que sí, pero no puedo.

5 de abril de 2017
Estamos en Ecatepec. Vinimos a hacer entrevistas sobre violencia contra las mujeres. En el parque encontramos a Roselia, una mujer que desde la banca mira a sus hijos adolescentes, un chico y una chica, y carga a otra recién nacida. Tú, Emilia, eres apenas unos meses más grande. Cada una con su hija en brazos, platicamos de su esposo que es obrero en una fábrica, de la falta de dinero, de la necesidad de trabajar, del miedo de dejarlos solos en casa. Le pregunto qué pensó cuando le dijeron que sería niña. Me dijo que primero sintió alivio porque alguien le ayudaría en la casa con

las tareas y la cuidaría cuando envejeciera, pero luego le dio miedo porque aquí a las mujeres las matan, las violan, las desaparecen.

Tiempo después busqué la conversación que tuvimos la señora Roselia y yo en un parque de Ecatepec.

—¿Qué le da miedo señora?
—Pues ahorita está lo de los feminicidios, en su escuela ya ha habido varios casos de niñas que no regresan a casa. Alguna que otra sí se ha ido con el novio, pero muchas no tienen esa suerte de nada más irse con el novio.

—¿Cómo le hace usted para educar a sus hijas? ¿Cómo las cuida?
—Pues un poquito fuerte, con mano dura. Dejarla salir, pero decirle la verdad de lo que pasa, es que, para cuidarse, tiene que temer.

—Con mano dura ¿A qué se refiere?
—Diciéndole lo que les hacen, los riesgos, para que mida su libertad. Si tú sales, tienes una relación con un chico y vas a tener relaciones, pues sábete bien que si te embarazas, pues vas a tener que educar al bebé y tal vez el chico no te responda… Sí, hay que hacerle ver cruelmente lo que puede pasar si ella no se cuida.

Recuerdo ahora la canción "La quinceañera", del grupo de rock noventero Los Lagartos, que dice en una de sus estrofas:

Te empiezas a forjar como mujer
Hoy, ya no eres una niña
A partir de hoy, ya eres cancha oficial
[...]
Quinceañera, mi quinceañera
Sólo quiero que seas feliz
Conserva mi quinceañera
Tu inocencia hasta morir

La sociedad ha construido, creído y sostenido que las niñas y adolescentes, las mujeres y sus cuerpos, son para otros. Por lo tanto, se pueden mirar, tocar, lastimar, someter, corromper, violar, vender. Los cuerpos de nuestras hijas como canchas públicas a disposición de quien quiera gozar o legitimar su poder a costa de ellos.

Vivo en una constante tensión sobre cómo criar a las niñas: que confíen en el mundo, pero que se cuiden de él; que alcancen a advertir sus alegrías, pero también sus amenazas. Porque cuidar supone anticipar los peligros, los riesgos, supone imaginar todo lo malo que puede pasar. Recuerdo que cuando Naira y Emilia eran más pequeñas desarrollé la capacidad de entrar a una habitación y escanear, en apenas unos segundos, todos los riesgos posibles: esa maceta está alta y enclenque, se puede caer; ese filo de la mesa está a la altura de su cabeza; ese sillón demasiado cerca de la ventana; ese cable muy suelto. Imaginaba en segundos las posibilidades de daño, las formas distintas en que podrían morir. Cuando

una cuida, el mundo se mira con distintos filtros, de la ternura, por ejemplo, pero sobre todo de los riesgos. Todo lo malo e imaginable puede pasar.

Con Emilia en brazos fui a Ecatepec a entrevistar a mujeres como Roselia y otras más, para escribir un texto sobre cómo crecen y cómo viven las adolescentes en este lugar que es uno de los más violentos para ser mujer. En un parque también encontré a Betsy, con dos amigas, Rebeca y Carla. Me acerqué a preguntarles cómo es vivir aquí. Empezaron a hablar de las mujeres muertas y desaparecidas y, entre dientes, Betsy empezó a compartir su historia.

Esto fue lo que me contó.

Una, por ser mujer no sabes si llegarás o no llegarás bien a tu casa, o de plano les darán una mala notica a tus padres. No hay lugar seguro. Aquí en el parque, por ejemplo, no es tan confiable porque se han tirado cuerpos de niños, de adultos. En el transporte, por ejemplo, te tienes que cuidar de que no te vean las piernas o las nalgas o, peor aún, te las manoseen. En la casa, por ejemplo, yo vi violencia, mi abuelito maltrataba a mi abuela. Entonces yo le preguntaba por qué lloraba, por qué tenía esos moretones y ella me decía que porque no obedeció a su esposo, a mi abuelito. A mí se me hacía raro, pero a la vez era normal, una rutina, una forma de vida. Yo le preguntaba a mi abuelita por qué él lo hacía y ella me respondía con que no era porque no la quisiera, sino porque le daban esos impulsos violentos, y a veces me decía que no pasaba nada, que sólo era un mal momento o que estaba de malas o así, muchas cosas.

Pero lo que quiero contar realmente es lo de mi tía Andrea. Mi tía tenía 25 años, diez años más que yo. No esperábamos que la matara. No nos esperábamos eso. De repente, ya había pasado. O bueno, no fue de repente, ya habían pasado otras veces en que él la había querido ahorcar, o que la golpeaba,

pero ella trataba de defenderse y se salvó dos veces, se logró salvar dos veces. Pero la tercera fue cuando ya… cuando ya nos avisan y pues sí fue un golpe muy duro, más duro para sus hijos, que tienen diez, nueve, cinco y tres años de edad.

> Decía Jamaica Kincaid que ya no hay mayor miedo, para una niña, un niño, después de que le han matado a la madre. Quizá sea mayor el miedo de saber que quien la mató fue quien prometió amarla y cuidarla.

Ellos ahorita viven separados. Cada una de mis otras tías, de sus hermanas de Andrea, adoptó a cada uno de sus cuatro hijos, porque nadie puede cuidarlos a todos. Los fines de semana se vuelven a ver. Nos estamos haciendo cargo, pero no es fácil decirles o calmarlos o hacer que estén contentos, si una misma es la que está triste, la que tiene miedo.

> Explicar el dolor no es fácil; explicarlo a los niños y niñas, menos; y menos aún cuando nosotras mismas no lo comprendemos. Y lo único que tenemos a la mano es el silencio para protegerlos. Cuando estamos ante ese dolor, no sabemos qué somos, no nos entendemos, no entendemos el mundo, no entendemos la vida ni la muerte. Pero hay que intentar hacerlo, aunque no sepamos, aunque se nos abra el piso de incertidumbres, hay que intentarlo, porque quizá nuestro silencio comprometa la confianza y la seguridad en el mundo que habitan. Aprendimos que el nombrar hace que las cosas

existan, pero esa idea no necesariamente funciona a la inversa: el dolor, la pérdida, no van a dejar de existir sólo porque no hablemos de ellas. En todo caso, lo que no existe son las palabras para comprenderlo. La pensadora Joëlle Turin ha estudiado la muerte en la literatura infantil y concluye que al omitir o disfrazar la muerte ante los niños, niñas, niñes, estamos dejando de acompañar su crecimiento.

Los fines de semana los hermanos se reencuentran, hacemos lo posible por juntarlos, a mí me gusta estar con los niños, su inocencia me hace pensar que puedo salvar una parte de su vida, hacer algo nuevo. Trato de hacerlos jugar, así como a la antigua, vamos a jugar con lodo cuando llueve, vamos a mojarnos, vamos a dibujar, vamos a mirar las estrellas, a mirar a las personas.

Mi primera hija nació en el año 2014, meses antes de que 43 estudiantes de Ayotzinapa fueran desaparecidos. Para entonces yo tenía ya una década como reportera y había pasado de escribir historias de marineros y pescadores a escribir sobre tortura, desaparición y muerte. Tener a Naira y después a Emilia en medio de este horror me ha hecho sentir tremendamente vulnerable, por mí y por ellas. Y al mismo tiempo que me hace frágil, creo que su existencia me ha hecho mirar lo trascendente, lo real, la vida. Me han obligado a parar, me han vuelto lenta y cuidadosa. "¿Para qué sirven los niños?" se preguntó el filósofo español

> Santiago Alba Rico: "Los niños *sirven* para cuidarlos, para cuidarlos, para volvernos cuidadosos". ¿Qué significa ser cuidadosos en un país, en un mundo, como el nuestro? Significa sabernos frágiles, significa necesitarnos, significa creer.

Yo había escuchado en el periódico de que ya mataron a una, ya mataron a otra, ya encontraron un cuerpo, ya se llevaron a una chava, pero esta vez… Ella era mi familia, era mi tía y ya no está.

La primera vez pues sí sucedió en su casa, pero pues porque él estaba borracho. La golpeó enfrente de sus hijos.

> "Si me matas no me iré. Me quedaré llorando en el pirú, para que te acuerdes de cuando me hallaste en el camino de Almoloya, rodeada de mis padres y de mis hermanos y tú te me quedaste mirando y yo me quedé mirándote (…) Desde el pirú te voy a mirar todas las noches cuando regreses borracho como hoy y sólo encuentres mis palabras y mi sangre regadas en el suelo de tu casa", dice Delfina, la protagonista de la obra *El Rastro*, de Elena Garro.

La segunda vez, lo hizo enfrente de mi mamá, que era su hermana más cercana. Y fueron a meter la demanda y hubo como que una orden de alejamiento, pero pues este hombre iba y la buscaba y la buscaba y la buscaba. Él seguía insistiendo e insistiendo. Él decía que se acercaba según por sus hijos, pero no, no era cierto que se acercaba por sus hijos. Él tenía miedo a que lo

dejara mi tía. Ella iba a meter las demandas, le llegaban las órdenes.

A mí me quitaron a mi tía, pero también era mi amiga. Y sus hijos se quedaron sin su mamá.

> Y su mamá también los perdió a ellos.
>
> Delfina dice: "¿Me vas a abrir el cuerpo? Adrián, recuerda que tengo a mi criatura y que todavía no cumplo mis 20 años… recuerda que mis pasos no conocen el lugar a donde tú quieres mandarme, sola, a oscuras, perdida de mis padres y de mis hermanos, penando en parajes que no he visto".

20 de abril de 2017
2:52 de la madrugada. Las niñas duermen.

1 de mayo de 2017
Emilia está enferma, llorosa, yo agotada. Lleva dos meses con una erupción en su piel cuyo origen ni nosotros ni los doctores logramos identificar. Su piel se inflama y se revienta como un cuerpo quemado, supura agua, sangre. Ella se retuerce de dolor. Yo de desesperación. Naira juega y juega en la sala. Sus cuadernos tirados, sus crayolas y pinceles regados por el piso. Recoge esto. Tres veces. No obedece. Se va a su cuarto bajo las cobijas. Sé que no debo pegarle, que no quiero llegar a ello. Entonces le digo que si no recoge lo voy a tirar todo a la basura. A la basura, a la basura todo. Naira llega corriendo de su cuarto y me ve. Empieza a llorar y a rescatar sus cuadernos, los rescata, los toma en sus manos, se arroja al piso a tomarlos como si agarrara dulces de una piñata, los rescata y los guarda en su regazo. Llora muy fuerte y me dice, no mamá, no mamá. En sus ojos había incredulidad, o desconcierto. Había miedo. Mi hija me tuvo miedo.

Al momento de terminar este libro, Naira tiene siete años y Emilia cinco, y en los últimos meses he pensado mucho en cómo será el día que pierdan la inocencia, qué les hará perderla. ¿Cuál es la pregunta apropiada para detectar ese momento en que una niña pierde la inocencia? ¿Cómo entendemos la inocencia? Inocencia, según su origen latino *innocentia*, significa "aquella persona que no huele el mal" o "no concibe ni siente el mal". Balbuceo algunas respuestas a partir de mi experiencia: ser inocente significa estar suelta en el mundo, en un estado de confianza total; estar en el mundo sin saber que necesitas ser cuidada, porque lo estás siendo. Pensando en la pérdida de la inocencia recuerdo a Jenny, cuando su papá golpeaba a su madre y a su hermana y ella era testigo de cómo, quien debía protegerlas era quien las lastimaba, y eso me lleva al momento en que Naira me miró convertida en una bomba, encendida, abalanzándome sobre sus

juguetes y arrojándolos todos a una bolsa de basura. O cuando Emilia me miró desde su inutilidad de bebé enferma y me suplicó no lastimarla. Platico con mi amiga Marina sobre esto y ella me dice que todos perdemos la inocencia, definida como ese saberse segura en el mundo, que eso es vivir. Perder esa inocencia es inherente a vivir. Y creo que sí. Pero sigo pensando y quizá perder la inocencia no es dejar de sentirse a salvo, sino darnos cuenta de que las personas que se habían comprometido a cuidarnos son quienes nos hacen daño.

9 de mayo de 2017
Escribo esto cuando he podido tomar un poco de aire. Escribo porque es necesario que no lo olvide. Que lo recuerde en algún momento del futuro. La última semana, en las madrugadas, mientras Emilia se revolcaba dentro de su piel ardiente y encendida, pensé en por qué tuve otra hija. Para qué.

La maternidad es para siempre.

Un día de mayo de 2017
Asumí que Emilia está enferma. Llevamos dos meses visitando hospitales, doctores, intentando tratamientos y nadie atina a quitarle ese eccema que sale de su piel, que se convierte en costras, que se convierte en comezón, que se convierte en pus, que se convierte en sangre. Mi mamá me dice que lo acepte, que deje de pelear con eso, que todo será más llevadero. ¿Cómo se acepta algo? ¿Cómo?

"Es trece de mayo y necesito un corazón riguroso para no renunciar a lo vital. He sido una criatura sola. Me sometí a la abstinencia feroz y no hubo más naturaleza. Tuve que inventar una hermana. Otra temperatura. Un cuerpo animal que fuera invencible. Fue entonces cuando vi una bomba caer. Entendí que no se tiene asidero en la sombra", escribió la poeta Daniela Camacho en su libro *Carcinoma*.

No se tiene asidero en la sombra. No hay sostén posible. Sólo queda ser cauce, recipiente. Dejar que la vida suceda.

12 de mayo de 2017
Mi relación con Emilia es a través de su enfermedad. No la acaricio, le pongo cremas y pomadas. No la abrazo, la envuelvo en sábanas para que no se rasque. No la beso, tiene las mejillas llenas de eccema.

> "Alteración y abultamiento. / La mano ajena retrocede con espanto. / Así dejó de existir la caricia", escribió la poeta Daniela Camacho.
>
> Dejó de existir la caricia.

14 de mayo de 2017

Fui a terapia con Alejandra, me llevó mi hermana Luisa cuando le pedí ayuda para sanar a Emilia. Ante Ale emergen mis certezas: No quiero quedar inmune a esto, no quiero "que no me pase nada" con este proceso de crianza. Quiero que me marque. Quiero recorrerlo, soltarme y recorrerlo, pero hacerlo acompañada, sabiendo que al final de todo estaré a salvo.

En esta terapia Ale me pide que recuerde algo que yo necesitaba escuchar de mi papá cuando era niña. Me quedo callada un rato mientras busco algún momento. No sé cuál es ese momento, pero sé que me hubiera gustado escuchar, calma hija, tranquila, no tienes que hacer nada, no tienes que probar nada, calma. Me habría gustado sentirme acompañada. Ale me pide que piense en un momento en que me he sentido acompañada. De inmediato pienso en Ricardo acariciándome la espalda mientras amamanto a Emilia de madrugada. Después pienso en otra: Emilia acostadita en la cama con su piel lastimada, me mira y me sonríe mientras yo le pongo las pomadas en su cuerpo sin estar enojada, sin estar cansada, sin estar frustrada.

Creo que lo que Emilia me quiso decir fue eso: acompáñame mientras me sano.

24 de mayo de 2017
Estoy construyendo una casita para ustedes, un lugar al que puedan llegar a sentirse abrazadas, escuchadas. Estoy escuchando relatos de mujeres para ustedes. Para acompañarlas, mis niñas.

Esa casita es este libro, hijas, estas palabras, estas caricias, estas alegrías, estos golpes, estos gritos, estos abusos, estos deseos y recuerdos, tropiezos, travesuras, secretos, estas dudas, estas vergüenzas y ausencias, estos gozos y carcajadas, estos susurros. Ellas, su abuela, sus tías, mis amigas y todas las mujeres que están aquí, Laura, Mariela, Channi, Mónica, Fernanda, Rosalba, Betsy, Jenny, Avelina, Ale y todas las mujeres de sus historias. Estos susurros. Este traer a nuestros cuerpos y nuestros

cuartos y acompañarnos bajo la luz tibia. Este aprender a decir nuestras historias. Empezar quedito, susurrarlas al oído.

A veces no tengo respuestas para ustedes, hijas. A veces no tengo modo. No tengo paciencia ni palabras ni hueco posible para ustedes. Pero hay otras mujeres que nos hablan. No siempre alcanzo para ser su madre, no siempre sé cómo serlo. Acudo a otras mujeres para aprender. Miro nuestra insuficiencia y la acepto. Pongo atención en el momento en que fuimos hijas y recuerdo. Me observo madre desde ahí, desde esa pequeñez, desde esa necesidad y ese temor ante la certeza de que en algún momento de su vida yo no les voy a bastar, pero habrá otras que sí. ¿Puede esto ser un intento de crianza colectiva?

26 de mayo de 2017
Jennifer es mamá de Ámbar, una niña de tres años enferma de lo mismo que tú. No la conozco, sólo hemos hablado por teléfono y de vez en cuando nos dejamos mensajes de audio de WhatsApp de cinco, diez minutos. Son audios que comienzan hablándole a ella, pero que terminan hablándome a mí. Jennifer me recuerda que eres una niña, una bebé que quiere jugar, que quiere relacionarse, que quiere que la abracen. Lo había olvidado y no me había dado cuenta.

29 de mayo de 2017
Besar la herida.
Besar la pus.
Acariciar tu piel enferma.

Abrazar tu cuerpo.
Arroparte, arrullarte con mi miedo y mi desesperanza.
Inventarme palabras para decirte que todo estará bien.
Arrullarte con una mentira.
Para esto somos familia.
(Es de madrugada y tu papá y yo intentamos calmarte. Él te abraza y te lleva a la ventana, yo te arrullo y lloro, lloro contigo con dolor).

5 de julio de 2017
Ayer Naira se espantó de mí. No me acuerdo si yo estaba enojada o triste. No me acuerdo qué le dije. Pero ella me miró espantada y luego me dijo, mamá, sonríe, y después se acercó a ti, Emilia, y te besó. Se acostó a tu lado mientras yo te ponía tus cremas y me dijo, todo va a estar bien, ¿verdad?

> En momentos como éste pienso en Mónica y sus tres años y su madre respondiendo con regaños a la pregunta inocente, ¿quieres jugar? y pienso, en ese instante, en que puedo elegir entre gritarle a mi hija y luego encerrarme en el baño a llorar, o puedo sólo decirle, cuando ella me necesite y me pregunte si todo estará bien, que sí.

8 de julio de 2017
Hoy es mi cumpleaños.

Siempre quise ser madre.

Me acuerdo cuando era niña y jugaba a la mamá con mis muñecas; me acuerdo de jugar a ser la mamá de mi hermana menor y hacerle papillas y cantarle nanas. Me acuerdo de mi mamá contenta entre

nosotros, de sus malteadas de fresa y el huevo crudo con jugo de naranja todas las mañanas para salir a la escuela, alimentados, a pesar de las prisas; me acuerdo de los campamentos en el jardín de la casa, de los viernes en que nos permitía hacer todo lo que quisiéramos: comer con las manos, sorber el refresco, aventarnos petardos de servilleta; me acuerdo que cada día de cumpleaños ella nos despertaba con caricias y con el relato del día de nuestro nacimiento; me acuerdo que a la menor provocación hacía maletas y nos trepaba al carro lo mismo para ir de día de campo que para andar carreteras hasta llegar a un pueblo en Michoacán o una playa en Jalisco. Me acuerdo de que era una mamá feliz. Si estaba cansada, si nos regañaba, si nos dio con la chancla, si nos dijo cosas hirientes, ahora no las recuerdo, pero era una mamá feliz y a nosotros supo hacernos y criarnos como niños felices. Me acuerdo de que aún en la crisis del 94, cuando su sueldo como maestra no alcanzaba para llegar a la quincena, ella cocinaba con lo que tenía en la despensa y les inventaba nombres a los platillos. Mi mamá fue una mamá feliz.

Mi familia siempre fue de muchos niños, mi mamá tuvo seis hermanos y mi papá tuvo nueve hermanos, las casas siempre estaban llenas de niños que iban y venían, de mamás embarazadas, de mamás cargando niños, de mamás corriendo tras los niños. La vida era con los niños, en las casas, en las fiestas, en algunos trabajos: conocí todas las oficinas y escuelas donde trabajó mi mamá y a los conserjes, secretarias, alumnos y compañeros. Tuve un tío fotógrafo que nos dejaba acompañarlo a las fiestas, otro que construía carreteras

y nos llevaba a hacer días de campo mientras él y los trabajadores colocaban pavimento. Mi papá me llevaba a los juzgados, a las asambleas de las comunidades indígenas donde llevaba los casos agrarios.

Para mí era normal ser mamá, era parte del ciclo de la vida. Incluso, a mis 22 años cuando aborté de manera clandestina en una clínica de Veracruz, supe que quería ser madre, pero no en ese momento. En ese momento tenía demasiado miedo, estaba demasiado sola y había demasiados sueños de otras personas sobre mí.

Leo en las redes, en los periódicos, en los libros, escucho entre mis amigas los debates recientes sobre el ser o no ser mamá, debato con ellas, les sugiero no serlo si no están dispuestas a ceder gran parte de su vida; dispuestas a saber que la libertad, a partir de ese momento, siempre es compartida. Nunca les he mentido del cansancio que representa cuidar a uno o dos hijos. De la frustración. Pero, ¿qué cosa no exige de nosotros desvelos, compromiso, voluntad y dejarnos un poco de lado, por momentos? ¿No exige eso, por ejemplo, la vida en pareja, las amistades?

Leo a Federici decir que nuestro cuerpo se transformó en un territorio político para alimentar al capital, leo a Meruane decir que los hijos son impuestos para devolvernos a las casas. Pero, ¿y las que sí quisimos ser mamás? ¿Y las que estamos intentando otras formas de cuidar, de cuidarnos?

Siempre quise ser mamá.

O, más bien, nunca me detuve a pensarlo.

¿Cómo he sido pensada para asumir que quiero ser madre?

> ¿Cómo hemos sido pensadas? La feminista Cristina Morini, que ha pensado en torno al trabajo y el uso del cuerpo femenino, explica en su libro *Por amor o por la fuerza*: "Lo que hace que el poder funcione, que sea aceptado, es simplemente que no actúa como una potencia que dice no, sino que atraviesa los cuerpos, produce cosas, induce al placer, forma el saber, produce discursos". Es como si el poder atravesara nuestros cuerpos y nos convenciera, sin preguntárnoslo siquiera, de que deseamos algo, en este caso, ser madres.

Un día de agosto de 2017
Emilia, estás sanando, tú solita estás sanándote. Estás ganando esta batalla y aquí quiero estar para las siguientes batallas que des.

2 de septiembre de 2017
Vinimos a Washington a pasar unas vacaciones con tu tía. En la casa todos duermen y tú te retuerces en la cama de dolor. Hace unos días recaíste y volvió la

comezón, el eccema, la sangre. No tengo respuestas para curarte, hija. No sé cómo hacerlo. Que alguien me ayude.

¿Hay alguien ahí afuera?

En el grupo de Facebook de Maternidades Feministas una compañera publicó un texto anónimo escrito por una mujer que parió y crio a su hijo, producto de una violación. Le pedí a la compañera el contacto de la autora del mismo texto y ésta accedió a la entrevista. Platicamos a la distancia, por teléfono, varias horas, varios días, a lo largo de unos años. Tiempo después nos conocimos en persona.

Entrevisté a Mariela y ésta es la historia que ella me contó.

Mi vida comienza en un recuerdo. No sé qué edad tenía entonces, pero eso no importa. Recuerdo que era una niña y era de noche. Mi mamá había salido de casa y nos encerró a mí y a mi hermana gemela. Afuera estaba oscuro, más oscuro que de costumbre y en casa no había nadie. Sólo yo y mi hermana. Adentro estaba oscuro también, porque mi mamá apagó las luces antes de salir. No quería que se supiera que estábamos solas.

No era la primera vez que nos dejaba solas. Otra noche, que también nos dejó encerradas con las luces apagadas, sentimos tanto miedo que fuimos a la ventana a gritarle que volviera. Lloramos tanto y tan fuerte que los vecinos se acercaron y nosotros les preguntamos, ¿dónde está mi mamá?, ¿dónde está mi mamá? Recuerdo la oscuridad y la noche y el miedo y la desesperación y de cómo llorábamos y de toda esa gente que pasaba frente a la ventana. ¿Has visto a mi mamá? ¿Has visto a mi mamá?

Así que la siguiente vez que mi mamá nos dejó solas en casa, nos amarró a los barrotes de la cama para que no volviéramos a correr a las ventanas a gritar a los vecinos por ella. Yo tenía una linterna que era nuestro único tesoro para esas noches de oscuridad. Cuando mi mamá se iba y apagaba la luz, nosotros la

encendíamos. Y entonces todo existía. Mi hermana y yo nos alumbrábamos la cara, los ojos, las manos…

> Imagino a la luz moverse nerviosa sobre las paredes de la casa. Recuerdo las linternas en mi propia vida: cuando los campamentos, cuando la casa de mi infancia en obra negra, cuando las niñas. Las linternas que son capaces de hablar en el lenguaje de la aventura, pero también del miedo.

Vivíamos en una casa que mi papá empezó a construir antes de que fuéramos familia, cuando llegó con los invasores de la colonia Villa. Primero hizo un cuarto que compartía con su hermano, después llegó mi mamá y después nosotras: mi hermana gemela y yo. Ocho años después, nuestra hermana menor. Mi papá era obrero y hacía los bloques de cemento en el patio y a todas nos tocaba trabajar: revolver, cargar, llevar. Todo el tiempo que vivimos en esa casa la trabajamos, pero ni así la logramos terminar. Siempre estuvo en construcción, en obra negra. Con todo y que era nuestra casa, yo nunca me sentí segura. Me acuerdo que cuando sentía la necesidad de huir me brincaba las bardas, cuando había sensación de peligro, cuando estallaba la violencia adentro de mi casa y sentía que no había escapatoria, me brincaba las bardas. Porque además la casa no tenía puertas, no tenía una sola puerta, no había un lugar donde te pudieras refugiar o sentirte segura. No, no había.

> La casa de mi infancia dejó de estar en obra negra cuando yo dejé de vivir en ella. El sueldo de mi

> mamá no alcanzaba para alimentar a cuatro bocas hambrientas y además pintar paredes, levantar muros. Hasta que nos fuimos de casa, mi mamá pudo invertir en arreglarla y poner sus ventanales y arreglar su jardín y cambiar el portón.
>
> Una casa en obra negra es una casa que da permiso de tener aventuras, hacer tiradero, travesuras, no hay nada irreparable en una casa en obra negra. Ahí cabe el error, la duda. Mi mamá fue una mamá en obra negra. Nos daba chance de equivocarnos y reparar. Podíamos salir a rebosarnos en los charcos de agua y lodo cuando llovía, ante el asombro de las otras mamás y la envidia de los otros hijos. Podíamos arrojar agua con jabón en el pasillo y jugar a la pista de patinaje de hielo, podíamos excavar agujeros en el jardín, montar campamentos con todo y fogatas en el patio. A veces mi casa en obra negra avergonzaba a mi mamá ante su familia, y a mí me avergonzaba con mis amigas del colegio de monjas; pero a ellas les gustaba mi casa porque ahí estaba permitido hacer lo que no podían en sus casas arregladas y con alfombras y con persianas verticales y con figuras de porcelana. En mi casa nos sentíamos libres.

Entonces no sabía, o no quería saber, que mi mamá se iba de casa con otra persona que no era mi papá, se salía para estar con él. Y mi papá quizá tampoco estaba en casa, porque no lo recuerdo. Pero los vecinos, sí. Lo sabían, todos hablaban de eso, de cómo mi mamá nos encerraba en casa y se iba de noche con un hombre. Había una vecina que se sentaba junto a la

ventana a platicar con nosotras mientras llegaba mi mamá. Ahí se estaba, se estaba nomás. Nos preguntaba cosas de la escuela, nos contaba cosas de sus hijos, de sus gatos, de sus animales de granja. A todos les tenía un nombre "La Pata Paca" había empollado varios huevos, nos decía. Y a mí me hacía reír mucho con los nombres de sus animales y por un momento a mi hermana y a mí se nos olvidaba que estábamos solas, atrás de una ventana, encerradas, con las luces de la casa apagadas. Olivia, se llamaba la vecina. Yo tenía cinco años de edad y quería que mi mamá volviera, que mi mamá me quisiera.

> Mariela niña, buscando a ciegas tu lugar en el mundo. Nos dijeron que las mamás aman a sus hijas por el hecho de tenerlas. Nos prometieron amor. Es normal que una hija desee que su mamá le ame. Si no, ¿para qué se viene al mundo? ¿Qué es una mamá que no quiere amar a sus hijas? ¿Qué clase de monstruo es una mamá así? "Te conciben; naces: esas cosas son ciertas, cómo podrían no serlo, pero tú no lo sabes; no te queda más que creer en ellas, pues no existe otra explicación. Eres una niña y te encuentras con un mundo grande y redondo en el que debes encontrar tu lugar", escribe Jamaica Kincaid y te imagino un poco así. ¿Podemos obligar a alguien a amarnos, Mariela? ¿Y cómo puede ser amor lo que resulte de esa obligación? ¿Cómo se resuelve esta ecuación? ¿Quién se hace cargo? ¿Quién está ahí afuera, del otro lado de la ventana, de la reja? ¿Y dónde están todos?

Mi mamá no era una mujer amorosa. Era poco menos que Satanás personificado en la tierra y con un especial talento para hacernos sentir mal. Odiaba ser madre y lo decía abiertamente. Las odio, nos decía. Yo no sé si nos odiaba a nosotras o la vida que tenía, nunca lo aclaró, ni siquiera ahora que es una mujer grande y que ya no nos tiene de hijas. Yo más bien creo que odiaba que no pudo elegir. Odiaba ser una mujer avejentada, odiaba ser fea, odiaba tener que cuidarnos sin ayuda, odiaba sentirse sola. Tanto era su odio que siempre hacía cosas para separarnos a mi hermana gemela y a mí.

Nosotras sólo nos teníamos una a la otra. Aunque teníamos la misma edad, yo asumí ser la mayor y cuidar de mi hermana porque me parecía frágil, débil y un poco tonta. No me gustaba que mi mamá nos pegara tanto. Siempre se sonajeaba más a mi hermana y esos golpes me dolían más que los golpes que me daba a mí, porque cuando yo veía cómo le pegaba y se ensañaba, yo veía el abuso, veía la maldad de la que mi mamá era capaz. Podía verlo y no era producto de mi miedo o de mis imaginaciones de niña.

> Mariela, como tú, Mónica, también tenía más miedo de los golpes cayendo sobre su hermano, que los que le herían el cuerpo. Como si más que el dolor de los golpes fuera el asombro de ver a nuestras madres convertidas en un incendio imposible de contener.

Mi mamá era mala y yo tuve que aprender muchas cosas para defenderme, por ejemplo, a sortear los

golpes, a mentirle. A mí me daba mucho miedo que le pasara algo y no me gustaba dejar sola a mi hermana con mi mamá. La abrazaba y le decía vente, todo va a estar bien, le decía que estábamos juntas, que nada nos pasaría si permanecíamos así. Todavía, a mis años, no sé cómo le hice para cuidarla, porque a mí nadie me había cuidado.

> ¿Cómo es que aprendemos a cuidar? Intento recordarlo en mi propia historia y pienso en los muñecos que yo cobijaba y abrazaba. Naira, mi hija mayor, cuida a Emilia; Emilia, mi hija menor, cuida a sus muñecos y animales de peluche, les habla, les canta. Yo cuidaba a mis muñecas por imitación de lo que mi mamá hacía conmigo y Emilia lo hace por imitación de lo que yo hago con ellas. Así que también las regaña… ¿Cómo es que aprendemos a cuidar? Si no habías sido amada, si no habías sido tocada o alimentada con amor, ¿qué te hizo, Mariela, intentar proteger a tu hermana cuando tu mamá?

En mi casa se creía que las mujeres no debíamos ir a la escuela porque al final íbamos a salir embarazadas y sólo se iba a gastar de oquis. Así que desde muy chicas empezamos a trabajar y eso estuvo bien, porque salíamos de la casa y nos salvábamos de los castigos y el mal humor de mi mamá. Trabajamos en otras casas, luego en la maquila. Esa independencia me llevó a enrolarme en relaciones conflictivas, violentas, de pareja. A mis quince años inicié mi vida sexual.

Mi papá era alcohólico y no recuerdo verlo en la casa. Aun así, yo lo quería porque él nos quiso con to-

das sus fuerzas, como pudo, pero con todas sus fuerzas. Era un hombre divertido, jugaba con nosotros, nos llevaba a caminar rumbo a los cerros de mineral y eso me gustaba mucho, me hacía feliz. Caminábamos los cerros de roca, explorábamos las minas, nos contaba cuentos para entretenernos en el camino, nos llevaba a ver los sapotoro y jugábamos a ver quién encontraba el más grande de todos. Y claro que nos sonaba, pero él nos pegaba cuando reprobábamos la escuela, con el cinturón. Y tenía razón.

> ¿Por qué con el papá se permite el daño y con la mamá no? ¿Por qué al papá se le perdona la ausencia y a la mamá no? ¿Qué nos dice esto de cómo hemos sido pensadas a lo largo de la historia?

Mi mamá, en cambio, no era dedicada, no nos forraba los cuadernos, no nos firmaba las boletas, no nos peinaba para ir a la escuela, ni le preocupaba que nos bañáramos, ni cuando nos salían piojos. A mi mamá más bien la recuerdo enojada. Si comíamos lento se enojaba, si no comíamos se enojaba, si le hablábamos se enojaba, si queríamos jugar se enojaba. No mediaba palabra. No había advertencia. Apenas hacíamos algo que la disgustaba y nos soldaba el chanclazo. Cuando empezamos a hacer trabajo doméstico en casa, como a los cuatro o cinco años, antes de decirnos nada, de darnos la orden, nos pegaba. Ella decía que era para que no se nos ocurriera decir que no. Así era ella, siempre el golpe, primero el golpe. Después supe que nos parió a mi hermana gemela y a mí cuando tenía apenas 16 años.

Supe que nos parió sola y nos cuidó sola.

Yo también me embaracé a los 16 años. Yo también odié ser madre, yo también fui muy regañona, yo también fui violenta. Yo también fui mala mamá. Es que yo no quería ser madre e hice todo para evitarlo. Tomé infusiones de ruda y me introduje un gancho. Pero al final me tuve que conciliar con la idea de que, al nacer ese hijo, tendría que ser madre.

Un hijo venía en camino y comencé a sentir cómo me borraba, como si dejara de existir. Lo asumí, ni modo, ya me embaracé, de ahí en delante yo no existía, no tenía vida, no podía tomar decisiones, ni tener vida amorosa porque tener un hijo suponía la renuncia absoluta de cualquier sueño, cualquier anhelo. Mi madre me lo decía también, ya no sirves, ya perdiste la posibilidad de hacer algo con tu vida, ya te jodiste por andar de puta. Me convertí en una persona triste, ansiosa. Me mordía los labios y me arrancaba las uñas hasta sangrar mientras el hijo de una violación creció en mi cuerpo.

> Tener hijos, gestarlos, parirlos, arrojarlos al mundo de entre nuestras piernas no nos convierte en sus madres. "Tendría hijos, pero nunca sería una madre para ellos", escribió Jamaica Kincaid. Tendría hijos, pero los aniquilaría con la indiferencia de un dios y cada noche los arrojaría al abismo.

Y yo no pude establecer… no podía amorosamente relacionarme con él. Pero tenía que mantenerlo vivo, tenía que hacer lo posible para que no se muriera. Había visto morir bebés de mis compañeras de la maquila a los seis, siete meses, y yo tenía miedo de que se me fue-

ra a morir. No era que lo quisiera, era que ya sólo podía servir para criar a ese hijo. Era lo único que me quedaba. La maternidad es como ser un horno, haces pan suave que huele rico, pero el horno se encochambra.

> Es normal que una hija desee que su mamá le ame, Mariela ¿Es normal que una mamá no quiera amar? ¿Qué piensas tú ahora? ¿Podemos obligar a alguien a amarnos? ¿Pueden obligarnos a amar?

Mi cuerpo nunca fue mío. Mi cuerpo se usó desde que era niña. Y yo crecí con la idea de que mi cuerpo no tenía valor porque lo usaron, lo maltrataron y nunca pude decidir sobre él. No pude decir "no" cuando el abuso sexual, no pude decir "no" al embarazo, no pude decir "no" a la maternidad. Siempre fue como si yo no existiera y yo no quería no ser nada.

> Una de las primeras canciones que aprendió mi hija menor fue aquella que dice: "Te digo que no, mi cuerpo es mío, yo decido, tengo autonomía, yo soy mía". Es curioso y brutal escucharla cantar por la casa como si cantara *Pimpón es un muñeco*. Quiero creer que a punta de hablarlo, de desnormalizar que personas ajenas toquen nuestro cuerpo contra nuestra voluntad, mis hijas y las hijas que vienen no sean irrumpidas como Mariela, o como Fernanda, que fue abusada por su tío y primos y odió su cuerpo. Quiero creer que estamos susurrando, ofrendando nuestras experiencias dolorosas, vergonzosas, a ellas. Para que a ellas no.

Cuando me embaracé obviamente se me vino todo este rollo del rechazo, el arréglate como puedas. Yo no tuve quién me apoyara, ni eso de que las mujeres van y te acompañan, te cuidan, están ahí cuando el parto, te dan consejos. Pues yo no estuve con nadie, nadie me cuidó, nadie me dijo que me pusiera aceite de almendras dulces en la panza.

Mi hijo fue criado entre mi mamá y yo, pero yo siempre tuve miedo de cómo ella lo trataba, aunque me debía aguantar porque no tenía otra ayuda. Yo estudiaba en una prepa abierta y trabajaba en la maquila, era parte de las "maquilocas", como nos dicen a las mujeres que trabajamos ahí para decir que somos sexualmente muy activas o más bien muy disponibles. También significa que somos como lo más bajo socialmente, parias, arrastradas, si saludamos o si salimos a bailar es para ver qué encontramos. Y yo era una "maquiloca".

> Mujeres maquilocas. Mujeres mercancía. Mujeres reutilizables. Mujeres desecho. Escribe la antropóloga Rita Segato en *La guerra contra las mujeres* cómo se deposita en la víctima la culpa por la crueldad con que fue tratada. Así, a las mujeres abusadas, violentadas, se les transforma en locas, prostitutas, mentirosas, fiesteras, drogadictas y en todo aquello que pueda liberarnos de la responsabilidad y la amargura ante su suerte injusta.

Así fue como conocí a un muchacho, él era estudiante universitario y también era mi maestro en la prepa abierta. Nos hicimos novios y al poco tiempo quedé em-

barazada. Yo intenté abortar por segunda vez y en esta ocasión además del gancho y la ruda, me introduje una sonda para expulsar al producto, pero tampoco funcionó. Así que le dije que estaba embarazada. Él aceptó y nos casamos, nos casamos porque él era de una familia bien, muy unida y no lo iban a dejar así nomás.

> En el último año de la universidad aborté de manera voluntaria. Escribí sobre eso en mi diario, pero en el diario el aborto es un dato o un hecho; aquí, sentada junto a Mariela, es algo compartido. Mariela con su historia me dice ven, siéntate aquí y vamos a hablar de lo que nos duele. Y yo intento devolverle algo de lo que ella me regaló con ese gesto. Yo pude abortar, de manera escondida y avergonzada, pero pude hacerlo porque tenía información y recursos. Primero intenté con misoprostol, escondida en un cuarto de hotel, y luego en un sanatorio particular que pagué con mi sueldo de reportera universitaria. Me senté junto a mujeres embarazadas con sus vientres redondos y esféricos, les miré la panza de reojo y esquivé sus miradas, no quería complicidad alguna, ¿cómo podría haberla si a ellas las veía rebosantes de vida y yo esperaba que me sacaran del vientre a un feto de ocho semanas? Un feto que se llevaron. Pero me dejaron dentro el miedo y la culpa y se quedaron ahí en mi vientre, como cochambre, hasta que diez años después me embaracé de Naira y tuve que hacer alquimias para exorcizar esas culpas traducidas en sueños, como ese donde tenía a mi bebé en brazos, tapadito y, cuando levantaba la chambrita para

> verle la cara, no había nada. Y aquí estamos, Mariela, diciéndoles a otras, ven, siéntate aquí, vamos a hablar de lo que nos duele. Y también de lo que nos hace sonreír.

Llegué a una familia diferente. Llegué con mi primer hijo que ya tenía tres años. Ahí a los niños se les cuidaba, la gente hablaba y no había golpes. Yo no sabía qué hacer. Cuando nació mi segundo hijo descubrí el amor, porque su padre estaba enamorado de él. Y a mí me daba envidia ese amor al que no pertenecía. Nunca había visto que a alguien lo quisieran, no había visto el amor, no lo había sentido, no lo había tenido.

Y me esforcé por ser una buena madre. Al pasar los meses me concilié con la idea de ser mamá, pero sobre todo con lo que se venía: una permanente y constante lucha y resistencia por cumplir con el *deber ser*. Siempre tuve la idea de que mi trabajo era que los hijos estuvieran bien y si no me querían no me importaba, el asunto era que no se me murieran. La crianza fue eso, más un asunto de sobrevivencia que de amor. Que estuvieran vivos para que nadie me echara en cara, mira esta puta, ni para eso sirve.

Luego mis hijos crecieron. Y cuando ya no colgaban de mis pechos terminé la prepa abierta y luego estudié una carrera por internet. Y empecé a encontrar mi lugar entre ellos. Me gustaba mucho cuando salíamos porque me permitía divertirme como niña, esa época que no tuve. Si íbamos a las albercas, si íbamos a un día de campo, yo disfrutaba como ellos y me convertía en una chavalita como ellos.

Los hijos no deseados trajeron la inocencia al hogar.

Mis hijos crecieron. El mayor se hizo adolescente, terminó la secundaria, entró a bachilleres y tuvo amigos terribles. Afuera empezó la guerra contra el narco. Empezó la droga, empezaron las discusiones, las peleas, las pandillas, los soldados, las detenciones. Cada que mi hijo era detenido, mi esposo volvía a sacarlo, aunque yo insistiera que no, que lo dejara porque sólo así iba a aprender. Hasta que, ya muy desesperados, lo internamos en una clínica de rehabilitación. Como condición para recibirlo, todos debimos ir a una terapia de autoayuda. Y ahí se me vino todo encima.

Yo tenía cinco años, me acuerdo porque entré a la primaria. Él era mi vecino. Luego vino otro. Él era el esposo de mi tía. Mi mamá lo supo y no dijo nada. Nunca dijo nada, ella asumió un bando y no fue el mío, el bando del esposo de su hermana que me violó. Fueron varios episodios. Mi vecino, mi primo, mi tío. Yo era una niña y aprendí que mi cuerpo no era mío.

Los abusos no pararon. Escuché a mi tío decirles a sus hijos que los iba a iniciar, para que se hagan hombres, pero para qué los llevo con putas si aquí hay con qué. Yo quería tener una pareja chida. Yo quería tener un cuerpo, pero me lo habían quitado mi tío, mis primos.

Vamos a sentarnos aquí, cerca de nuestras palabras, y lejos de ellos.

Vamos a recoger los pedazos de nuestro cuerpo, a lavarlo y curarlo.

> Vamos a susurrar lo que nos duele. Después seremos un conjuro.

Una noche, al salir de la maquila fui a beber cerveza con un hombre, después nos fuimos a un hotel. Yo estaba chavalita y, aunque estaba ahí con él, ya no quería estar ahí. Él me violó con una pistola en la cabeza. Pude escapar después, pero no pude lidiar con la tristeza, con la ira, con la ansiedad. Tenía muy presente el dolor. Me comía las uñas hasta que me sangraran, me mordía los labios hasta que me sangraran. Un par de meses después supe que estaba embarazada de mi primer hijo. Yo no había deseado a este hijo, yo intenté abortarlo.

Un día de la terapia mi hijo menor tomó la palabra. Me había olvidado un poco de él en medio de los problemas de su hermano mayor porque se portaba bien y no daba problemas. Pero ese día lloró.

Cuando lo vi ahí arriba de la tribuna no pude dejar de lado lo que yo pasé cuando estaba chica. Que tu madre te deje sola, que te pegue, que no te ame… Yo no sabía cómo.

No es cierto que el amor puede todo. También hay sobrevivencia, hay necesidad de estar bien. Ya no ser feliz, sino estar bien. También hay miedo. Miedo de que no se me muriera mi hermana, mis hijos. También hay dolor, hay memoria. También hay sacrificio.

> La primera vez que me detuve a pensar en el significado de la palabra sacrificio fue cuando leí una historia de un hombre que trabajaba como chofer en un microbús urbano y se llevaba a su mujer enferma de Alzheimer porque no tenía con quién

dejarla. El hombre de la historia le decía a la reportera de lo difícil que era el cuidado de su esposa en esas condiciones, que a veces había pensado "auto-eliminarse". ¿Era una historia de amor? ¿O era una historia de sacrificio?

Sacrificio: Ofrenda hecha a una divinidad en señal de reconocimiento u obediencia, o para pedir un favor. Esfuerzo, pena, acción o trabajo que una persona se impone a sí misma por conseguir o merecer algo o para beneficiar a alguien.

Había aprendido que el sacrificio es sufrimiento, entrega, pero una entrega que de alguna forma te vaciaba. De niña la aprendí como hacer algo que me costaría, me dolería, para que alguien (dios o la virgen o Jesús) me enviara su bendición para algo (salud, un examen, un problema familiar). De grande aprendí que cuidar a alguien casi siempre supone un sacrificio: una deja de sí algo para ofrecérselo a alguien más y que ese alguien más resulte beneficiado.

A partir de esa historia busqué el significado etimológico de sacrificio y encontré que proviene del latín *sacro* y *facere*; es decir, "hacer sagradas las cosas", honrarlas, entregarlas. Sacrificar entonces como honrar. Creo que este entendimiento de la palabra me permite relacionarme mejor con ella. Más que sacrificarnos por nuestros hijos, entender nuestra relación como un "honrarnos" mutuamente con nuestros actos.

A veces escribo sobre mi vida. Si hubiera podido elegirla, habría decidido no tener hijos. Pero si no los hubiera tenido no sería quien soy ahora. Esa es mi contradicción. Trato de ser una mamá presente, pero en lo que yo hago. Que mi herencia para ellos sea tener una mamá sana. Sólo así he podido querer, querer bien.

No es cierto que el amor puede todo. Nunca lo va a poder y nosotros, nosotras tampoco. Es peligroso decirlo, porque entonces, si no cumplimos, tiene un costo personal y social. Nosotras, mujeres, somos señaladas por eso, cargamos con eso, callamos con eso.

Yo no quería que ellos, que el dolor de mi infancia…

Las entrevistas fueron un pretexto para acercarme y preguntar a mi mamá desde otro lugar, aparentemente más neutral, aunque terminábamos en el único que conocemos juntas: ese lugar de ser madre-hija simultáneamente. Continué entrevistando a mi mamá y esto fue lo que ella me respondió.

Algo que yo incluí en la crianza de ustedes fueron los golpes.

> Dices *lo incluí* y lo entiendo como una experiencia tuya sobre la maternidad que quizá no había antes de ti. Tú, mamá, trajiste los golpes. Los trajiste a casa como se trae una canasta de pan, como se trae el mandado. Los trajiste y nos los ofreciste, nos los diste como lo último que quedaba. Y nosotros los recibimos con miedo y con resignación.

Los golpes llegaban con el cansancio, la saturación. Una acumulación de trabajo, qué van a comer, lavar, planchar, ya se van a dormir. En sí la tarea doméstica. A veces era una respuesta impulsiva, sucedían en medio del resolver la vida.

La nalgada, el chanclazo, yo recuerdo los golpes y siempre fueron desesperada, fatigada….

> Y nosotros los recibimos con miedo y con resignación. El golpe que no fue la regla ni lo cotidiano. El golpe llegó ocasional y esporádico, y después tu silencio y tú, arrepentida, rendida ante nosotros tus cuatro hijos desquiciantes, tiranos. Dice la escritora

> y activista bell hooks en *Todo sobre el amor*, que este enorme sentimiento se aprende en la infancia, cuando aprendes que tu vida importa. Pero es también la infancia un momento de suma vulnerabilidad a la violencia. "Cuando nos azotaban y nos decían que el castigo era 'por nuestro bien' o 'lo hago porque te quiero', mis hermanos y yo no acabábamos de entenderlo. ¿Por qué un castigo duro era una expresión de amor? Como suelen hacerlo los niños fingíamos aceptar esa lógica de adultos, pero en el fondo de nuestro corazón sabíamos que algo fallaba. Sabíamos que era mentira", escribió bell hooks. Esa dislocación entre la promesa del amor y el maltrato, era la evidencia de que algo fallaba. Y en nuestro caso no eras tú, mamá, pero no lo sabíamos entonces, ni tú ni nosotros. A los cinco, a tus hijos y a ti, no nos quedaba más que llorar en un rincón con nuestras heridas.

Y la mejor manera que yo podía, creo que en muchas ocasiones, era de esta manera tan mala, estallando y saliéndome de mis casillas e insultándolos y dándoles el chanclazo. Son situaciones que ahorita me avergüenzan, me duelen, no las justifico.

> Me quedo callada, mirando a mi madre decir estas palabras.

No las justifico, aunque diga que estaba cansada, saturada y aunque los golpes fueran esporádicos. Puedo explicarlo, pero en mí no lo justifico. Creo que como mamá necesité trabajarlo de otra manera para no estallar con ustedes. Creo que sí es posible cuando lo plati-

cas con alguien, cuando compartes con alguien. Yo no lo platicaba porque no tenía con quién desahogarme y porque pensaba que no tenía que hacerlo. Ahora creo que tener un espacio para compartirlo es necesario.

Después del chanclazo venía el coraje conmigo, la lamentación, el arrepentimiento. Venía mi sentimiento de culpa, y en el fondo en otro momento más adelante trataba de compensarlo con un abrazo, pero, también es cierto, había momentos en que me hartaban.

> Me da gusto que puedas decir que te teníamos harta, mamá. Que nos arranques de tus entrañas, de tu vientre y nos lances cual vísceras lo más lejos posible, hasta donde algún animal carroñero pueda venir a devorarnos.
>
> Somos como unas perras lamiéndonos las heridas. Tuvimos que crecer para hablar de esto, mamá. De la furia y de la vergüenza, para hablar ya no como una mamá y sus hijos, sino como mujeres que miran los límites y tratan de marcarlos y a veces podrán hacerlo, a veces habrá ternura, habrá aire; otras veces, no, y sólo habrá furia.

Me iba a la cama con sentimiento de culpa. Hay muchas cosas que todavía no me perdono, hay otras que me he empezado a perdonar gracias a ustedes.

Siento culpa de la vez que Luis se fue de la casa siendo adolescente. Para tu papá y para mí fue muy duro, lloramos, lloramos mucho. Tu papá estaba muy triste, me culpó de lo que estaba sucediendo. Me rebelé, le dije que era responsabilidad de ambos. Nos sentimos culpables, tristes, enojados con nosotros mismos

por no saber dónde estaba Luis, de darnos cuenta que no lo conocíamos. Volvió al día siguiente, volvió y no nos reclamó. Yo recuerdo que le pregunté, ¿tuviste frío, hijo? Y aun cuando tu hermano me reitera generosamente que eso ya pasó, que no hay deudas entre nosotros, siento un vacío y tristeza.

> Quiero hablar de mi hermano. Luis es el segundo de los hijos, año y medio mayor que yo. De niño mi hermano salía a la calle a explorar los baldíos, a caminar por las vías del tren, a cazar ranas en la época de lluvias y abrirlas para entender cómo era su cuerpo, cómo funcionaban. Un día mi hermana, la más pequeña, fue hospitalizada y Luis tenía unos seis o siete años y caminó solo desde la casa, dos kilómetros, siguiendo las vías del tren, para llegar primero a la iglesia y pedir por ella, y luego al hospital a ver cómo estaba su hermana menor. Un día pasamos a una tienda y mi mamá vio unos aretes que le gustaron mucho y los dejó porque no tenía dinero para pagarlos y mi hermano Luis, sin decir nada, se puso a lavar carros en la calle y con el dinero que juntó fue por los aretes y se los regaló. Mi hermano me defendía y defendía a mis amigas cuando se burlaban de nosotras en la secundaria. Mi hermano me cuidó los dos meses que estuve en cama después de un accidente automovilístico. Dejó sus cosas, su vida y se vino a mi casa a lavarme la herida todas las mañanas y todas las noches, a llevarme a terapia y las tardes las pasábamos mirando películas y fumando mariguana. Mi hermano dejó su casa y su vida para cuidar a mi papá que

enfermó de Covid. Mi hermano ha venido a casa a cuidar a mis hijas.

Hace poco nos encontramos en casa de mi mamá y él me acompañó a comprar los regalos de Reyes para mis hijas (como mis tíos acompañaban a mi mamá a comprar los regalos de Reyes para nosotros). Pasamos dos tardes viendo juguetes y platicando un poco de nosotros entre puesto y puesto. Sin más le dije que quería pedirle perdón porque cuando éramos niños fuimos muy egoístas con él. Luis era el único hombre de la casa y, de alguna forma, era también la sombra de mi papá; no porque se parecieran o porque él lo hubiera elegido, sino porque mi papá se había ido de casa y su herencia, su presencia se escurrió sobre mi hermano. Le pedí disculpas porque nuestro egoísmo, nuestra grosería, nuestra arrogancia, lo llevó un día a intentar darnos comida envenenada, pero antes de que pudiéramos darle una mordida, él nos la arrebató y nos pidió perdón. El supuesto veneno que el niño puso en los platos de su madre y hermanas eran gránulos de polen que llevaban tiempo abandonados en la despensa. Luis me miró y con su voz, una voz sin estridencias, con la sabiduría del tiempo, me dijo, no te preocupes, carnala, eso ya pasó y lo entiendo. Y siguió mirando dinosaurios y telescopios para las niñas.

Seguiré nombrando las deudas con mi hermano y él seguirá diciéndome, ya pasó, carnala, todo está bien. Y sólo quedará sonreír con agradecimiento.

Me dio pavor, me dio mucho pavor que tu hermano se estuviera drogando, no lo atendí, no supe cómo hacerlo. Tampoco la vez que tomó, esa vez en lugar de atenderlo descargué mi coraje, el coraje que le correspondía a tu papá por no cuidarlo, el coraje que era para tu papá, lo descargué contra tu hermano. Y eso me dejó una amargura.

> Mamá, déjame lavarte el cuerpo, quitarte la costra. No hay reclamos hacia ti, celebro tu imperfección, tus errores, ahora en mi propia maternidad es con ese, tu ser mamá, que puedo hablar, que puedo escribir esto y no sentirme sola. Te presto nuestros ojos para que puedas mirarte con ellos, la mejor mamá del mundo, ten los ojos de tus nietas, mírate como te miran ellas, la mejor abuela del mundo, la de las manos tibias, la que construye un hogar bajo un árbol o alrededor de la mesa.

Poco a poco ustedes comenzaron a irse de casa. En la secundaria, en la prepa ya no eran tan míos, eran más de sus amigos y yo miraba de reojo su vida cuando los llevaba o traía de un lugar a otro.

La primera en irse fue Carolina, se fue a Guanajuato, donde yo trabajaba, así que nos veíamos seguido. Luego Luis, que se fue a vivir con tu papá, se fue mi apoyo, mi soporte. Cuando tú te fuiste a Veracruz a la universidad me sentí triste porque era lejos y no podía verte cada fin de semana. Y cuando se fue Luisa me enojé, sentí que me dejaba, que me decía, "no". Yo veía alrededor muchos hijos que se iban y volvían y ustedes no, ustedes estaban lejos y en lugar de volver, hicieron su vida lejos

de casa. Mucho tiempo pensé que buscaron irse lejos a propósito, como si quisieran huir de aquí. Y eso quizá lo confirmé cuando hace unos meses vino tu hermano y dijo que volver después de tantos años era reconciliarse con la casa, venir a sacudir los malos recuerdos.

> Cuando era niño y adolescente, Luis se fue de casa en varias ocasiones, a veces por voluntad propia —la primera vez tendría unos seis años y estaba malhumorado por un castigo— a veces porque nuestros padres no sabían cómo tratar con un adolescente rebelde. Mi hermano es escultor y tiene una forma particular de vivir: acondiciona una bodega deshabitada, una caseta de vigilancia, unas oficinas sindicales abandonadas, las llena de plantas, unos martillazos por aquí y construye una cama, unas soldaduras por acá y arma una mesa con estufa integrada. Mi hermano tiene una habilidad particular para construir hogares temporales. Un día, recién mudado a una bodega de una exfábrica de refrescos, una tormenta despegó las láminas del techo y el agua la inundó por dentro. Nos mandó un video al chat familiar y a mí me angustió ese tener que volver a empezar. Me da miedo volver a empezar, me hace sentir extremadamente lábil, insoportablemente frágil. Él, en cambio, tomó de nuevo el martillo y ajustó aquí y allá, oreó colchón, sábanas, cobijas y volvió a habitar el lugar. Mi hermano vive así desde hace varios años. No le gustan las "casas", lo que entendemos nosotros por ellas; las casas son sinónimo de contención, de disciplina, de reglas. Es por eso que él prefiere estos espacios para vivir y también

> porque le gusta habitar lugares. Aprendió luego de ver a una araña que tejía su telaraña un día y otro y otro y otro y entendió que de esto se trataba la vida. Admiro su desapego. Me gusta visitar sus espacios y sentir que entro a esas ruinas inhóspitas e invadidas por plantas que ilustraban los cuentos de exploradores; maravillarme con su imaginación materializada para darle sentido a los espacios. Admiro que de ese huir de casa él haya aprendido a construirlas todas, vivirlas todas.

Y luego, de pronto, después de irse de casa, comenzaron a hacerse mamás.

> Desocupamos el cuerpo de mi madre, desocupamos su casa, desocupamos sus preocupaciones. Hay un tramo de nuestras vidas del que no queda testimonio. Ella no puede contar de nosotras, ni nosotras de ella. Pero volvimos. Volvimos a casa y volvimos a ocupar no sólo la casa, sino de nuevo su cuerpo y sus preocupaciones. Volvimos, casi todas sus hijas, cuando nosotras nos convertimos en madres.

Cuando yo las parí, recuerdo que pensé: cuando mis hijas crezcan y vayan a tener un hijo, les voy a decir que pidan el bloqueo epidural para que no sufran el dolor del parto. Y ustedes decidieron no sólo no usarlo, sino parir en casa. Poco a poco, a veces creo que tarde, he aprendido a respetar sus decisiones. ¿Cómo se hace eso? Viviéndolos. Entendiendo que ustedes merecen respeto desde niños.

Cuando te vi ser madre fue como verte de niña jugando con tu hija recién nacida a las muñecas, a las comiditas, cuando les preparas *hotcakes* con lunetas o bombones o pizzas de chocolate, cuando te veo hacer sus lonches para la escuela, en un trastecito esto, en un trastecito lo otro. Y las veo a las tres, a ellas tan niñas, tú tan amorosa, tan contenta. Y te recuerdo a ti cuando eras niña y me regocijo de ternura y pienso que quiero que las niñas te conozcan por ti, pero también a través de mí, de lo que yo les cuente de cuando tú eras una niña y quiero ver a mis nietas crecer, quiero estar sana para ellas, que tengan una abuela con energía, con la que hagan travesuras, en la que confíen.

La poeta y antropóloga estadounidense Margaret Mead escribió un texto en el que habla de su experiencia como abuela y la posibilidad de revivir, a través de su nieta, la infancia de su hija: "Cuando la observo veo en ella la infancia de su madre reflejada y aumentada en muchos aspectos". Pero más allá de ese vínculo personal, Margaret entiende a partir del vínculo abuela-nieta que una sociedad que aparta a las personas mayores de las infancias, que priva de esas relaciones, pierde la posibilidad de convertir a sus integrantes en seres humanos completos. "En presencia del abuelo y del nieto, el pasado y el futuro convergen en el presente [...] Porque mirar a un niño como a tu propio nieto ayuda a visualizarlo como a un abuelo, y desde la perspectiva de otra generación es posible ver a otros niños igual de ágiles y vitales, con ganas de aprender, conocer y abrazar el mundo, niños que hay que tener indiscutiblemente en cuenta, aquí y ahora".

Durante los meses de pandemia mi mamá y mis hijas pudieron convivir en el cotidiano. Después de acostarlas, y cuando yo me enfrascaba en mi trabajo, Naira bajaba a la cocina a buscar a su abuela y se quedaban al menos una hora platicando o escuchando canciones. Pasaron de ser abuela-nieta, a comadres, a comadriux. Cada noche Naira le dejaba una carta en su almohada y cada mañana mi madre le dejaba la respuesta.

A ti, más que a tus hermanas, te he acompañado a ser madre, y me ha tocado acompañarte en los momentos más difíciles.

Mi mamá se refiere a los primeros años de Emilia y su enfermedad y a estos dos años de pandemia en que intermitentemente cargué con hijas, perra, escuela y oficina hasta llegar a su casa para refugiarme del encierro en la Ciudad de México.

El otro día escuché tu podcast, *Crecer en distopía*, donde hablas sobre la violencia infantil dentro de casa durante la pandemia y entrevistas a Naira. Ella te dice que cuando te enojas pareces una bomba y luego ella te entrevista y te pregunta cómo te sientes, si te sientes cansada o triste. Ahí tú dices que ninguna violencia es poquita violencia, que no tenemos derecho a pegarles a los niños aunque sean nuestros hijos porque eso es un abuso y recordé cuando yo les pegaba, y me da satisfacción y orgullo que ustedes busquen no repetir cosas que vivieron conmigo, que reconozcan lo que no debe vivir un hijo. Me da gusto ver que han tomado su propio camino, que tienen claridad en aquello que es importante, aunque a veces sea distinto al que yo imaginé para ustedes.

Cuando te veo tan productiva en tu profesión y a veces abrumada por todo lo que implica tu trabajo y la atención y cuidados de Naira y Emi, quisiera poder estar ahí cerca, para apoyarte, y recuerdo a mi mamá que me ayudaba cuando me veía así, con ustedes y con el trabajo y con la maestría y pienso que es lo que me corresponde hacer ahora. Hacer por ustedes lo que ella hizo por mí.

Cuidar es, también, asumir un compromiso con quienes nos cuidaron.

Ahora que has estado en casa y que he podido verte ser madre 24 horas del día, ahora que te escucho gritar a las niñas, me gustaría, a veces, me gustaría abrazarte para contenerte, para que no desesperes. Pones todo tu empeño y amor en atender a Naira y a Emi, te levantas de muy buen humor, cariñosa, les pones música, haces su desayuno, les tienes preparadas sorpresas y, por alguna razón, pasa algo, no atienden sus responsabilidades, se pelean y te desesperas. Pero no por ti, sino por las circunstancias. A mí me gustaría que todo esto que has estudiado, todo lo que has leído sobre los cuidados y el PIB, todo esto que ves en las otras mujeres, lo veas en ti. Te admiro, porque aún con todo el trabajo que tienes, organizas el tiempo para hacerles su miércoles de fideos en el lago y sus pastelitos y jugar con ellas, leerles un cuento, acurrucarlas, apoyarlas en sus tareas, inventarles actividades, atenderlas cuando enferman, en fin, organizar tus días de manera que puedas pasar momentos con ellas y hacerles sentirse amadas y, a la par, atender tu profesión.

Me gustaría que todo esto lo reconocieras, que fueras generosa contigo.

> Mamá, lávame el cuerpo, quítame la costra. No me dejes reclamarme. Celebra mi imperfección, mis errores, no me dejes escribir esto sola. Préstame tus ojos para que pueda mirarme con ellos, la mejor mamá del mundo, la de las manos tibias, la que se sienta con sus hijas debajo del árbol que eres tú.

“Escribe mi nombre con dos enes. Channi. Así se escucha más chingón”, me dijo cuando nos conocimos. Tomábamos coca-cola mientras esperábamos que resolvieran una protesta afuera de las oficinas de atención a víctimas. Channi, a diferencia de otras madres que clamaban por la búsqueda de sus hijas, estaba ahí peleando una pensión económica para los nietos que su hija desaparecida le dejó a cargo. Channi, lejos de haberse rendido en la búsqueda de su hija, había asumido el compromiso de cuidar a sus nietos de la forma en que no había podido cuidar a su hija. Era, de alguna forma, asumir un compromiso con la hija ausente: si no fui capaz de cuidarte, los cuidaré a ellos por ti. Si no fui una madre para ti, lo intentaré ser para ellos.

Entrevisté a Channi y ésta es la historia que ella me contó.

Tengo una perra recién parida. Un día había un terregal y la perra empezó a cargar a sus perritos para meterlos del patio al baño. El terregal venía con un aire helado y la perra empezó a meter a sus perritos.

No puedo ver escenas como esas sin que me enternezcan, como ver a la perra o a la gallina que recoge a sus pollitos, no puedo verlas sin llorar. Mi hija no pudo irse por su propio pie, mi hija no se fue por irse, porque ella le daba pecho a su bebé.

Mi hija tenía problemas, andaba en el desmadre, yo le decía, Rebeca, aliviánate, tus hijas te necesitan como ustedes me necesitaron, Rebeca aliviánate, pero, ¿de ahí a irse por su propio pie? Eso nunca.

Ella no se sentía contenta de ser mamá, como yo, que tampoco estuve conforme con tener que parir y criar hijos. Cuando Rebeca era chiquita ella deseaba una mamá que la atendiera, que le diera de comer, que le hiciera sus colitas para ir a la escuela. No una mamá como yo, que nunca estaba, o porque andaba en la calle o porque andaba en el vicio. Lo que menos le gustaba a mi hija era que le dijera culera. Un mes antes de que desapareciera me pidió de favor que no le anduviera diciendo culera. No me ande diciendo culera, jefa, siento bien gacho. Todos queremos una mamá

que nos cuide, que nos proteja. Pero yo no lo fui y ella tampoco lo fue con sus hijos.

Cuando se llevaron a Rebeca tuve que cuidar a mis nietos, eso fue lo que me convirtió en mamá. No pude ser mamá de mis hijos, pero ahora lo soy de mis nietos.

> "¿Qué nos hace ser madres?", se pregunta Adrienne Rich en *Nacemos de mujer*, y enlista algunas condiciones físicas y sociales que podrían responder: embarazarse, parir y amamantar, cuidar niños pequeños. Pero "¿qué ocurre con la mujer que, no habiéndose embarazado nunca, comienza a lactar cuando adopta un bebé? ¿Qué ocurre con la mujer que deposita al recién nacido en la consigna de la estación de autobuses y regresa aturdida a su vida sin hijo?, ¿y la mujer que, siendo la mayor de una familia numerosa, ha criado prácticamente a sus hermanos y hermanas?".
>
> ¿Qué nos hace ser madres? ¿Acaso no maternamos al adoptar a los hijos de nuestros amores, mientras nos desvelamos con sus fiebres y huidas de casa? ¿Al acoger a una niña migrante, hacerle una cama y una sopa los días, meses, años que sean necesarios hasta que cruce la frontera y se encuentre con su madre? ¿Al pelear la custodia con una hermana para cuidar a los hijos que ella descuida? ¿Quién puede decir que no es maternar el cuidar a tu hermana menor en su lecho de muerte? ¿Hay sólo una forma de ser madre? ¿Sólo pariendo a los hijos se es madre? La economista feminista Natalia Flores Garrido en su texto "Las metáforas de la No-maternidad" plantea que quizá la maternidad

> no "sea la única forma de participar en el mundo, de experimentar el verdadero amor, de conocer la felicidad, o de dar y recibir cuidados". ¿De qué nos perdemos como comunidad cuando hacemos exclusivo el derecho de maternar a quien ha gestado y parido?

Para mí fue difícil criar a mis hijos porque estaba chica, era una alcohólica y no quería nada, ni mi vida. Tenía mi autoestima de lo más bajo. ¿Cómo chingaos amas a alguien si tú no te amas? Y no es que no me importara, me daba tristeza ver todo mi desánimo, hasta con mis propios hijos, los pobres, que nunca los vi felices, que no deberían haber tenido a esta mamá. No se la merecían, ninguno de mis hijos se la merecían. Se merecían a una jefa chingona.

Y aprendí. Con mis nietos soy una mamá chida a la que le tienen confianza, hablan conmigo porque me ven fuerte, poderosa, guerrera. Me decía mi nieta Gabrielle que de grande quería ser como yo y yo le dije que no, que buscara su propia identidad, porque si un día escuchaban la historia de su abuelita, no les iba a gustar. Yo le dije que ella no podía parecerse a mí.

Pero yo ya me perdoné. Para vivir, para seguir viviendo, me tuve que perdonar. Porque con este rencor, con este odio, no iba a poder criar a mis nietos. No iba a poder criarlos con paz, haciéndoles su sopa, una buena comida, algo que los haga felices, que los haga buenas personas, pero a ellas también cabronas, para que se cuiden de los hombres malos, como el que se llevó a su mamá.

Les he enseñado que ningún cabrón puede gritarles

ni pegarles. Ningún cabrón puede pegarles como me pegaron a mí y a su mamá Rebeca. Les he enseñado que se tienen a sí mismas y que deben cuidarse entre ellas.

Channi, aquí están nuestros ojos.

13 de septiembre de 2017
Bailar contigo una canción suave como forma de reconciliarme con tu cuerpo. Para sentir tu cuerpo y no la enfermedad. Bailar para salvarnos un momento.

19 de septiembre de 2017
Tembló. Emilia y yo estábamos con Mónica y Dani en un café sobre la calle. Apenas sentí el temblor bajo mis pies, cargué a Emilia con una mano y con otra mano arrastré la carriola. Corrimos al centro de la calle esquivando autos cuyos choferes desconcertados no frenaban. Un hombre nos abrazó y me dijo, suelta la carriola, abraza a tu bebé. Supongo que era estúpido estar aferrada al carrito en medio del terremoto, pero quizás era la memoria de mi cuerpo que buscaba sujetar la mano de mi otra hija que estaba a tres kilómetros de distancia, en la guardería. Unos minutos después, caminé dos horas con los nueve kilos de Emilia a cuestas para llegar a la guardería por Naira, pero ella ya estaba con su papá. Él había cruzado la ciudad en bicicleta. Los encontré afuera de la casa intentando llamarme desde un teléfono público. Nos abrazamos y rompimos en llanto. Sabernos vivos, sabernos bien.

30 de septiembre de 2017.
Estamos en Medellín recibiendo un premio por el proyecto *Buscadores*. Le escribo un WhatsApp a Letty Hidalgo, le doy la noticia, ella es una de las protagonistas del proyecto, busca a su hijo Roy. Letty, ganamos, pero no tendría que existir este premio, no tendrías que estar buscando a Roy. Ella me responde, ¡felicidades a todas! váyanse a celebrar, emborráchense, bailen mucho, tienen derecho a ser felices, nosotras estamos felices por ustedes.

> No será la primera vez que las mamás que buscan a sus hijos desaparecidos nos cuiden como reporteras, recordándonos que la vida sobrevive al dolor. Que nos inviten a cantar con ellas, a tomar una cerveza después de la cobertura, que nos hagan llorar de tanto reír. No será la primera vez que me cuiden y cuiden a mis hijas. Que me hagan poner atención en la vida de ellas, que me recuerden, en medio del trajín de una cobertura, que yo sí tengo a mis hijas en casa, que no esté mucho tiempo lejos de ellas, que no olvide decirles cuánto las amo.

Algún día de octubre de 2017
Otro tratamiento médico fallido.

11 de octubre de 2017
Ha pasado un mes desde que tembló. Cuando las niñas duermen me descubro mirando videos del 19 de septiembre o recuentos de los diez peores terremotos del mundo. Me imagino en las situaciones de las personas que vi correr para salvar su vida en Ecuador, Nepal,

Chile, Japón. Calculo mis respuestas para intentar salvarnos, me ejercito bajando los sesenta y nueve escalones que separan el departamento en el tercer piso, hasta la calle, con las dos niñas a cuestas. Mi récord son treinta y dos segundos.

17 de noviembre de 2017
Te han salido dos dientes.
Hace unos días ya te paras completa.
Hace dos días subiste las escaleras tu sola.

18 de noviembre de 2017
Yo no sé quién soy. Tengo miedo de estarte alejando de mí con mis dudas y mis miedos y mis enojos, Emilia.

Orna Donath, socióloga israelí, escribió un libro que puso sobre la mesa un tema del que no hablamos o cuando hablamos no lo tomamos en serio porque nos espanta el abismo al que nos enfrentaría: *Madres arrepentidas*. Orna, a través de entrevistas profundas con mujeres madres de Israel, jóvenes y mayores, con uno y hasta cinco hijos, escarba en el sentimiento de arrepentimiento que cada una de las madres proclama, pero no se queda en ello, pues hacerlo sería erróneo, al poner el acento en la incapacidad propia de la mujer para adaptarse a la maternidad y, por lo tanto, reivindicaría la exigencia de que esa madre arrepentida debería esforzarse más, sacrificarse más. Con su investigación y escritura Orna plantea que las condiciones con las cuales las sociedades occidentales tratan a las mujeres —o mejor dicho, descuidan a las mujeres— es

lo que circunda el arrepentimiento. En una construcción social e histórica que nos ha empujado a parir y parir, y en una sociedad que se deslinda del trabajo de cuidar a los hijos paridos, el arrepentimiento, dice Orna, "no es una invitación a ver a mujeres pervertidas", sino una señal de alarma para replantear las políticas de reproducción y las ideas sobre la obligación misma de ser madres.

Por otro lado, leo un borrador de una novela de Majo Delgadillo, quien desde su ser hija plantea, pregunta, "preguntarme, por primera vez, qué significaba ser eso: un error". Y pienso si alguna vez les hice sentir eso, ponerles esa pregunta de frente a mis hijas, ¿qué significa ser un error? En *Madres Arrepentidas* las mujeres entrevistadas por Orna hacen una distinción: estoy arrepentida de ser madre, pero no de la existencia de mis hijos, nunca de su vida.

19 de noviembre de 2017
El clima jodió la piel de Emilia y se jodió el segundo intento de tener vacaciones. Vamos en carretera de vuelta a casa.

20 de noviembre de 2017
Es de madrugada y estoy en casa escribiendo sobre crianza, cuando ambas niñas llegan a mi lado; Naira con unas tijeras para cortarme el pelo, Emilia gateando para mostrarme que ya se puede parar. Mientras escribo esto, Emilia se mete entre mis piernas como un cachorro. Y yo pienso en todas las mujeres que han escrito así.

24 de noviembre de 2017
Hoy es un día muy especial. A Emilia le salió otro diente y Naira armó un rompecabezas solita.

3 de diciembre de 2017
Naira le sujeta las manos a Emilia para que no se rasque, le lee cuentos para distraerla del dolor, Emilia responde con un llanto que se va borrando hasta convertirse en sonrisa.

7 de diciembre de 2017
"Mi mamá está triste todas las mañanas", "¿estás triste o estás enojada?", "mamá, ¿por qué lloras?"

¿Qué recuerdos tendrán Naira y Emilia de mí cuando crezcan?, ¿cómo el recuerdo de mi imagen las va a determinar?

> Yo no recuerdo ver a mi madre llorar frente a nosotros por cosas tristes. La recuerdo llorar en los

festivales escolares o cuando me daban un premio por algún concurso de aprovechamiento. Así como nos escondió la despensa vacía y la falta de vacaciones, nos escondió también su llanto. Ese sucedía de madrugada, en el cuarto de lavado o en la cocina o en la regadera, mientras se bañaba y el agua alcanzaba a limpiarle la cara. Me imagino que también sucedía cuando volvía del trabajo, aferrada al volante por la carretera. ¿Cuáles son los lugares del llanto? Ella no lloró en la cama, no lloró en nuestros brazos. Ella sabía cuándo y cómo llorar. Como si se tratara de un ejercicio periódico que le permitía sostenerse y volver a nosotros.

21 de diciembre de 2017
Naira se pone los lentes de su abuela, mi madre, y me dice muy seriamente: Tienes que cuidar a Emilia, pero siempre le dices, ya, Emilia, ya deja de llorar. Y no, mamá, le tienes que decir, tranquila, pero decirle bonito, no enojada. Eso no es inteligente. Cuando le dices enojada, Emilia llora. Emilia es una bebé, mamá, Emilia no sabe hablar, sólo sabe llorar. Tienes que decirle, tranquila. Pero decirlo tranquila.

23 de diciembre de 2017
Siento que ya no puedo. Tu cuerpo se retuerce a mi lado por la comezón. En la oscuridad me miran tus ojos y yo, Emilia, no tengo respuestas para curarte, no sé cómo curarte. No sé si tengo aún fuerzas. Que alguien me ayude.

¿Hay alguien ahí afuera?

Cada vez hablamos más de la crianza colectiva, cada vez más reclamamos ese derecho nuestro y de los hijos. Cada vez más mamás nos damos cuenta del tremendo costo personal y social que conlleva criar en un mundo como éste, acelerado, sin espacio para el imprevisto de la infancia, para la mugre, el tiradero y los llantos, cada vez somos más conscientes que nuestro trabajo físico y emocional le representa un capital a alguien, cada vez tratamos de ubicar nuestras historias, nuestras experiencias de ser mamás en este mundo de mirada adulta, patriarcal y sin espacio para las infancias. Aprendemos a mirar nuestras historias en este escenario y a regresar a las historias de nuestras madres con estos ojos más amables, más comprensivos hacia ellas. Aprendemos a vivir la contradicción constante que es la maternidad. Queremos enseñarles a nuestras hijas, a las hijas de todas las mujeres, a mirarse con más amabilidad, con más ternura.

Quisiera saber cómo responder al llamado de auxilio que lance otra mamá en la vastedad de la noche.

> No sólo desear crianzas colectivas, no sólo decirlas como una postura política, realmente quisiera responder a esas soledades, acunar a las mamás, acercarnos a nuestros pechos de cuidadoras y decirles, te prometo, nos prometo que todo estará bien. Tomar a sus hijos en nuestros brazos y dejarlas dormir en silencio sin despertarse a lavar uniformes o a cocer frijoles o a darles pecho o a cobijarles el cuerpo. Dejarlas bañarse en silencio o irse con su amante o al trabajo sin la prisa de volver para preparar la cena.

28 de diciembre de 2017
Es de noche y apenas volvemos a casa. Pasamos todo el día en el doctor, cruzamos la ciudad en microbús para llevar a Emilia a su consulta. Emilia se durmió en mis brazos, Naira se mantuvo despierta para ayudarme a cargar cosas. Subimos los tres pisos para llegar al departamento, acuesto a Emilia, acuesto a Naira y le digo que es la mejor compañera de viajes. Duerme con una sonrisa.

9 de enero de 2018
Un año. No, la segunda hija no fue más fácil. Sí, cada hija es diferente. Emilia, llegaste de madrugada llena de fuerza y ternura. Y a enseñarnos que criar a una hija no se trata de la persona que yo quiero que seas, sino de la persona que quieres ser tú. Que dices ser tú.

2 de febrero de 2018
Emilia pasó toda la noche llorando.

La zangoloteé.

Estoy enojada, cansada, desesperada de que me per-

siga por la casa y la cama llorando pidiendo chichi.

Estoy incapaz de entender su necesidad y su enfermedad.

Su llanto.

No tengo ánimo para indagar qué hay detrás de su dolor.

Porque ahorita sólo mi enojo.

17 de febrero de 2018

Estamos las tres en casa y ustedes tienen fiebre. Cancelé toda la chamba. Cerré las cortinas y la habitación está oscura. Me acuesto entre las dos. Con una mano te acaricio, Naira; hierves, respiras como un pájaro herido. Con otra mano hago círculos en tu espalda, Emilia, tus pulmoncitos agitados.

Y, sin embargo, me siento bien aquí. Así, entre ustedes, mis crías.

6 de marzo de 2018

Son las diez de la noche y Emilia lleva hora y media llorando. No pude calmarla. Esto es lo que soy, hija. No puedo hacer más. Apago la luz del cuarto para no ver su cara. Ella llora y se retuerce en la cama. Yo no puedo verla. No puedo enfrentarla.

10 de marzo de 2018

Estoy en Ciudad Juárez y las niñas en casa con mi mamá. Ricardo me cuenta por teléfono que Emilia está feliz. ¿Emilia feliz? ¿Emilia feliz?

Soy yo, entonces.

20 de marzo de 2018

Dejé dormidas a las niñas en la cama y me preparé un té para sentarme a trabajar. Quería un ratito para mí. Emilia empezó a llorar y llorar y llorar. Otra vez. Ya, por Dios, cállate. Cállate ya. Naira se escondió debajo de las cobijas y empezó a llorar quedito, huyendo de mí. Emilia siguió llorando. Yo también. Al final las tres nos quedamos dormidas de cansancio.

Al despertar le pregunté a Naira cómo se sintió. Me dijo que se sintió triste porque yo no entendí a Emilia, que lloró porque es una bebé, que quizá se espantó cuando prendí la computadora o con algún ruido de la calle como una sirena de ambulancia o una moto. Y yo no la entendí.

Pero amanece de nuevo y ellas juegan en la sala y se ríen y parecen estar a salvo de mí.

22 de marzo de 2018
¿En qué momento les hice sentir que son lo peor que me han pasado en la vida?

23 de marzo de 2018
Majo me regaló una foto que nos hizo a mí y a las niñas. La vi y me vi mamá. A veces, aun después de cuatro años, me sorprende ser mamá, saberme mamá, descubrirme mamá. Como si fuera un "yo" que no termina de asimilarse por completo a mi vida, en mi cuerpo. Pero también es cierto que ya no me entiendo de otra forma que no sea esa.

> En la foto las niñas salen abrazadas a mí, yo las rodeo con mis brazos y pienso cuando la veo, que en este momento, yo, mis brazos, somos el lugar más seguro para ellas. No sé cuánto tiempo durará esto. Pienso si mi mamá sigue siendo el lugar más seguro para mí y quizá no. Pero no porque ella no lo sea, sino porque crecer es la imposibilidad de saberse segura, así de segura, como cuando estaba en los brazos de mi mamá y sabía que nada malo me pasaría. Escribe la cuentista María Fernanda Ampuero sobre el crecer: "Así iba, rompiéndome como un vaso barato contra las paredes de diferentes casas". También pienso en esta doble condición: hay días como estos en que sé que mis brazos son el lugar más seguro para las niñas. Pero también ha habido días en los que sé que soy su principal riesgo.

Laura cuida mi casa. Viene un día a la semana a limpiar. Cuando se encuentra con las niñas le hace su tortilla con sal a Emilia, le prepara arroz con frijoles a Naira. Sabe lo que les gusta. Yo puedo salir a trabajar porque Laura cuida la casa.

Cada vez más mujeres en el mundo dejamos la casa y salimos a ganar un salario y a desarrollarnos profesionalmente. Para hacerlo requerimos de otras mujeres que se encarguen del trabajo de cuidados, que llenen el vacío que dejamos en eso que llamamos hogar. "Que dos mujeres trabajen para ganar un salario puede ser una buena idea, pero que dos madres trabajadoras se dediquen por completo al trabajo es una buena idea que ha ido demasiado lejos", escribe Cristina Morini en *Por amor o por la fuerza*. Cristina habla desde la experiencia europea en donde las mujeres del primer mundo requieren a las del tercer mundo, pero podría estar hablando de nosotras. "Al final tanto las mujeres del primer mundo como las del tercero son piezas de un vasto juego económico del que no han escrito las reglas".

Yo dejo la casa para trabajar, Laura deja su casa para trabajar.

Entrevisté a Laura y ésta es la historia que me contó.

Mi mamá me entregó cuando era una bebé, tenía tres meses de edad. Me dejó, más bien, eso fue lo que me dijo mi abuela Isabel muchos años después. Para mí, mi abuela siempre fue mi mamá y fue la mejor mamá. Me consentía, me mimaba, me quería. Fui amada por ella.

> "Un hombre es sólo un hombre, pero un hijo, un hijo ya es alguien", *Beloved*, de Toni Morrison.

Vivíamos en el Estado de México y teníamos una casa con paredes de madera, techo de lámina y piso de tierra. Cocinábamos con leña. Ahí vivíamos mi abuela, mi abuelo y dos tíos que eran los hijos más chicos de la familia.

Mi abuela se vestía con faldas largas, blusas fosforescentes, con sus trenzas y su listón rojo para que el pelo creciera bien. Tenía voz de viejita. Mi abuelo era un hombre alcohólico. Cuando eran jóvenes le pegaba mucho a mi abuela, pero a mí no me tocó ver que la golpeara, porque ya estaban viejitos, mi abuelo ya había calmado su ira. Se dedicaba al campo, sembraba maíz, frijol, mataba borregos y vendía la carne en el pueblo.

Nuestros días pasaban en ir a cuidar a los borregos, lavar y bañarnos en el río, acarrear agua para la

casa en cubetas o en el burro, ayudar a lavar el nixtamal, a meter leña al fogón para hacer la comida. En la casa siempre había animales para comer, borrego, pollo, guajolote, conejo. De comer no nos faltaba porque siempre había carne, pero a mí no me gustaba la carne, entonces mi mamá, digo mi abuela, me hacía tortillas de sal, de masa con sal en el comal y mi vaso de atole.

No recuerdo que mi abuela y yo platicáramos mucho, pero siempre estábamos juntas. Nos gustaba ir al río porque llevábamos los animales a beber agua y aprovechábamos para bañarnos, cortar flores, sentarnos debajo de un árbol y mirar el río. Mientras ellos pastaban, nos acostábamos un rato o mi abuela me hacía trenzas. Era una vida muy alegre.

Las trenzas me las hacía como símbolo de que me quería mucho, el que me peinara con esa paciencia, que me recortara las puntas, que me pusiera mis listones, me hiciera mis moños para verme bonita. Era un acto de amor entre ella y yo. Eso lo hacíamos en la tarde, después de bañarnos en el río y cuando los animales ya estaban cansados, me decía, tráeme el cepillo para peinarte y me gustaba porque nos sentábamos en el atardecer abajo del árbol o en el patio, ya acabadas nuestras labores, y a mí me gustaba que me hiciera mis trenzas y mis moños, me gustaba sentirme bonita, sentirme querida.

> Naira, Emi, como la abuela a Laura, yo también quiero peinarlas, quiero tener presencia y paciencia, quiero cepillar su cabello sin sentir que estoy perdiendo el tiempo. Un par de veces he elegido

cortarles el pelo para no tener que cepillarlo y desenredarlo con calma, sin lastimarlas.

Vivíamos descalzos porque no teníamos dinero para los zapatos y cuando había dinero mi abuela me compraba unas chanclas de hule, las guardaba como si fueran los zapatos súper elegantes y si había fiestas me los ponía. También usaba los buenos rebozos para las fiestas y para el día usábamos los más viejitos. Mi abuela me hacía mis vestidos, nos gustaban de flores y de colores.

Ella siempre me abrazaba y me decía, hija ven. Yo era muy chillona porque sus otros hijos me molestaban, les daban celos que llegara yo, ¿por qué?, si ella no era mi mamá. Pero ella me defendía y me decía, vente mi amor, vente, mija, tráete el cepillo que te voy a hacer tus trenzas, y yo le arrimaba el cepillo y el agua y me cepillaba mi pelo negro y largo hasta la cadera y me hacía mis trenzas. También me enseñó a bordar. Ya juntábamos la leña, los elotes, la fruta, los animales, ya que hacíamos esas labores de la casa, me decía, ya es tiempo de hacer servilletas y arrimábamos la canasta de hilos y servilletas y bordábamos. Yo ni sabía, pero mi mamá me decía, mira qué hermoso te quedó y yo le creía y me sentía la niña más hermosa y la más querida y la más inteligente.

Un día mi abuela me arregló, me puso un vestido, me hizo mis trenzas y me dijo, vamos a ir a México a ver a mi hija Margarita. Yo la acompañé, pero no pregunté más. Y cuando estábamos con ella, con su hija Margarita, mi abuela me dijo, ella es tu mamá. Yo le dije que no, que ella, mi abuela, era mi mamá, y no le

creí y no quise saludar a esa señora y ellas se dijeron algunas cosas y luego volvimos al pueblo y yo no pregunté más.

Ahora que lo pienso tal vez el cariño, el amor que me daba mi abuela, tal vez al cuidarme se acordaba de su hija y al darme el cariño se lo daba a ella, a su hija. A lo mejor era eso. Pero, aun así, mi abuela fue mi mamá en toda la extensión de la palabra *mamá*. Porque mi *verdadera* mamá, ella no tendría que haberme dejado, tendría que haber pensado que nadie me iba a cuidar como ella, tendría que haber cargado conmigo a costa de mi papá, de sus golpes, de la falta de dinero, de sus otros nueve hijos. Porque ahora que yo tengo hijas, no podría estar nunca sin ellas por más difícil que sea la vida. Que una mamá no te quiera es lo peor que te puede pasar en la vida.

> No es posible comprender un abandono tan profundo. No es posible perdonarlo. Porque, ¿qué es lo que queremos de nuestras madres? Que nos vean, que nos den la mano, que nos alimenten, que nos cuiden, que nos consuelen, que nos amen, que se queden. Que se hagan cargo de habernos traído al mundo.

Cuando cumplí nueve años mi mamá llegó a casa de mi abuela, iba por mí. Yo no quería irme con ella, lloré, intenté decirle a mi abuela que no dejara que esa mujer me llevara, esa mujer no era nadie para mí. Pero al final me llevaron sin preguntarme, sin darme tiempo de entender. Los adultos piensan que porque uno es pequeño no razona, ni que le hieren a uno sus senti-

mientos porque uno es pequeño y no tiene derecho a pesar y a sentir. Pero no es así. Yo sabía y sentía que no quería irme.

Yo fui criada en el campo, yo no convivía con otros niños, no me acostumbraba a tantas casas y tanto ruido y a la vestimenta, en mi nueva ciudad no se usaba rebozo y en mi pueblo sí, y no usar rebozo, en mi pueblo, significaba que una ya no era una persona decente. Eso me había enseñado mi abuela.

Yo hablaba náhuatl y muy poco español. Llegué a casa de una familia que no conocía, no conocía a mi mamá Margarita, ni a mi papá Juan, no conocía a mis hermanos. Mi papá tomaba, maltrataba a mi mamá y mi mamá trabajaba todo el día.

A los pocos días de haber llegado, mi mamá me llamó y me dijo, yo no tengo tiempo de andarte peinando, para qué quieres tu pelo tan largo, te vas a ir a la escuela y ahí no te van a admitir con ese greñero y yo no tengo tiempo para peinarte. Me acuerdo que me metió a bañar, en el pueblo se baña uno con jabón Roma, no con champú, y cuando estaba ahí desnuda, con mi pelo mojado, me acuerdo que me agarró fuerte y me dijo, no te muevas y jaló mi pelo y agarró las tijeras y lo cortó hasta la mejilla.

Y las trenzas cayeron a mis pies y me acuerdo que miré al piso y las vi como dos pollos muertos y me acuerdo que sentí mucho dolor, mucho coraje. Me quedé en silencio.

Mi mamá me cortó las trenzas y me arrancó de mi vida como una plantita, sin importar si le gustará esa tierra, si le faltará agua, si le caerá bien el sol.

Mi mamá me había abandonado cuando yo era

una bebé y luego me arrancó de mi abuela que era mi verdadera mamá. Me trajo a su casa para cuidar a sus hijos pequeños, me trajo para dejarme sola, para no darme cariño. Ella no debió tener hijos, pero tuvo diez y yo fui la segunda.

> Puedo entender a la madre de Laura como mamá, pero, como hija, no. Como hija no entenderé que mi mamá se haya ido a trabajar cuando éramos niños y nos haya dejado todo el día solos, al cuidado de mi hermana mayor. Como madre espero que mis hijas lo entiendan, que no me reprochen el salir a trabajar, a ser yo, dejarlas, todo el día.

Mi mamá se iba a trabajar limpiando casas y mi hermano mayor se iba a la escuela. Yo me quedaba cuidando a sus hijos, el más pequeño de unos días de nacido. Yo tenía nueve años y no sabía cuidar a un bebé. Lloraba y le metía la mamila y lloraba y le metía la mamila hasta que un día lo empaché y mi mamá me regañó. Pero seguí cuidándolo hasta que creció y empezó a hablar y me decía mamá a mí. Me tenía que hacer cargo de mis hermanos los pequeños, cuidarlos, hacerles la comida —yo sólo sabía calentar tortillas—, traer el agua de bien lejos, lavar la ropa… Mi mamá se iba a trabajar todo el día, así como yo hago con mis hijas, me voy todo el día. Casi no nos dedicaba tiempo.

Cuando mi hermano volvía de la escuela yo me iba, tomaba clases en la tarde, pero no acabé, sólo estudié dos años porque mi papá se fue de casa y yo tuve que trabajar. Mi mamá me mandaba a lavar trastes con la

vecina y como no lavaba bien, me desemplearon.

> Las mujeres empezamos a trabajar antes que los hombres. Cuando somos niñas cuidamos la casa, a los hermanos menores. Cuando crecemos y entramos en el mundo del trabajo asalariado, el trabajo doméstico no se elimina, sino que se transforma en una condición de vida que limita nuestras posibilidades de participación en cualquier ámbito.

En ese tiempo que mi mamá se iba a trabajar, mi hermano ya era mayor y entonces abusó de mí varias veces. Es un tema bastante difícil… yo siempre le dije *su hijo de mi mamá*, para mí no es mi hermano ¿Cuáles eran sus razones, sus motivos de que haya abusado de mí? Yo no lo razoné, sólo con las amenazas accedí. Él me decía, te dejas o te puede pasar algo a ti, o le puede pasar algo al bebé o le digo a mi mamá que andas con el chavo de la renta, que te acuestas con él y andas metida en su cuarto. Y eso no era cierto, pero yo tenía el temor de que mi mamá me pegara.

> ¿Cuáles eran sus razones?, se pregunta Laura, y no hay razón alguna, no puede haber razón que explique eso. Que haga legible el que un hombre rompa nuestro cuerpo, meta el dedo a la herida y lo remueva y nos deje así, heridas, desangradas. No es Laura quien tiene que razonarlo y explicárselo.
>
> Por otro lado, tenemos que razonarlo y hacerlo legible para intentar evitarlo. Rita Segato dice que al abrigo del espacio doméstico el hombre abusa de las mujeres porque puede hacerlo, porque son

> parte del territorio que controla y donde afirma la destrucción moral de su víctima.

Yo no sabía que abusaba de mi hermana hasta que un día comentando así salió el tema y salió que él la abusaba. Nunca más se volvió a tocar ese tema en casa, ni con mi hermana ni con mi mamá. El tema ahí se quedó y nosotras nos quedamos con nuestro trauma, nuestro dolor. Con nuestro miedo de que la gente puede hacernos daño, porque si un hermano te abusó, ¿pues qué puedes esperar de la demás gente?

> ¿Qué puedes esperar, Laura? ¿Qué pueden esperar, Fernanda? ¿Qué podemos esperar si la promesa de una familia, la promesa de un amor, no alcanza para protegernos, Mariela? Si nos rompen y se van y nos dejan con el miedo constante de que pueden volver, de que van a volver, de que nunca más estaremos seguras.

Éramos muy pequeñas. Cada vez que se le antojaba abusar, pues abusaba.

Con el tiempo mataron a mi hermano. Yo tenía catorce años y él estaba trabajando como albañil en la Ciudad de México; en el día era albañil y en la noche era velador. Lo mataron en la obra. Mi mamá estaba que se moría. No todas las muertes le importan a uno. Cuando mi papá se murió, mi mamá dijo que era un alivio porque ya nadie la iba a golpear, a humillar. A mí me alivió la muerte de mi hermano, porque ya nadie me iba a abusar. Que mi mamá se quedara con su dolor por haber perdido a su hijo. Yo, por mi parte,

me sentía aliviada. Yo ya había tenido mucho dolor.

Pero no es cierto que su muerte alivió nada. Yo tardé muchos años cargando ese temor. Cuando era adolescente pues yo tomaba mucho, me drogaba, porque ese tema no hay con quién hablarlo, tiene una el temor, el coraje, el miedo, y pues no hay con quién hablarlo. Con el tiempo tuve un novio y tantito me abrazaba y yo sentía raro, no me toques, quítate. Fue algo muy difícil para mí.

Yo en casa de mi mamá Margarita vine a conocer la desgracia de muchas cosas, a hacerme responsable de niños que no sabía que eran mis hermanos, a ser abusada por esta persona que qué bueno que se murió.

Yo tenía sueños de infancia, se los dije a mi mamá. Le dije que quería ser modelo y ella me dijo que no, que nuestra pobreza era más que ser modelo, que a mí me iba a tocar trabajar toda la vida, qué modelo ni qué nada, ándale, no sabes ni leer, mejor ponte a cargar el agua, a cuidar a tus hermanos, mira qué cochinero tienes.

Mi mamá me llegó a golpear porque decía que yo andaba de loca, que llegaba tomada y por eso decidí irme de la casa. Tiempo después conocí al Flaco y a los 27 años me casé. Mi mamá se casó a los 16 y yo me creí más madura que ella, más lista para elegir a un buen hombre que no me pegue, que no me abuse, que también cuide la casa. Pero no fue así, se vuelve a repetir lo mismo, porque mi mamá trabajó cuando nosotros éramos chicos para mantenernos y mi papá le decía que era de lo peor, una puta que se vendía con cualquiera y eso fue lo mismo que me dijo el Flaco. El buscar que nuestras hijas tengan mejor posibilidad de vida para él sólo era que me iba de puta.

Con el Flaco hice vida porque quedé embarazada. Todo iba normal, pero luego tuvimos dos hijas más y no alcanzaba su sueldo como albañil y yo tuve que entrar de lleno al trabajo. Él empezó con sus celos, que sales con no sé quién, que ya andas de puta, que con quién te acuestas. Llegaba cansada del trabajo, llegaba a darles de cenar y él quería que lo atendiera, pero yo estaba cansada y no quería tener sexo y él decía que era porque estaba con alguien más.

Ese día el Flaco llegó borracho, me empezó a gritar. Me agarró y me empujó y caí sobre mi hija y me golpeó. Vi a mi hija y a ella nomás se le llenaron sus ojitos de coraje, de lágrimas. Y dije, no, mi hija no tiene por qué aguantar el coraje, esto no es vida, no quiero esto para mis hijas. Ahí fue cuando decidí que no iba a estar más con él.

Creo que la vida, el destino, los papeles se vuelven a hacer lo mismo porque la misma violencia se vuelve a repetir. Uno cree que va a ser diferente, pero no es diferente, sigue siendo igual aun a través del tiempo, esa es la herencia. Mi mamá se tuvo que ir a trabajar y dejarnos solos como lo hago yo con mis hijas. Mi abuela fue violentada, mi mamá también, mis hermanas también, yo también, todas hemos pasado por eso, yo deseo que mis hijas no.

Ha sido difícil, sobre todo porque hay momentos en que me siento muy sola, esos momentos me dan en la madrugada, cuando me levanto al baño afuera del cuarto y se me quita el sueño y me quedo ahí mirando la noche y empiezo a pensar cómo voy a sacar a mis hijas adelante.

> Laura, de pie en la vastedad de la noche, mirando la ciudad y los cerros. Mi madre, de pie en la vastedad de la noche mirando la luna y el cerro.

Había veces que no tenía ni para una paleta para mis niñas o que no podía ayudarles con la tarea porque no sabía leer.

Con el tiempo he ido dejando el temor, también aprendí a leer. Ahora soy una mujer más independiente, no creo que más feliz, pero más independiente, más mía. Antes mi cuerpo no me gustaba, me daba asco, no me gustaba que me tocaran. Era un trauma que cargué mucho tiempo. Pero ya me gusta, aunque sean pellejos viejos. Es muy padre que, a mi edad, hace apenas algunos años, conozco esta sensación nueva, esta plenitud de la sexualidad, yo no la conocía, no sabía qué era. Y ahora lo disfruto mucho porque es algo de mi vida que está sucediendo.

Me gusta mi cuerpo y me encanta tomarme fotos, muchas fotos. Un día fui a que me hicieran un estudio de fotos, yo alguna vez quise ser modelo, y no tuve miedo de mostrar mi cuerpo. Pedí que las tomaran para mí, para verme. ¿Que qué veo? Veo mi piel viejita, veo mi sonrisa, veo que ya no hay temor. También veo mi cabello adornado con una flor.

> "Carne que llora y ríe, carne que baila con los pies descalzos en la hierba. Amadla. Amadla intensamente. Más allá no aman vuestra carne, la desprecian. No aman vuestros ojos, quisieran arrancároslos. No aman la piel de vuestra espalda. Más allá la despellejan. Y oh, pueblo mío, no aman

vuestras manos. Sólo las usan, las atan, las sujetan, las cortan y las dejan vacías. ¡Amad vuestras manos! Amadlas. Levantadlas y besadlas. Tocad a otros con ellas, unidlas con otras, acariciaos la cara con ellas, pues más allá tampoco aman vuestra cara. Vosotros tenéis que amarla, ¡vosotros! Y no, no aman vuestra boca. Más allá, la verán rota y volverán a romperla. No harán caso de lo que digáis con ella. No oirán lo que gritéis con ella. Os arrebatarán lo que le pongáis dentro para alimentar vuestro cuerpo y os darán sobras, no aman vuestra boca. Vosotros tenéis que amarla. Estoy hablando de la carne. Carne que es menester amar. Pies que necesitan descansar y danzar, espaldas que necesitan apoyo, hombros que necesitan brazos, brazos fuertes, os digo. Y oh, pueblo mío, allá, oídme bien, no aman vuestro cuello sin dogal y recto. De modo que habéis de amar vuestro cuello, cubrirlo con vuestra mano y acariciarlo, mantenerlo erguido. Y vuestras entrañas, que preferirían echárselas a los cerdos, tenéis que amar vuestras entrañas. El hígado oscuro… amadlo, amadlo, y amad también vuestro apaleado y palpitante corazón. Más que los ojos o los pies. Más que los pulmones que nunca han respirado aire libre. Más que vuestro vientre que contiene la vida y más que vuestras partes dadoras de vida, oídme bien, amad vuestro corazón. Porque éste es el precio", *Beloved*, de Toni Morrison.

Desde que mi mamá me cortó mis trenzas nunca más lo volví a tener largo, pero me gusta cepillarlo y ponerle flores.

25 de marzo de 2018
Aprendí a ignorar el llanto de Emilia y no escucharlo todo el tiempo.

> A veces creo en lo que escribe Lucia Berlin en el cuento "Temps Perdu" sobre la relación de una enfermera con su paciente: "Ahora sé que el problema es el hartazgo. He comprendido que su indiferencia es un arma contra la enfermedad. Combátela, acaba con ella, ignórala si quieres. Ceder a los caprichos de un paciente sólo sirve para que tome el gusto de estar enfermo, esa es la verdad dura y pura". Otras veces recuerdo las teorías sobre dejar llorar al bebé para que aprenda a dormir solo y mi desacuerdo absoluto con ellas. A veces no se trata de lo que crea, sino de lo que pueda hacer.

2 de abril de 2018
Estamos solas en casa. Pongo una canción de cuna y te arrullo. Te dejas caer en mi pecho y siento tus nueve kilos sobre mí. En ese momento siento que puedo cuidarte. Que confías.

4 de abril de 2018
Estos días pasados que estuve de viaje sola, sin ustedes, que tuve silencio, pude pensar y entender algunas cosas, hijas. Me di cuenta de que tengo disposición para escuchar el dolor de afuera, el silencio de sus muertos, el eco de sus fosas, pero no para escucharlas a ustedes. De escuchar tu dolor, Emilia.

Por esas fechas fui con Lili, la brujita, a hacerme una limpia. Me dijo que tenía mi chakra del corazón muy cerrado, que era una forma de protegerme del dolor de las historias que escucho en el trabajo, pero tan cerrado que me impedía escuchar a Emilia que vivía su cuerpo herido. Trabajamos varias sesiones y en una de ellas me puso unos mantras que me llevaron a un viaje casi psicodélico. Hombres avanzando hacia una guerra, luego esos mismos

hombres transformados en campesinos en grandes campos de espigas, con su hoz cortando el pasto a su paso, luego esos hombres diluyéndose en el cielo gris y convirtiéndose en un gran lago del que emergía una piedra filosa que poco a poco era pulida por el susurro del canto de los hombres, luego yo tomando esa piedra, reconociéndola como la tristeza, diciéndome a mí misma que puedo dejarla ir, que ya no la necesito, tomándome el rostro entre las manos, abrazándome en mi pecho y diciéndome a mí misma, Dani, mi amor, todo va a estar bien. Déjala ir.

Un año más tarde soñé que herían a un policía con un balazo en la cara, que le reventaba el cráneo y el policía empezaba a morir y su cuerpo ya no se movía, ni se quejaba, pero su cerebro seguía vivo, palpitando entre los fragmentos del cráneo, su cerebro activo hablaba y balbuceaba cosas y yo tenía su cuerpo enfrente y no lo quería escuchar, no quería escuchar esas palabras de muerto y me tapaba los oídos y él me hablaba y balbuceaba y yo me tapaba los oídos porque no quería escuchar esas palabras de muerto.

Tiempo después, una querida amiga y maestra, la socióloga Rossana Reguillo, publicó el ensayo *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*, donde reflexionó sobre el trabajo de los periodistas para narrar la violencia reciente en el país. Entre otras cosas, escribió que yo, Daniela, iba "herida de escucha" como consecuencia de documentar el testimonio de ese horror. Estar herida de escucha es como si faltara la piel y todo arde, todo duele.

Duele el viento y la luz. Duelen las risas y caricias de las niñas, se sienten injustas e inmerecidas. Leerla fue como si Rossana entendiera mejor que yo y me dijera lo que yo aún no me había dicho: ya no quiero estar ahí, ya no quiero ser testigo, tener miedo y no creer.

7 de abril de 2018
Cuidar cansa. Cuidar arrasa. Cuidar asola.

Hay un término para nombrar el cansancio de quien cuida. Se le llama "el síndrome del cuidador quemado". Los expertos hablan de síntomas como estrés, ansiedad, depresión, irritabilidad, insomnio, dificultad de concentración, apatía, cefalea, abuso de sustancias nocivas, miedo, angustia, sentimientos de culpa, tristeza, incapacidad de relajarse; hablan de sentimientos de soledad, presencia de agresividad, agotamiento continuo, cambios frecuentes de humor, palpitaciones, desesperanza, tensión emocional, resentimiento.

La enfermera Sandra Martínez Pizarro escribió en un estudio que las personas con este síndrome suelen ser mujeres de mediana edad, con una persona dependiente a su cargo, con escolaridad media y que dedica 24 horas del día al cuidado de esa persona. ¿Quién cuida a la cuidadora?

Cuidar implica poner en marcha recursos humanos y materiales. Cuidar implica facilitar, proveer las condiciones materiales para el bienestar. Cuidar implica reparar, estar pendientes, anticipar riesgos. Cuidar cansa. Cuidar arrasa. Cuidar asola.

Pero también conserva, sostiene. Cuidar reúne, cuidar nos hace personas. Las contradicciones del cuidado no surgen del trabajo que conlleva, sino de las condiciones bajo las cuales lo ejercemos y quiénes lo ejercemos: la organización de las ciudades actuales —donde vivimos casi el 80 por ciento de la población mexicana—, fragmentadas e individualistas; la organización social que asume que son las mujeres las responsables de este trabajo; el desprecio por la vulnerabilidad. Todos estos factores dificultan el cuidado en lo personal y en lo colectivo.

Quizá habría que pensar con mayor ahínco a los cuidados y la vulnerabilidad como una posibilidad de ser comunidad. Comunidad e inmunidad, plantea el filósofo italiano Roberto Esposito, tienen el mismo origen etimológico, *munis*, que es ser frágil, estar expuesto; si inmunidad es negar la fragilidad, comunidad, por el contrario, supone compartirla, hacerla explícita, exponerse.

15 de abril de 2018
Son las cuatro de la madrugada y Emilia despertó por el ardor de su piel. Agotada y a punto de gritarle, entiendo que ella, además del desvelo, tiene el dolor, que es ella la que está sufriendo. Entonces me calmo y le pido que nos calmemos juntas. Nos abrazamos, beso sus mejillas y curo sus heridas. Le digo y me digo: son sagradas, sus vidas son sagradas.

Algún día de mayo de 2018
Emilia: no sé bien qué ha pasado, pero estás aquí. Me refiero a que estás aquí, conmigo, a que estamos juntas.

Soy tu mamá y tú eres mi hija. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que tu enfermedad te duele (sólo pensaba en mi frustración); tardé en darme cuenta de que tus insomnios se curan mirando cuentos, que te arrullan los besos en los cachetes, que te divierte esconderle los juguetes a tu hermana.

3 de agosto de 2018
No eres tú, hija. Es el cansancio, el estrés, el trabajo atrasado.

4 de agosto de 2018
A veces siento que intento ser buena mamá para que Ricardo me valide como una buena mamá. Ayer, por ejemplo, le mandé fotos de las niñas en el parque, de la comida que preparé, de la cocina limpia.

8 de agosto de 2018
Dormir con cachorras encima de mí. Ya se apoderan de mi brazo de mi chichi de mi panza de mi pierna de mi cara de mi otro brazo... Como una perra recién parida.

12 de agosto de 2018
Certezas: Tener un hijo es una decisión egoísta. Es decidir que alguien nazca, que exista. Y entonces, para responder a ese egoísmo, nos toca comprometernos a cuidarlos. Las hijas no se aman por el sólo hecho de ser hijas. Uno aprende a amarlas. O no.

16 de agosto de 2018
Le muestro el borrador de este texto a una amiga feminista. A ella le inquieta que escriba "vergüenza",

"avergonzada". Insiste (me lo ha dicho muchas veces) que la vergüenza y la culpa son cargas patriarcales, que no me pertenecen. Yo le digo que no entiendo por qué le inquieta tanto. Mi vergüenza no es para con el mundo, es hacia ellas, mis hijas, que se hacen, que nos hacemos en nuestra relación. Compartir esa vergüenza hace que deje de ser sólo mía, como si la barriera fuera de casa.

> Nuestras historias están llenas de culpa y redención. ¿De dónde viene ese sentir constante de culpa en las mujeres? Marcela Lagarde explica en su libro *Los cautiverios de las mujeres*, que la culpa es un elemento central en nuestros cautiverios. Esa culpa se nos dicta desde la racionalidad patriarcal. A las mujeres se nos exigen las imposibles tareas de ser madres, esposas, amantes, amas de casa, profesionistas y, por tanto, estamos condenadas a cargar con la culpa de no cumplir esos requerimientos que se nos atañen. Somos culpables por no ser suficientes para cumplir esas expectativas sociales imposibles de cumplir. Las académicas Rocío Hernández Mella y Berenice Pacheco Salazar retoman los dichos de la antropóloga estadounidense Riane Eisler sobre la concepción patriarcal de amor martirológico que construye en nosotras esa identidad cargada de culpa: "Las mujeres a veces soportan relaciones abusivas porque han sido eficazmente condicionadas a culparse a sí mismas por su sufrimiento y tienen la esperanza que si de alguna manera logran cambiar para no enfurecer a sus abusadores, todo funcionará bien". La culpa llega al extremo de aparecerse frente

a nosotras para advertirnos que esa violencia sufrida fue originada por nosotras.

17 de agosto de 2018
Después de la batalla, del llanto, de la furia, después del fastidio y el cansancio, de la enfermedad, tu cuerpo suelto sobre el mío. Palpitando lento y profundo. Emilia. Rendido, agotado, sobre mí. Ahora respiras lento.

Un día de septiembre de 2018
Naira y Emilia se cuidan mutuamente de mí.

Hay una relación de la que no formo parte, la hermandad entre Naira y Emilia. Me mantienen a raya. Un espacio en donde no esté presente mi sombra.

16 de diciembre de 2018
Emilia recayó. El eccema, la sangre de nuevo... Me encierro con ella en el cuarto, no quiero ver a nadie.

Respiro, le enseño fotos de ella cuando era más bebé, le digo que sanaremos. Ella me sonríe.

29 de diciembre de 2018
Naira me dice que no tengo que enojarme con Emilia porque llora. No tengo que decirle, Emilia ni cinco minutos te callas, ya cállate, tienes todo el día llorando. Que así no se les habla a las personas. Tienes que decirle, tranquila, Emilia. Ten tantita paciencia y poco a poco se va a calmar y va a tener paciencia.

—¿Crees que soy una mamá mala?
—Poquito mala pero más buena.
—¿Qué tan mala?
—Mamá, que te tranquilices.

30 de diciembre de 2018
A veces sospecho que provoco situaciones en la vida real para escribir de ellas en este diario.

4 de enero de 2019
Entraron a robar a casa, mientras nosotras jugábamos en el parque.

Tiempo después escribí esto:

Hace un año entraron a robar a la casa. Las niñas y yo salimos al parque y cuando volvimos encontramos la puerta abierta. Lo primero que vi fueron las astillas de madera en el piso. Levanté la vista hacia la puerta entreabierta y lo segundo que vi fue el escritorio y la ausencia de la computadora. Así

entendí que sí, que se habían metido a robar. De alguna forma es algo que había esperado, como si diera por hecho que esa era una de las cuotas que debía pagar por vivir en esta ciudad.

Días después del robo se suicidó un vecino. Se colgó de la viga del estacionamiento. Nunca supe su nombre. Ni siquiera me acuerdo de su cara. Pero varias veces nos encontramos en la calle mientras él paseaba a su perro bulldog y nosotras volvíamos de la escuela. Para mí hubiera sido imperceptible, pero las niñas se detenían a saludar a su cachorro.

Fueron días difíciles. Me sentía frágil, como si cualquiera pudiera hacerme daño. Un día, camino a la escuela compré unas flores en un puesto callejero y les dije a las niñas que íbamos a hacer una limpia a la casa. Llegamos y les pedí que trajeran cosas para hacer un altar: Naira trajo flores, las llaves de la casa y tomó una foto del refrigerador donde estamos los cuatro; Emilia sólo nos miraba y desacomodaba lo que hacíamos. Pusimos todo en círculo, en el suelo.

Les hablé de ésta, nuestra casa: aquí tu papá y yo nos enamoramos; aquí naciste tú, Naira y también tú, Emilia; aquí han crecido las plantas; la casa sobrevivió al temblor y cuida nuestras cosas cuando salimos de viaje. Aquí en la cocina está el gusto de hornear los domingos tempranito, cuando la ciudad y ustedes duermen; aquí en el sillón de la sala, descansamos y nos calienta el sol de invierno y fue el lugar preferido de Kashtanka, la perra de su padre, y luego de Huma y Agnes, nuestras compañeras de cuatro patas; aquí, en la vista desde el balcón, está

el egoísmo de hacer el amor entre semana mientras abajo la ciudad se vuelve un caos entre el ruido, el tráfico y la lluvia; aquí, en nuestra cama, la tibieza de su infancia, de la leche fermentada; aquí, el pasillo, los rencores no resueltos, los pucheros y berrinches.

Pusimos música y Naira se levantó del piso con un incienso en mano. Vamos a llevar la música a los cuartos, dijo, y se fue a las habitaciones bailando; Emilia fue detrás de ella con sus pasos torpes. Mientras ellas bailaban por toda la casa y daban giros y piruetas con el incienso en mano, yo pensé en la casa de mi mamá y en todas las veces que esa casa de obra negra me salvó. Las noches de truenos y tormentas, la noche cuando mi tío Héctor llegó a casa a pelear con mi papá por una herencia y balaceó la puerta, la vez que mis papás se divorciaron y vimos a mi padre sacar sus maletas; la tarde que mi hermano fumó mariguana en la sala con sus amigos de la cuadra y mi papá lo descubrió y mi hermana menor y yo nos refugiamos de los gritos en la azotea.

En todo esto pensaba mientras las niñas bailaban con incienso en mano, bendiciendo su hogar.

Y pensaba en cuántas veces serán salvadas por esta casa.

9 de enero de 2019
Hoy cumples dos años.

Emilia llegó a la vida con una dermatitis inexplicable que escupía pus y sangre de su piel. Me embaracé de ella en el año 2016 y entonces trabajaba en un par de investigaciones con perpetradores;

por un lado, los soldados acusados de matar y torturar para el libro *La tropa*, que escribí con mis compañeros y amigos Pablo Ferri y Mónica González; por otro lado, los sicarios y secuestradores para el documental *La libertad del diablo*, de Everardo González, amigo y documentalista. Pasaba horas leyendo y escuchando sobre ellos y recuerdo la sensación de fragilidad y de ansiedad con la que estaba la mayor parte del día. Simultáneamente, el escucharlos con atención para entender su maldad me llevaba a mirarme en su lugar, a imaginarme en esas circunstancias y a coleccionar un catálogo de pesadillas llenas de morbo y metodologías del daño. Un día fui con una brujita a hacerme un masaje porque tenía dolores en la espalda y al sobarme detectó que Emilia estaba arrinconada en un huequito de mi útero. Me dijo que quizá no sentía ese lugar como suyo y por eso se hacía bolita en un rincón. Recuerdo que no quise enfrentarme a esa posibilidad y mejor cerré los ojos y la dejé hacer sus rezos.

Emilia nació a inicios del año 2017 y a los dos meses la enfermedad se hizo evidente. Recorrimos nueve dermatólogos, cinco médicos alternativos, tres hospitales de primero, segundo y tercer nivel. Durante sus primeros dos años de vida, la enfermedad de Emilia convirtió su existencia en un inconveniente doloroso a resolver. En ese entonces conocí a la poeta Daniela Camacho y su trabajo en *Carcinoma*, en el cual escribe sobre un cáncer que padeció y, aunque nos habíamos visto muy poco, intercambiamos mensajes por Facebook. En uno

de ellos me escribió: "La piel es el órgano que pone un límite entre lo que somos y el mundo. Tal vez ella ya está protestando. Pero encontrará su balance, confía". ¿Qué habría querido decir, decirme, la piel de Emilia? ¿Estaba gritando fuerte para que yo volteara en otra dirección?

4 de abril de 2019
Hay días en que me siento buena madre para ellas. Me siento buena para ellas como una taza de té tibio con miel.

18 de abril de 2019
Lo de siempre, baño llorando, berrinches, tirarse al piso. No puedo con ella.

Pero mi mamá (que está de visita en casa) entra a la habitación y Emilia se deja vestir como si nada y le sonríe y le lanza los brazos al cuello y yo me siento miserable y me siento examinada y resentida por haberme hecho eso.

Y todos diciéndome, ay es que hay que hacer esto y lo otro, y ella necesita no sé qué, y si le haces así, y los odio a todos porque es como si no hubiera pasado ya dos años intentando ser mejor mamá para ella. Como si yo fuera una idiota que no se da cuenta de que Emilia sufre.

No quiero que nadie nos vea ni a ella ni a mí. No quiero que me vean siendo su mamá. No puedo ya, es mi incapacidad. Incapacidad de ser persona.

Después de un rato, agotadas las dos, Emilia se termina su mamila, la deja de lado y me abraza:
—Mamá te amo.

—Amor ¿ya estás contenta?
—No. Estoy triste.

> Soledad resguardo, soledad mía. No contenerme, no controlarme, no fingir, no deber sobrevivir, no intentar ser fuerte ni paciente ni amorosa ni preocupada ni valiente ni sacrificada ni hábil ni compasiva ni tierna ni nada. No ser madre.

22 de abril de 2019
Escucho a Emilia decir a lo lejos: Nunca más quiero a mi mamá, nunca más.

Una mañana de mayo de 2019
Me enojé con mis hijas y con mi compañero. No recuerdo qué detonó la furia, pero apenas eran las siete y media de la mañana y exploté. Me metí a la cocina, cerré la puerta muy molesta, me puse a lavar trastes como autómata, y a llorar.

Meses después, este día salió en una terapia con mi amigo Alfonso Díaz. En la sesión, Poncho me preguntó qué estaba intentando cuidar esa mañana. La lista era larga: que las niñas comieran sano, que no se desperdiciara el agua del planeta, que los productos de la despensa no estuvieran retacados de químicos, que no se nos hiciera tarde para ir a la escuela, que a mi compañero le diera tiempo de salir a pedalear en la bici antes de irse al trabajo, que el problema laboral de esa mañana no se desbordara. Cuando fui capaz de ver las múltiples cosas que intentaba cuidar de manera simultánea entendí que mi reacción no fue una sobrerreacción, apenas una reacción natural hacia algo que estaba más allá de mis posibilidades.

Cuando cuidamos no tenemos una sola cosa en mente. Cuidar supone la secuencia de muchas acciones, algunas imperceptibles, pero que hacen posible al resto. Por ejemplo, garantizar que haya gas para preparar la comida de las niñas, organizar la rutina del día para alcanzar a dormir bien y que a la mañana siguiente mi humor con ellas no se desborde a la primera discusión, negativa o intransigencia. "No es lo mismo tener tiempo que tener la mente vacía, descansada, libre", escribió Paulina Simón: "Tengo mi mente comprometida, estoy comprometida con ellos". Sostener la continuidad de los cuidados en la vida cotidiana durante toda la vida es agotador y tiene nombre: carga mental, bautizado así por la ilustradora francesa Emma Clit. Esto nos recuerda que el trabajo de cuidados nunca se acaba, aunque no estemos realizándolo

materialmente, porque incluye pensar, planear, organizar y administrar para que todo lo demás sea posible. Yo agregaría el cuidar.

También cuidamos para poder cuidar. ¿Recuerdan las instrucciones de la azafata que dice que en caso de viajar con una persona menor de edad el adulto a su cargo se debe colocar primero la mascarilla y luego colocársela al menor? Si la persona a cargo no está bien, no podrá tomar decisiones para el bienestar de la otra persona. Si yo como mamá no estoy bien, no podré ofrecerles mi buen ser a ellas; si no me cuido, no podré cuidarlas (o podré hacerlo a costa de mí misma). Como nos demostró la pandemia: para cuidar extendemos los límites más allá de lo posible.

6 de mayo de 2019
Naira: "Emi ven conmigo. Mamá no es mamá, mamá es un monstruo".

18 de mayo de 2019
Acabo de volver de Mante, Tamaulipas, del rodaje del documental. Fosas, huesos, una madre que busca a su hija. Las miro a ustedes, niñas, alegres, vivas, sanas, y pienso en Mily de 13 años, desaparecida en 2012, y que hoy sigue siendo buscada por su madre Graciela. Y lloro mucho.

> Tiempo después entenderé que necesito construir una pista de aterrizaje, una zona de transición entre el trabajo y la casa. Que permita costurar, entretejer, zurcir en una misma historia el desasosiego de lo que sucede afuera y la promesa que me espera adentro.

25 de junio de 2019
Me siento del carajo. Sólo quiero ir por las niñas a la escuela y abrazarlas y guarecerme del mundo en su ternura.

> Las niñas son mi guarida, mi refugio frente a la vida hostil. Son un jardín, sol de invierno en el rostro.

28 de junio de 2019
Son casi las once de la noche y yo intento leer un manuscrito. Emilia no puede dormir, se queja de un dolor en su panza y vomita. Cambiarla, cambiar sábanas... la limpio y de nuevo intento dormirla. Se queda quieta varios minutos y yo retomo la lectura del manuscrito. De nuevo se revuelca en la cama y vomita otra vez. Ahora nos bate a mí y a ella toda. De nuevo cambiar sábanas, meterla a bañar y hacerle un masaje para

desempacharla. Mientras la acaricio, le digo que siempre voy a estar aquí para ella. A veces cansada, a veces desesperada, a veces enojada, pero siempre aquí para ella. Para curarla, para escucharla, para acompañarla, para compartir, para ayudarla a tomar decisiones. No quiero enojarme. La miro y pienso en que sí puedo cuidarla. Y pienso en la niña que murió ahogada en el río, pienso en la niña que fue secuestrada en una combi y asesinada, pienso en la niña que fue descuartizada y puesta en una maleta. Algunas tenían su edad. Su cuerpo, sus alegrías, sus ganas de ser una niña.

Yo sí puedo cuidarla. Yo sí.

> La violencia contra niñas y adolescentes, los feminicidios, las desapariciones. Tengo a mis hijas a mi lado, frente a mí, rondando e interrumpiendo cada quince minutos. Pero las tengo. Tengo la posibilidad de cuidarlas, de maternarlas. ¿Qué sentido puede tener este mundo si hemos llegado a reclamar el derecho a cuidar? Derecho a cuidar a la hija desaparecida, a la hermana asesinada, a la amiga que migró huyendo del horror.

30 de junio de 2019

Fuimos a ver *Toy Story* en el cine. Reímos, la pasamos bien. Al llegar a casa Naira me dice que quiere hablar conmigo: la escena de la niña que se pierde en el parque de diversiones, que se encuentra escondida en un rincón temblando y llorando, sola, que se encuentra a otra muñeca y le dice tú también te perdiste... Naira llora desconsolada, me abraza fuerte, tiene mucho, mucho miedo.

Como reportera he escrito sobre mamás que buscan a sus hijas desaparecidas, de su dolor, de su angustia. Pero poco he pensado en el terror que viven las niñas y adolescentes mientras están desaparecidas. Lo que me dijo Naira me hizo detenerme para tratar de imaginar el miedo que sienten las niñas que son separadas de sus madres. Ese miedo que tiene mi hija echa bolita en la cama llorando con tantísima angustia. A veces pienso que, si alguien se lleva a Emilia, ¿tendrá cuidado con sus heridas? ¿Le pondrá sus cremas cuando le ardan? ¿La bañará con agua tibia cuando su piel reviente y escupa pus y sangre? ¿Sabrá que no debe tomar leche o huevo para que no se ponga peor? ¿Despertará en las noches para calmarla cuando la comezón no la deja dormir? ¿La abrazará y le dirá que todo está bien? ¿Que su cuerpo y ella aprenderán a sanar?

1 de julio de 2019
Noticias terribles todo el fin de semana. El mundo no será igual a como lo conocimos, no hay agua, cierran albergues, los migrantes se laceran por depresión… me agobia el mundo. Afuera Emilia canta canciones de cuna y Naira se acurruca en la cama como gatito. No sé qué nos espera, hijas, pero quiero que en su paso aquí sean amadas y puedan sonreír.

5 de agosto de 2019
Hora de bañar a Emilia para dormir, berrinche de 50 minutos. No la soporté. La tomé de los brazos y la metí por la fuerza a la regadera con agua fría. Lloró y vi el dolor y el miedo en su cuerpo bajo el chorro de agua.

Paulina Simón cuenta en su libro *La madre que puedo ser* el día que metió a uno de sus hijos a bañar con agua fría porque no hacía caso, porque ya era de noche, porque ya el cansancio: "En ese momento pensé que no habría nada que pudiera hacer para compensar a mi hijo por el daño que le había causado. Se había abierto una puerta en mí que hasta entonces estaba cerrada con llave. Fue tan fácil perder el control, ser otra persona, ser mi padre". Leo el texto; esa también es mi historia.

Un día de septiembre de 2019
Hoy recogí a Naira de la escuela temprano y la invité a comer a un restaurante. A Naira le encantan los restaurantes, le gusta sentarse y mirar la carta, aunque siempre pida lo mismo: fideos y agua con burbujas en vaso de vidrio. Le gusta que caminemos hasta la paletería y pedir un helado de vainilla o de algodón de azúcar con chocolate derretido y chispas de colores. Desde que nació Emilia, Naira se ha sentido un poco desplazada, sobre todo por las atenciones que requieren la salud

de Emilia, pero no así celosa. Al contrario, cuida a su hermana de la enfermedad y de mí. Así que invité a comer a Naira a un restaurante y a caminar juntas un par de horas antes de ir por su hermana a la guardería. En días como hoy sé que le gusta estar conmigo, le gusta que me dedique exclusivamente a ella, sentir, de vez en cuando, que es de nuevo hija única y tiene mi absoluta atención, y ninguna otra hermana en el mundo a quién disputársela.

Un día de noviembre de 2019
Mis cambios tan abruptos de humor me han hecho pensar más de una vez que quizá tengo algún trastorno mental, psicológico, alguna neurodivergencia. Que estoy loca. No puede ser normal que, de un momento a otro, pase del amor al odio, de la caricia al grito. Le digo a Ricardo que quizá debo consultar a un especialista, él me dice que no estoy loca, que es normal sentirme así cuando estoy a cargo de las niñas casi todo el día.

> En el año 2015 el IMSS publicó el informe "Detección y manejo sobre el colapso del cuidador" en el que menciona que la labilidad emocional es uno de los síntomas que podrían advertir el colapso del cuidador. Labilidad emocional: cambios repentinos en el estado de ánimo, que pueden estar provocados, o no, por estímulos externos. Según la definición médica, las emociones duran poco tiempo y la persona puede pasar rápidamente de una emoción a otra contraria.

14 de noviembre de 2019

Leo el borrador de la novela de Majo Delgadillo, dice así: "Hay unos brazos que me sostienen y no me dejan moverme. Son anchos. Sé que es un hombre. Al principio tengo miedo y trato de zafarme. Siento cómo crujen los huesos de mi espalda y mis rodillas. De pronto recuerdo que la única vez que fuimos al mar, mamá nos dijo que si sentíamos que nos revolcaba una ola no tratáramos de salir. Lo mejor en esos casos, había dicho, es estarse quieto y tranquilo, dejar que el cuerpo trate de flotar hacia a la superficie sin la tensión de la pelea. Por eso, por el recuerdo de mi madre que llega claro y alto, decido dejar de intentar. Hay una diferencia entre el mar y esos brazos, lo sé, pero me dejo llevar. No pataleo, no me agito y un par de segundos después algo se afloja y los brazos me sueltan".

> ¿Les he enseñado a las niñas algo que pueda salvarles la vida?

7 de noviembre de 2019

Naira lleva dos semanas de viaje, mi madre se la llevó a visitar a mi hermana. Yo la extraño de una forma rara. Más bien es que me siento descansada de tener sólo una hija a quién cuidar, menos pleitos en las mañanas, menos jalar, menos discutir. ¿Cómo será Naira sin mí?

Emilia está feliz de ser hija única, le gusta tenerme todita para ella sola, mis brazos, mis chichis, mis piernas, mis besos, todos para ella sin tener que compartirme con su hermana. Es la primera vez que Emilia es hija única, siempre ha estado a la sombra de su

hermana: Naira, la que fue tranquila, la que fue sana, la comprensiva, la que ayuda, la que cuida, la que me acompaña. Emilia, la que vino a explotarlo todo como una botella de diamantina.

7 de diciembre de 2019
Hoy es el festival navideño de las niñas, iremos por primera vez al salón de belleza a que les hagan una trenza larga y les pongan todas las flores y brillos que ellas quieran en su cabello.

27 de diciembre de 2019
Naira acaba de descubrir que la carne que come son animales. Lo descubrió en un nacimiento, en la figura de un borreguito de barro a las brasas. Está tremendamente triste. Ha decidido no comerla más.

31 de diciembre de 2019

Acostados, Richi me abraza, yo abrazo a Emilia y Emilia a Naira y Naira tiene las manos juntitas en su corazón, como siempre duerme, como si cuidara a un pajarito.

Alejandra y yo somos reporteras, nos conocimos por nuestro oficio pero no fue hasta que ambas nos hicimos mamás que nuestras conversaciones se sintieron cercanas. No es que desde el periodismo no compartiéramos intereses o dudas, sino que el tener hijos nos situaba en un lugar similar y las preguntas nacían desde un espacio común. ¿Cuidar a los hijos o correr a una cobertura? ¿Cómo acomodamos la frustración de sentirnos incompletas en ambos oficios? ¿Qué nos enseñan las mamás de desaparecidos sobre nuestra propia maternidad?

Vivimos en ciudades distintas, pero construimos nuestra amistad a través de audios de WhatsApp. Cuando las manos están ocupadas en las necesidades cotidianas de los hijos, es más fácil grabar que escribir. Nuestros audios a veces son breves, de dos, tres minutos interrumpidos por las demandas, gritos, caídas de nuestros hijos; otras veces logramos enviar audios de siete, diez minutos cuando las crías ya duermen o vamos camino a algún lugar sin ellos a la redonda. En una de esas conversaciones le pedí la oportunidad de platicar sobre su primera maternidad, la que experimentó cuando tuvo que cuidar a sus tres hermanos menores durante la enfermedad y muerte de su mamá, siendo ella una adolescente.

Entrevisté a Alejandra y ésta es la historia que ella me contó.

Yo nací cuando mi mamá tenía 20 años, fue madre soltera y pasé una infancia de ires y venires. Con el tiempo conoció a un hombre con quien se casó y tuvo a mis hermanos. Entonces parecía que nuestra vida empezaba a encontrar su lugar. Ya no sólo éramos mi mamá y yo. Ahora ella tenía un compañero y se sentía que empezábamos a ser una familia.

Entonces llegó la noticia: su esposo está enfermo de VIH y se está muriendo.

Y si él estaba enfermo, mi mamá también. Era el año 1994 y sabíamos muy poco de esa enfermedad. Casi no había medicamentos o eran muy caros y nosotras teníamos que ir en las noches a buscar la medicina al hospital. El mundo de esa enfermedad era muy oscuro, lleno de dudas y de vergüenza. En mi familia había una obsesión porque no pronunciáramos VIH. A nosotros, los hijos, nos decían que no habláramos de ella o que le dijéramos cáncer. Pero mi mamá nunca lo ocultó, a pesar de que en los más de diez años que fuimos y venimos al hospital no hubo un solo doctor que no le cuestionara cómo se había contagiado.

Para cuidar a su esposo mi mamá nos tuvo que repartir a sus cuatro hijos entre su familia. Porque,

¿cómo cuidar a una persona a quien la enfermedad le estaba comiendo sus intestinos, le debilitaba sus huesos, le llenaba la piel de herpes y, al mismo tiempo, criar a los hijos, y al mismo tiempo, sobrevivir a su propia enfermedad?

Teníamos doce, ocho, dos años y el más pequeño apenas tres meses de nacido. A las dos mayores nos tocó irnos con una tía que tenía cinco hijos. Ella se sentía presionada porque su pareja no estaba de acuerdo con recibirnos y no nos sentíamos en casa.

Cuando el esposo de mi madre murió, ella pensó hacer su testamento para repartirnos a sus hijos y encontrarnos tutores a cada quién. Y le dije que no, le dije que me haría cargo de mis hermanos porque no quería volver a vivir de arrimada, no quería volver a sentirme una carga. Le dije a mi mamá que me haría cargo y ella lo sabía. En el fondo confiaba en que yo me haría cargo.

> La primera maternidad que ejercemos es hacia nuestras hermanas.
>
> Nosotros también tuvimos nuestra mamá-hermana. Se llama Carolina y le decíamos mamá Cao. Caro no lo eligió, ni siquiera hubo tiempo de preguntar. De un momento a otro, ella, la primogénita, nos tuvo a nosotros con nuestras tareas incompletas, nuestros reportes de mala conducta de la escuela, nuestro tiradero, nuestras peleas, nuestro llanto incontenible cuando mi mamá nos dejaba solos en casa. Caro, a sus doce, trece años, no tuvo más opción que resolver, convertirse en autoridad, hacerse a un lado para dejarnos paso a

> nosotros, sus tres responsabilidades, mientras mi mamá trabajaba o se enamoraba.

Yo tenía trece años cuando me cayó el veinte: voy a ser responsable de mis tres hermanos menores. Entonces me hice más bien práctica, como si mi mente se hubiera entrenado para estar alerta, para aceptar lo que hay y afrontarlo.

> ¿Tú cómo aprendiste a cuidar, a cuidarnos? le pregunté un día a Carolina, mi hermana mayor. "Creo que fue algo como de mi propia sobrevivencia. Fue violento, fue un golpe de realidad muy duro. No fue una decisión de ay sí, yo quiero cuidar a mis hermanos, había que entrarle porque no había quién se hiciera cargo. Y ahora que preguntas cómo aprendí o quién me enseñó a cuidar, creo que no es algo que aprendas conscientemente, sino que lo vas absorbiendo. Yo lo absorbí de mi mamá, de mi abuela. De lo que ellas pudieron hacer por mí".

Yo no quería o quizá no podía ser como todos alrededor, lamentándose, mirándonos como los pobrecitos. No éramos los pobrecitos. Éramos cuatro hijos con una mamá enferma aprovechando la vida que teníamos, mientras todos los demás se lamentaban.

Cuando cumplí catorce años empecé a buscar trabajo y encontré uno de modelaje. Pasaba ocho horas al día de pie, vistiendo ropa, mostrando productos, recibiendo gente en eventos. Cuando volvía a casa mi mamá me daba masajito en los pies para que descansara. Mi mamá me pagó un curso de manejo y me estrené

llevándola al hospital de emergencia una noche. Llegamos y subimos la rampa, entramos a urgencias y la internaron.

Pasé la noche en las sillitas afuera del hospital con mucho frío. Afuera, a mi lado, había mucha gente esperando ser atendida, pasando la noche en camillas o sillas porque no había cuartos o no tenían dónde dormir. Después de esa noche, durante muchas otras noches, me llegaba el pensamiento de todas las personas que tenían que dormir en los hospitales, con frío, con miedo. Y ahora, en mis noches, me llega el pensamiento de todas las personas que están desaparecidas, esperando ser encontradas.

> Hace unos días se publicó la noticia de una maestra que fue desaparecida y su cuerpo fue encontrado sin vida un par de días después. Ella tenía un bebé de siete meses de edad. Ale me mandó un audio en el que me hablaba del cuerpo de la maestra arrojado en la calle, aún con leche en su pecho. "Tocaron un lugar sagrado", me dijo. Y pensamos en esa noche, en ese bebé llorando por su alimento, y pensamos en esa mamá, en las corrientes eléctricas que correrían por su pecho para producir la leche que su hijo reclamaba a kilómetros de distancia y pensamos en sus senos reventados de leche, en la leche escurriendo sobre su cuerpo, y pensamos en todas las mamás y todos los pechos de leche sin hijos que alimentar. Y algo se nos murió en ese pensamiento, una especie de inocencia por haber ultrajado un lugar sagrado que nunca nadie debió tocar.

Al día siguiente, apenas amaneció, me dejaron ver a mi mamá. Se veía bien, entera. Cuando supimos que estaba enferma pensamos que iba a durar uno o dos años, como su esposo, pero ella duró diez años y eso nos permitió ir preparando su muerte.

> ¿Cómo se prepara la muerte, Ale? No, no. ¿Cómo se prepara a una niña para la muerte de su madre? A una niña en esa edad en que la madre es el consuelo, la comida caliente, el "todo estará bien", la certeza, la explicación de la sangre, la mutación del cuerpo. ¿En qué se piensa cuando se está a punto de perder a la madre? ¿Puede una niña alcanzar a imaginar esa pérdida?, ¿ese abismo que se abre en el mundo?

En casa era cotidiano hablar de su muerte, y yo cotidianamente le decía que cuando ella se fuera, yo me haría cargo de mis hermanos.

> Imagino a Ale y las cosas que no le dijo a su madre con palabras, pero que dijo con sus acciones. Quererle decir, mamá, todo estará bien. Una hija que no sólo es promesa de futuro, sino permiso de una muerte en paz. Decirle vete en paz, mamá, que todo estará bien, que yo me haré cargo, créeme mamá, ya no soy una niña, ya sé conducir un auto, ya sé usar tacones, ya sé darte tus medicinas y llevarte a la cama y acariciarte tu cabello y ponerte una manta hasta que cierres tus ojos. Cuidarte mientras te quedas dormida.

Y a cambio de esa promesa mi mamá me dio la libertad. Me entró una sed grande por descubrir el mundo porque yo sabía que en el momento en que cayera en cama, eso no sería posible.

> Mi vida ya no sería mía, sino de ellos, sus hijos. Los hijos de mi madre.

En ese tiempo mi mamá se dedicó a sus tres hijos, yo a trabajar y estudiar. Creo que fue una forma de evadirme. Prometí hacer lo que tenía que hacer, hacerlo sin reproches. Pero estaba enojada. Mi mamá se iba a morir y me heredaría a sus hijos, ella sólo me quería para cuidarle a sus hijos.

¿Por qué no nos tocó otra mamá? ¿Por qué no me tocó otra mamá? Mi mamá fue madre soltera a sus 20 años, a veces no me cuidó, a veces puso por encima de mí a sus vínculos afectivos, aunque fueran violentos conmigo. En cambio, mis hermanos fueron hijos de una mamá que se sabía moribunda y que se les entregó completa y llena de enfermedad y de amor.

Nos tocaron dos mamás distintas.

Con el paso de los años la enfermedad se hizo más presente. Todos los días. Vómito, diarrea, dolor de cabeza. Mi mamá fue vaciándose, quedando muy delgadita. En el trabajo amenazaron con despedirla y eso la deprimió. Pensó en suicidarse para que el seguro de vida nos protegiera económicamente.

> El amor de una madre toma caminos inesperados, a veces el amor no es dar la vida, sino quitarla. ¿Te acuerdas, Ale, de Sol? ¿Que se encerró en su casa

de interés social en las afueras de Guadalajara, con sus dos hijos de siete y catorce años y giró la perilla de la estufa y dejó escapar el gas? ¿Te acuerdas que en ese gesto, que les costó la vida a ella y a sus hijos, Sol quería protegerlos? De la pobreza, de la humillación, de la incertidumbre de una vida que la fue dejando sola. Cuando cuidamos, Ale, ¿qué estamos cuidando?

El tiempo pasó y yo entré a la universidad. El día de mi graduación mi mamá no pudo ir a la ceremonia. Ya estaba muy enferma. Yo me fui de fiesta toda la noche y llegué de madrugada y dormí hasta entrado el medio día. Entonces ella se acercó y despacito me dijo, ahora sí, llévame al hospital. Mi mamá se esperó a que yo terminara mis estudios, aguantó a que me fuera de fiesta, hizo su mayor esfuerzo para dejarme ser joven antes de convertirme en la mamá de sus hijos.

Conduje hasta el hospital y la cargué en brazos porque ya no podía caminar. Y ahí empezó su muerte.

Desde niña, Ale, aprendiste a convertirte en el lugar, a ser el lugar, el refugio para tu madre y tus hermanos. Escribe Terry Tempest Williams en su libro *Refugio*, al reflexionar sobre la muerte de su madre por cáncer: "Estoy escribiendo, lenta, dolorosamente, que mi refugio no se halla ni en mi madre, ni en mi abuela, ni siquiera en las aves del Bear. Lo que constituye mi refugio es mi capacidad para amar. Si soy capaz de aprender a amar la muerte, podré empezar a hallar refugio en el cambio". Ale, quiero ser también tu refugio.

Fueron nueve meses de entrar y salir de la clínica. Cuando pasaba ahí varios días poníamos la película de *Amélie* y la veíamos una y otra vez, platicábamos, nos disfrutamos. Es curioso, a veces pienso que mi mamá fue mía cuando me tocó cuidarla, cuando pude estar cerca de ella, acariciar su piel manchada y sostenerla en sus convulsiones.

Un día, mientras yo estaba en el trabajo, me llamaron para decirme que había fallecido.

> "Sin una madre una ya no puede permitirse el lujo de ser una niña", escribió, ya adulta, Terry Tempest Williams, después de la muerte de su madre.

Volví al hospital a hacer los trámites, luego me fui con mis hermanos. Mi mamá nos dejó una libreta con cartas, las leímos juntos y sentí que íbamos a ser invencibles y más unidos y que lo lograríamos todo y… y en realidad no fue así. No alcanzó el cuidado.

> Cuando cuidamos, Ale, ¿qué estamos cuidando? le pregunté un par de años después de nuestra conversación. Pensaba en todo lo que había detrás del cuidado a su mamá. Estaba cuidando la muerte de ella y la vida de sus hermanos. Estaba cuidando el pasado y el futuro. Ale me manda un audio camino a la escuela de su hijo: "Vinculo a los cuidados con lo político y lo ético, es algo más amplio que cómo nos organizamos socialmente, familiarmente…".
>
> El audio se corta porque hay que atender hijos, comprar uniformes, armar lonches escolares. Un par de días después Ale retoma su respuesta y

me manda otro audio entre, de nuevo, ropa que alistar, riñas infantiles, trabajo retrasado. "Se me hace súper difícil contestar esa pregunta; por un lado siento que es un legado político, construido en comunidad de lo que queremos ser o formar, más allá de lo obvio biológico de cuidar la vida, la salud, porque, si no, el ser vivo se muere. Creo que cuidar es proteger lo que puede ser, es decir, lo potencial, la semilla de maíz que siembras y que no sabes cómo resultará, pero que cuidas día a día". Cuidamos una promesa, una esperanza, pienso mientras escucho el audio de Ale.

"Y a la vez tenemos el legado de posturas éticas, políticas y nos pasan la batuta de lo que no se puede permitir, generación tras generación". Cuidamos por lo que no podemos permitir, que una madre muera sola, que un hermanito llore en la noche, que un hombre nos levante la voz, nos deje caer la mano, nos estrelle el puño, nos lleve, nos desaparezca, nos deje los senos escurriendo leche mientras a kilómetros de distancia un hijo gime de hambre y una abuela mira por la ventana, de nueva cuenta y por primera vez como una madre.

"Cuidamos porque de alguna forma nos entregan ese fueguito nuestras antepasadas...", me dice Alejandra.

1 de enero de 2020
Las niñas ven *Mulán*, Naira se aprieta las manos. Emilia la mira y le pregunta, ¿te da miedo, hermanita? Ven, te cuido. Y la abraza con sus bracitos cortos y gordos que apenas alcanzan a darle la vuelta.

5 de enero de 2020
Las niñas pelean cada vez más. Desde que Emilia es más persona y menos bebé, desde que pone sus opiniones frente a todos.

Mamá, ya no quiero tener una hermana, me dice Naira. A veces intervengo, les digo que se tendrán toda la vida. A veces intentamos platicar. Emi, dime algo

bonito de Naira: sus peluches. Naira, dime algo bonito de Emilia: nada, mamá, nada. Vamos, inténtenlo, yo empiezo. Ahora tú, Emi, dime algo bonito de Naira: que me cuida. Naira, dime algo bonito de Emi: que se ríe de sí misma, que es valiente.

10 de enero de 2020

Marina y yo platicamos sobre cómo nos ha cruzado la violencia. Yo le digo, a veces, cuando Naira está dormida, la comienzo a abrazar y a besar y me viene la imagen repentina de que estoy frente a su cadáver. Naira duerme con sus manos sobre el pecho y su barbilla levemente elevada hacia el cielo. Emilia duerme con las piernas lanzadas por todos lados, revuelta entre sus monos de peluche, como el cadáver de una catástrofe. Miro sus cuerpos y veo que existen, hermosos, tibios y me pregunto cuánto tardarían en enfriarse, cuántos abrazos tendría que darles para que sus cuerpos se queden grabados en el mío antes de enterrarlas, cuántos besos serían suficientes antes de dejarlas ir. Es una imagen que aparece repentinamente, que viene de escuchar a las mamás que han tenido que identificar los cadáveres de sus hijos. Recuerdo, por ejemplo, a la señora Lourdes Mejía, que entró a la morgue a identificar el cuerpo de su hijo Carlos Sinuhé, un muchacho de 33 años asesinado de 16 tiros, su cuerpo desnudo sobre la plancha, y ella cerrándole sus ojos, besándole su rostro herido.

> No quiero ver los cuerpos de mis hijas mientras duermen y pensar que son sus cadáveres.

25 de enero de 2020
Emilia lloraba y lloraba y seguía llorando y le dije que no quería escucharla llorar y la llevé al baño y le cerré la puerta y Naira fue a abrirle y le dije que la dejara hasta que se calmara y Naira se agachó y por abajo de la puerta metió su dedo y le dijo: Emi, toma mi dedo.

17 de febrero de 2020
Escribo sobre Fátima, una niña de doce años que fue abusada sexualmente y asesinada. Naira se acerca al escritorio y derrama el agua sobre mi trabajo. La regaño. Escribo sobre la violencia a una niña mientras le grito a mi hija que me deje en paz.

28 de febrero de 2020
Llevo toda la semana escuchando cómo les hemos jodido la vida a los niños y adolescentes y cómo han terminado siendo sicarios, secuestradores, descuarti-

zadores. Ayer, uno de ellos contó en la entrevista que le hicimos que un día robó algo de la tienda y la mamá, para evitar que lo hiciera de nuevo, le quemó las manos. Otro nos contó que su padre golpeaba a su mamá y una vez la golpeó tan fuerte que la dejó sangrando en el piso. Entonces él tomó un cuchillo y, a sus diez años, la defendió. El padre le lanzó un golpe y le arrancó el cuchillo y lo lanzó al suelo. La mamá, arrastrándose y ensangrentada, lo abrazó y le dijo que todo iba a estar bien, le prometió que siempre lo iba a cuidar.

Un día de febrero de 2020
Llegué a Ciudad Juárez a hacer unas entrevistas de trabajo y decidí tomarme unos días para cruzar a El Paso y visitar a Sylvia y escribir con ella. Vete unos días a escribir, vamos a estar bien, me dijo Ricardo por teléfono mientras las niñas gritaban y jugaban a su alrededor.

> Tres años antes de ese día que crucé la frontera norte para visitar a Sylvia, yo estaba embarazada de nuestra segunda hija y temí ser borrada por ella. Soñé con barcos que zarpaban sin mí y me dejaban náufraga en medio del océano. Y entonces Ricardo me dijo que si quería podía lanzarme al mar a buscar mis aventuras, que él se quedaría con nuestras hijas inventando sus propias aventuras en la sala de la casa. Y así fue. Crucé a El Paso y ahora mismo estoy lejos de ellos escribiendo este libro.

Otro día de febrero de 2020
Sylvia me recoge en la línea fronteriza y durante una semana me acoge en su Casa Octavia para empezar a

buscar la voz con la que contaré estas historias. Sylvia me cuida como una hermana mayor, me escucha, me lee, me acerca libros y té a la mesa. Sylvia me ayuda a creer en mí.

31 de marzo de 2020
Hace unos días comenzó el encierro por la pandemia de Covid-19. Una parte de mí está feliz por estar en casa con las niñas. Naira me pide no salir de casa, ni al parque, porque el virus está en todos lados, así que nos entretenemos aquí. Ayer jugamos a ser gatitas, gateamos por la casa y nos lamimos las caras. También a pintar monstruos porque Emilia ha tenido pesadillas.

5 de abril de 2020
Las cuarentenas de mis partos me enseñaron algunas cosas (que a veces se me olvidan):

Parir es inevitable, no queda de otra más que afrontarlo.

Hay que soltar y dejar que sucedan las cosas, me sucedan.

Aunque no lo sepamos, tenemos manera de afrontar lo que viene y si no las encontramos, siempre podemos pedir ayuda.

Hay que dejarnos abrazar por las miles de millones de almas que antes de nosotras han parido y han nacido, no estamos solas.

No volveremos a ser las mismas, pero siempre podremos encontrar nuevos equilibrios en el lugar que el parto nos haya dejado.

El dolor activa cosas, en este caso, activa el parto, el nacimiento.

Todo dolor pasará.

6 de abril de 2020
Las niñas y yo nos vinimos a pasar la cuarentena a casa de mi madre, en la ciudad donde crecí.

15 de abril de 2020
Estoy en el taller virtual *Pensar lo doméstico* que imparte Alejandra Eme Vázquez. La tarea de hoy busca desafectivizar los cuidados, es decir, pensarlos como un trabajo que implica recursos humanos y materiales, cuerpo, energía, pensamiento; es decir, hacerlos visibles más allá del amor y reconocer el valor que tienen y que aportan al sistema económico.

Yo no logro detectar, ¿dónde termina el amor y comienza el trabajo?

29 de abril de 2020
Llevamos varios días aquí, ajustando ritmos, formas, ánimos. Cuando estoy en casa de mi madre siento que pierdo mis poderes de madre: de anticipar riesgos para las niñas, de administrar la casa, de mantenerla en orden. Como si perdiera mi autosuficiencia.

2 de mayo de 2020
Me siento en constante evaluación por parte de mi mamá. No es que ella lo haga, es que está tan al pendiente de todo, tan atenta a nosotras, que no puedo siquiera ignorar a las niñas porque ella vendrá al rescate. Como si su atención fuera tal que llega a sentirse como una intromisión.

9 de mayo de 2020
Naira y Emilia encontraron dos huevos de pájaro en

el jardín, se preguntaron si el pajarito estaba ahí dentro. Quieren cuidarlos, les hacen una camita y la ponen al sol para que no tengan frío, le ponen algodón. En la noche no pueden dormir ¿Y si nacen de noche mientras estamos dormidas? ¿Cómo van a saber dónde están? ¿Y si se espantan por no ver a su mamá? ¿Y cómo vamos a saber cuál es su nido para dejarlos ahí? ¿Y cómo los va a encontrar su mamá?

10 de mayo de 2020
Los bordes. Soy hija y soy madre. No sé si celebrarme como madre y no hacer nada más que quedarme acostada leyendo todo el día, desentendiéndome de mis hijas; o ser hija y levantarme de la cama y celebrar a mi mamá. Vine aquí porque quería volver a ser hija, pero no ha sido posible. Cuando se es madre ya no se puede volver a ser sólo hija, esa hija que se sabía absolutamente segura y a salvo y protegida en el regazo de su madre. ¿Por qué? Quizá porque perdimos la inocencia, porque cruzamos una línea que nos lleva a descubrir todas las cosas que nuestra madre nos guardó en secreto mientras nos criaba de niñas, porque ahora las sabemos y nos es imposible a ambas, madre e hija, mirarnos a la cara y mentirnos cuando decimos "todo estará bien" pese al cansancio, el dolor, el arrepentimiento. Cuando somos madres, cuando comprobamos en cuerpo que es posible, se nos revela el secreto de la imposibilidad.

> Alguna vez le comenté esto a mi mamá. Ella me dijo, hija, ¿tú crees que no te entiendo? Yo me sentía también insuficiente como mamá cuando

iba a casa de mi mamá, no quiero que te sientas así aquí. Sin embargo, así me siento, pero quiero creerle, porque entonces creeré en la posibilidad de que mis hijas se desharán de un hechizo que nos tiene atadas a mi mamá y a mí y a todas las madres y a todas las hijas.

Terry Tempest Williams lo escribe así: "Una madre y su hija son un borde. Los bordes son ecotonos, zonas de transición, lugares de peligro o de oportunidad. Tensión doméstica. Cuando estoy parada en el límite entre el mar y la tierra siento esta tensión, esta línea fluida de transición. Marea alta. Marea baja. Ese llegar y retirarse del mar me recuerda que llevamos poco tiempo siendo humanos".

4 de junio de 2020

Llevamos más de dos meses fuera de casa. Las niñas extrañan su casa, sus juguetes y a Ricardo. Le hacen obras de teatro en video llamadas y él les manda videos de cuentos narrados por sus peluches. Nuestro favorito, *Moby Dick*. Ricardo se disfrazó de Ismael con un impermeable amarillo y espuma de afeitar para simular la barba, la ballena de peluche es Moby Dick y el capitán Ahab un chango despeinado que compramos en el zoológico de Chapultepec.

Un día de junio de 2020

En esta, mi casa materna, durante mi infancia aprendí a cuidar:

1989. La gatita que tenemos quedó embarazada. Le hacemos una casita en el closet de nuestro cuarto, sacamos nuestra ropa de uno de los espacios y ponemos

en su lugar mantitas, algodón, lo que creemos que la mantendrá caliente. Preparamos su lugar para parir y nacen siete gatitos. La madrugada siguiente unos maullidos nos despiertan, parece una pelea feral. Vamos al closet y encontramos un campo de guerra, los cadáveres de los gatitos despedazados. En el rincón, la gata cobija al único gatito que sobrevivió. Mi mamá nos explica que a veces un gato mata a los hijos de otro gato para seguir siendo el rey, para defender su territorio. No hay manera de entender esta violencia. (Mi mamá recordará otra historia, que un gato grande y oscuro llegó de madrugada y mató a los gatitos, pero que nosotros no nos despertamos a verlos, que ella pudo cuidar nuestro sueño para no enfrentarnos a esa escena. Al día siguiente vimos las cobijitas con sangre y sin ellos).

1993. Vivimos frente a las vías del tren y un día migrantes tocan la puerta de la casa en busca de comida. Mi hermano les da la suya, les regala sus uniformes de la secundaria, varios pares de zapatos, su mochila. Un día invita a unos a comer con nosotros a la mesa.

1994. Mis papás ya no viven juntos. Intentamos hacer un pastel para mamá. Ponemos harina, huevo, mucho Royal y azúcar en una olla, lo revolvemos. No sabemos usar el horno de la estufa, ideamos una forma similar a la del horno, vaciamos la mezcla en un topper, ponemos el topper sobre el comal y tapamos comal y topper con una tapa de cazuela. Prendemos la estufa. Nos vamos a jugar botepateado a la calle. Regresamos después de un rato, el topper está derretido sobre el comal.

1995. Mi hermano Luis está en secundaria y lo aca-

ban de suspender por mala conducta. Las tres hermanas estamos con él en la sala de la casa, preocupadas por el regaño que vendrá. Mi mamá aún está en el trabajo. Hacemos un plan para cuidarlo: rezamos juntos un rosario y planeamos que cuando llegue mi mamá le haremos un té y le llevaremos la cena a su cama y le haremos un masaje para distraerla y que el regaño a mi hermano no se tan grande.

> Cuando estoy en casa de mi mamá pienso en la genealogía de los cuidados familiares. En la historia de mi abuela cocinando para todos los vecinos de la cuadra cuando perdieron sus casas durante la inundación, y ella, previsora y buena administradora, tenía cajas de pasta y arroz que le permitieron llenar las panzas de sus hijos y vecinos. En la historia de mi tío caminando, acompañado por amigos, vecinos, bomberos, durante una semana, a lo largo de la ribera del río Silao, para encontrar los cuerpos de sus dos hijos que murieron ahogados tras un accidente de coche durante una tormenta. En mi mamá recibiendo en casa a nuestro amigo de la secundaria que escapó de la suya, manteniéndolo a salvo y protegido, cuidando así también a la mamá del chico. (Ese día se estrenó *Jurassic Park* y mi mamá nos llevó a sus cuatro hijos y a nuestro amigo a la premier en el cinema Gemelos de Irapuato).
>
> Cada vez sabemos un poco más sobre la historia de los cuidados en la vida humana. El arqueólogo Paolo Graziosi descubrió en el sur de los Apeninos unos restos humanos que llamó Romito 2: eran los cuerpos de una mujer que abrazaba a

alguien pequeño, que por su tamaño parecía un niño, aunque después se supo que era un adulto enano de unos 20 años de edad. ¿Cómo habría sobrevivido tanto tiempo ese hombre en un mundo de cazadores, con sus piernas cortas, sus dedos gordos, su columna deforme?, se preguntaron los arqueólogos y concluyeron que ese pequeño hombre necesitó y recibió cuidados especiales desde su infancia: lo cuidaron para no dejarlo atrás en las largas caminatas y lo alimentaron con proteína, aunque no pudiera aportar en la caza de animales. La arqueóloga Lorna Tilley, parte del equipo que hizo el descubrimiento, le explicó al periodista Miguel Ángel Criado que "cuando fue necesario, el grupo hizo ajustes para compensar sus diferencias y sus necesidades, siendo aceptado dentro del grupo. Su integración sugiere una sociedad en la que todos los miembros eran valorados y, de hecho, Romito 2 estaría indicando una sociedad en la que ofrecer asistencia a los que lo necesitaban era la norma".

Las personas antiguas, nuestras antecesoras, cuidaron a Romito 2 porque pertenecía a una sociedad en la que su vida era valorada igual que la del más fuerte y mejor cazador, aunque cuidarlo significara retrasar a la tribu nómada o repartir entre más bocas los animales cazados.

¿Qué dice de nosotras, de la sociedad que somos, un acto de cuidar? Los cuidados de la crianza son indispensables para la reproducción humana, ninguno de nosotros estaríamos aquí si no fuera porque en algún momento de nuestras vidas al-

guien nos crio, nos cuidó y dejó de hacer cosas, incluso pospuso su vida, para que nosotros sobreviviéramos.

Cuidar nos hizo ser personas.

El cuidado se teje desde el pasado hacia el futuro y hay un momento de nuestra vida en que somos esa tensión entre nuestros ancestros y nuestros venideros. Seguí platicando con Rosario, mi madre, y esto fue lo último que ella me contó sobre su historia.

Cuando mi mamá cumplió 80 años sufrió una embolia que la dejó en cama casi tres años y requirió de nosotros, sus hijos, cuidados intensos. Ella, que después de parir a ocho hijos, criar a siete (uno murió en el parto), recibir a 21 nietos y una bisnieta, ella que amaba su soledad y su silencio y su independencia, tenía ahora en casa a un hijo o una enfermera o una hermana o una cuñada o una nuera que vigilaban lo más básico por ella: alimentarla, lavarla, velar su sueño.

En lo que a mí respecta, el cuidado significó que yo moviera mi rutina. Yo aún trabajaba en la escuela normal, y al salir de la escuela iba a casa a cuidar a mi mamá. Al principio me descontroló, me sentí saturada, cansada, triste, impotente.

> Mientras transcribo el audio de esta conversación se cuelan los balbuceos de Emilia, Emilia juega con mi pluma, Emilia mama de mi pecho, Emilia reacciona a la voz de mi madre que interrumpe su relato para hacerle mimos. Mi madre y yo hablamos de cuidar en la enfermedad y nos encontramos aquí, ella cuidando a su madre y yo cuidando a mi hija enferma de la piel. Ambas cansadas, desgastadas, za veces con más impaciencia que con amor, deseando

que sanen por ellas y por nosotras, para poder continuar con nuestras vidas.

Pero entendí que era mi oportunidad de corresponder a sus cuidados conmigo, de hacerle sentir mi amor cuidándola. Y empecé a estar ahí de otra forma, a pedirle que me platicara una y muchas veces más de su vida, de mi papá, de cuando trabajaba en la mueblería y en la fábrica de cigarros y era una mujer querida, admirada en su trabajo. Le gustaba platicar de eso y yo disfrutaba escucharla, aunque me contara esa historia innumerables veces porque se sentía orgullosa y eso era bonito. Su cara y toda ella se iluminaban.

La vida nos pone oportunidades para reencontrarnos. El cuidado es trabajo, pero también es esa posibilidad de encontrarnos, de vivirnos. A mí eso me regaló el cuidado a mi madre. La disfruté, viví su ternura, su vulnerabilidad, su curiosidad por nuestras vidas y las de sus nietos. Acostada en esa cama, casi inmóvil, recordé su vitalidad, la estridencia de su sonrisa, y me fui despidiendo de ella.

Como Ale, mamá, que tuvo a su mamá para sí solita y pudo conocerla cuando la acompañó a morir. Como Mónica, que la cuidó cada noche dos meses antes de que ya no quisiera vivir.

Quiero creer que todo proceso de cuidado conlleva una ida y vuelta: cuidas, pero también te cuidan. Cuidas —entregas—, pero ese gesto dado en algún momento te será devuelto. Cuidas —te vacías—, pero también te conviertes en eso que quieres honrar. Confío en que este es el pacto que permite renovar nuestro compromiso de vida generación tras generación.

Al mismo tiempo, me costó mucho trabajo aceptar que mi mamá ya no era la mamá independiente, llena de energía, que todo lo resolvía, y nos apoyaba y nos cuidaba; la mamá con su boca pintada y sus pestañas enchinadas con aceite de ricino, con su pañuelo en la cabeza para cuidar su pelo, sino era mi mamá que necesitaba ayuda. Mi mamá era mi sostén y verla así era sentir que ya nunca podría sentirme segura en el mundo.

> Como si volvieras a ser una niña que teme a las noches y las tormentas, mamá. Mi madre y yo, y me imagino que todas las madres y todas las hijas, habitamos y nos encontramos en distintos lugares a lo largo del tiempo. Yo soy hija de mi madre, pero también soy mamá de mis hijas. Y en este lugar, en que ambas somos hijas, abrazamos el riesgo de la orfandad.

Los últimos meses que se puso más enferma dejé el trabajo. Me despertaba y me iba con ella. Me sentaba junto a su cama y la acariciaba, la besaba, la tocaba, le daba masajes, le decía mi chiquita, le hablé de tú, siempre le había hablado de usted, pero ahora le decía, chiquita, ¿cómo estás?, mi chiquita hermosa, y lo recibía y le gustaba, me lo hacía saber con su sonrisa, recibiendo mi ternura.

Ponía una silla junto a su cama y pasaba el día entero mirándola, respirando a su ritmo, acariciando su mano, alimentándonos las dos de los recuerdos, acompañándola

> en ese camino incierto pero verdadero que es la muerte.

Me recargaba en la cama, me gustaba estar ahí, viéndola,

> con el mirar absorto con que se mira a un bebé recién nacido,

viendo los pequeños instantes de su recuperación y sabiéndome útil para los momentos de dolor. Estar ahí porque, aunque yo no pudiera quitarle ese dolor, quería estar ahí lista para acompañarla a sobrellevarlo. Acariciarle sus manos, sus brazos, su cara, su pelo, tomándole la mano y besándola.

Con el tiempo mi mamá ya no tenía fuerza para sentarse y de tanto tiempo que estuvo en cama, su cuerpo comenzó a herirse. Ella estaba bien de sus signos vitales, lúcida, buena memoria, pero una llaga creció en su espalda. Su enfermera nos enseñó a curarla y yo la lavaba, la curaba, pero la llaga no dejaba de crecer, y mi mamá vivió con aceptación su dolor, nunca se quejó.

Días antes de morir, estuvimos cantando a trío con su hermana y, días antes, con su prima. Cantar era su vida. Creo que mi mamá estaba resistiendo porque no se quería morir y nos estaba queriendo decir que no quería morirse…

> "Terry, necesito que me ayudes, me prometí que no permitiría que me envenenasen, pero ahora me da miedo decir que no. Yo quiero vivir", le dijo su madre a Terry Tempest Williams tras un diagnóstico de cáncer.

Tuve que aceptar lo que estaba pasando, ¿y cómo se acepta? asumiendo que ese era el momento en que ella me necesitaba a mí, nos necesitaba a sus hijos, a su familia y que yo podía darle lo que ella necesitaba. Un día le tomé la mano y le pregunté, madre, ¿estás lista para irte con mi papá y con Juan (su hijo, que murió de un cáncer una década atrás)? Y no me contestó, sólo asintió. Ahí fui consciente de que mi mamá ya estaba cerca de dejarnos.

> Abuela, quedará tu árbol de mandarinas, quedarán la palma y el pirul. Quedaremos nosotros, expuestos a esta soledad que prosigue después de ti. Y un día también nos iremos.
>
> Quiero aprender a morir.

Y yo le decía, madre, vamos a estar unidas, pero ella lo dudaba, entonces le dije ¿por qué duda? Somos adultas y aquí estoy y vamos a resolver lo que venga, como usted nos enseñó a resolverlo.

"Terry, necesito que me ayudes a morir".

El 14 de octubre mi madre no durmió. Estuvo toda la noche con sus ojos negros mirando fijamente hacia el techo, como describió Rusiñol la imagen de San Francisco de Asís: "Su ser sin cuerpo. Su boca tenía ya las ansias de la otra vida y sus ojos miraban hacia un más allá deseado ardientemente". Mi tía y yo estuvimos acompañándola, en vela durante la noche. A la mañana siguiente le di de comer en su boca, su manzana cocida, muy despacito, y me senté al pie de su cama, le tomé su mano, la acaricié y respiré con ella, su respiración se fue haciendo cada vez más lenta, más silenciosa. Yo estaba con ella, tomando su mano, la acaricié, le acaricié su cabello, su cara, y ella cerró sus ojos.

Eran como las dos de la tarde.

Pienso en el momento en que mi abuela te dio a luz. En el momento en que respiraron juntas por última vez y tú comenzaste tu propia vida y, sin saberlo, también la mía. Este día, el día de su muerte, tú la tomas de la mano y vuelven a respirar juntas por última vez como en el día de tu nacimiento y ella te suelta para que continúes con tu vida.

Ese día sus hijos viajamos de México y de Veracruz para acompañar a mi mamá y despedir a mi abuela. Estaba acostada dentro del féretro, con su melena espesa y blanca, su piel con lunares y manchas, suave, sus labios rosas en una sonrisa que apenas se percibía, su cuerpo chiquito, encogido y disminuido por la vejez. Yo pasé varios minutos frente a ella, mirándola, recordando el relato de

mi madre sobre su muerte, pensando que se apagó como una velita. Mirando la muerte, agradeciendo la muerte, reconciliándome con la muerte como algo natural y no como algo que los humanos hemos injuriado tanto. Después de tantos años escribiendo sobre cuerpos heridos, incompletos o inexistentes, el cuerpo de mi abuela me confirmó que hay una muerte buena. Necesito reconciliarme con ella.

La orfandad, dice mi madre, se siente como despertar a la oscuridad. Todos los días. Abres los ojos y es de noche, no hay continuidad, no comienza nada. Hay miedo y extravío. A veces se le olvida que mi abuela está muerta y cuando ve un suéter bonito piensa en comprárselo, pues le gustaría. "Sé por qué intentamos mantener con vida a los muertos: intentamos mantenerlos con vida para tenerlos con nosotros", escribió Joan Didion sobre la muerte de su esposo, pero "también sé que si queremos seguir vivos llega un momento en que tenemos que dejar ir a los muertos, dejarlos ir, dejarlos muertos".

Meses después de la muerte de mi abuela le pido a mi mamá otra entrevista. Le pregunto cuándo se dio cuenta que mi abuela iba a morir, cómo se cuida a alguien que va a morir, qué se le dice, cómo se le acompaña. Le pregunté qué es la orfandad. Pronto me di cuenta de que esas preguntas las hacía porque quiero saber lo que ella aprendió cuidando la muerte de mi abuela, porque me da miedo tener que aprenderlo por mí misma cuando esté sentada frente a su cuerpo moribundo.

Quiero anticiparme al momento en que me toque tomar su lugar, cuando me toque estar ahí, tomando la mano de mi madre y regalándonos ese último respiro juntas, antes de que yo tenga que continuar con mi vida sin ella.

7 de junio de 2020
Cuando mi mamá piensa en su mamá muerta, soy yo la mujer adulta que se acerca a abrazarla y decirle que todo va a estar bien. Y un día mis hijas vendrán a hacer lo mismo cuando sea yo la huérfana.

27 de junio de 2020
Hoy me puse un vestido de flores que mi mamá usó cuando tenía mi edad. Me acuerdo habérselo visto, con su melena negra cayendo como una cascada alrededor de su cara. La recuerdo joven, sonriente, con ese vestido.

Lo uso y pienso que hoy a mis 37 años me encuentro con mi mamá en el sitio donde ella también estuvo. Nos encontramos ambas en el lugar de mamás. Un lugar donde ninguna está detrás de la otra, ni delante. Donde las dos somos hijas-mamás al mismo tiempo. Este es un lugar en el que se pueden entender tantas cosas. Y reclamar también. Pero elegimos, sin decirlo, entendernos. Elegimos el silencio. Tengo tres meses viviendo en casa de mi mamá por el confinamiento y ella no me juzga, no señala mi forma de ser mamá y tampoco de ser hija; me escucha, mantiene su distancia, me señala lo que considera mis errores con una ayuda incluida.

28 de junio de 2020
Después de tres meses de estar en casa de mamá, volvemos al DF. Voy en carretera y no quiero irme. Extraño a mi mamá. Naira trata de consolarme, mamá, ¿quieres jugar al juego de cuál es tu nube con figura favorita?

Este no saber si soy más hija o más madre.

10 de septiembre de 2020
Ayer Naira me dijo, mamá tengo mi mente contaminada de preocupaciones. No se merecen esto, nuestras hijas no se merecen esto. Este encierro, esta falta de imaginación nuestra, este relegarlos del mundo cuando estamos en problemas. A ver, niños, sáquense de aquí, háganle como puedan.

15 de septiembre de 2020
No sé por qué exploté. Pero exploté contra las niñas. Naira me dijo: tal vez fuiste una mamá más tranquila antes de que naciéramos nosotras. Tengo cuatro

trabajos, carajo: trabajar, escuela en casa, cuidarlas y mantener la casa limpia y yo sólo soy una persona. ¿Ustedes creen que no me canso? ¿no pueden ser un poco consideradas?

> ¿Por qué tenemos que recoger?, le pregunta Emilia a Naira. Porque así mi mamá no se enoja, responde Naira. ¿Cómo enseñarles a las niñas el trabajo doméstico? Que eso no se trata de mí, sino que se trata de mantener un lugar limpio, agradable para vivir, que esa no es una tarea exclusiva de una persona, sino que nos corresponde a todas, que vivir ahí, juntas, nos compromete a aportar. ¿Cómo se los enseño para que no crezcan con la idea de que es sólo su deber? ¿Cómo lo hago de manera que cuando piensen en tareas domésticas no sólo piensen en el recuerdo de su madre enojada o cansada, gritando por aquí y por allá? Una clave es el cultivar *respons-habilidades* mutuas como propone Donna Haraway, cultivarlas dentro de casa con mis hijas, aprender juntas a ser recíprocas. Pienso en lo que yo y mi compañero podemos hacer para cuidarlas y en las capacidades de ellas para cuidarse entre hermanas, cuidarme a mí, a nosotros, cuidar este espacio que llamamos hogar.

18 de septiembre de 2020
Naira: "Mamá yo no sé lo que significa ser mamá porque no tengo hijas, pero parece que es mucho trabajo, que es cansado, también bonito. Y no sé si estabas mejor antes de que llegáramos, cuando sólo estaban tú y papá, cuando viajabas y conociste a papá".

¿Qué miran, qué entienden Naira y Emilia cuando atestiguan mi ser mamá? ¿Cómo interpretan mi tarea principal con ellas, que es criarlas? ¿Cómo significan las reacciones y sensaciones de una persona adulta —yo, en este caso— que tiene a cargo su vida, sus vidas? Naira, Emilia, ésta es, de alguna forma, también su historia, pero ustedes pueden hacer lo que quieran con ella. Escuchar sus propios síntomas, decirme "no".

Escribe Audre Lorde: "En el nombre de mi propia hija / bendigo a tu hija con la madre que tiene / con un futuro de guerreras y fuego creciente. / Pero también con ternura, / pues somos paisajes, Toni, / impresas sobre ellas / como el agua que graba la pluma en la roca. / Nuestras niñas crecerán hasta volverse sus propias / Mujeres Negras / Encontrando contradicciones propias / Que llegarán a amar / como yo te amo a ti".

20 de septiembre de 2020
Seguimos encerrados y sin escuela por la pandemia. Naira me dice, mamá se me hace muy triste que tengas que trabajar todas las noches. Es inevitable que recuerde cuando yo tenía la edad de Naira, siete años, y miraba a mi mamá, desde mi escondite bajo las cobijas, trabajar en las noches lo que no le alcanzó en el día.

Un día de octubre de 2020
Leo en internet que en México durante los primeros seis meses del año 2020, es decir, durante los primeros meses del encierro en casa, del cierre de escuelas, parques, espacios públicos, casi once mil niñas y niños han ingre-

sado a hospitales por lesiones, producto de violencia de sus cuidadores. El encierro nos ha llevado a los límites de la cordura, de la paciencia, de la ecuanimidad y el que se esperaría que fuera el espacio más seguro para estar, el hogar, en este contexto se convierte en un lugar de tensiones constantes, de violencias latentes.

14 de noviembre de 2020
Estoy en una habitación de hotel, estoy recién bañada y desnuda bajo las cobijas. Vine a descansar de las niñas en este encierro pandémico. Vine para deshacerme de ellas.

> A veces necesito huir de casa. Irme, tomar distancia. Encontrarme con esa que era yo y decirle que seguimos estando bien. Mirar, a través de los videos que me manda Ricardo, lo que las niñas son sin mí. Tomar distancia, mirar el paisaje de mi vida, mirar la de ellas desde la ventana, y volver con la cara lavada, la boca fresca, los brazos amplios para comenzar de nuevo.

9 de enero de 2021
Hoy Emilia cumplió cuatro años.

Por la noche Huma, nuestra perra, cayó de la azotea y Ricardo y yo la llevamos al veterinario sin tener clara la gravedad. Las niñas se despidieron de ella con la esperanza de que volvería. En la caída Huma se fracturó su pata izquierda trasera y se le enterró en sus pulmones, los destrozó. Estaba tan dañada que no soportó la anestesia, dio unos resoplidos como de bestia cansada, zangoloteó su cuerpo y murió. Pasé toda la noche sin encontrar un sentido. ¿A dónde se va toda esa alegría, esa vida? ¿En qué se convierte? ¿Qué sigue después de esto? En la mañana les dijimos a las niñas la noticia. Naira lloró muy profundo. Sylvia nos mandó una meditación para despedirnos de Huma, Javier nos hizo un dibujo de ella.

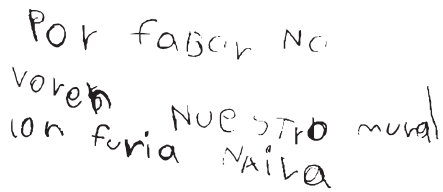
> La primera muerte que conocí fue la de los gatitos que murieron en el closet de mi cuarto de niña. Aunque mi madre intentó explicarlo, nunca pude entender por qué pasó, por qué un gato llegaría a destazar a unas crías. Después vendría la muerte de mi abuela paterna, Lola, que me rompió por ver a mi padre, el indestructible, llorar frente al féretro. Luego vendrían otras muertes, la de mi tío Juan, que fue como mi segundo padre, la de mi abuela materna, Mela. Cuando murió mi abuela las niñas caminaron sobre su tumba y acomodaron las decenas de flores de colores que le llevamos. Sobre la muerte plantaron un jardín mientras mis tíos tocaban la guitarra y cantaban para despedirla.

> "Una mañana, poco después de que naciera mi hija, me eché a llorar, tumbada en la cama, al comprender que algún día tendría que explicarle lo que era la muerte. Estaba claro que ella, en toda su inocencia, no se merecía la muerte", escribió la filósofa Susan Griffin. Creo que lo difícil de la muerte es encontrar un sentido en medio del vacío, quizá por eso nuestra reacción fue contarles una historia: Huma intentó perseguir un ave, se lanzó tras ella y cayó al vacío, ahora vive en el cielo de los perros, con Kashtanka, la perrita de su padre que ustedes no conocieron. Huma le contará a su nueva amiga de ustedes, las hijas de Ricardo, y de cómo la disfrazaban y maquillaban y perseguían ardillas en el parque, y Kashtanka le contará de cómo era su papá de joven y del día que, mientras nosotros nos distrajimos con un beso, ella se devoró las milanesas humeantes que estaban sobre la mesa, y Huma le contará cómo ella aprovechó la distracción de nosotros por vestirlas y se devoró la tortilla de papa que acabábamos de cocinar. Y se reirán juntas de nosotros, sus humanos, y desde allá las mirarán crecer.

Junio de 2021

Mi hermano Luis vino a casa y pintó un mural con las niñas. Naira lo dibujó a mano, era una quimera, después lo pasaron a tamaño mural. Lo pintaron en la azotea del edificio. Los vecinos lo vieron y pidieron borrarlo porque era horrible y se debía respetar el espacio público. Intenté defenderlo, pero fue inútil, los vecinos dijeron que no. Sin decirme nada, Naira escribió cartas

a cada vecino, las dejó en sus puertas y les pidió, "con furia y por favor", que le dejaran su mural y ella podía hacer algo a cambio. Los vecinos dijeron que no. Yo tenía mucho dolor y coraje. Intentamos resignificarlo, como los mandalas de los budistas que hacen con todo cuidado y luego los borran, como los murales antiguos que para "protegerlos" pintaban encima de ellos. Cuando borramos el mural, Naira me dijo que no entendía por qué lo querían borrar si no les hacía daño. Le dije que a veces la vida no es justa.



¿Cómo se les enseña sobre la justicia?

13 de junio de 2021

Estoy en Pátzcuaro con mi mamá. Vinimos una semana a encerrarnos, yo para escribir este libro, ella para escribir su tesis. Llegamos, dejamos maletas. Mi mamá prende una vela, pone unas flores, prepara un té. En un dos por tres convierte esta cabaña en un hogar.

15 de junio de 2021
Me doy cuenta de que existen diez horas de entrevista con mi madre sin transcribir, lo comento en voz alta. Ella me ofrece su ayuda para pasarlas a papel, Dani, yo te ayudo, sirve que edito y borro todo lo que no quiero que pongas, me dice. Nos reímos y volvemos a lo propio.

17 de junio de 2021
En estos días mi mamá y yo hemos creado una rutina de escritura muy bonita: nos despertamos a las cinco de la mañana, yo tiendo la cama donde dormimos juntas y ella prepara té caliente, escribimos de corrido hasta las siete de la noche con intervalos de desayuno y comida. A esa hora, antes de que anochezca, salimos a caminar al cerro, platicamos de lo que hicimos y pensamos en el día. Al terminar, paramos en el restaurante frente a la cabaña a cenar y tomar un vino, aprovechamos para hacer videollamada con las niñas. Mientras cenamos, mi mamá me habla de sus proyectos escolares, de su trabajo como coordinadora de un grupo académico sobre educación, de la tesis doctoral que escribe, y me doy cuenta de que ella, la mujer que camina junto a mí, es una mujer que no conozco, una mamá que ya no les pertenece a sus hijos.

> He estado equivocada estos años sobre la mujer que es mi mamá. Ella es más que sus manos tibias de sombras y lunares que nos cuidan a sus hijos y los hijos de sus hijos. Más que el recuerdo de una niña de cinco años que le tenía miedo a los truenos y que la niña de diez que se le enrollaba a las pier-

nas cuando salía de noche y que la adolescente de 16 que se escondía de ella para fumar mariguana con su novio. Entrevisté a mi madre para este libro durante horas, pero aún estoy aprendiendo a escucharla.

Julio de 2021
Estoy en un taller, sobre escribir la hijitud, con Tania Tagle. En las conversaciones desde la pantalla hablamos de la crueldad como madres y como hijas, nos preguntamos si este sentimiento que nos une en nuestras ascendencias y descendencias es realmente amor o apego. Tania nos deja como tarea escribir una carta a nuestra mamá, pensando en quién sería su hija perfecta. Yo escribí esta:

Rosario,

Hace algunos años, cuando empecé a formar mi propia familia, tenía claro quién podría ser tu hija perfecta: una hija que encontró a un esposo capaz de mantener la casa para que ella, tu hija, no tuviera que trabajar, desgastarse, desvelarse, descuidarse, desmañanarse para tener ingresos y lograr sus sueños. Para ti eso es importante porque fue de lo que tú careciste.

Verme ahora desvelada, cargando hijas para aquí y para allá, dobleteando chambas para completar gastos en casa y también cumplir mis sueños es algo que te duele; lo sé, aunque hace tiempo dejaste de decirlo. O tu manera de decirlo es, más bien, preparándome un té en la mañana, haciendo el desayuno para mis hijas cuando estamos de visita en tu casa, acompañándome

a escribir en la noche con una cobija o sirviendo un poco de vino para mí.

Tu hija ideal no se habría ido a estudiar la universidad a Veracruz, no habría fumado mariguana ni habría tenido sexo con su novio antes de casarse; no se te habría ido de la casa, de las manos, de la cabeza y del control.

Tu hija ideal tendría un horario y tiempo para sus hijas, para cuidarse y hacer ejercicio y lucir delgada y con el cutis fresco, para irse a cenar con su esposo. Tendría lo que tú no tuviste, y gozaría por lo que tú luchaste, y no hablo de esas luchas políticas que hicieron las mujeres de tu época, que marcharon a favor del aborto o por los derechos laborales o por la revolución social, hablo de lo que luchaste desde tu casa, tu cuerpo, de tus desvelos y tus palabras para saber que merecemos a un hombre que nos quiera y nos quiera bien, no como te quisieron a ti, te malquisieron a ti.

No soy tu hija ideal, mamá, pues tuviste mucho cuidado de no pronunciar tus sueños en voz alta. Nunca me dijiste que fuera maestra y heredara tu plaza y tuviera un futuro seguro; tampoco que me quedara en Irapuato, donde a estas alturas ya tendría una casa de dos pisos y jardín, como el resto de mis amigas.

Aquí estamos, tan imperfectas y tan queriéndonos tanto.

D.

> Mi primera experiencia de la maternidad fue la soledad. Estaba acompañada por mi compañero y mi madre y mis hermanas y mis amigas, pero me sentía sola. Me asolaba la soledad. Esa misma que

me imagino y me pregunto, sintieron, como yo, todas las mujeres que han criado.

Escribí, mamá, como un conjuro para borrar tu soledad.

Escribí sobre tu soledad como imagino que mis hijas escribirán sobre la mía.

Somos historias que se sobreponen, que se heredan con el golpe y la ternura. Ninguna podrá borrar por completo a la otra, pienso. Pero ahí estaremos, haciendo de esta soledad una compañía.

Vientre.

Del que nací y al que vuelvo.

~~Tú, madre, me recibiste, aunque no planeaste tenerme.~~

Te recibo, hija, yo deseaba tenerte.

~~Me refugiaste en tu vientre mientras me (te) preparabas para la vida:~~

Te refugio en mi vientre mientras me (te) preparo para la vida:

~~habrá noches que te quedarás dormida mientras tus hijos te hablan;~~

habrá noches que me arrepentiré mientras tú me succionas el pecho hasta vaciarme; habrá miedo de perderte;

~~habrá viajes sin música ni retorno; habrá despensas vacías;~~

habrá miedo, soledad; habrá vergüenza.

habrá gritos, maldiciones, furia; habrá duda.

Habrá ternura y caricias y amor.

Habrá cuerpo.

~~Habrá un hogar que tú, madre, me construyas~~

~~bajo la sombra de cualquier árbol.~~

Habrá un intento, una promesa.

~~Yo, a cambio, te prometí: Nunca más, mamá, estarás sola en la vida.~~

Tú, a cambio, me prometiste: Nunca más, mamá, estarás sola en la vida.

Ustedes, a cambio, me prometieron: Nunca más, mamá, estarás sola en la vida.

Escribo como una forma de acompañar nuestras soledades.

Un día de julio de 2021
A veces escribir el libro se siente como zurcir una tela desgarrada que no tiene reparo; otras veces se siente como cepillar un pelo largo y enredado al que hay que pasarle el peine de la raíz a sus puntas, una y otra y otra vez hasta que se desenrede y el peine deje de atorarse a la mitad y se deslice sin problemas hasta las puntas.

3 de septiembre de 2021
Tengo los *deadlines* encima. Debo entregar un texto sobre los cuidados. Escribo en el límite. Las niñas estuvieron enfermas un par de días y ahora soy yo la que está enferma. El cuerpo me pesa el triple y apenas llego a la cocina a hacerles de comer, a bañarlas, a dormirlas. En algún momento les digo que ya no puedo más, cierro cocina, apago luces y me voy a acostar esperando que ellas solas se acuesten y se duerman, que llegue mi compañero, su padre, del trabajo y se haga cargo, que sea de mañana. En la madrugada, Emilia se revuelca en la cama, solloza, tiene un mal sueño. Naira despier-

ta y la abraza, le dice que es una pesadilla, que todo estará bien; extiende su mano y me alcanza, me dice que descanse. Los días siguientes me harán piojito, masaje, me pondrán hierbas en el pecho.

> ¿Qué cuidamos cuando cuidamos? ¿Cuando ponemos cuerpo, mente, corazón, comunidad entera, para la vida de esos seres que necesitan de nosotras? ¿Cuando ejercemos nuestra libertad al lado de ellas? ¿Qué es lo que ponemos al centro con ese trabajo de crianza, de cuidado? Lo que está al centro es la vida y su persistencia, no sólo en términos biológicos y materiales —como se ha planteado desde la economía feminista— o evolutivos —como lo muestran los trabajos de los arqueólogos— sino en hacer presente ese *fueguito*, como lo llama Alejandra, que nos ha sido heredado.
>
> En estos días siento que lo que está al centro de la crianza es el compromiso con quienes nos cuidaron. Y ese compromiso se actualiza constantemente.
>
> Esta noche mis hijas me cuidan a mí.

30 de octubre de 2021
He pasado la última semana editando las historias del Hogar Seguro, esa casa de cuidado infantil en Guatemala donde 41 niñas y adolescentes murieron quemadas en el 2017. Alrededor del escritorio, Naira interrumpe a cada segundo la revisión y la escritura:

Otra de las víctimas de violencia entre compañeras... mamá si un roedor o un reptil pelearan, ¿quién ganaría? ...*dos niñas le introdujeron la cabeza en un sanitario*... mamá, ¿cómo me está quedando este dibujo?... *y le dieron de comer un pan con heces fecales* ... mamá, ¿qué hay de desayunar?... *la niña fue ingresada nuevamente en el Hogar Seguro Virgen de la Asunción y falleció en el incendio del 8 de marzo de 2017*… mamá, mamá te estoy hablando, ¿por qué tienes esa cara triste?

El trabajo se filtra de manera cotidiana en la vida de las niñas. Hago intentos para protegerlas, pero no siempre es posible. Perciben, respiran lo que sucede. Me es imposible no leer las historias de estas niñas sin pensar en mis hijas y en el brutal abismo que hay entre la vida de ellas sólo por el lugar en el que nacieron. La niña de la que habla el texto se llamaba Mari Carmen Ramírez Melgar, tenía catorce años y vendía granizadas para ayudar a la economía familiar.

3 de noviembre de 2021

Pablo me contó de la relación epistolar con su hermana menor que vive del otro lado del océano. A veces, como hoy, nos encontramos en el parque, hablamos de eso y yo me quedo con las preguntas cuando vuelvo a casa. Cuando decidimos tener otra hija, nos dijimos que era para darle un regalo a Naira. Cuando decidí tener otra hija, lo hice porque tenía miedo de quedarme sola si desaparecían o mataban a la hija que ya tenía. Había escuchado las historias de mamás a quienes les mataban o les desaparecían a su única hija, su único hijo y no quería ser una de ellas. Cuando me embaracé lo pensé como una solución, por si una de ellas me faltaba, pero no pensé en qué pasaría si ellas se faltaban.

Hay una historia que sería imposible contar aquí del todo, y es la hermandad de Naira y Emilia. Naira y yo tenemos un cuento, que ella escogió una estrella en el cielo y esa fue su hermana, ella escogió su nombre. A veces, cuando pelean por juguetes o por qué ver en la tele, Naira dice que cuando vio esa

estrella la eligió porque pensó que era buena persona, pero que se equivocó. Emilia se rebela y le dice, Naira, te equivocas, sí soy buena persona, pero prefiero a los animales que a los seres humanos.

Seré testigo de su relación. Las veré atraerse y alejarse hasta encontrar la justa distancia, como dos planetas. Las veré irse e intentar sus cosas propias, la una sin la otra; las veré volver como nosotras volvimos a casa de mi madre. "Nosotras hablamos, reímos, lloramos, nos peleamos, nos reconciliamos, volvemos a empezar. ¿No es eso acaso lo que hacen las hermanas?", escribe Sylvia Aguilar sobre su hermana Aisha. Yo intentaré que ese lugar, su hermandad, esté a salvo, sin mi sombra, sin mis preferencias y mis prejuicios.

14 de noviembre de 2021

Comencé a entregarles a cada una de las mujeres que hay aquí su historia escrita. En algunos casos habían pasado pocos meses desde nuestras conversaciones, en otros casos los años se abrieron paso entre nosotras. Para ellas, para estas últimas, la historia que les llegaba de su vida era, parafraseando a Belén López Peiró citando a Cristina Peri Rossi, esa botella que se lanzó al mar y llegó a la orilla, cuando quien envió el mensaje ya está en otra cosa. Es decir, era un recuerdo doloroso que habían querido dejar atrás, una especie de dislocación temporal con quienes son ahora.

"Mis ojos se volvieron a lavar, aún duele", me dijo Laura. "Pero ahora ya me gusta mucho, amo la vida, a mis hijas, son todo lo que tengo".

"Soy más que el resultado de la maternidad forzada que me obligó a ser algo que no elegí, un lugar en el mundo que no terminó tan mal porque, de algún modo, los hijos me dieron una brújula y mi lugar en el mundo sigue siendo lo necesario *para que ellas no*, como escribiste tú sobre mi historia", me respondió Mariela.

Creo que una de las cosas más maravillosas y, sobre todo, comprometedoras sobre escribir las historias de otras personas es mirar, atestiguar lo que ese "regreso" de su propia historia les genera. Lo que ese regreso nos genera.

> La pregunta sobre si es válido contar su historia, sobre si tengo derecho a hacerlo, regresa al momento de cerrar el libro. ¿Cómo se gana una el derecho a escribir las historias de otras personas?

¿Es suficiente su confianza y su permiso? ¿Qué debo dar a cambio? Lo pienso en voz alta con amigos con quienes lo he conversado antes. John parafrasea a las escritoras Claudia Rankine y Beth Lofredo, quienes proponen cambiar la pregunta. En lugar de plantearla en términos de derechos o de prohibición, plantearla en términos de deseo. Me escribe John: "Entonces la pregunta no es ¿puedo escribir desde la perspectiva de otra persona? Más bien preguntar, por qué y para qué, no solamente si puedo y cómo hacerlo."

¿Cuál es mi deseo al querer contar sus historias? ¿Por qué quiero contar sus historias? Quiero contarlas porque me hacen sentir menos sola, porque quiero aprender a ser mamá de mis hijas, porque sus palabras me dejan mirarme objetivamente, como mira una hija. Porque también aspiro a que no se sientan solas, quiero devolver sus palabras en forma de un abrazo. ¿Qué me toca dar a cambio? Mi mirada. Mi silencio. Mi vulnerabilidad. Mi dependencia recíproca con ellas.

17 de diciembre de 2021

Escribo con retazos de memoria, zurzo las palabras que la confianza permitió, edito buscando un sentido al encuentro de estas historias, encuentro vacíos e intento rellenarlos, me quedo en silencio. Me gusta estar aquí, entre ellas, doblando ropa recién lavada, limpiando frijoles, extendiendo sábanas al sol, dormitando en el transporte público, lavándome el sexo, sobándome los pies cuando cae el sol, con ellas. No quiero dejar de escribir este libro nunca.

Pienso en las historias que no alcancé a escribir. La de Georgina, que dedicó su vida a cuidar a sus hermanos, luego a su madre, no se casó ni tuvo hijos y murió en casa, a la vista de su hermano con esquizofrenia a quien cuidaba, y quien no pudo hacer nada los dos días que el cadáver de ella esperaba en la cama a ser recogido. La historia de Rocío, cuyo hijo adolescente estuvo preso por vender droga y cometer un asesinato. La historia de Valentina, que adoptó a una niña y simbólicamente también a su madre, divididas por la frontera. La historia de Jenny que mató a su esposo, un policía federal, en defensa propia y ahora vive en la cárcel, separada de la hija de ambos.

No quiero dejar de escribir este libro nunca. Quiero, de alguna forma, decir que si escuchamos con atención, todas tenemos una historia.

19 de diciembre de 2021

Vine unos días a Santa Rosa de Lima, la sierra de mi infancia, a trabajar en el libro. Gaby y Chava, amigos míos desde la secundaria, me prestaron su cabaña. Desde la terraza se ve la sierra de encinos donde pasamos nuestros cumpleaños y conocimos la nieve y celebramos las despedidas de la casa materna.

Mi madre cuida a mis hijas para que yo escriba nuestra historia. A veces pienso en esa contradicción: para escribir de mis hijas, tengo que construir distancia de ellas; para hablar del cuidado, tengo que dejar de cuidar.

> ¿Entenderán mis hijas que al estar aquí, escuchando y escribiendo, también estaba intentando cuidarlas? ¿Que al ignorarlas o dejarlas con mi madre o en la escuela o con Norma, su niñera, estaba intentando entenderlas, mirarlas, entenderme, mirarme, reconciliarme? ¿Sabrán que esto es, sobre todo, para ellas?

20 de diciembre de 2021

La noche anterior dormí desanimada, pensado que esto no servía, que era un valle de lágrimas, un rosario de quejas y culpas y dolores sin sentido. Lo sentí porque la última historia que revisé antes de irme a dormir era la de una mujer que vive en el norte del país, que sufrió violencia infantil, que quedó embarazada cuando era adolescente, que el padre de sus hijos abusó de su hija mayor, que ella tiene depresión, que su hija fue desaparecida por su pareja y su hijo fue desaparecido por narcotraficantes. Luego caí en cuenta de que en varias de las historias que aquí se narran las mujeres sufrieron abusos o violaciones sexuales siendo niñas: Mariela, Laura, Fernanda, Channi.

No estamos a salvo. Crecemos con la certeza del asedio constante y permanente contra las mujeres. "Ser mujer es haber crecido con la certeza de que nuestro cuerpo alberga las condiciones de posibilidad de experimentar peligro potencial, siempre. Ser mujer es acostumbrarse a este estado de las cosas. Y a veces, ser mujer es hartarse de haberse acostumbrado", escribió mi amiga y ensayista, Marina Azahua, en su texto "La rebelión de las Casandras".

21 de diciembre de 2021

Cuando cae el sol prendo el fuego en la terraza de la cabaña. Escribo hasta la noche, expuesta al viento; Agnes, nuestra perrita, se sube a mis muslos y nos calentamos juntas. El fuego me desacelera, me retorna, me lleva a una época en que hacíamos las cosas con nuestras manos, me lleva a las cavernas, me lleva al parto.

23 de diciembre de 2021

Bajo de la sierra y vuelvo a la casa materna, las tres hijas vinimos de lejos y con nuestros hijos para celebrar Navidad con mi mamá y Héctor, su esposo. Pasamos la mañana en la cocina guisando el pollo y el puré de papa con el que, desde hace 38 años, mi mamá celebra esta fecha, mientras Naira, Emilia, Lúa y Nico van y vienen con sus carcajadas, ocurrencias y disputas. Ese pollo con champiñones y vino blanco es la receta que mi madre aprendió de su madre, pero mejorada. Y aunque la he visto y ayudado a prepararla desde que tengo memoria, nunca la he hecho yo. Ese lugar aún no me corresponde. Inevitablemente pienso qué pasará cuando mi madre ya no esté, si alguna de nosotras nos atreveremos a cocinarlo. No me atrevo aún a pensar el día que lo comamos por primera vez sin ella. Borro esta imagen de mi mente.

En esta cocina, en estos momentos de la preparación masiva, hemos tenido las conversaciones más profundas de la familia: los castigos por reportes escolares, la separación y divorcio de mis padres, el segundo matrimonio de mi madre, nuestra ida de casa, nuestro regreso, nuestras hijas. Aquí la palabra ebulle. Yo les hablo del libro, de las otras mujeres, de los hallazgos. Ingenua, ignorante de la historia de las mujeres de mi familia, pregunto, ¿a qué se deberá que en nuestra historia no haya violaciones o abusos? Mis hermanas responden que cómo estoy tan segura y me cuentan la historia de nuestra trastatarabuela que, comprometida con un hombre, fue robada por otro y abusada sexualmente y de esa violación nació su primer hijo, de cuya hija venimos todas las mujeres

de mi familia materna. Se hacen matices, que si fue abuso, si fue violación, que si después su prometido se casó con ella y adoptó al fruto del otro. Luego se hace un silencio y, por primera vez, no me atrevo a preguntar sobre nosotras. Hay cosas que aún no pueden ser nombradas, o que quizá deban permanecer en el espacio de un secreto sagrado.

Un día de enero de 2022

Las paredes de mi cuarto de la infancia están tapizadas con las 151 páginas del primer borrador del libro. Intento tomar la temperatura de mis palabras, de los testimonios de las demás, de las emociones escritas, la distribución de las historias. Le pido a Naira que me ayude, que lea los días del diario y que de un color subraye los días cuando yo estaba enojada y en otro color los días cuando yo estaba alegre. Naira comienza a leer: rojo para enojada y amarillo para alegre. Mamá, éste no es ni enojada, ni alegre, éste es triste, lo voy a subrayar azul. Mamá, éste no es ni enojada, ni alegre, ni triste, esto es una duda, la voy a poner verde. Mamá, éste es un poco triste y un poco alegre, lo voy a subrayar con amarillo y azul. Mamá, ¿estamos haciendo un libro de nuestra vida?

Emilia, por su parte, da vueltas y piruetas junto al muro tapizado, le gusta ver cómo las hojas pegadas por la parte de arriba con cinta adhesiva revuelan a su paso.

Otro día de enero de 2022
En un desvelo, mi madre entra a la habitación y lee su historia pegada en la pared. No se reconoce en ella. Al día siguiente me interpela, Dani es que yo creo que tú ves mucho sufrimiento, pero yo quiero decirte que no lo viví así.

> Creo que, cuando comencé a entrevistar a mi mamá, buscaba una cómplice para mi propio desconcierto ante la maternidad. Hice preguntas pensando en mí y le hice nombrar cosas que ella no había verbalizado sobre la carga de cuidados, la soledad, sobre el hacerse mujer. Pero no di el suficiente espacio para hablar del gozo, de su felicidad, de su ternura con nosotros. Hablar de la felicidad en sus propios términos. De los días de lluvia que salíamos en el auto a hacer olas en la calle, o el día que nevó en la Sierra de Santa Rosa de Lima y dejó su trabajo en Guanajuato y condujo de vuelta a Irapuato y fue a recogernos al colegio de monjas y de

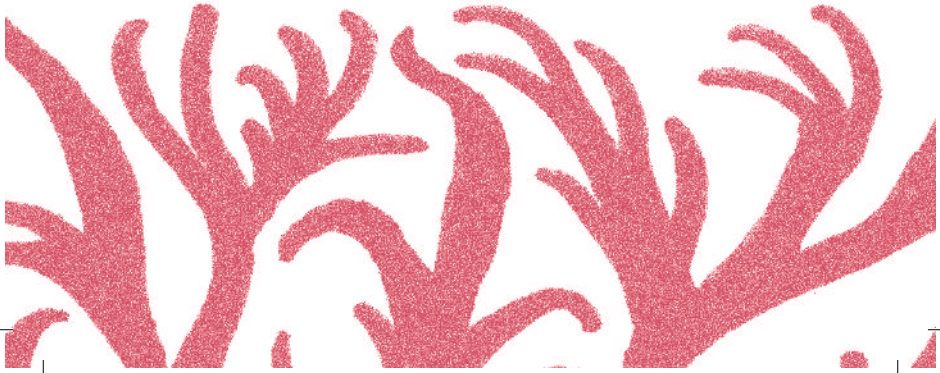
nuevo hasta Guanajuato y luego a la Sierra para que nosotros, sus hijos, conociéramos la nieve. De las tardes con música y baile al tiempo que limpiábamos la casa o de las veces que nos dejaba jugar con la espuma de la lavadora a hacernos peinados o vestidos o barba en la cara. De las otras veces, cuando llenaba la cajuela con lonches y conducía hacia las afueras de la ciudad hasta encontrar un árbol donde hacer un día de campo. De las tardes jugando en el jardín como una de nosotros o de las mañanas en el portal de la casa desde donde nos miraba crecer.

Insistí para que mi mamá se relacionara con su historia de una manera crítica, asumiendo cómo el patriarcado nos cruza y decide por nosotras. Donde ella sentía ternura, yo le hablaba de amor romántico; donde ella veía orgullo, yo le señalaba sometimiento; donde ella recordaba felicidad, yo le nombraba su ingenuidad. Donde yo presumí crítica, en realidad hubo un intento de quitarle su historia y decirle cómo debía vivirla.

14 de enero de 2022
Los tiempos del libro y de la vida se juntan cada vez más.

15 de enero de 2022
—Emilia, estoy escribiendo un libro, ¿qué te gustaría que escribiera de ti?
—Que te quiero mucho, que quiero mucho a papá, y que me gusta más molestarlos que quererlos.

16 de enero de 2022
Mi mamá le regaló un diario a Naira, un diario con llave y candadito. Naira se tumba boca abajo y escribe su primera entrada.

Domingo 16 de enero del 2022
Le estoy ayudando a mi mamá a aser un libro me sentí feliz es un poco cansado me esta gustando mucho. se llama *Fruto* el libro y se trata de nuestra vida.

Fruto de Daniela Rea Gómez se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de noviembre de 2022 en los talleres de Offset Rebosán, en Acueducto No. 115 Col. Huipulco, en la Ciudad de México, capital de un país donde diariamente nacen 6 mil nuevos seres humanos que necesitan de cuidados para poder sobrevivir.